

Durante siete años me había dedicado en la provincia más septentrional de Chile, Atacama, a la minería de oro, plata y cobre. Había perdido el apreciable patrimonio adquirido durante los primeros años y me vi finalmente obligado a dejar mis actividades en la minería, debido a que, como consecuencia de la revolución, la mayor parte de las minas fueron abandonadas por los mineros.

Me dirigí, por consiguiente, a Valparaíso, para regresar a Europa en el próximo vapor.

Pero ya me encontraba dos meses en ese puerto, y no podía resolverme a regresar a la patria, pues no me abandonaba la esperanza de crearme un nuevo campo de acción en Chile.

No sé si fui inducido a proceder así por el doloroso sentimiento de regresar sin fortuna a Europa, después de tan larga ausencia, o si me impulsó a ello mi afán de viajar y experimentar aventuras, o si anhelaba hacerme rico o famoso: pero es posible que fueran todas estas aspiraciones en conjunto las que me hicieron dirigirme en el próximo vapor a la provincia austral de Valdivia, a fin de explorar desde allá el territorio todavía poco conocido de los araucanos independientes.

Reconocí, sin duda, las dificultades de la tarea que me había propuesto; sabía qué dificultades, esfuerzos y padecimientos me esperaban y qué peligros me rodearían en cada momento. Pero, justamente, estas condiciones y el deseo de explorar algo desconocido, fueron para mí un hechizo tan poderoso que me atraían, en vez de hacerme retroceder. Además del interés científico, que me indujo a reconocer esas provincias, mi determinación fue favorecida también por la

convicción que me había formado, sobre la base de informaciones de personas fidedignas o contenidas en antiguos documentos, de que en ese territorio se encontraban vetas auríferas muy ricas y mantos de gran potencia de ese metal. Algunos habían sido explotados ya en tiempos antiguos por los españoles, los cuales, por otra parte enterraron grandes cantidades de oro cuando fueron sitiados en sus ciudades por los indígenas.

Habían fracasado hasta entonces todas las tentativas de volver a explotar estas minas o desenterrar los tesoros, pues los araucanos, conscientes de que antes habían sido subyugados por los españoles y mantenidos durante largo tiempo en la esclavitud a causa del oro, habían cegado todas las minas después de la expulsión de sus opresores y prohibido, so pena de muerte, que se las volvieran a explotar. Para no atraer en el futuro la atención de los buscadores de oro hacia su territorio, se prohibió el uso de adornos de ese metal y las monedas del mismo no tenían el menor valor entre ellos. Como existía, reconocidamente, una riqueza tan considerable de oro, inaprovechada en las selvas impenetrables de esas tribus indígenas, esperaba encontrar allá la fortuna.

Pero antes de relatar mi viaje a la provincia de Valdivia, al territorio de los araucanos independientes y a las zonas colonizadas por alemanes, me parece importante adelantar algunas noticias sobre la situación y la historia de ese territorio, de sus pobladores y de las grandes riquezas de oro que había antiguamente en él. Las encontrará el lector en los dos primeros capítulos de esta parte.

Capítulo I

NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE LOS ARAUCANOS Y SU TERRITORIO

En 1540, el gobernador del Perú en aquel tiempo, don Francisco Pizarro, despachó a su capitán, don Pedro de Valdivia, con un ejército compuesto por españoles y peruanos, a través del desierto de Atacama, para someter las tribus indígenas que poblaban el territorio llamado ahora República de Chile.

Después de haber sometido las tribus de Copiapó, Coquimbo, Quillota y Melipilla, continuó sus conquistas hacia el Sur, fundó el 5 de octubre de 1550 la ciudad de Concepción, en la bahía de Penco, cruzó desde allí el Bío-Bío y batió en seguida a los araucanos que vivían al Sur de este río.

El origen de los araucanos está envuelto en densas nieblas, al igual que el de todos los aborígenes de la costa occidental de la América del Sur. Ocupaban el territorio que se extiende desde el Bío-Bío hacia el Sur, hasta el Archipiélago de Chiloé, y que está limitado al Oeste por el Océano Pacífico y al Este por la Cordillera de los Andes. Se dividían en varias naciones, que eran los *picunches* (entre los ríos Bío-Bío y Valdivia), los *cuncos* (entre este último y el Río Bueno), los *huilliches* (desde este río hasta el Archipiélago) y los *pehuenches* (en los valles andinos). *Huilliche* significa pueblo del Sur, de *huilli*, sur y *che*, gente, pueblo, en la lengua araucana; y *pehuenche*, pueblo que vive donde crece el pino araucaria, o *pehuen*. Sus vecinos al Oriente eran los *puelches* o indios pampas, pues *puet* significa Este; y al Sur, los *tehuelches*, o pueblo que vive donde se encuentra el avestruz, cuyo nombre es *tehuel*.

Los araucanos habían dividido su territorio en cuatro fajas longitudinales, que llamaban *butalmapu*, que eran: 1º *lavquenmapu*, el territorio de la costa; 2º *lelbunmapu*, el de los llanos; 3º *inapivemapu*, el de los contrafuertes de la cordillera; y 4º *piremapu*, el de los Andes.

Cada uno de estos *butalmapu* estaba dividido en cinco *aillarehues* o provincias; y cada provincia, en nueve *rehues* o subdelegaciones. A la cabeza de cada *butalmapu* se encontra-

ba un *toqui*, que llevaba un hacha de piedra como símbolo de su dignidad; los *aillarehues* estaban a cargo de un *apoülmen*, que tenía como distintivo de su cargo un bastón con pomo de plata y un anillo; y los *rehues* eran dirigidos por un *ülmen* o cacique, con el mismo distintivo del *apoülmen*, pero sin el anillo. Todos estos cargos eran hereditarios conforme al régimen del mayorazgo; si faltaba un heredero masculino, se elegía en el mapu, provincia o subdelegación, otro *toqui*, *apoülmen* o *ülmen* *.

En caso de hostilidades se realizaba un consejo de guerra, al que concurrían todos estos dignatarios, los ancianos y muchos otros individuos destacados, a fin de elegir un *toqui* como jefe militar, a quien todos prestaban juramento de fidelidad. Si ninguno de los *toquis* presentes era considerado idóneo, el cargo podía ser ocupado también por un *apoülmen*, *ülmen* u otro individuo que no tuviera ningún cargo. Cada cual tenía el derecho de expresar libremente su opinión en ese consejo. Si se acordaba la guerra y elegía un *toqui* general, cada uno de los *toquis* proporcionaba cierto número de guerreros, y como cada araucano que no estaba enfermo o era débil representaba un soldado, se formaba luego un ejército, cuyos jefes eran designados por el *toqui* general. En un principio, se luchaba de acuerdo con la antigua tradición, usando

* Esta división, en realidad, no existía en la forma detallada por Treutler. Los *mapus* eran denominaciones un tanto vagas, que carecían de autoridades. Tampoco se conocían las agrupaciones de los *rehues* en nueve, ni las de cinco *aillarehues*. Los araucanos reconocían únicamente las reducciones (*cavi*, *cahuin*, *rehue*), a cargo de un *ülmen*, llamado cacique por los españoles. Había también, al parecer, alianzas entre reducciones, por ejemplo, para fines matrimoniales. Los *ülmenes* eran cargos hereditarios por mayorazgo. Los *toquis* eran únicamente jefes militares, siempre elegidos, y podían estar a cargo de los guerreros de numerosas reducciones. Eran, por lo general, *ülmenes*, pero no siempre. En todo caso, sus funciones se limitaban a los asuntos de la guerra. El nombre araucano para la reducción es variable: *cavi* o *cahuin* expresa el lugar de la reunión de los vecinos, o esta misma; *rehue* es un tronco provisto de escalones, en que se coloca la *machi* para ponerse en contacto con *Pillán*. Se daba este nombre a la reducción, por haber, por lo general, una *machi* en cada una (a veces eran también varias). Los bastones y anillos eran distintivos introducidos por los españoles (N. del T.).

como armas arcos, mazas y, sobre todo, lanzas envenenadas, pero después de los primeros encuentros con los españoles prefirieron la guerrilla, en las que estaban siempre muy preocupados de apoderarse de caballos, que criaban con el mayor esmero, a fin de lograr su propagación, estando así en situación de formar una caballería. El botín era distribuido por iguales partes, y los prisioneros, sometidos a la esclavitud. En homenaje a los caídos, después de una gran victoria se practicaba a menudo una costumbre bárbara. En efecto, se elegía a uno de los prisioneros para sacrificarlo. Después de pasearlo por el campamento sobre un caballo al que se habían cortado las orejas y la cola y gritando ferozmente, los jefes formaban un círculo, al centro del cual plantaban en el suelo el hacha de guerra del toqui, colocando a cierta distancia de ella lanzas en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Después de diversas otras formalidades, el desgraciado prisionero era conducido entre esas lanzas, el toqui general se le acercaba con una maza y le propinaba con ella un golpe tan fuerte, que caía de inmediato, muerto, al suelo. Dos de los caciques le extraían en seguida el corazón, todavía palpitante. El toqui general consumía un trozo y luego lo hacían también los demás dignatarios y, en seguida, se soplaban humo desde una pipa a los cuatro puntos cardinales. Los guerreros se preparaban en seguida la carne de los huesos, que eran empleados para fabricar flautas, cortaban a la desgraciada víctima la cabeza, colocaban en su lugar la de una oveja y corrían después en torno, chivateando furiosamente, con acompañamiento de los instrumentos recién preparados. Finalmente consumían la carne de la víctima, empleando el cráneo como copa, de la que bebía primero el toqui general, seguido por todos los demás jefes.

En aquel tiempo, los araucanos ya no eran nómades que vivieran sólo de la caza y pesca, sino se dedicaban a la agricultura y ganadería; tenían domicilios fijos en parajes fértiles a orillas de los ríos; y no moraban en cavernas, sino en casas espaciosas, cuyas paredes construían de troncos y tabiques y cubrían con juncos. Cultivaban papas, maíz y frejo-

les, y habían domesticado guanacos y avestruces *, que les servían como animales de tiro.

Como arma e instrumento de caza fabricaban lanzas, que alcanzaban a menudo una longitud de dieciocho pies, hechas de cañas de colihue. Las mazas eran confeccionadas de una madera muy dura. Conocían también hondas, laques y arcos, como también redes para pescar, que se hacían de ciertas enredaderas. Sus canoas eran construídas de un tronco ahuecado; tenían balsas de cueros de lobos marinos inflados y unidos por medio de amarras, que les permitían salir al mar abierto. Usaban también algunos metales: el oro, la plata y el cobre, empleando los dos primeros para confeccionar adornos, y el cobre, para preparar puntas de flechas y de lanzas, hachas y martillos. Usaban también hachas de combate de mármol y pórfido, y fabricaban con arcilla toda clase de vajilla y artículos de cocina.

Valdivia penetró en 1552 más hacia el Sur, sometiendo todo el territorio hasta el Cautín, a cuyas orillas fundó la ciudad de La Imperial.

Desde aquí despachó a uno de sus oficiales al lago Lavquen, situado al pie de los Andes, a cuyas orillas se fundó la ciudad de Villarrica, avanzando en seguida hasta el río Calle-Calle, en cuyas márgenes volvió a fundar una ciudad, a la que dio como nombre su propio apellido, Valdivia. Con tropas de refuerzo llegadas del Perú retrocedió luego en dirección al Norte, fundando sucesivamente los fuertes de Arauco, Purén, Tucapel y Angol y dirigiéndose a continuación a Concepción. Pero pronto los araucanos, dirigidos por Caupolicán, atacaron a Arauco con fuerzas tan poderosas, que los españoles tuvieron que retirarse a Purén, y Tucapel fue ocupado y destruído por los indígenas.

En 1553, Valdivia se dirigió a prestar ayuda a estos fortines, pero los araucanos lo hicieron prisionero, junto con un

* El guanaco no ha sido jamás domesticado, sino la llama y la alpaca. El animal doméstico por excelencia de los araucanos era la llama, pero es posible que conocieran también la alpaca. Ninguno de estos animales fue empleado para el tiro. Tampoco hubo avestruces domesticados. (N. del T.).

sacerdote, un fiel mozo y algunos españoles, y todos fueron asesinados del modo más cruel. De acuerdo con antiguos relatos, se cortaron en su presencia, sucesivamente, al sacerdote y al mozo los brazos y las piernas, que fueron cocidas y consumidas, después de lo cual se cumplió la misma terrible suerte en su persona. Poco después, los españoles se vieron obligados a abandonar los fortines de Purén y Angol o Los Confines, retirándose a La Imperial; la población de Villarrica tuvo que huir a Valdivia.

El general Villagrán, sucesor de Valdivia, marchó en 1554 de nuevo contra los araucanos, pero fue batido totalmente por éstos bajo el comando de Lautaro, y como ahora también la ciudad de Concepción temiera un asalto, su población huyó a Santiago, después de lo cual el jefe araucano saqueó a Concepción y la incendió, para sitiar en seguida a Valdivia y La Imperial.

Llegaron del Perú nuevos refuerzos bajo el general García Hurtado de Mendoza. Este general fundó la ciudad de Cañete, derrotó al jefe principal de los araucanos, Caupolicán, cruzó en 1558 el río Calle-Calle y, al avanzar hasta el Archipiélago de Chiloé, fundó en el territorio de los cuncos la ciudad de Osorno y derrotó de nuevo a los araucanos, haciendo prisionero al toqui general, Caupolicán, a quien mandó ejecutar cruelmente. En 1566 llegaron de nuevo tropas del Perú y se procedió a reedificar los fortines destruidos.

En 1598 se sublevaron, sin embargo, simultáneamente, todos los araucanos, pusieron sitio a Osorno, Valdivia, Villarrica, La Imperial, Cañete, Angol y Arauco y se apoderaron de estas tres últimas ciudades. El 24 de noviembre de 1599, el toqui Paillamachü conquistó la ciudad de Valdivia, dio muerte a todos los varones, se llevó como prisioneras a las mujeres y muchachas, y se retiró con un rico botín hacia el Norte, una vez entregada la ciudad a las llamas. En 1602 cayó también, después de un cerco de dos años y once meses, el fuerte de Villarrica, en cuya vecindad se habían encontrado riquísimas minas de oro. De nuevo se procedió a asesinar a todos los varones y a conducir a la esclavitud a las mujeres y muchachas. La ciudad fue incendiada y sus edificios arra-

sados hasta el nivel del suelo, y el mismo destino tuvieron La Imperial y Osorno. De este modo, fueron totalmente destruidas y abandonadas, en un lapso de casi tres años, todas las ciudades y fuertes que Pedro de Valdivia había fundado entre el Bío-Bío y el Archipiélago, y a los españoles se les expulsó del territorio.

En 1643 llegaron los holandeses al puerto de Valdivia, donde construyeron tres fortificaciones, pero fueron expulsados por el marqués de Mancera, quien fortificó una isla situada en medio del puerto, a la que dio su nombre. En 1645, el virrey del Perú, Pedro de Toledo, envió al general Leiva a las antiguas ruinas de Valdivia, con la orden de reconstruir la ciudad. *

Desde ese tiempo, la guerra entre los españoles y araucanos prosiguió con resultados cambiantes, hasta que se pactó la paz en 1665. Pero en 1722 se desencadenó de nuevo la guerra y no se logró una paz duradera hasta 1726 en Negrete, con cuyo motivo los españoles reconocieron la independencia del territorio araucano entre el Bío-Bío y el Archipiélago de Chiloé.

Los indios cuncos y huilliches, que ocupaban la región entre el río Valdivia y aquel archipiélago, eran tribus tranquilas y pacíficas, lo que permitió al gobierno español comprarles terrenos y conseguir por medio de obsequios y por la influencia de misioneros enviados a su territorio, que se les permitiera vivir tranquilamente en la ciudad de Valdivia, como

* La expedición holandesa no fue expulsada de Valdivia por los españoles. A su llegada, los araucanos mantuvieron relaciones amistosas con ella y la abastecieron de alimentos, pero exigieron se les entregaran armas en trueque, negándose terminantemente a permitir que se reanudarán las faenas en los antiguos lavaderos y minas de oro. Finalmente, cuando los holandeses ya no quisieron seguir armando a los araucanos, éstos les declararon que se les habían terminado sus alimentos. Como los abastecimientos de los holandeses se habían agotado, éstos prefirieron retirarse de Valdivia a fines de octubre de 1643. La expedición española, despachada a Corral efectivamente con el propósito de desalojar a los holandeses, sólo llegó allá en febrero de 1645 y estaba al mando del hijo del virrey del Perú, Antonio de Toledo y Leiva, siendo Pedro de Toledo y Leiva su padre (N. del T.).

también, reconstruir 32 años más tarde Osorno y Río Bueno *.

Los esfuerzos de los misioneros lograron cristianizar poco a poco estas tribus, y en 1826 el gobierno chileno creó la provincia de Valdivia, con la capital del mismo nombre. En el decreto se señalan como límites de esta nueva provincia: al Norte, el río Toltén; al Este, los Andes; al Oeste, el Océano Pacífico; y al Sur, una línea hasta cerca del golfo de Reloncaví. Los límites quedaron así, a pesar de que la verdadera frontera por el Norte era el río Valdivia, pues entre éste y el Toltén vivían los indios picunches, que eran independientes. Pero a poco logró el gobierno chileno establecer también buenas relaciones con los indios picunches que viven a orillas del Bío-Bío, lo que consiguió por medio de obsequios, adquiriendo de ellos grandes territorios, que destinó a la colonización y donde fundó varias ciudades, y así la provincia de Concepción se extendió hacia el Sur, más allá del Bío-Bío, hasta cierta línea convenida. Esta se dirigía desde la desembocadura del río Laja (que nace al pie del volcán Antuco) en el Bío-Bío hacia el SO. y después hacia NO, hasta la desembocadura del río Laraquete en el Océano Pacífico. Pero como los indígenas realizaban frecuentemente asaltos en territorio cristiano, y el gobierno había adquirido nuevos territorios, que estaban situados más al Sur, se trazó en 1852 una nueva frontera, provista de fortines, y se fundó la provincia de Arauco. De acuerdo con lo convenido, ésta limita al Norte con la de Concepción y al Sur, con la de Valdivia, de modo que se extiende hasta el río Toltén, siendo su anchura de treinta leguas y su longitud de veinte leguas a lo largo de la costa, de modo que la superficie es de unas 600 leguas cuadradas. Los verdaderos límites eran, sin embargo, al Norte, la provincia de Concepción; al Este, la Cordillera de los Andes; al Oeste, el mar; y al Sur, una línea de Oeste a Este, desde la desembocadura del río Lebu (a $37^{\circ}35'45''$ de Lat. S. y $73^{\circ}32'$ de Longitud. O.), por Mulchén (a $37^{\circ}34'45''$ de Lat. S. y $71^{\circ}54'$ de Long. O.), el fuerte de Angol (a $38^{\circ}10'$) y el

* Esto se efectuó en 1795 (N. del T.).

de Santa Bárbara (a 37°30' de Lat. S. y 71°02' de Long. O.) a Antuco.

Durante este tiempo, el gobierno había logrado adquirir tierras de los indígenas desde Valdivia en dirección al Norte, a lo largo de los ríos Cruces y Pichoi, para fundar a orillas del primero la misión de San José, de modo que entonces el territorio araucano independiente, que antiguamente se extendía entre el Bío-Bío y el golfo de Reloncaví, sólo alcanzaba desde la línea ya indicada (que comienza en la costa a 37°36' de Lat. S.) hasta otra que se extendía desde la misión de San José hacia el Oeste al Océano Pacífico y hacia el Este a la Cordillera de los Andes, a lo largo del paralelo de 39°33' de Lat. S.

La población de la Araucanía debe de haber sido apreciable en la época de la Conquista, según se desprende de informaciones antiguas concordantes, y haber alcanzado a algunas centenas de miles de almas. Ha quedado reducida, sin embargo, a un número muy pequeño, debido a la prolongada guerra con los españoles y, sobre todo, a las viruelas. En lo referente a la población del territorio situado entre las líneas de Angol y el río Toltén, era muy difícil determinarla, pues no se podía penetrar al interior de él, pero es posible que vivan unos 10.000 indígenas en esa parte. De acuerdo con apuntes existentes, habrían vivido allí cerca de 150.000 en 1750; d'Orbigny indica, en tiempo más reciente, la cifra de 30.000; según datos de 1843 serían sólo 15.000. Yo, personalmente, estimo el número de habitantes indígenas en la parte que queda al Sur del Toltén, hasta la línea de San José, que conozco por mis viajes, en 5.000 almas.

El territorio que los araucanos siguen ocupando es la parte más ancha de la República de Chile y, al mismo tiempo, la más sana, agradable y fértil. Se extienden en él las más hermosas llanuras, que antiguamente estaban densamente pobladas, como lo comprueba un gran número de manzanos y los restos de viviendas, que ahora yacen abandonadas y desiertas. Existen en esta parte magníficas selvas, compuestas por maderas de bellísima textura y gran valor práctico, y la riegan los dos grandes ríos de La Imperial y Toltén, que nacen

en la cordillera andina. No hay ningún territorio más apropiado para la crianza de vacunos y caballares que éste, donde fecundas vegas y bellísimas praderas se extienden a lo largo de muchas leguas. De acuerdo con informaciones fidedignas, hay en su seno grandes tesoros de oro. Al mismo tiempo, el clima es el más agradable, y excepto algunas epidemias de viruelas, que se propagaban a veces debido a la ignorancia e imprudencia de los habitantes, esta región tiene buen estado sanitario, y la población alcanza, por lo general, una edad muy avanzada. Es un territorio donde no existen animales feroces, con la única excepción del puma, el cual no es peligroso para el hombre, ni hay serpientes o insectos venenosos *.

Capítulo II

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LA RIQUEZA AURÍFERA DE LA ARAUCANÍA

El abate Juan Ignacio Molina, que vivía en Chile como misionero en el siglo pasado, y publicó mucha información histórica y geográfica acerca de este país, dice en una de sus obras lo siguiente acerca de la riqueza aurífera de la Araucanía:

En el territorio austral, situado entre el Bio-Bío y el Archipiélago de Chiloé, fueron descubiertas algunas de las más ricas minas auríferas, que produjeron a los españoles inmensas utilidades y para cuya acuñación fundaron una casa de

* Podrían hacerse numerosas rectificaciones al presente capítulo, que es, además, muy incompleto, pero como el autor no ha pretendido estudiar a fondo la materia, sino dar solamente una introducción general a lo que relatará más adelante y que se basará en sus propias investigaciones, sería inoficioso insistir en la exposición que hace, que puede ser admitida como basada en los conocimientos que el propio Treutler y sus contemporáneos tenían de los puntos por él tratados (N. del T.).

moneda en Valdivia y otra en Osorno; pero cuando los araucanos expulsaron a los españoles, aterraron estas minas y prohibieron su reapertura bajo pena de muerte.

En este territorio hay minas de plata, cobre, mercurio y plomo, y el número de minas de oro es tan grande, y el oro se encuentra en tales cantidades en la arena de los torrentes de las montañas, que Chile puede ser comparado a una vara de oro. Fue también inmensa la cantidad de este metal que mandó extraer allá Pedro de Valdivia. Ordenó trabajar algunas minas de oro, que eran tan ricas, que cada indio le producía diariamente 30 ó 40 ducados, dato con el que concuerda también el famoso historiador peruano Garcilaso, quien informa que Pedro de Valdivia recibía anualmente 100.000 ducados en tributos de parte de los indígenas.

Además: Jerónimo de Alderete fue despachado en 1552 por Pedro de Valdivia con 60 españoles y fundó a orillas de un gran lago, denominado Lavquen, una ciudad, a la que dio el nombre de Villarrica, por la gran cantidad de oro que encontró en esa región. Esta fundación alcanzó a los pocos años un bienestar tan grande, gracias únicamente al oro que se explotaba en sus minas, que mereció el privilegio de disponer de una casa de moneda propia *. En este territorio, García Hurtado de Mendoza reconstruyó en 1558 Osorno, que prosperó pronto, debido al excelente oro que se obtenía en su región, hasta que fue destruido por el toqui Paillamachü. García Hurtado de Mendoza condujo, en 1560, de nuevo hasta Villarrica, a los españoles expulsados de allá, y mandó reanudar las faenas en las minas de oro abandonadas, como también reconocer nuevos yacimientos. Después de un sitio de dos años y once meses, cayó por fin Villarrica, que era una ciudad muy poblada y muy pudiente, en poder de los araucanos (1602), y pronto La Imperial y Osorno cayeron también.

* Las "casas de moneda" a que alude el autor en las ciudades australes, no acuñaban monedas, sino que eran fundiciones que suministraban tejos de oro, provistos de una marca, y cuya función consistía en cobrar los quintos reales a que estaba afecta la producción de metales nobles (N. del T.).

Además, copio a continuación la carta de un franciscano, que vivió en Chile en calidad de misionero:

“Antigua ciudad de Villa-Rica, marzo 4 de 1716.

En esta fecha se cumplen cuarenta días que me hallo empleado en el reconocimiento de estos terrenos, movido de las noticias que, por diferentes personas y varios papeles, he tenido de sus ricas minas, su amenidad y demás proporciones para la humana existencia, y, a la verdad, que después de conocer por tan verosímiles aquellas relaciones, que nunca por mi concepto habían merecido cultivo en el campo del país, no me queda escrúpulo para escribir que mereció mi pluma la nota de pequeña cuando, con rasgo de cosmógrafo, tomé el empleo de relacionar las particularidades de esta arruinada ciudad: pero no obstante que estas noticias tuvieron la suerte de no ser a óleo, como merecían y merecen, siempre se deben estimar, porque sirven de nota al humano entendimiento que las quiera examinar, para dar a conocer al público ser este arruinado pueblo, el tesoro mayor de este reino; pues por todo su distrito se encuentran minas abundantísimas de oro, plata, cobre, plomo y estaño, y lo mejor es de diamantes. Se halla esta citada Villa-Rica en 38° y minutos de latitud, situada a la parte del Sur de una grandísima laguna, y sobre riberas de ella, tres leguas distante de un volcán. En lo poco que me parece tengo andado, a distancia de cuatro leguas, en el potrero del cacique Pucón, en una quebrada, he visto un mineral de cobre tan abundante, que muchos peñascos muy grandes son la mitad de este metal, y otras se cubren con venas tan gruesas como brazos de hombres, de modo que para un beneficio sólo tendría la industria el corte del cincel. A su inmediación se halla un riquísimo laboreo en la falda de un risco, de cuyo arroyo llevé dos piedras que, aunque pequeñas, tendrán algo más de una onza de oro, y tan franco y limpio, que —pienso— darán de bajo al más copioso que se conoce. A poca distancia he visto varias boca-minas y labores. Aunque sólo he examinado los metales de una, conozco (su importancia). No quiso la Divina Providencia siguiese el provecho de

estas riquezas, por lo mucho que se destiende la codicia en la posesión de tan inconstante dicha.

"A las seis leguas de esta población he visto unos cerros nombrados *Welaipide* (ahora *Voipire*), todos de pedernal y llenos de labores, en que se manifiestan las vetas del saque, por donde desentrañaban lo más firme, siguiendo la guía de los diamantes, y aunque éstos no son visibles, no le queda duda a mi experiencia abundan de diamantes estos dichos cerros.

"Deseoso de reconocer alguna parte del camino que corre al otro lado de la cordillera, tan ponderado por estos indios de bueno y trabajado por los antiguos pobladores, en lo poco que he logrado internarme, iba advirtiendo en la cordillera que se pasa la mayor parte sin subida, y sólo después de la laguna se sube un cerro bajo, algo montuoso, para salir a las campañas, a las que inmediatamente que se sube se encuentra una hermosa laguna, y al pie de ella un volcán nombrado *Ricoteufu*.

"No sé cómo se puede ponderar la hermosura de este lago y su volcán, planteado en la mitad de tan singular llanura, y siendo éste el camino para Buenos-Aires, que me aseguran está inmediato, y lo conozco por mi observación, puede este volcán servir de guía a cualquiera persona que intente dirigirse a aquella ciudad.

"Ultimamente, padre mío, el diario y sus figuras, que llevo trabajado con tanta esicacia, daran más que admirar que cuanto yo pueda decir, estando muy despacio, que ahora no es decir nada, por escribir tan de prisa.

FRAY FRANCISCO IMONS.

Capítulo III

1859. DE VALPARAÍSO A CORRAL Y VALDIVIA

En la madrugada del 10 de marzo de 1859 reinaba mucho movimiento en la bahía de Valparaíso, pues debía iniciar su

viaje a las provincias australes de este República, hasta Puerto Montt, el gran vapor *Príncipe de Gales*.

Yo viajaría hasta Corral, el puerto de Valdivia, para iniciar desde allí mi proyectada expedición al territorio de los araucanos bravos; me dirigí temprano a bordo, a fin de conseguir un buen camarote, acompañado por varios amigos que conocían los peligros de mi empresa y deseaban despedirme a bordo.

Era una hermosísima mañana otoñal. El sol, que acababa de salir en el cielo azul detrás de los majestuosos Andes, iluminaba con sus primeros rayos esta ciudad, tan pintorescamente situada, que se extiende en forma de terraza desde las orillas del Océano Pacífico por vistosas quebradas roqueñas hacia la elevada Cordillera de la Costa. De la misma manera, el magnífico puerto ofrecía un interesante golpe de vista, pues se encontraban al ancla en él centenares de buques, pequeños y grandes, de las más diversas naciones, formando un verdadero bosque de mástiles, cuyas abigarradas banderas tremolaban suavemente en el viento del Sur; algunas ostentaban las torres de Hamburgo, las llaves de Bremen o las águilas prusianas *.

Salían y entraban innumerables botes, conduciendo pasajeros y carga a algunos de los vapores; los vaporcitos cruzaban el mar tocando sus estridentes pitos; los veleros izaban las anclas con las usuales canciones alegres de los marineros, y, en varios buques de guerra tocaban música. Al mismo tiempo, gaviotas de diversas especies, alcatraces, albatros y palomas marinas volaban graznando alrededor de nuestro buque, y los colimbos se precipitaban verticalmente a las verdes aguas desde gran altura, para regresar con un pececillo en el pico; aparecían repentinamente pájaros niños en el espejo del mar, para volver a desaparecer de inmediato y reaparecer en otra parte.

La cubierta del vapor se había llenado pronto de tal manera con gente de los más variados coloridos, edades y sexos,

* Debe recordarse que, en aquel tiempo, Alemania no se encontraba unida, de modo que las ciudades hanseáticas y los diversos países que integraron más tarde el Reich tenían banderas propias (N. del T.).

que era difícil moverse en ella. Reinaba un verdadero caos, pues se gritaba simultáneamente en castellano, alemán, francés e inglés, y si bien el número de los pasajeros no era muy apreciable, habían sido acompañados —igual que yo— por parientes y amigos. Aumentaban el bullicio las vendedoras de loros, piñas, plátanos, naranjas y de otras frutas, de ramilletes de flores, dulces y confites, helados, cigarrillos, artículos de perfumería, etc., que ofrecían sus mercaderías.

Cuando el reloj del Palacio de Gobierno tocó las diez, se escuchó un estridente pitazo de la máquina y luego el primer disparo, que indicaba a los que no eran pasajeros, que abandonaran la cubierta. Siguiéron abrazos, besos, apretones de manos, los marineros izaron las anclas, y cuando siguió poco después un segundo disparo, las ruedas comenzaron a girar con mucho crujido, y el vapor se puso en movimiento. Siguió un tercer disparo, se arrió e izó tres veces la bandera del buque, lo que contestaron los buques anclados, y luego el *Príncipe de Gales* avanzó orgullosa y seguramente sobre la superficie lisa de la bahía hacia el mar abierto.

El viaje a Valdivia estaba casi desprestigiado entre los vecinos de Valparaíso y Santiago, pues después de haber sido destruída aquella ciudad por los araucanos y reconstruída más tarde por los españoles, se la usaba ahora para enviar a ella a los relegados.

Además, su situación, en la vecindad inmediata de los araucanos, no carecía de peligros y, en cuanto al clima, esta provincia no figura, por cierto, entre las privilegiadas, sobre todo en comparación con el magnífico clima de la parte central de Chile, y se decía en broma que allá llueve trece meses al año.

Si Valdivia no era un lugar agradable para los chilenos, yo me atenía a otros factores, que no me hacían sentir tanto esas desventajas. No temía al mal tiempo; por el contrario, el cielo siempre azul del Norte me tenía aburrido. Tampoco temía los peligros, y estaba anheloso de conocer y explorar el territorio araucano. Además, en Valdivia había una importante colonización alemana, de modo que me interesaba vivamente por la suerte de tantos compatriotas que habían encontrado allí una segunda patria.

La noche se presentaba muy obscura, fría y tempestuosa, y me despertó cerca de la medianoche un ruido extraordinario y el estampido de un cañón. Subí a cubierta, donde reinaba mucho movimiento, y me informaron que habíamos llegado a la altura del río Maule, a 35°21' de Lat. S., y nos encontrábamos frente al puerto de Constitución. Las nubes volaban veloces, la luna sólo salía por instantes, y la máquina trabajaba pesadamente contra las altas y encrespadas olas.

Como existía en la boca del río un gran banco de arena que sólo permitía la entrada a buques pequeños, el disparo había tenido por objeto indicar nuestra llegada al capitán del puerto, a fin de que despachara en un bote los pasajeros, la correspondencia y las mercaderías. El mar estaba muy agitado, el viento arreciaba por instantes y se transformó finalmente en temporal; éramos asaltados por olas cada vez mayores y más potentes, y aún cuando el capitán suponía que no sería posible despachar un bote a través de la peligrosa marejada, estaba obligado a esperar aquí media hora, pues desde tierra se había dado la señal de que nos habían observado. Casi había transcurrido ese lapso, y el capitán ya se estaba preparando para ordenar que se continuara el viaje, cuando se dio desde tierra la señal de que el bote del correo había salido. Entretanto, el temporal seguía en aumento, las olas se presentaban cada vez más elevadas, cayó un copioso aguacero, y la noche era tan obscura, que apenas se podía reconocer los objetos más cercanos. Mientras todos mirábamos con la mayor atención hacia donde debía aparecer el bote del correo, sin poder descubrir el menor rastro, se escuchó repentinamente desde el mar el llamado de auxilio de una poderosa voz masculina, y un instante después, aún más insistente, el grito conmovedor de una mujer joven. Luego se restableció el silencio, y sólo se oía el rugir del temporal y el crujido de la máquina. Todos los que nos encontrábamos sobre la cubierta, habíamos escuchado claramente, primero el grito de auxilio del hombre, después el de una mujer, tan cerca de nosotros, que no era posible una equivocación. El capitán y los marineros se alistaron para prestar inmediato socorro, pero después de haber iluminado todos los alrededores

ban cuernos de vacunos recortados y con un tapón de madera de fondo.

Después de habernos detenido una breve hora en Tomé, proseguimos nuestro viaje y, al cruzar la magnífica bahía, vimos a nuestra izquierda cerca de la playa el pueblo de Penco, situado pintorescamente entre grupos de árboles frutales y jardines, y las ruinas de Concepción. Esta opulenta ciudad se encontraba antaño en este lugar, donde la fundara Pedro de Valdivia el 5 de octubre de 1550 y los indios la destruyeron e incendiaron en 1554 y 1555. A pesar de ello, fue reconstruída poco después (por García Hurtado de Mendoza), pero sufrió la triste suerte de ser derribada cuatro veces por terremotos, en 1570, el 15 de marzo de 1657, el 18 de julio de 1730 y el 24 de mayo de 1751, como consecuencia de lo cual fue trasladada el 24 de noviembre de 1764 a dos leguas al interior, a orillas del río Bío-Bío.

Justamente frente a nosotros se encontraba la próxima meta de nuestro viaje, la ciudad de Talcahuano, situada románticamente en un faldeo, con antiguas fortificaciones españolas, al sur de la bahía a la cual dio su nombre. A mano derecha, hacia el Oeste, surgía del mar la isla Quiriquina, resguardando el puerto propiamente tal y de cuyas serranías, cubiertas por selvas vírgenes, caen cristalinos arroyos, formando cascadas sobre las rocas. En las laderas saltaban grupos de cabros cimarrones, los lobos marinos se asoleaban en gran número sobre las rocas, bandadas de choroyes giraban con gran bullicio alrededor de las plantaciones de manzanos e incalculables cantidades de gaviotas y otras aves marinas, graznando fuertemente, volaban en torno al barco. Este escenario adquiriría mayor movimiento aún con las blancas embarcaciones de los pescadores, que, en gran número, cruzaban el puerto y cuyas albas velas, iluminadas por el sol, se destacaban brillantemente del horizonte, y por una pareja de ballenas que se había aventurado hasta el puerto, donde lanzaban al aire grandes chorros de agua.

La navegación a través de la bahía duró sólo media hora, y llegamos a Talcahuano, situado a 36°42' de Lat. S. y 73°10' de Long O., donde el vapor se detuvo algunas horas, lo que nos

permitió ir a tierra. Talcahuano contaba unos 5.000 habitantes, era la principal estación de los cazadores norteamericanos de ballenas en la costa occidental de la América del Sur, y había por este motivo, a lo largo de la calle principal, que corre paralela a la playa, numerosos negocios norteamericanos de proveedores de buques, albergues de marineros, incontables bodegas de vino y cantinas y casas dedicadas a la prostitución. Antiguamente, Gran Bretaña enviaba también sus buques balleneros, y en 1830 había 91 surcando los mares vecinos, pero ahora eran principalmente de nacionalidad norteamericana. Cazaban a menudo animales de 20 metros de largo, que suministraban, además de otros productos, hasta 5 ó 6.000 galones de aceite.

Visitamos primero un restaurant, donde nos ofrecieron excelentes ostras, y luego salimos a recorrer la población. Llegados a la plaza principal, donde se encontraba una vetusta iglesia muy curiosa, pasamos a oír misa. ¡Pero quién hubiera podido describir nuestra extrañeza cuando escuchamos, mientras todos estaban arrodillados y oraban, que un organillo callejero tocaba una polka y otras de nuestras canciones profanas más conocidas, para aumentar el recogimiento! Como mis compañeros de viaje apenas pudieran contener la risa, procuramos salir a la brevedad posible, a fin de no molestar. Me propuse que si tenía suerte en mi expedición, regalaría a esa pequeña iglesia un organillo que tocara al menos hermosos corales.

Cerca de la playa afloraba un potente manto de carbón, que se prolongaba debajo de varias casas. Según Fitz-Roy, la costa se ha elevado en esta parte cerca de tres pies desde 1835.

Más o menos a las dos de la tarde abandonamos Talcahuano y, pasando frente a un promontorio en los $36^{\circ}48'45''$ de Lat. S., vimos la desembocadura del Bío-Bío, al que no pueden entrar los buques, debido a un banco de arena, por lo cual Talcahuano es el puerto de la ciudad de Concepción, situada a orillas de ese río. Pronto tocamos Coronel, pequeño pueblo que tiene mucho porvenir, debido a los yacimientos carboníferos de gran potencia que se explotan en él desde 1852. Además, se ha instalado allí también una fundición de

cobre, que aprovecha el combustible barato; la excelente arcilla que hay en el mismo lugar ha permitido instalar también una gran fábrica de artículos de cerámica, que produce ladrillos refractarios de buena calidad, objetos de arte, flores, estatuillas, etc. Dos leguas más al Sur llegamos al abrigado puerto de Lota, instalado igualmente sólo en 1850. Como aquí se encuentran los principales yacimientos de carbón y su explotación y exportación ya tenían importancia, se había construido un muelle de fierro de mucho costo, al cual atracamos y desde donde el carbón era vaciado directamente en las carboneras de nuestro vapor.

Los potentes mantos, que afloran con espesor de setenta pulgadas, habían sido reconocidos ya un buen trecho hacia el Norte, hasta el ya nombrado pueblo de Coronel, como también algunas leguas hacia el Sur, encontrándose en todas partes lignitos de buena calidad, muy semejantes a la hulla y que, por tal motivo, se empleaban, mezcladas con antracita británica, para calentar las calderas y como combustible de las fundiciones de cobre. Estas minas poseían ya poderosas máquinas de extracción y bombas para dominar el agua. Los mineros eran, en gran parte, de origen británico y habían sido contratados en Europa por el dueño. En la vecindad se encuentra Lotilla, donde también se producía carbón. En total, la provincia de Concepción producía entonces anualmente cerca de 15.000 toneladas (a 20 quintales), y se vendía la tonelada a 6 dólares (pesos).

Una vez abastecido de carbón, el vapor cruzó la hermosísima y espaciosa bahía de Arauco, pasando frente a la isla Santa María, que es baja, sin valor económico, y rodeada de peligrosas rocas. Se encuentra a $37^{\circ}02'48''$ de Lat. S. y según Fitz-Roy, se elevó cerca de ocho pies en el terremoto de 1835.

En la noche pasamos frente a la isla Mocha, situada entre $38^{\circ}19'$ y $38^{\circ}26'$ de Lat. S. y en el meridiano 74° , con largo de 7 y ancho de 3 millas inglesas, 15 de circunferencia y altitud de 1.250 pies. Se encuentra cubierta de bosques, tiene buena agua y suelo fértil, pero estaba despoblada y alimentaba sólo vacunos salvajes y una gran cantidad de ratones. Antes había en ella grandes manadas de lobos marinos, pero han dismi-

nuido mucho últimamente. Por un cuero de ellos, con largo de cuatro a cinco pies, se pagaban entre cuatro reales y un peso o dólar. En promedio, estos animales suministraban tres galones de aceite. Leones marinos, con un largo de cuatro metros y circunferencia de dos, eran ya muy raros; éstos suministraban cien galones de aceite y vivían antiguamente en grandes manadas. En esta isla desembarcó el 29 de noviembre de 1578 el famoso navegante Francis Drake, y se dice que algunos pequeños regalos que hizo se los retribuyeron con papas, que habría sido el primero en llevar a Europa.

En la mañana alcanzamos la desembocadura del río Imperial, a $38^{\circ}47'40''$, y en seguida la del Toltén, a $39^{\circ}07'45''$. Cuando pasamos cerca de la Cordillera de la Costa, muy abrupta, alta de unos 1.000 pies, y cubierta desde la cima hasta el espejo del mar por densa selva virgen, o frente a vegas planas, que podían estar pobladas por araucanos independientes, el paisaje me atrajo con un mágico encanto, y puse la mayor atención en descubrir indígenas, o al menos viviendas de ellos, pero no tuve éxito. Cuando nos acercamos, más o menos a las diez horas a un barranco abrupto situado frente a nosotros, vimos que la Cordillera de la Costa se interrumpe en esta parte, y cuando penetramos en un canal con ancho de 450 pies, situado entre elevadas orillas, nos encontramos luego en Corral, el magnífico puerto de Valdivia, situado a $39^{\circ} 52' 53''$ y $73^{\circ} 29'$ de Long. O. Se disparó un cañonazo de señal, rechinaron las cadenas del ancla, y había alcanzado mi primera meta.

La mañana en que largamos el ancla era hermosísima, y el cielo claro y límpido permitía reconocer nítidamente las bellezas del paisaje que nos rodeaba. La bahía se extiende casi cuatro millas inglesas en longitud y tres en latitud, y está completamente rodeada por serranías abruptas, que se elevan hasta unos mil pies, cubiertas desde la cima hasta el río de selva virgen. A la entrada, a la izquierda, a bastante altura sobre un promontorio rocoso y boscoso, en un lugar pintoresco, se hallan las ruinas del antiguo fuerte de Niebla y, a la derecha, las del San Carlos; y en medio de la bahía se eleva

del agua una isla encantadora, con una colina rocosa en medio, rodeada por praderas y árboles frutales, en la que se encuentran las ruinas del castillo de Mancera, construido en 1643 por el marqués de Mancera. Su destrucción data de la expulsión de los españoles y sus restos están cubiertos de enredaderas. En la orilla austral de la bahía, en la falda de la serranía se hallan las ruinas del mayor de los antiguos fuertes españoles, el de Corral, a cuyos pies se encuentra, a lo largo de la playa, formando terrazas, el pueblo homónimo. Desde allí se extiende un amplio y hermoso valle, ocupado por praderas, hasta los cerros, desde los cuales desciende un torrente cristalino, que mueve la rueda de un molino románticamente situado. Hacia el Noreste, desemboca en esta bahía el hermoso y ancho río Valdivia, cuyas orillas están engastadas igualmente por gigantescos árboles de la selva virgen, cuyas ramas caen hasta el agua, y si se sigue con la vista el curso del río, se ve al fondo el cordón de la Cordillera de los Andes, cubierto de nieve, con el gigantesco volcán Villarrica, que emitía sus nubes de humo al cielo.

Había vivido siete años en América, pero, con muy pocas excepciones, siempre en las regiones más áridas y tristes. El lugar que veía me recordaba los alrededores de los bosques alemanes, y el recuerdo de la patria lejana adquiría mayor vivacidad si examinaba con algún detenimiento la población que se extendía al pie del fuerte de Corral. Las pequeñas casas de madera, amables y tan aseadas, rodeadas de pequeños jardines, revelaban de inmediato, por su arquitectura, que pertenecían a alemanes, lo que luego confirmaron sus pobladores, quienes llegaron hasta nosotros en sus botes y me saludaron como compatriota.

Pronto el capitán de puerto y los funcionarios de la aduana visitaron nuestro vapor, y después de haber terminado las formalidades de rigor, subieron a bordo también muchos alemanes de Valdivia, que venían a recoger la correspondencia. Como el vapor se detuvo aquí sólo dos horas, para luego continuar su viaje a Puerto Montt, hubo necesidad de apu-

rar el desembarque de los pasajeros, correo y carga y embarcar lo destinado al Sur. Estaba tan encantado del paisaje, que acordé pasar el día entre mis compatriotas de Corral, en vez de dirigirme en bote a la ciudad de Valdivia, que se encuentra a una distancia de tres leguas. Por tal motivo, acompañé al dueño del hotel, herr Frank, oriundo de Breslau, mandé colocar mis baúles en su bote, y me dirigí con él a tierra, donde alcanzamos luego el hotel, una construcción reciente, situada cerca de la playa. Me dio una pieza muy acogedora y agradable en el segundo piso, desde la cual podía disfrutar de un magnífico panorama de la bahía, con la isla Mancera y las antiguas fortificaciones situadas en los faldeos de la serranía. Si ya me sentía como en mi país, este sentimiento se acentuó al ser llamado a almorzar, pues me rodearon varios alemanes de Valdivia, que me saludaron en la forma más amable. Eran los comerciantes J. Fehland, de Hamburgo, Theodor Becker, de Westfalia, Hermann Schülk, de la Marca de Bradenburgo, y el Dr. Hantelmann, de la Prusia Oriental, este último, médico contratado por el gobierno.

Además de ellos, estuvo también presente el maestro de la escuela alemana de Corral, Hermann Krause, casado con una hija del país, y quien, como su sueldo era muy modesto, al igual que el de todos los profesores, se ocupaba en hacer colecciones de flores, helechos y musgos, con cuya venta mejoraba su renta. Gracias a sus excelentes conocimientos botánicos, que le habían permitido descubrir ya muchas plantas en las selvas vírgenes, recibió desde Inglaterra, adonde las había enviado, el título de doctor en ciencias, y fue contratado, además, por el gobierno británico para emprender viajes a través de Chile, el Perú y los países del Ecuador.

Después del almuerzo hice un paseo con el señor Krause, a fin de disfrutar del magnífico panorama, y me mostró las antiguas minas auríferas de los españoles, que se encuentran en los faldeos de las serranías que rodean a la bahía, y también un manto de carbón que aflora en esa parte.

Capítulo IV

VIAJE POR EL RÍO, DE CORRAL A VALDIVIA

Me despertaron temprano al día siguiente, a fin de que me preparara para el viaje, pues en el río Valdivia se hace sentir la influencia de las mareas hasta una distancia de treinta millas inglesas. Es tan fuerte, que es preciso aprovechar la creciente para remontarlo, pues, en caso contrario, se necesitan cuatro o más horas para llegar a Valdivia, en vez de dos. El río tiene su origen en los lagos de Riñihue, Hanehue e Hitahue *, situados al pie de la cordillera andina, que son desaguados por él; lleva el nombre de Calle-Calle frente a los lugares de Quinchilca, Arique y Quitacalzones, y recibe el nombre de Valdivia sólo donde aquél se junta con el ancho río Cruces, frente a la ciudad de Valdivia; tiene cerca de mil pies de anchura al desembocar en el puerto de Corral.

Acepté la invitación de los amigos valdivianos, de viajar con ellos y, después de haber arrendado un bote para mis baúles, el nuestro, tripulado por cuatro vigorosos bogadores y provisto de buenas velas, se dirigió velozmente a eso de las siete de la mañana, a través de la bahía, hacia la desembocadura del río Valdivia. El mar estaba un poco agitado más afuera, y la amplia superficie de la bahía se había cubierto de pequeñas olas, cuya altura aumentaba a medida que nos alejábamos de la orilla. El bote hizo agua en varias oportunidades, y para achicarla fue necesario un esfuerzo permanente. Cuando alcanzamos la mitad de la bahía, se levantó un viento tan fuerte y las olas crecieron de tal manera, que mis acompañantes se sintieron hartos mal. Supe entonces que ha-

* El lago Hitahue se conoce ahora con el nombre de Calafquén; el de Hanehue, con el de Panguipulli. Treutler los hace figurar con estos últimos nombres también en su plano de la región, del que se desprende que en aquel tiempo no se conocía la región situada al Oriente de ellos, donde aparece en el plano el cordón de la Cordillera de los Andes. En realidad, siguen en esa parte otros lagos más, y el río Valdivia tiene su origen en territorio actualmente argentino, en el lago Lacar, que es el más oriental de ellos (N. del T.).

bía en la cercanía, precisamente frente a nosotros, una fuerte rompiente formada por dos rocas submarinas conocidas con el nombre de Las Dos Hermanas, paraje muy poco favorable, que ya había reclamado muchas víctimas. Cuando nos acercamos a esa rompiente, nos alcanzó la primera ola y entró tanta agua al bote que todos nos mojamos completamente, y apenas nos fue posible achicar lo suficiente para no hundirnos. De inmediato llegó la segunda ola, más fuerte y alta, que afectó el bote de tal manera que casi dio una vuelta de campana, de modo que uno de los bogadores se cayó al agua, y sólo por suerte lo salvaron. Pronto llegamos al río, donde avanzamos con rapidez, gracias a la marea creciente y a la vela que habíamos izado.

Las orillas de este hermosísimo río estaban cubiertas a ambos lados por tan densas selvas vírgenes, que las ramas de los árboles se extendían a menudo hasta muy adentro del río. Los exuberantes quilantos y colihuales formaban una muralla impenetrable y sólo se podía desembarcar en las pocas partes donde los colonos habían despejado el bosque, para formar algunos campos y establecerse. A nuestra izquierda, la Cordillera de la Costa se elevaba hasta una altitud de unos 1.000 pies, mientras a la derecha se extendía la Isla del Rey, formada por el río Futa, que desemboca en el Valdivia.

Después de haber navegado una hora entre los gigantescos árboles de la selva virgen, escuchando a nuestro alrededor los característicos gritos de los cuervos de mar (o patos yecos), que nos deleitaban al desaparecer repentinamente y volver a aparecer más allá, observé cerca de nosotros una bandada de cisnes chilenos, que emprendieron el vuelo cuando nos acercamos. Se distinguen de los europeos por tener un cuerpo completamente blanco, pero con cuello y cabeza negros.

En la desembocadura del Futa, el río Valdivia hace una aguda curva, formando un codo y se dirige al Norte. Hasta entonces había contemplado frente a nosotros en el horizonte el volcán Villarrica, cubierto de nieve casi eterna, y luego vimos las torres de la ciudad de Valdivia. Navegando más cerca de la orilla, observé sobre uno de los troncos salientes de

los árboles un hermoso pájaro del tamaño de un carpintero, que miraba tranquila e incesantemente al río, y me informaron que se llama pescador, pues vive primordialmente de peces.

Las orillas eran ahora más bajas a ambos lados, y se veían las primeras casas de colonos alemanes, rodeadas por pequeños campos y huertas, en torno a las cuales volaban bandadas de choroyes con formidable bullicio, y se habían aposentado torcazas en tan gran número que cubrían literalmente las ramas de los árboles.

Acercándonos cada vez más a la ciudad, alcanzamos la desembocadura del amplio río Cruces, que junta sus aguas con las del Valdivia al Sur de la isla Valenzuela *, poblada únicamente por alemanes. Después de haber proseguido la navegación otro trecho, las orillas se elevaron a ambos lados hasta una altitud de unos sesenta pies, y llegamos con toda felicidad al muelle de Valdivia.

Desde allí subí por una calle muy empinada a la ciudad y me dirigí al hotel alemán Saelzer, donde arrendé un agradable alojamiento, al que pronto pasaron a saludarme cariñosamente muchos compatriotas.

Capítulo V

LA CIUDAD DE VALDIVIA Y SUS POBLADORES. LA AGRICULTURA DE LA PROVINCIA

Aproveché la primera semana de mi estada para recoger informaciones precisas y completas acerca de la ciudad de Valdivia, situada a $39^{\circ} 49' 02''$ de Lat. S. y $73^{\circ} 10' 30''$ de Long. O., como también para recorrerla. Como ya se indicó, fue fundada en 1552 por el conquistador español Pedro de Valdivia sobre una colina de unos ochenta pies de altura, estra-

* Ahora llamada Teja (N. del T.).

tégicamente muy bien situada, pues está protegida al Oeste, Norte y Este por el río Valdivia, cuyo ancho es aquí de unos quinientos pies, en tanto que el terreno que queda al Sur es pantanoso y poco transitable.

Sobre la cima aplanada de la colina trazó, al igual que en todas las ciudades de origen español, una plaza de quinientos pies por lado, frente a la cual se encontraban la iglesia, el cabildo y la prisión, y rodeó a esta ciudad, construída totalmente de piedras y ladrillos, de murallas y puertas fortificadas. Gracias a los numerosos lavaderos de oro de los alrededores, y al comercio e industria, la ciudad alcanzó pronto un gran bienestar; se fundaron también en ella un convento y una casa de moneda *.

Por muy protegida que pareciera la ciudad contra los ataques de los indígenas, fue asaltada, saqueada e incendiada en la noche del 24 de noviembre de 1599 por un intrépido jefe araucano, el toqui Paillamachü, quien con su gente cruzó a nado el ancho río. Fueron arrasadas las fortificaciones, muertos los varcnes y sometidas a la esclavitud mujeres y muchachas.

En 1645 fue reconstruída parcialmente por el general Leiva, por orden del virrey del Perú, Pedro de Toledo, pero ya no con material sólido, como antes, sino que se levantaron sobre las ruinas sólo pequeñas casas de madera.

Cuando el gobierno chileno elevó este territorio en 1826 al rango de provincia, Valdivia quedó de capital, como sede de un intendente. La población aumentó un poco, pero la ciudad fue empleada por el gobierno principalmente como lugar de relegación, y sólo cuando se radicaron en ella los inmigrantes alemanes, cambió su miserable aspecto y se modificaron radicalmente las condiciones en que se encontraba.

Entre los años de 1830 y 1837, el emprendedor ingeniero y mayor Bernardo Eunom Philippi, oriundo de Cassel, visitó repetidas veces este pueblo y exploró la provincia. Después de haber vivido en ella más tarde, entre 1841 y 1847, recorriendo de nuevo su territorio, estimó que era conveniente

* Era, en realidad, una fundición de tejos de oro (N. del T.).

dirigir hacia allá una corriente de inmigración alemana y procurar a sus compatriotas una nueva patria, bajo condiciones que, aunque no fueran brillantes, les ofrecieran al menos algunas ventajas.

Para este fin confeccionó un mapa de este territorio, y se dirigió en 1848 a Europa, con el propósito de hacer una campaña a favor de la colonización, lo que logró fácilmente, en atención a las condiciones políticas reinantes entonces en Alemania, sobre todo en la región de que él mismo provenía: Hessen-Cassel.

Después de haberse domiciliado varios alemanes en la provincia de Valdivia mientras el mayor Philippi todavía se encontraba en Alemania, llegaron en 1849 y 1850 varios buques con emigrantes directamente desde Alemania al puerto de Corral *. Los comerciantes, médicos, artistas, etc., miembros de estos grupos, permanecieron algunos en Valdivia, o se dirigieron al interior, al pueblo de La Unión, que queda a una distancia de doce leguas, y al de Osorno, situado a dieciocho leguas. Los agricultores recibieron terrenos en la isla Teja o Valenzuela, situada frente a Valdivia, separada de la ciudad sólo por el río, los que fueron repartidos entre 95 alemanes; otros se radicaron a lo largo de los ríos, o bien más al interior.

En 1851 llegaron 600 alemanes a Corral. El pueblo de Valdivia tenía ya en aquel tiempo cerca de 2.000 habitantes, entre los que se contaban 600 alemanes, y su población continuó aumentando mucho hasta 1859, cuando yo llegué a la ciudad.

* Este relato de la inmigración alemana es muy abreviado y contiene algunos errores. Philippi, Kindermann y otros indujeron a los primeros inmigrantes alemanes a venir al país por su propia iniciativa, radicándolos en 1846 en la hacienda Bellavista, cerca de La Unión. Las excelentes experiencias hechas con ellos, motivaron que el Gobierno se interesara por una inmigración en mayor escala, siendo comisionado entonces Philippi oficialmente para dirigirse a Alemania, a fin de contratar colonos por cuenta del Gobierno. El primer grupo llegó a Corral en noviembre de 1850, en el buque *Herrmann*, siendo recibido por el encargado de llevar a efecto la colonización, Vicente Pérez Rosales, quien relata detalladamente la historia de la colonización en su obra *Recuerdos del Pasado* (N. del T.).

El creador de esta colonización alemana, el mayor Bernardo Philippi, regresó también desde Europa a Valdivia, publicó una pequeña obra sobre la provincia y no trepidó en sacrificios, trabajos y peligros, para seguir realizando sus planes de colonización. Continuó sus viajes de explorador, pero no tuvo la satisfacción de ver coronado por el éxito su proyecto favorito, como ha ocurrido ahora. En una de sus exploraciones al otro lado de los Andes fue asaltado por los patagones, asesinado y, como sostienen muchos, devorado por los indios *. Sin duda, se conservará para siempre un recuerdo honroso y agradecido a este valiente luchador por el progreso y la civilización, quien creó mediante un gran sacrificio de tiempo, dinero, salud y, finalmente, de su vida, una patria nueva y feliz a tantos alemanes.

Un hermoso día de otoño recorrí con algunos conocidos la ciudad y sus arrabales. La plaza principal no se hallaba pavimentada y el suelo estaba formado, al igual que el de las calles, por una tierra gredosa rojiza, que es aurífera, de modo que después de fuertes aguaceros se encuentran en ella trozos de oro con valor de 3 a 15 marcos. Las casas situadas en los costados de la plaza, antiguas, bajas e inaparentes, pertenecen en su mayoría a antiguos vecinos. Sobre el costado occidental se elevaba una iglesia construida por el ingeniero Frick, de Berlín, con dos torres altas, y al lado se encontraba un recuerdo de tiempos antiguos: el cabildo, construido de piedra y ladrillo, con la cárcel; en este edificio se reunía la Municipalidad.

Desde esta plaza salían calles rectilíneas hacia los cuatro puntos cardinales, las que eran cortadas en ángulo recto por otras. Excepción hecha de un antiguo cuartel, las dos calles

* Después de su regreso de Alemania, Philippi no volvió al territorio de colonización, sino que fue designado gobernador de Magallanes. Le correspondió actuar allá después del sangriento levantamiento de Cambiaco. En una excursión que realizó para retribuir una visita que había recibido de parte de un grupo de indios patagones, fue asesinado en noviembre de 1852. Los patagones no son antropófagos, de modo que no consumieron su cuerpo, el que no ha sido encontrado, aunque lo fuera el de un soldado que lo acompañaba (N. del T.).

que bajaban hacia el Oeste, al río, estaban ocupadas casi solamente por vistosas casas de inmigrantes alemanes, que se destacaban muy marcadamente por su aseo y hermosa arquitectura de las antiguas construcciones nacionales. Estas calles terminaban en el malecón, a lo largo del cual existía otra fila de casas de alemanes.

Desde la plaza principal hacia el Sur se extendía una calle larga, en cuyo comienzo quedaban los dos vistosos hoteles alemanes de Springmüller y Saelzer, el último de los cuales era mi alojamiento; al lado había varios otros edificios, también de dos pisos; al frente se encontraba la Intendencia y la casa comercial de primera categoría, de los señores Fehland y Becker. Un poco más allá existía un monasterio, pero construido sólo de madera, donde vivía el prior de las misiones de la provincia de Valdivia, padre Lorenzo de Verona, quien daba instrucción a varios niños indígenas. Más allá se veían las ruinas de la antigua muralla de la ciudad, sobre las cuales se elevaba una torre maciza bastante alta. Desde ahí la calle se seguía extendiendo mucho más allá, alternando casas y huertas, con muchos manzanos y canelos, dando estos últimos su nombre al barrio.

En sentido contrario a la plaza principal, es decir, hacia el Norte, corría una calle hasta la punta formada por el río, y como en esta parte había muchos manzanos y perales, ese barrio llevaba el nombre de Las Manzanas.

La calle más larga era la que se dirigía desde la plaza principal hacia el Este; bajaba bastante abruptamente y también en esta parte se elevaba una antigua torre sobre las ruinas de las murallas de la ciudad. Comenzaba en seguida un camino bastante bueno, construido por los ingenieros alemanes Frick, Lagrèze y Harnecker, que conducía hasta el caserío de Futa, situado a cuatro leguas al interior. A lo largo de él había una fila de casas y posesiones rurales, como también los cementerios católico y protestante, que eran muy bonitos, y, finalmente, una gran quinta, donde se encontraba un salón de cerveza, con billar y cancha de palitroque, muy frecuentado.

Después de haber conocido la ciudad de Valdivia, tomé

un bote y me dirigí a la isla Teja o Valenzuela, separada por el río Valdivia, que tenía en esta parte un ancho de unos quinientos pies. Está comprendida entre los ríos Valdivia y Cruces y por el pequeño brazo que los une, el Cau-Cau, y tiene 350 cuadras (una cuadra son 15.730 metros cuadrados). La parte occidental era un poco pantanosa, la oriental, en cambio, algo montañosa, de modo que se podía estimar que cien cuadras no eran cultivables.

La isla estaba poblada únicamente por colonos alemanes, que pagaban al Gobierno una renta vitalicia de 500 pesos al año. Era muy fértil, se encontraba en muy buen estado para ser cultivada, y había en ella tantos manzanos, que se podían preparar 1.000 barriles de chicha. Mirada desde el desembarcadero de Valdivia, ofrecía un bellissimo golpe de vista. Frente a él, sobre la orilla del río, a una altura de más o menos 40 pies, se encontraba la magnífica cervecería de herr C. Anwandter, procedente de Calau. Consistía en un gran edificio principal, de dos pisos, y otros secundarios muy amplios, rodeados por cuidados jardines, que ostentaban los más hermosos árboles frutales y flores.

Deslindaba con esta propiedad, separada de ella por jardines, una gran curtiduría, perteneciente a herr Schülke, de Brandenburgo y que también era un establecimiento de gran importancia. Comprendía un gran edificio en la playa, detrás del cual se encontraban varios patios con los talleres. Contiguo a esta fábrica había un predio perteneciente a herr Teichelmann, de Potsdam, sobre el cual se había construido un edificio muy elegante, a orillas del río; los huertos correspondientes se extendían hasta el Cau-Cau.

El clima de esta ciudad y de sus alrededores no es agradable, y si bien no se tiene que sufrir tanto por el calor como en las provincias septentrionales de la República, ni por un exceso de frío, como en Alemania, llueve a menudo y muy fuerte. ¡Qué diferencia entre esta región y la del Desierto de Atacama, donde había vivido casi siete años y donde normalmente sólo llueve una vez al año, y eso durante algunas horas! Nieva muy raras veces, y si ocurre, la nieve se derrite de inmediato. El viento del Noroeste trae siempre lluvia y pre-

domina en el invierno; el viento del Sur provoca, en cambio, casi siempre buen tiempo y predomina en verano.

Hallé que era interesante el cambio de régimen en el clima que ocurre a la altura de la Isla Mocha, frente a la cual pasamos en el viaje de Valparaíso a Corral, pues al Norte de ella se presenta muy a menudo excelente tiempo, con cielo azul, y hacia el Sur el cielo está normalmente cubierto y predominando tiempo lluvioso. Como este marcado límite se presenta en el lugar en que comienzan las densas selvas vírgenes australes, uno estaría autorizado para deducir que las copiosas lluvias de Valdivia provienen de las selvas vírgenes *. Las tempestades eléctricas y el granizo son muy raros, y hay muy pocos temblores, lo que seguramente se debe al volcán Villarrica, que se mantiene en actividad en esta región **.

A pesar de las grandes precipitaciones y de la atmósfera húmeda, el estado sanitario de Valdivia —como el de toda la provincia— era excelente; no se presentaban jamás las viruelas, las fiebres y otras enfermedades epidémicas; para protegerse los pies de la humedad, todos los habitantes, chilenos y alemanes, usan siempre zuecos cuando salen. Había aquí también un buen lazareto, donde estaba ocupado con un sueldo anual de 800 pesos el Dr. Hantelmann, de Posen, quien tenía su consulta principal en Valdivia. Además, trabajaba ahí también el Dr. Volpert, de Wurtemberg.

A pesar de ser protestantes casi todos los alemanes emigrados a esta ciudad y de haberse establecido también un pastor con su familia en las cercanías, junto al río Cruces, no disponían de una iglesia u oratorio, sino sólo de un cementerio

* La deducción contraria es la exacta: hay selvas densas debido a la cuantía y distribución de las precipitaciones. El fenómeno del cambio de régimen climático fue observado acertadamente por Treutler, revelando su admirable espíritu de observación, que se expresa a lo largo de toda su obra. La causa consiste en que hasta la altura de la isla Mocha existe una temporada seca, la que desaparece al Sur de esa isla, favoreciendo así el crecimiento de una vegetación mucho más densa (N. del T.).

** Ya se expresó que en tiempos de Treutler se creía que la sismicidad estaba relacionada con el volcanismo, lo que actualmente ya no se admite. Falta, sin embargo, una explicación para la diferente sismicidad en las diversas regiones del país. (N. del T.).

muy hermoso. Como los alemanes tenían que bautizar a sus hijos, se procedía a hacerlo según el rito católico, y cuando un alemán contraía matrimonio con una chilena, el alemán tenía que hacerse católico. Por lo general, los protestantes trataban los asuntos religiosos con poco entusiasmo y superficialmente, mientras que de parte de los sacerdotes católicos se hacía todo lo posible para conseguir prosélitos.

En lo referente a escuelas, había una primaria fiscal para niños y otra para niñas y también un colegio, una especie de liceo, cuyo director era el profesor Boeck. Además de estos establecimientos nacionales, existía también un colegio alemán, con cerca de 40 alumnos, donde enseñaban herr Schmär, de Oppeln, y herr Sander, de Breslau.

Valdivia era la capital de la provincia, dividida en los departamentos de Valdivia y La Unión, y sede del intendente. La fuerza armada de guarnición en la ciudad era una batería de artillería.

En toda la provincia había, en 1855, sólo 18.227 habitantes, de los cuales correspondían 8.935 al departamento de Valdivia y 9.292 al de La Unión. En 1859, en cambio, la inmigración había hecho aumentar la población a más de 22.000.

Considerando su escasa población, el comercio de Valdivia era importante, lo que tenía su causa en que todas las mercaderías procedentes desde afuera y destinadas a la ciudad y al interior, ingresaban por los puertos de Corral y de Valdivia; y, a la inversa, la exportación también pasaba por estas plazas.

La importación fue de 362.799 pesos, entre el 1º de mayo de 1859 y el 31 de abril de 1860.

Gracias a las inmensas selvas que había en la provincia de Valdivia y que se encontraban inmediatas a la orilla del mar o junto a los ríos navegables, uno de los principales artículos de exportación eran las maderas, las cuales tenían excelente calidad, lo que favorecía su comercio. Se exportaba, en primer lugar, alerce. El árbol que suministra esta madera tiene una altura de 125 a 140 pies, y su tronco alcanza a veces la enorme circunferencia de 25 pies. Pero no se lo exporta como tronco, sino cortado en forma de vigas, postes y, so-

bre todo, en tablas. La madera es rojiza y tan fácil de rajar que antes se fabricaban las tablas únicamente con la ayuda de un hacha y cuñas, sin usar sierras. Es muy resistente al calor, frío y humedad, y se han visto vigas que parecían nuevas al cabo de centenares de años. Uno de estos árboles da a menudo cerca de 1.000 tablas cortadas con longitud de nueve pies y nueve pulgadas de ancho; la docena vale, por lo general, tres pesos.

Debido a la apreciable exportación, no se encuentra ya alerce cerca de los ríos, y como siempre crece en las cimas de las serranías, el transporte es un trabajo difícil. Mucha gente se ocupa durante todo el año en la búsqueda de tales selvas, y las gratifican pródigamente, de acuerdo con la cuantía de sus hallazgos.

Otro árbol importante para la exportación es el roble, una especie de haya, que tiene madera resistente y muy usada en construcciones, sobre todo para durmientes de ferrocarriles. También este árbol crece muy alto y alcanza a menudo una circunferencia de veinte pies.

Debe enumerarse también el coigüe, que alcanza igualmente enormes dimensiones; de él se fabrican sobre todo las canoas, con capacidad de carga, a veces, de cien quintales. Como maderas de construcción y ebanistería tienen importancia también el pellín, el lingue, el laurel, el ulmo, el temú, el ciprés, el pino,* y la luma; el maitén se usa como leña.

Se construían también buques en Valdivia y varios alemanes se ocupaban de esta actividad, pero sólo se hacían embarcaciones menores. Muy importante para las comunicaciones era la línea de vapores que se había establecido desde Valparaíso a lo largo de la costa, hasta la otra zona de colonización situada más al Sur, en Puerto Montt. El día 10 de cada mes se dirigía un vapor grande y elegante, perteneciente a la *Pacific Steam Navigation Co.*, desde Valparaíso a ese puerto, adonde llegaba en ocho días, para regresar a Valparaíso des-

* Mañío, lleuque (N. del T.).

pués de dos días de estada, volviendo a tocar todos los puertos.

Los sueldos y salarios eran, por supuesto, muy bajos, de acuerdo con la vida barata, aunque no tan pequeños como en las provincias de Maule y Concepción. El peón ganaba en Valdivia cuatro reales al día (dos marcos), pero como la mayoría de ellos son madereros y trabajan a trato, ganaban, por lo general seis reales. El pago se hacía semanalmente, pero no en Valdivia, sino en los bosques donde estaban ocupados, y no en dinero, sino en tablas de alerce. De este modo, se veía todos los sábados a centenares de hombres, mujeres y niños, que salían de los bosques con tablas sobre la cabeza, para dirigirse a Valdivia y pagar con ellas sus compras en el comercio. Todos los comerciantes, como los carniceros, panaderos, etc. disponían de depósitos de tablas en sus patios, y cuando juntaban una cantidad apreciable, la vendían a las barracas de maderas. Circulaban muy pocas monedas de oro y plata, y sólo desde hacía pocos años se acuñaban monedas de cobre, piezas de un centavo, de las que correspondían cien al peso. Estas monedas no eran aceptadas por nadie en las ricas provincias septentrionales, por lo cual se habían desplazado a Valdivia. Así podía ocurrir, por ejemplo, que se pagara un precio de centenas e incluso miles de pesos en monedas de esta índole, siempre que no se hubiera convenido otra cosa. De la misma manera se cancelaban las letras, y no olvidaré el caso de una casa comercial de Valdivia, que pagó una de 500 pesos en monedas de cobre, que me ví obligado a retirar en un carretón. Aún cuando estos centavos eran embalados casi siempre en rollos de 50 ó 100 unidades, era muy molesto llevar sencillo equivalente a un peso, para comprar algo, y mucho más cuando se trataba de una suma mayor.

A pesar de que procedían de diversos países de Alemania, los germanos se comportaban muy solidarios en la vida pública y en la sociedad, y jamás tuve oportunidad de conocer en la América del Sur una ciudad donde predominara la concordia como en Valdivia. Como todos los inmigrantes habían

adquirido nacionalidad chilena, procedieron solidariamente también en asuntos políticos, y la Municipalidad estaba constituida en su mayoría por alemanes. El Club Alemán se encontraba en el hotel Saelzer y sus miembros eran muy numerosos; existía un estricto control de éstos, no admitiéndose a individuos que hubieran cometido actos deshonorosos, o expulsándose a los miembros que incurrieran en ellos.

Además de un comedor y de salones de billares, este club poseía una hermosa sala de baile con un buen piano de cola, y una sala de lectura con buena biblioteca para la que se adquirían siempre las obras más novedosas y se mantenían suscripciones a varios diarios.

Había también un club alemán de tiro al blanco y una compañía alemana de bomberos, con buenas bombas.

La agricultura de la provincia se encontraba, en 1859, en un nivel muy bajo, pues los chilenos y los indios, poco empeñosos, sembraban solamente la cantidad de maíz, trigo, papas y habas que necesitaban para su sustento, sin preocuparse de cultivar una mayor cantidad de productos para la exportación *.

El arado que usaban era muy primitivo, pues consistía en un tronco que se afirmaba en el yugo de los bueyes y en cuya extremidad se sujetaba un gancho de tres cantos, de madera de luma muy dura; la rastra consistía en un montón de ramas espinosas; segaban los cereales con echona y los trillaban con yeguas, que giraban a toda carrera en una cancha redonda, con el suelo endurecido. No había molinos para hacer harina, sino que las mujeres trituraban los granos sobre una piedra plana de cierta dimensión, con la ayuda de otra piedra redonda y aplanada.

Los pobladores de la provincia se dedicaban muy poco a los cultivos antes que llegaran los colonos alemanes, pero te-

* La causa de esta falta de interés por los cultivos no era la flojera, sino la imposibilidad de transportar los productos a los mercados, por falta de caminos, como también la imposibilidad de exportación a Europa antes de iniciarse la navegación a vapor a aquel continente, por ser los fletes demasiado elevados. (N. del T.).

nían, en cambio, un interés mayor por la ganadería, que les exigía poco o ningún trabajo y que no requería mucho esfuerzo. Los rebaños de caballos, vacunos, asnos y ovejunos permanecían durante todo el año en los pastizales al aire libre y pasaban el invierno en los bosques, donde se alimentaban de la quila y del colihue, y como apenas la octava parte de los árboles pierde el follaje, estaban protegidos contra los temporales y la lluvia.

Los vacunos, introducidos en 1548 por los españoles, eran de excelente raza y se habían propagado enormemente.

La actividad principal de los campesinos consistía en realizar de vez en cuando un rodeo de esos rebaños y lacear los animales que debían ser beneficiados u ordeñados. Las vacas eran amarradas en seguida en la vivienda, a fin de ordeñarlas y preparar algo de mantequilla y, sobre todo, queso, que disfrutaba de excelente reputación en toda la República y se embarcaba hacia el Norte en cantidad. En estos rebaños había una curiosa variedad de vacunos, la de los "ñatos", más pequeños que los restantes y con la nariz y el labio superior muy cortos, de modo que se les veían los dientes y se asemejaban a un *bulldog*, a lo que contribuía también la circunstancia de que perdían a menudo las orejas en sus luchas con los pumas.

Los caballos de esta provincia son de origen andaluz, no muy grandes, pero vivos, robustos, resistentes y muy hábiles. Aprenden a bailar, se detienen en medio de la carrera a una señal, como clavados en el suelo, realizan fácilmente los mayores esfuerzos y son poco sensibles al hambre y la sed. Su pezuña es fuerte y sólo en las ciudades se los hierra. También ellos pasan el verano e invierno al aire libre. Su precio es muy variable: se los podía adquirir desde diez pesos para arriba, siendo buenos los que valían entre veinte y veinticinco pesos. Había también una raza muy pequeña, una especie de ponies o "chilotes", muy resistentes y fogosos, que se obsequiaban a los niños.

Para hacer viajes eran muy solicitados los de paso caste-

llano, que eran mejor pagados que otros. También en esta provincia, todos montaban a caballo, y aun el más pobre poseía uno de estos animales, sin excluir a los mendigos y ciegos, y era costumbre no andar a pie ni siquiera algunas centenas de pasos.

La crianza de ovejunos se encontraba todavía en un estado muy poco satisfactorio y se mantenía a estos animales más bien por la carne y los cueros que por la lana. La vigilancia de los rebaños estaba a cargo de perros extraordinariamente habilidosos, que llegaban a ser excelentes vigilantes, gracias a que inmediatamente después de su nacimiento se les entregaba a una oveja que los amamantaba.

Además, encontré aquí mulas, porcinos, cabrios, pavos, pollos y gallinas, gansos, patos y palomas.

La caza suministraba lobos marinos, huillines, una especie pequeña del ciervo *, guanacos, zorros, torcazas, becasinas, chorlos y choroyes, pumas, gatos monteses y también vacunos cimarrones o baguales.

Los ríos abundaban en buena pesca y había, sobre todo, pejerreyes, truchas, angulas y peladillos. El mar suministraba, en cuanto a peces, sobre todo el preferido róbalo y la corvina, conociéndose también un pez, el peje-sapo, que producía sonidos debajo del agua; además, había mariscos comestibles, ostras, choros y piures. Había muy pocos reptiles e insectos. Plantas marinas comestibles eran el cochayuyo y el luche.

Frutas silvestres eran las nueces del avellano, el maquí, que es una baya negra y muy dulce, y la murta, una fruta muy aromática, de color rojo y semejante a la baya de arándano, que crece en arbustos con altura de cinco pies. Además se consumía mucho el tallo del pangue, que es una mata de unos cuatro pies de altura y hojas muy grandes, con diámetro de dos a tres pies, que contiene un jugo muy refrescante y agradable.

* El pudú (N. del T.).

Capítulo VI

PRIMERA EXPEDICIÓN AL TERRITORIO DE LOS ARAUCANOS INDEPENDIENTES POR SAN JOSÉ, MEHUIN Y QUEULE, HASTA TOLTÉN

A pesar de haberme propuesto permanecer sólo algunas semanas en Valdivia, a fin de reunir informaciones fidedignas y precisas acerca del territorio de los araucanos independientes, y realizar en seguida mis expediciones a su territorio, llevaba ya dos meses en la ciudad. Me obligaron a ello, por una parte, aguaceros ininterrumpidos y, por otra, ciertas noticias que supe. De acuerdo con ellas, los senderos que llevaban a aquel territorio eran casi intransitables en esa temporada, pues los ríos, vadeables en otros meses, tenían ahora mucho caudal y eran correntosos. En muchas partes habían inundado también los terrenos vecinos y, al tener que cruzarlos a nado, se ahogaban frecuentemente los caballos y mulas. Cuando se alcanzaba el territorio indígena por fin de tantos esfuerzos, dificultades y hasta peligros de muerte, se presentaban nuevos obstáculos para obtener la hospitalidad de una tribu. En efecto, en ese tiempo se hacía la cosecha de las manzanas, a cuya terminación los indios preparaban su bebida preferida: la chicha de esa fruta. Le tenían tal afición que pasaban todo el otoño en borracheras, tanto en sus propias casas como en la vecindad y se encontraban siempre ebrios.

Como alemán, estaba expuesto, además, a un peligro especial: los revolucionarios del Norte habían invitado a los araucanos a plegarse a ellos y derrocar al Presidente Montt. Para lograr su propósito, habían propagado la noticia de que el Gobierno tenía el propósito de obsequiar todas las tierras de los indígenas a los colonos alemanes. Estos invadirían pronto su territorio, con una gran fuerza, a fin de someterlos y, una vez dueños de las tierras, explotarían de nuevo las antiguas minas auríferas, en las cuales los indios tendrían que trabajar como esclavos, igual que sus antepasados.

Prestando oído a tales rumores, el poderoso cacique Manil ya se había plegado con varias reducciones a los revolucionarios, invitando a las tribus vecinas a hacer lo mismo. Pro-

yectaban iniciar la campaña con un ataque a la ciudad de Valdivia, donde debía darse muerte a todos los varones, reducir a la esclavitud a las mujeres e incendiar y destruir totalmente la ciudad después de haberla saqueado.

Con estas noticias y como es fácil comprender, reinaba en Valdivia gran consternación, sobre todo porque había escasas fuerzas militares disponibles y se tenía que esperar poca ayuda militar del Gobierno, dada la situación en que se encontraba el país. Por este motivo, todos los alemanes se armaron en la mejor forma que pudieron, realizaban diariamente ejercicios militares y practicaban el tiro al blanco, a fin de presentar la mayor resistencia posible a los indígenas.

En estas críticas condiciones, el Intendente de la provincia, don Ruperto Solar, ordenó que los "capitanes de amigos", señores Adriano Mera y Jaramillo, se dirigieran inmediatamente al territorio araucano, a fin de tranquilizar a los indígenas y convencerlos de que no participaran en el levantamiento, ni alentaran proyectos contra Valdivia y los alemanes.

Estos "capitanes de amigos" eran individuos pagados por el Gobierno, que dominaban completamente la lengua araucana y eran respetados por los indígenas, actuando como intermediarios entre éstos y los chilenos.

Sí —como se desprende de lo dicho en las líneas precedentes— era penoso y peligroso para estos "capitanes de amigos", penetrar al territorio de los indios sublevados, mucho más lo era para mí como alemán, el iniciar mi expedición en tal momento. Sin embargo, mi deseo de llegar a conocer ese interesante territorio y sus pobladores era tan vehemente, que acordé no dejar pasar la oportunidad que se me ofrecía de viajar bajo la protección de uno de estos "capitanes de amigos". De tal manera participé al Intendente que deseaba acompañar al capitán Jaramillo, quien iba a avanzar a lo largo de la costa hasta el río Toltén.

Si mi plan primitivo había consistido en permanecer cerca de un año en territorio araucano, a fin de lograr los objetivos que me había propuesto, las condiciones me obligaron a regresar en pocas semanas, lo que me obligó, a su vez, a modificar mi plan.

Mi programa principal comprendía los siguientes puntos:

- 1º Explorar en lo posible el territorio araucano situado entre los ríos Toltén y Calle-Calle y levantar un mapa de él;
- 2º Estudiar las condiciones geológicas y mineralógicas del territorio y obtener una información precisa acerca de su riqueza aurífera;
- 3º Buscar terrenos cultivables, apropiados para ser adquiridos y colonizados;
- 4º Reconocer las comunicaciones por agua y tierra desde esos terrenos hasta el territorio cristiano;
- 5º Visitar los boquetes que conducen desde ese territorio a la República Argentina y estudiar si se prestan para construir un ferrocarril entre los océanos Pacífico y Atlántico;
- 6º Visitar las antiguas y ricas minas auríferas de los españoles;
- 7º Reconocer las ruinas de la antigua y próspera ciudad de Villarica, donde los españoles habían enterrado grandes tesoros antes de que los expulsaran, los que todavía no habían sido encontrados;
- 8º Hacer, si fuera posible, la ascensión del volcán Villarica, explorarlo y medirlo;
- 9º Estudiar las costumbres y la lengua de los araucanos;
- 10º Inducirlos por medio de la persuasión y de obsequios a vender terrenos a los cristianos;
- 11º Obtener que permitan el establecimiento de misiones en su territorio y que se propague la religión cristiana; y
- 12º Lograr que devuelvan, mediante rescate, las mujeres y jóvenes cristianas que mantenían como esclavas.

Bajo las condiciones reinantes, naturalmente, me tenía que limitar a los primeros puntos, es decir, a adquirir un conocimiento general del territorio, su población y sus condiciones, sin que los indígenas se enteraran de mis verdaderos propósitos. Debido a los sufrimientos, e incluso los desastres, que los antiguos españoles habían infligido a las tribus indígenas de la parte occidental de la América del Sur, por su codicia del oro, los indios consideraban a todo extranjero como enemigo y lo designaban con la palabra *huinca*. En todo caso, mi empresa era muy temeraria, pues los araucanos son desconfiados por naturaleza, y si tienen la menor sospecha de que se pretende molestarlos en sus pasiones y costumbres, o en la posesión de su territorio, es de esperar siempre una reacción violentísima, que puede llegar hasta el asesinato del intruso. Como con todos los pueblos primitivos, no hay otro recurso para mantener relaciones con ellos en su territorio, que el de dedicarse al comercio de ciertas mercaderías que no se encuentran en su país, y que les permiten satisfacer su vanidad, su afán de adornarse y embriagarse. Así, me decidí a desempeñar papel de un mercader dedicado al trueque de tales productos por ganado, esperando lograr mejor mis propósitos con este disfraz, sin suscitar desconfianza.

El capitán Jaramillo quería iniciar su viaje dentro de dos días, por lo cual me apresuré a adquirir todos los objetos que necesitaba para mi persona en una expedición de esta índole, como también todas las mercaderías apropiadas para el cambalache. Contraté los servicios de un lenguaraz, un indio bautizado que dominaba tan bien el araucano como el castellano, de dos mineros y de algunos arrieros. Adquirí, además, los caballos necesarios para mí, para mi mozo, el lenguaraz y los mineros, con sus respectivas monturas y frenos completos, como también las armas necesarias y seis mulas para el transporte de las mercaderías. Yo mismo llevaba un sable y un revólver, y entregué a mi mozo una carabina de dos cañones, y todo el personal restante recibió sables, pistolas y machetes (que eran cuchillos grandes, de medio pie de largo y cuatro pulgadas de ancho).

Durante largos días, el tiempo había estado nublado y llu-

vioso, pero, por fin, se disiparon las oscuras masas de nubes y neblinas, y el sol comenzó a calentar amablemente la tierra, lo que me permitió salir de Valdivia el 19 de mayo.

La meta del primer día era la misión de San José, situada en la frontera del territorio indígena, a orillas del río Cruces, donde me iba a juntar con el capitán Jaramillo, que poseía un predio agrícola en la vecindad. Había arrendado un bote grande, con capacidad para conducirnos por el río Cruces hasta el lugar denominado Chunimpa a mí, a toda mi gente, como también a todas las mercaderías y útiles de viaje; los arrieros se habían dirigido el día anterior con los caballos y mulas por tierra a ese mismo punto.

Era un día precioso; la naturaleza ostentaba en los alrededores todo su magnífico brillo, y reinaba mucha animación en la población de Valdivia y sus contornos, como si despertara de un prolongado letargo. Incontables botes y canoas desembarcaban sus productos en el muelle, y el movimiento se hizo mucho mayor cuando llegó el pequeño vapor "Fósforo" desde Valparaíso, con muchos pasajeros y carga. Mi bote se encontraba también cerca del vapor, y me esperaban en él el lenguaraz, los mineros y el mozo; estaba rodeado por una multitud que observaba novedosamente los preparativos. Después de haberme despedido del Intendente, me dirigí en compañía de muchos conocidos, que creían que no me volverían a ver más, al bote, cuya tripulación consistía en seis vigorosos bogadores. Abandonamos Valdivia con los parabienes de todos los reunidos, disparando mi gente todas las pistolas y carabinas, y avanzamos rápidamente hacia el Noroeste, a lo largo de la isla Valenzuela.

Navegamos sólo algunas cuadras aguas arriba por el magnífico río, que tiene aquí un ancho de más de quinientos pies, pues nos dirigimos en seguida al brazo llamado Cau-Cau, que une a ese río con el Cruces, en la parte Norte de la isla Valenzuela, y cuya anchura es de unos sesenta pies. Su longitud es de media legua, más o menos, y sus orillas, bajas, se veían pobladas de manzanos, entre los cuales, aparecían, de trecho en trecho, pequeñas casas. Después de breve navegación, llegamos al río Cruces, que tiene en esta parte un ancho

de varios miles de pies. El Cruces nace en territorio indigena, se junta con el río Leufucahue, que proviene del Noroeste, alcanza la misión de San José, desde donde comienza a ser navegable en la época de la crecida, y desemboca finalmente, como ya se explicó, en el Valdivia, al Sur de la isla Valenzuela.

La orilla occidental del Cruces se encuentra al pie de la Cordillera de la Costa, cuya altitud es de 500 a 1.000 pies y se halla densamente poblada de bosques. La montaña forma, a trechos, barrancos junto al río, o bien da margen para la formación de terrenos planos, en que hay habitaciones y tierras bien cultivadas, que se extienden hasta cerca de San José. La orilla oriental, en cambio, es completamente llana, con sólo unas escasas colinas bajas, y se hallaba cubierta por selva virgen impenetrable, en la que sólo se habían descampado algunos paños de terreno para cultivarlos.

En este río se hacían sentir las mareas hasta más allá de la misión de San José, y como mi salida se había atrasado algunas horas, la creciente ya había pasado cuando lo alcanzamos, y comenzaba la vaciante. Por tal motivo, el agua corría con mucha violencia y se formaban olas tan altas, que podíamos creer que nos hallábamos en el mar abierto y no en un río. Por mucho que se empeñaron, los bogadores no fueron capaces de luchar contra la corriente, pero tuvimos la suerte de que se levantara un poco de viento, y nos fue posible izar la vela y avanzar de esta manera contra las olas encrespadas. Cuando habíamos navegado cerca de media legua por este río, dejando atrás dos pequeñas posesiones situadas a la derecha, llamadas El Almuerzo y Cabo Blanco, llegamos a la isla de Las Culebras. Esta tiene una longitud de media legua, pero es muy angosta y no se la cultiva porque se inunda frecuentemente. Tomamos el brazo que queda a la izquierda y desembarcamos en el caserío de Punucapa, que consistía en unas ocho viviendas situadas en una pequeña y fértil llanura, con campos cultivados y bosquesillos de manzanos.

Tenía noticias de que los españoles trabajaron antiguamente una rica mina de oro en los faldeos de la Cordillera de la Costa, cerca de este caserío, como también de que se

encontraba aquí la Cueva de los Brujos. Estaba, así, interesado en explorar este terreno, pues suponía que aquella caverna, donde, según rumoreaban, se aparecían los espíritus, era, seguramente, una antigua galería minera de los españoles.

Visité, en primer lugar, al juez del caserío, quien me recibió en la forma más amable y se entusiasmó mucho cuando le expresé que era minero y había llegado con el propósito de reconocer el terreno. Mandó ensillar de inmediato unos caballos, a fin de conducirme él mismo a las antiguas minas españolas. Acompañados por mis mineros, que disponían de las herramientas necesarias, de los bogadores y de casi todos los vecinos, de ambos sexos, que se plegaron por curiosidad, alcanzamos luego el lugar principal de las minas, en la falda oriental de la Cordillera de la Costa, donde los españoles habrían logrado una importante producción de oro. La montaña estaba constituida en ese lugar por micacitas, cruzadas por numerosas vetas de cuarzo, y cubiertas por una capa de tierra roja arcillosa, en la que se encontraba el oro en forma de granos, pajas y arena fina.

Descubrí pronto varios fosos, con longitud de unas tres cuerdas, que tenían todavía, después de dos o tres siglos, un ancho de veinte y una profundidad de diez pies y que antes, seguramente, eran mucho más hondos. Todos estos fosos se dirigían desde la falda en dirección al valle, hacia donde corría también un arroyo, y encontré numerosos indicios de haberse lavado en él la tierra excavada, para obtener el oro. Con la ayuda de un lavatorio de lata, examiné diversas muestras, y aún cuando lavé un poco de oro, no era de esperar un resultado favorable en la superficie. Hubiera debido excavar las capas más profundas y como el tiempo de que disponía era muy breve, tuve que renunciar al propósito de seguir explorando la zona. Me propuse, más tarde, al regresar de mi expedición, instalar una faena exploradora y reconocer con más detenimiento toda la serranía.

En cuanto a la Cueva de los Brujos, me informó el juez que se había hundido y el sitio estaba cubierto por un quilanto tan espeso, que era muy difícil llegar hasta él, pero me prometió mandar descamparlo. Yo tenía que llegar ese mismo

día hasta San José, por lo cual tuve que regresar pronto, a fin de proseguir el viaje.

Cuando habíamos dejado atrás la isla de Las Culebras, navegando siempre hacia el Norte, vimos que el terreno a la derecha se elevaba y formaba una planicie. En ella, un agricultor alemán muy emprendedor, herr Exss, había construido una casa muy vistosa. Como lo conocía desde Valdivia y me había invitado amablemente a visitarlo, ordené atracar al pie de la colina y salté a tierra en un lugar donde una gran cantidad de vigas y tablas encastilladas me demostraban que se dedicaba también al comercio de maderas. Subí unas treinta gradas y llegué a la casa, donde fui recibido de la manera más amable; me condujeron a un pequeño balcón, donde se me ofreció algo de comer y una buena chicha de manzanas. El lugar se llama Tres Bocas, debido a que el río Cruces se divide en dos brazos a una media hora de camino más arriba, de modo que el brazo principal corre directamente hacia el Sur y otro, llamado río de Las Garzas, se dirige hacia el Este y vuelve a juntarse con el brazo principal frente a esta posesión. En el camino recibe las aguas de los ríos Pichoi y Cayupamu, formando la isla del Realejo o Corcovado, cuya superficie es de casi una legua cuadrada. El panorama de que disfrutaba desde la casa, a unos sesenta pies sobre el nivel del río, era interesantísimo y me impresionó de tal manera que no lo olvidaré jamás. No me atrajo tanto la belleza, lo pintoresco o la variedad morfológica, sino que se apoderó de mí un sentimiento similar al que uno tiene cuando contempla por primera vez el mar y observa la inmensa e ilimitada lejanía. Hasta donde alcanzaba mi vista, se extendía la selva virgen e impenetrable. Hacia el Oeste llegaba hasta la cima de la Cordillera de la Costa y, de Norte a Sur, cubría un valle de unas veinte leguas de largo, que limitaba al Este la Cordillera de los Andes. En ésta se erguía el volcán Villarrica, cuya cima cubierta de nieve y coronada de humo y fuego dominaba la verde masa de los árboles.

La espantosa uniformidad de la región sólo era alterada un poco por los grandes ríos que se unían en esta parte, los cuales serpenteaban en forma de anchas fajas plateadas a través

de la inmensa selva virgen, describiendo numerosos meandros. Quedé unos instantes profundamente meditabundo ante esa magnífica naturaleza, en la que parecía reinar un silencio sepulcral. Desde el sitio en que me encontraba no se descubría ciudad, aldea, choza o ser viviente alguno. El bosque era mudo y muerto; sólo se advertía la acción de las fuerzas subterráneas en el lejano horizonte, por la erupción del volcán, y en la cercanía se deslizaban las grandes masas de agua de los ríos.

Herr Exss había transformado un buen trecho de selva virgen en magníficos campos cultivados, gracias a su empeño y perseverancia, dignas de un alemán, y obtenía buenas cosechas; poseía también un rebaño de vacunos, y despachaba diariamente mantequilla, leche y queso a Valdivia.

Después de media hora, proseguí mi navegación con rumbo al Noroeste, a lo largo de la isla del Realejo, que está ocupada casi totalmente por bosques, con muy pocos campos de cultivo. Frente a su punta septentrional, a la izquierda, había un campo abierto, sembrado con papas y trigo, con dos chozas, donde se obtenían buenas maderas; este caserío se llamaba Corcovado.

Continuando la navegación hacia el Norte, pasé frente a otro embarcadero de maderas, llamado Mono, y después de una hora de navegación a lo largo de la orilla oriental, llegamos a Chunimpa, adonde había ordenado a los arrieros que llegaran con los caballos y mulas, pues sólo hasta ese lugar era navegable el río; los arrieros me estaban esperando cuando arribamos.

Chunimpa era el primer lugar desde Valdivia, donde el suelo fértil permitía arrebatarse mayores superficies a la selva virgen, a fin de destinarlas a la agricultura; pero también aquí sólo se encontraban algunas miserables chozas.

La noche que se aproximaba me obligó a solicitar la hospitalidad del juez del villorrio, que la concedió en la forma más amable. Pero mi esperanza de ser atendido con una buena cazuela de ave se desvaneció: mi anfitrión declaró que había tantos zorros que era muy difícil mantener aves de corral.

Con esta información, salí de caza, y luego logré un precioso ejemplar.

Una vez cargadas las mulas con las mercaderías y los útiles de viaje, despaché al día siguiente a los bogadores, que regresaron a Valdivia con el bote, montamos a caballo y nos dirigimos, siguiendo la orilla del río, a San José, hasta donde nos escoltaron los arrieros con las mulas cargadas.

El terreno se presentaba desde allí cada vez más fértil, y encontré también que iban en aumento las tierras cultivadas. Pasamos frente a los caseríos de Paico, Esperanza, Cuncún, Calfuco, Huillín, La Chacra, Asque, Calchatué y Tapia, que comprenden sólo algunas chozas, y llegamos, después de una cabalgata de unas tres horas, frente a la misión de San José.

Apenas se nos observó desde allí, se despachó una canoa, en la que pasamos primero nosotros, luego las mercaderías y las monturas y, finalmente, los arrieros, que tiraban de las bestias, haciéndolas pasar a nado. Las Canoas eran troncos ahuecados de diversos tamaños, que se empleaban comúnmente como embarcaciones. Por lo general se las fabricaba de coigües, y tenían a menudo una capacidad de 100 quintales, con espacio para unas doce personas o más, pero había también muchas de tamaño chico, apropiadas para sólo una persona.

Había allí un capitán en retiro, don Pedro Moreno, que desempeñaba la función de juez y para quien tenía una carta de recomendación del Intendente de Valdivia. Me acogió de inmediato con la mayor amabilidad, junto con toda mi gente, y nos atendió de la mejor manera. Pronto nos saludaron también los misioneros que vivían en el lugar, y pertenecían a la orden de los capuchinos; uno de ellos, don Adeodato, era un italiano de Boloña, pero el otro, don Tadeo Pfatter, era alemán de Munich, lo que me alegró sobremanera. Estuvimos reunidos hasta altas horas de la noche, y como la casa del capitán Moreno era muy estrecha, el padre Tadeo me invitó a alojar con él en la misión, lo que acepté agradecido.

El día siguiente era domingo, y desperté temprano con el solemne sonido de las campanas de la misión, que llamaban a misa a los fieles; me levanté rápidamente, y salí al aire libre.

El pueblo de San José queda a siete leguas de Valdivia, en

un llano o pampa que se extiende hacia el Norte, a unos veinte pies sobre el río. Como ocurre en todas las poblaciones de origen español, se había trazado también aquí, ante todo, una gran plaza, pero ella ofrecía un aspecto desierto y triste, debido a que la población no había aumentado mucho. En el costado sur se encontraban la misión y la iglesia; en el del poniente, la escuela; en el del levante, la casa del juez Moreno, la cárcel y una gran bodega; y en el septentrional, dos pequeñas chozas. El edificio de la misión, la iglesia y todas las demás casas estaban construídas de madera y la plaza se hallaba cubierta de pasto, el que era consumido por caballos, vacunos y ovejunos. Por el Occidente y el Sur, el lugar estaba rodeado de bosques; al Oriente lo limitaba el río, en cuya orilla opuesta había varias pequeñas casas, rodeadas por campos cultivados y bosquecillos de manzanos; y, hacia el Norte, los terrenos se encontraban limpios y cultivados a lo largo de un buen trecho.

Por tranquila y monótona que fuese normalmente la vida en el lugar, reinaba ese día un extraordinario movimiento. El buen tiempo después de tantos días de lluvia, había inducido a la población de los alrededores a dirigirse desde todas partes a la iglesia misional.

Además, esa misma mañana habían llegado unos cuarenta hombres de la Guardia Nacional, despachados al capitán Moreno como guarnición, con el fin de atacar enérgicamente a los araucanos si éstos invadían el territorio cristiano, y para mantener las comunicaciones defendiendo los caminos, poco numerosos, por cierto.

Se acercaban con mucho orgullo corpulentos campesinos, sobre buenos caballos, con sus ponchos colorados y sus grandes y pesadas espuelas de plata maciza, llevando a la grupa a la mujer o a una hija, y también corrían a través de la plaza caballos montados por dos muchachas, que deseaban mostrar sus condiciones de Amazonas. En un rincón se encontraba un grupo de soldados; más allá, otro de familias indígenas bautizadas, que habían conservado sus trajes. De este modo se animó pronto la plaza, en la que pacían o se habían acostado,

caballos y mulas, para descansar del largo viaje por malos caminos.

Al iniciarse la misa, me dirigí, como todos, a la iglesia, pero era tan estrecha que sólo una parte de la concurrencia podía entrar. Muchas familias indígenas bautizadas que habían concurrido, pero no entendían el sermón en castellano, se reunieron después alrededor del altar, donde se arrodillaron y repitieron de viva voz varias oraciones en araucano que rezó el padre Tadeo.

Terminada la misa, reinaba mucha animación en la plaza, cuando llegó repentinamente un araucano a caballo que se dirigió a la Misión para anunciar a los padres que el cacique Carrimán, de Marilef, vendría a hacerles una visita. Poco después, efectivamente, se acercó el cacique a todo galope, a la cabeza de unos veinte mocetones con las melenas sueltas al viento; detuvieron sus caballos de golpe, con extraordinaria precisión, frente a la casa misional y desmontaron con el saludo de ¡Mari-mari!

Los padres ofrecieron un sillón al cacique, mientras los indios jóvenes se sentaban en el pasto, o reposaban acostados sobre la barriga. La impresión que recibí de este cacique y de su gente no era la que esperaba, a lo que contribuyó mucho la circunstancia de que, como estos indígenas viven en la vecindad inmediata de los cristianos, han adoptado muchas costumbres de ellos y hablan también un poco el castellano.

El cacique había rechazado siempre las insinuaciones y ruegos de los misioneros de hacerse cristiano, a pesar de lo cual había mandado bautizar y educar en la Misión a tres de sus hijos, uno de los cuales, incluso, se había ordenado sacerdote en Ancud. La causa principal de su negativa a convertirse era la poligamia que reinaba entre los araucanos. A pesar de sus 73 años, el cacique tenía ocho mujeres, con la última de las cuales, de sólo diecisiete años, se había casado pocos días antes. Era un hombre pequeño y corpulento, con largo cabello gris y rostro expresivo y enérgico. Su vestido era el mismo de su gente y consistía en dos prendas: el chamal y el poncho. El primero era un género cuadrado, tejido de lana gruesa por las mujeres y teñido con añil. Se lo colocaban alrededor de

las piernas, y lo sujetaban con una faja de las caderas. El segundo era un pedazo de género de la misma índole, que llevaban sobre la parte superior del cuerpo, haciendo pasar la cabeza por una abertura situada al centro. No se cubrían la cabeza, pero se la ceñían con una faja, llamada *trarilonco*, con la cual se amarraban los cabellos, a fin de que no les cayeran en el rostro. Les gustaba también colocarse alrededor de la cabeza un pañuelo rojo de algodón, de fabricación europea. El cacique llevaba en los pies, como sus acompañantes, espuelas pesadas y macizas, de plata. Montaba un magnífico potro negro, cuyas riendas y estribos de cuero, como también la montura, estaban ricamente ornamentados con plata.

Cuando llegaron el capitán Moreno y los capitanes de amigos Mera y Jaramillo a saludarlo, declaró solemnemente que él y su reducción no participarían en el levantamiento; por el contrario, si llegara a sus oídos la noticia de que se proyectaba invadir territorio cristiano, lo impedirían en cuanto de él dependiera y avisaría al Gobierno de cualquier peligro. En virtud de esta declaración, el cacique y sus acompañantes fueron obsequiados por el capitán Moreno, en nombre del Gobierno.

En seguida le fui presentado, y se levantó, para abrazarme y besarme tres veces. Como era el cacique de una parcialidad importante, tenía yo, por supuesto, interés en ser su amigo, y le regalé una hermosa espada y un barrilito de aguardiente, después de lo cual me invitó a que fuera a visitarlo pronto.

El cacique permaneció algunas horas con nosotros y, finalmente, partió, pero como le había agradado mucho el ron, fue necesario que se le subiera a su caballo. Con un espantoso chivateo de sus acompañantes, que también habían consumido mucho aguardiente y chicha, se dirigió muy contento y ebrio a su hogar.

Había convenido con el capitán Jaramillo que, en la madrugada del 22 de mayo y siempre que lo permitiera el tiempo, iniciaría mi primera expedición al territorio araucano, dirigiéndome a los caseríos de Queule y Toltén, situados en la costa. Pero como había llovido muy fuerte en la noche ante-

rrior y los aguaceros continuaron hasta el 1º de junio, permanecí durante ese tiempo en la Misión y procuré obtener entre tanto las noticias más precisas posibles sobre el territorio araucano y sus pobladores.

Los misioneros llevaban una vida sin preocupaciones, pues, en primer lugar, se encontraban en territorio cristiano chileno; luego, disponían de campos, vacunos y caballares, y en cualquiera temporada podían llegar en algunas horas a Valdivia y adquirir allí todo lo que necesitaran; además, recibían regularmente sus diarios y correspondencia y sólo estaban expuestos a algunos peligros de parte de los indígenas, si los había. Tenían en la Misión catorce muchachos araucanos de ocho a catorce años, que habían sido bautizados. Les impartían educación religiosa y les proporcionaban pensión completa y vestuario, todo esto pagado con una subvención del Gobierno chileno, hasta que cumplían dieciséis años. Había también un maestro pagado por el Gobierno, que enseñaba castellano, caligrafía, lectura y matemáticas. Por cada docena de niños de su reducción que los caciques enviaban a la Misión para ser bautizados y educados, se les pagaba la suma de cuarenta pesos.

Se habían logrado buenos resultados en la Misión por medio del bautismo y la educación de una docena de niños indígenas. Pero estos resultados eran insignificantes con relación a la gran superficie del territorio araucano, y deberán pasar muchos años antes que el cristianismo se propague en forma general. No es, por cierto, culpa de los misioneros que no se logren mejores resultados, pues han hecho todo lo humanamente posible con los escasos medios de que han podido disponer, educando a cuantos niños permite el espacio de la Misión. Tampoco les ha faltado el valor necesario para penetrar más al interior del territorio araucano. A pesar de los grandes peligros que se presentaban, habían fundado ya una Misión en el lugar de Toltén y otra en Manguishue, acerca de las cuales informaré con detalles más tarde. Pero ambas fueron incendiadas por los indígenas, y sólo con gran esfuerzo lograron salvar la vida los misioneros, que regresaron a terri-

torio cristiano en estado lamentable, después de errar durante varios días por la selva virgen, sin víveres.

El gran odio de los araucanos a la religión cristiana y la resistencia que le ofrecen, tienen su razón principal en su aversión a todos los forasteros, en el amor que profesan a su libertad y en el apego a sus costumbres inveteradas, sobre todo a la poligamia. Muchos se dejarían bautizar de inmediato, si se les permitiera conservar sus mujeres. Aun en los casos en que los misioneros lograron, tras grandes empeños, bautizar a algunos adultos, éstos se casaron casi siempre, más tarde, con varias mujeres. Los misioneros experimentaron, incluso, el dolor de que niños bautizados y educados por ellos en la Misión siguieran el mismo camino. Sus creencias paganas les enseñan que después de la muerte se volverán a reunir todos y que gozarán eternos placeres; pero, como los misioneros les hablan siempre del purgatorio, a donde pararán si no pertenecen a la Iglesia verdadera, única que les puede proporcionar la felicidad perdurable, no quieren separarse de sus hermanos.

Los araucanos son de estatura mediana, de cutis cobrizo, cuyo tono es variable, y aterciopelado al tacto; el pecho es alto; los brazos y piernas, musculosos y bien formados; los pies y las manos, pequeños; el cuello, corto; la cara, redonda y algo ancha, con los pómulos salientes; baja, la frente; los ojos, pequeños, café-negruzcos, son muy vivos y expresivos, aunque muestran un iris coloreado biliosamente; la nariz es ancha, con grandes ventanas; las cejas, rectilíneas; la boca, proporcionada, con dientes muy blancos, parejos y duraderos; tienen el cabello muy denso, negro, grueso y lo llevan largo. La barba es rala, y consideran como una falta de cuidado corporal tener pelos en la cara o en el cuerpo, y así los eliminan cuidadosamente, hombres y mujeres, con la ayuda de una pequeña pinza de madera. Alcanzan, por lo general, una edad avanzada, a menudo de más de cien años, conservando todos sus sentidos. No desfiguran su cuerpo, como otros indígenas de América, para aparecer —de acuerdo con sus conceptos— más bellos o más terribles, mediante tatuajes, ampliación de las

orejas, anillos nasales, tembetás, etc., pero en la guerra y con motivo de fiestas se pintan todos con colores chillones.

Desde hace siglos, los araucanos han realizado malocas e invasiones en las colonias españolas, y las continúan en territorio de las repúblicas de Chile y Argentina. Buscan robar caballos y vacunos, y, sobre todo, capturar mujeres y muchachas, que toman como esposas y usan, al mismo tiempo, como esclavas. Así, la raza araucana está mezclada de tal manera con la española que se puede confundir a muchos indígenas con españoles, y hay muchas mujeres y muchachas de gran belleza entre ellos.

Además, existe una tribu que vive un poco al Norte del río Toltén, la de Boroa, que es de cutis blanco, ojos azules, cabello rubio y largo, talla delgada, buena configuración del cuerpo y noble fisonomía, con lo que se parecen mucho a los alemanes. En cambio, su carácter, costumbres y cultura son muy semejantes a las de las tribus araucanas, con la única diferencia de que son, precisamente, de los indígenas más salvajes y crueles y menos accesibles a la civilización; además, mantienen escasas relaciones con otras tribus y sólo contraen matrimonio entre ellos mismos. Existen opiniones contradictorias acerca de su origen, pero predomina una que los considera como descendientes de la tripulación de un buque europeo, que naufragó en la costa vecina, pues Boroa no queda muy lejos del mar.

Muy interesante es la lengua tan rica y expresiva de los araucanos, que no tiene ninguna semejanza con otras americanas. Se escuchan a veces palabras que son idénticas a las de la lengua quechua, pero no se trata de términos chilenos, sino de voces adaptadas en la época en que los españoles subyugaron a los araucanos con la ayuda de indios peruanos. Se emplean también desde tiempos recientes algunas palabras españolas, pero son pocas, pues, por su orgullo y el odio tan grande que tienen los araucanos a todo lo que sea español, jamás usarían una voz castellana en un discurso público. La lengua araucana tiene los mismos sonidos que la latina, con excepción de la x. Tienen también una o muda, que se señala colocando una cremilla encima, y una u que se pro-

nuncia como una ü alemana. Los diptongos au, ai, ei, eu, se pronuncian como contracciones, igual que en el idioma alemán.

Los araucanos reconocen un Ser Supremo, que designan con los términos de Espíritu del Cielo, Creador, Omnipotente, etc. y al cual llaman Pillán. Pero esta divinidad tiene diversos subdioses, que son el de la guerra, el Meulén, el del Bien y el Huecubu o del Mal, causa de todas las desgracias *. Debajo de éstos había, a su vez, ninfas (ameimalhuen) y espíritus protectores (guen), y cada indígena tiene el suyo propio, con la misión de impedir o mitigar el mal que le podría ocasionar Huecubu. No tienen sacerdotes, ni templos, ni ídolos, invocando los nombres de Pillán o Meulén, al encontrarse en peligro o dificultades, de quienes creían que vivían en el volcán Villarrica, el que se eleva a tal altura, que se le observa desde todas partes en su territorio. Con motivo de casos especialmente importantes, le sacrificaban ovejas y encendían tabaco en su honor.

* Por lo general, esta breve descripción de las creencias religiosas de los araucanos es exacta, con las siguientes correcciones:

1º La concepción de Pillán (ahora generalmente llamado Nguenechen, Dueño de los Hombres, o Nguenemapun, Dueño de la Tierra), es compleja, pues es simultáneamente hombre y mujer y viejo y joven. Una de sus cualidades es la de un dios de la guerra, a que se refiere Treutler, de modo que éste no es un dios aparte.

2º Maulén es el espíritu de la tormenta, del torbellino.

3º No hay un dios separado del Bien, pues esa condición corresponde a Pillán.

4º Huecubu es un espíritu del mal, concebido como el diablo cristiano.

5º Los espíritus protectores se confunden igualmente con Pillán, sin constituir seres independientes de él.

6º No había sacerdotes en el sentido cristiano, pero existía en los nguillatunes o rogativas, que eran y son el acto religioso por excelencia de los araucanos, el nguénpin ("dueño de la palabra"), quien dirige las ceremonias, pronuncia las oraciones y desempeña, por consiguiente, funciones de sacerdote.

Véase más detalles sobre el particular en el trabajo del Traductor sobre *La idea de Dios de los araucanos*, en la revista *Finis Terrae*, N.º 7, tercer trim. de 1955, Santiago de Chile (N. del T.).

En la vida común, los araucanos no consumían jamás bebidas embriagantes, como aguardiente o chicha, sin hacer una ofrenda a los dioses y derramar algunas gotas en dirección al volcán. Así como veneraban a estos dioses *, temían al Huecubu, y a fin de propiciarlo, le ofrendaban igualmente diversos guisos o bebidas, que llevaban a la cueva en que se decía que vivía. Si se les volvía manco un caballo, su superstición les hacía creer que el Huecubu estaba montado detrás del jinete en el caballo; si ocurría un temblor, el Huecubu había dado un golpe a la tierra; si moría alguien, el Huecubu tenía la culpa, pues lo habría asfixiado violentamente, etc. Así, a pesar de ser valientes y hasta heroicos en la guerra, eran tan supersticiosos y tímidos, que si veían volar de noche un buho o un murciélago, consideraban a éstos como encarnaciones del espíritu del mal.

En todo asunto de importancia, consultaban a adivinos e intérpretes de los sueños, que explotaban fácilmente su credulidad. Todos creían, sin embargo, que el hombre consiste en dos elementos, es decir, el cuerpo (anca) y el alma (pulli). Consideraban a ésta inmortal y que después de la muerte vivía, allende el Océano, en un lugar de Occidente, llamado Gulchewan, donde disfrutarían de eternos placeres. Creían que las tempestades eléctricas eran combates en el cielo de las almas de los muertos, y cuando una de esas tormentas se dirigía de su territorio hacia el chileno, estimaban que las almas de sus antepasados estaban expulsando a las de los españoles y les inspiraban valor por medio de aclamaciones, para que los persiguieran y aniquilaran.

En cuanto a sus orígenes, conocían una leyenda, de acuerdo con la cual el mar se habría elevado tanto, después de un terrible terremoto, que habría inundado toda la tierra, con excepción de un cerro, al que dan el nombre de Ten-Ten. Sobre ese cerro se refugiaron algunos individuos, de los cuales serían descendientes. Son muy valientes, patriotas, resis-

* En realidad, a uno solo (N. del T.).

tentes, intrépidos, hospitalarios, honrados y bien inspirados, pero también, desconfiados, iracundos, celosos, crueles, vengativos, indolentes y grandes adoradores de Baco y de Venus.



Después de ocho días de lluvia se disolvieron, por fin, las densas y oscuras masas de nubes, y el sol volvió a brillar amablemente en el cielo azul. El capitán Jaramillo llegó temprano, el 1^o de junio, para ayudarme en los preparativos del viaje y yo había despachado ya a los arrieros con las mulas cargadas, de modo que a las nueve de la mañana pude por fin despedirme de los hospitalarios misioneros de San José, que me habían llegado a ser tan gratos. Me acompañaban el capitán, el lenguaraz, el mozo y los mineros, todos a caballo.

Cabalgamos primero hacia Poniente por un sendero plano y bien trazado a través del bosque, en dirección a la Cordillera de la Costa. Después de dos horas llegamos a un estrecho valle, desde el cual tuvimos que ascender por la falda descampada de un cerro bastante abrupto, de ochocientos pies de altitud, donde se encontraban algunas chozas y campos cultivados. Como los caballos resbalaban a menudo en el suelo arcilloso, retrocediendo un buen trecho, alcanzamos la cima con gran pérdida de tiempo y después de mucho esfuerzo, pero el panorama nos indemnizó pródigamente. El cerro y el caserío situado en él llevan el nombre de Tres Cruces. Descansamos un poco, a fin de que se repusieran los caballos, y admiramos el magnífico panorama. Se extendía ante nuestros ojos una selva virgen de más de veinte leguas de ancho, limitada al Este por los majestuosos Andes, cuya gigantesca mole, con los volcanes Llaima, Villarrica, Descabezado, Osorno, etc., todos cubiertos de nieve, era visible a lo largo de unas cuarenta leguas de Norte a Sur.

Proseguimos nuestro viaje por la cresta de la Cordillera de la Costa, y aún cuando habíamos alcanzado con toda felicidad esas alturas, nuestro camino fue, en adelante, desagradable y penoso en grado sumo, lo que me permitió tener una impresión anticipada de los senderos indígenas. El que, por

el momento, seguíamos era, en primer lugar, tan estrecho, que lo podía usar sólo un caballo, pues a ambos lados se elevaba la selva virgen, impenetrable cual una muralla. Luego, la vegetación era tan exuberante, que si nadie transitaba el sendero durante algunos días, se juntaban de tal manera una infinidad de enredaderas y plantas parásitas que, para pasar, era preciso despejar con el machete la red que formaban. Los indígenas eran demasiado indolentes para hacerlo, pues sólo usaban el machete cuando era indispensable y, debido a su gran maestría como jinetes, se ajustaban en caso necesario al cuello del caballo y daban a éste las espuelas para que se abriese paso quebrando las ramas.

Teníamos grandes estribos de madera, ahuecados y redondos, que nos protegían los pies de las ramas, también vestíamos unos pantalones amplios, confeccionados de cueros de lobos marinos y pumas, llamados rodilleras, que se colocaban encima de los pantalones de tela. Sobre la espalda llevábamos un poncho, confeccionado de un género burdo y grueso, en el que no penetraban los ganchos. Había mandado alguna gente adelante a despejar el sendero, pero cortaban sólo lo indispensable para pasar ellos, lo que no les era difícil, pues estaban acostumbrados a tales caminos, pero a mí, novicio, no me resultaba fácil seguirlos. Una cabalgata de esta índole es muy molesta e incluso muy peligrosa, pues la vegetación subarbórea de estos bosques consistía, por lo general, en quilantos y colihuales cuyas cañas cortadas sobresalen como puntas de lanzas, de modo que era fácil perder un ojo, lo que ocurría a veces hasta a los indígenas más acostumbrados. Además, el corte se hacía, por lo general, en forma de que era necesario ajustarse al cuello del caballo, para no quedar aprisionado entre las enredaderas. Esto ocurría fácilmente, de modo que solía quedar colgado en la trampa como un pájaro, mientras el caballo continuaba su camino, lo que podía suceder sobre todo cuando se tenía una cabalgadura un poco viva.

A estos aspectos desagradables del viaje se agregaba la circunstancia ya mencionada de que la superficie de la Cordillera de la Costa está cubierta por una espesa capa de arcilla.

lla, de manera que los caballos y mulas habían formado profundos surcos en los senderos. Instintivamente, cada animal colocaba el pie donde lo había hecho el animal anterior, por lo cual el camino estaba ahoyado de tal manera que siempre se encontraba, alternativamente a la derecha y a la izquierda, una cavidad en que las bestias pisaban. Estos hoyos, que tenían uno o dos pies de profundidad, se llenaban de agua con la lluvia. Si se podía avanzar lentamente por un sendero de esta índole en un caballo tranquilo, la marcha no sólo era cansadora, sino muy peligrosa, en un caballo intranquilo y valeroso. Estos colocaban el pie sobre la tierra entre los hoyos y se deslizaban y caían, exponiéndose así fácilmente a quebrarse los huesos. En resumen, si se juntan todos estos aspectos desagradables: las cañas puntiagudas de las quilas y colihues, la necesidad de agacharse constantemente y de sacarle el cuerpo a las ramas, el sendero infame, interrumpido frecuentemente, además, por grandes troncos de árboles derribados, sobre los cuales había que pasar, se tendrá una imagen de lo que es un sendero de indios. Así también se reconocerá que sólo era posible avanzar penosa y lentamente, sin contar con que, si se cruzaba a alguien, había necesidad de abrir con el machete un espacio para dejarlo pasar.

Habíamos avanzado ya cuatro horas por ese mal camino, cuando llegamos, por fin, a un valle donde corrían, con un ruido de trueno, las aguas de un furioso torrente. A su orilla, en medio de un bosquecillo de grandes manzanos, se encontraba una choza. Desde allí debíamos navegar por el río, denominado Lingue, hasta el caserío de Mehuín. La choza llevaba el nombre de "La Centinela", y su habitante era un balsero contratado por el Gobierno para trasbordar a los viajeros por el río Lingue, que forma el límite entre el territorio cristiano y el araucano.

Como el río había aumentado mucho sus aguas, debido a las fuertes lluvias, y yo estaba muy cansado, con la cara y las manos lastimadas por las quilas y colihues, preferí pasar allí la noche y continuar el viaje al día siguiente. Me alojé, por consiguiente, en casa del señor Mera, cuya familia nos pre-

paró pronto una buena comida, después de la cual, acampados alrededor de una fogata, nos quedamos pronto dormidos.

Al día siguiente, a pesar de que el río Lingue todavía estaba muy lleno y era muy correntoso, acordé seguir viaje, pues no quería perder un día de buen tiempo de la temporada. Encomendé mis caballos al anfitrión y, en una gran canoa que éste puso a mi disposición, con expertos bogadores, mandé cargar las mercaderías, las monturas y las armas, y cerca de las ocho de la mañana salimos de "La Centinela".

Apenas nos habíamos separado de la orilla, cuando la corriente nos arrastró con tal fuerza, que nos fuimos con la velocidad de un rayo río abajo. Después de media hora de viaje, se amplió el valle y llegamos a una llanura con campos cultivados, bosques de manzanos y algunas viviendas, cerca de las cuales tocamos tierra: era el caserío de Mehuín.

Despaché a mi lenguaraz a la mayor de las viviendas, para que me anunciara, y cuando se anunció, exclamando "mari-mari", como es la costumbre, apareció el dueño, nos hizo señal de que nos acercáramos y envió a dos de sus hijos, para que ayudaran a sacar el bote a tierra, hecho lo cual me dirigí, con el capitán Jaramillo y mi gente, a la ruca. Era ésta un edificio de unos sesenta pies de largo y treinta de ancho, cuyas paredes eran de troncos sin labrar, de unos diez pies de altura, plantados en tierra, uno al lado del otro. Sobre ellos se afirmaba un alto techo abovedado, formado por una gran cantidad de cañas de colihue, de cien pies de largo, arqueadas desde una pared a la de enfrente y cubiertas de juncos y musgos, con sólo una abertura para la salida del humo. Había una puerta en la angosta fachada y otra en la pared opuesta. El interior estaba dividido por un tabique transversal de seis pies de alto, hecho de cañas de colihue puestas horizontalmente unas sobre otras. Una de las mitades se empleaba como bodega, pero las dos puertas estaban unidas por un pasillo, a cuyos costados existían divisiones hechas también con colihues. Sólo al centro de la casa había un espacio libre, de quince pies de ancho y veinte de largo. Ardía en medio una gran fogata y alrededor de ella, extendidas por el suelo, había pieles de pumas, guanacos y lobos marinos, sobre los cuales estaban insta-

lados el dueño de casa, su padre y sus dos mujeres. Aquél era un indio de unos cincuenta años, llamado Martín, y su padre, que contaba 103 años, era el cacique del lugar. Todos estaban sentados con las piernas cruzadas, al estilo oriental.

Fuimos invitados en seguida a sentarnos igualmente sobre las pieles y entonces se inició la curiosa ceremonia de la salutación. Esta consistía en que Jaramillo preguntara por el estado de salud de su anfitrión y de cada uno de los suyos, como también de los animales, felicitándolo por su buen estado. La arenga debía pronunciarse lo más ligero posible, sin interrumpir la frase, pero cantando o gritando la última palabra. Un buen orador era un personaje muy apreciado. Tal salutación comenzaba así: ¿Cómo te va a tí, a tu mujer, a tus hijos, a tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano, a tus caballos, a tus vacas, a tus bueyes, etc., a tus campos, a tus cereales, a tus manzanos?, etc., y eso seguía a menudo durante un cuarto de hora: mientras más, mejor. El indígena contestaba en seguida cada cosa preguntada, y cuando había terminado, ambos se abrazaban y se besaban mutuamente la mano, con lo cual la formalidad estaba cumplida; en este caso, se comenzó a conversar sobre mi viaje.

Uno de los hijos del dueño de casa trajo en seguida un carnero vivo y mientras su mujer mezclaba sal y ají en una cuchara de palo, colgó al animal por las piernas traseras, le abrió el gáznate e introdujo por él un puñado de sal y ají en el estómago. La sangre saliente que manaba le fue ofrecida en un cuerno de vacuno al anfitrión, y éste, después de asperjar ritualmente unas gotas en dirección al volcán Villarrica como ofrenda al Pillán, bebió del cuerno y lo hizo circular en señal de bienvenida. El beber la sangre me costó algún esfuerzo y más de una náusea, pero tuve que hacerlo porque Jaramillo me dio a entender que tenía que tomarme todo el cuerno; hecho lo cual abracé al indio y nos besamos, con lo que quedé bajo su protección.

La mezcla de sal y ají había producido en el ovejuno, que todavía se meneaba, el efecto de hincharle el estómago. Le extrajeron esa víscera, la cortaron en trozos y nos los ofrecieron, calientes y crudos, y tuvimos que comerlos, a pesar

de la repugnancia que sentíamos. Para mostrarme agradecido, obsequié al indígena un poco de aguardiente, añil y tabaco, y di a sus hijos cuchillos, y a sus mujeres, perlas de vidrio, agujas para coser, dedales y pequeños espejos. En seguida, hicimos un paseo por los campos y praderas de mi anfitrión, y después de una media hora de camino a orillas del río, escuché, al doblar un barranco roqueño, un ruido tan fuerte como un trueno. Poco más allá se nos presentó un magnífico panorama: nos encontrábamos a orillas del Océano Pacífico, nombre que no merecía, empero, en ese momento. Estábamos en una angosta pradera cubierta de manzanos, a través de la cual corría bulliciosamente el río Lingue, por el cual habíamos llegado y que desembocaba allí mismo en el mar. A ambos lados de la pradera se alzaban casi perpendicularmente hasta unos mil pies las masas rocosas de la Cordillera de la Costa, y, frente a nosotros, en un radio de un cuarto de legua surgían sobre el mar agitado y movido, altas como torreones o fortines, más de una docena de rocas contra las cuales las grandes olas se quebraban constantemente con gran estrépito y alzando nubes de espuma. Centenares de lobos marinos lloraban y gritaban esparcidos sobre las numerosas rocas menores y millares de albatros, gaviotas, patos yecos y palomas del Cabo revoloteaban graznando estridentemente y apoderándose con gran presteza de los crustáceos y peces arrojados a la playa por las olas, antes de que otra ola los arrastrara de nuevo al mar.

Descansando en una roca, contemplamos tranquilamente ese magnífico espectáculo, y habríamos permanecido por más tiempo si el indígena no me hubiera tomado repentinamente del brazo, señalando con un expresivo gesto hacia un promontorio de la serranía que se encontraba sobre nosotros y pronunciando las palabras "pangui, pangui". Siguiendo exactamente la dirección, observé un animal, reconociendo que se trataba de un puma. Tomé de inmediato mi fusil y disparé. En la certeza de que había dado en el blanco, todos cerrimos al cerro, pero no encontramos el menor indicio del león, y después de haberlo buscado durante un buen rato, regresamos a casa.

En ella ardían, además de la fogata grande, otras dos menores, donde las mujeres preparaban la comida. Cuando expresé mi admiración por ello, se me explicó que existe la costumbre de encender en una casa tantas fogatas como mujeres tenga el marido, por lo cual un indio, cuando quiere saber cuántas mujeres tiene otro, sólo pregunta por el número de fogatas.

Nos sentamos sobre unos ponchos, y las mujeres colocaron frente al dueño de casa y de cada uno de nosotros sendas fuentes de madera con papas y carne de carnero cocida, cada una con una cuchara de madera y nos invitaron a comer. El guiso nos pareció exquisito, pero era tan abundante que nadie alcanzó a comerlo, mas, como es una ofensa dejar algo en la fuente, nos vimos obligados a guardar algunas presas. En seguida entregamos personalmente nuestras fuentes vacías a la mujer que nos las había dado y le agradecemos. Yo estaba ampliamente satisfecho y quería ordenar, precisamente, a mi mozo que me preparara una taza de café, cuando apareció la otra mujer, con sus respectivas fuentes en las que nos ofreció a cada cual un guiso de su cocina. El sabor de éste era detestable, pero tuvimos que comerlo, a pesar de la repugnancia que nos daba. Tratábase de algas marinas cocidas, cochayuyo y luce, que crecen debajo del nivel del agua entre las rocas.

Pasamos la noche acampados alrededor de una fogata, conversando sobre todo de la revolución que había estallado en el Norte. A este respecto me prometió mi huésped hacer valer toda su influencia para inducir a los indígenas que vivían en la costa, un poco más al Sur, en Maiquilahue y Chanchán, a que no participaran en un levantamiento. Por su lado, el padre de mi huésped, que contaba 103 años de edad, antaño cacique de una reducción numerosa, disminuída ahora a pocas rucas, contó mucho de sus tiempos. Se había conservado muy bien, pero era un poco sordo; tenía todo su cabello, su dentadura completa y poseía una excelente vista.

A la mañana siguiente, Martín, mi anfitrión, me prestó caballos y mulas para proseguir el viaje y encomendó a su hijo mayor que me acompañara hasta dónde el cacique de

Queule a quien me dejó recomendado. Partimos y alcanzamos el lugar de la playa donde habíamos estado el día anterior. Desde allí debíamos cruzar la Cordillera de la Costa, que tenía unos 1.000 pies de altitud, subiendo, lo que me pareció imposible, por una grieta abrupta que apenas permitía el paso a un caballo y por la cual se precipitaba un pequeño arroyo.

Pero el joven araucano aseguró que el paso era practicable y que él se adelantaría. Me recomendó que estirara las piernas hacia atrás, sobre el caballo, me sujetara al cuello de éste y lo dejase manejarse solo. El mismo hizo entonces lo que me recomendaba y vi algo que no olvidaré en mi vida y que me dejó los pelos de punta, pues yo debía imitarlo. Mi joven guía se acostó sobre su caballo, que se lanzó hacia arriba por la ladera casi vertical, por lo que parecía que de un instante a otro iba a caer de espaldas. Luego, lanzó un estridente silbido y, sin que yo pudiera impedirlo, mi caballo siguió al del guía. Apenas alcancé a tomar la posición que me había indicado, lo que me libró de caer hacia atrás y de quebrarme el cuello o romperme el cráneo en las rocas. Con gran esfuerzo, mi excelente caballo llegó también a la meta, pero, aunque soy buen jinete, nunca he realizado una proeza semejante ni he tenido más miedo. Mi gente me consideró perdido al ver la arrancada del caballo y quedó con muy pocas ganas de imitar la prueba. Dejaron, pues, que los caballos subieran solos y ellos lo hicieron a pie, para llegar arriba empapados.

Arriba nos esperaban nuevos peligros y penurias, pues el camino que teníamos que seguir no sólo era tan malo como el del día anterior, sino que estaba limitado, a la derecha, por una ladera a pique, alta de unos cien pies, y, a la izquierda, por un precipicio casi vertical, en cuyo fondo, quinientos pies más abajo, estaba el mar. Así, los caballos sólo podían avanzar con muchas dificultades apretándose contra la pared del cerro. El precipicio aparecía más terrorífico porque el mar estaba sembrado de numerosas rocas, contra las cuales, al pie mismo del barranco, las olas del mar, acrecidas por el temporal, rompían estruendosamente, levantando nubes de espu-

ma. Para completar el cuadro oíamos el griterío de los lobos marinos y veíamos revolotear en torno nuestras bandadas de gaviotas y otras aves marinas que parecían querer advertirnos que no debíamos continuar por ese camino.

El día anterior había recorrido con la mayor paciencia el pésimo sendero del bosque, lastimado por las puntas de quillas y colihues; momentos antes, aunque involuntariamente, había realizado una magnífica hazaña ecuestre, pero, cuando llegamos al boquete, me pareció que hasta los más temerarios renunciarían a pasar por él. Reconozco que gustosamente habría retrocedido, pero ya era demasiado tarde para pensar en ello, pues habíamos avanzado demasiado a lo largo del barranco. El araucano me aseguró que si echaba la rienda sobre el cuello del caballo, colocando encima la pierna del lado del barranco y me agarraba de la montura, inclinando al mismo tiempo el cuerpo hacia el barranco, el caballo me haría atravesar sin mayor dificultad el paso peligroso, y como no me quedaba otra opción tuve que seguir el consejo.

Después de habernos persignado todos y de haber encomendado nuestras almas a Dios, seguimos avanzando a caballo. Adelante iba el araucano; le seguía Jaramillo, luego iba yo y más atrás los otros, con los arrieros al final; éstos habían amarrado las cargas medio a medio sobre las espaldas de las mulas, pues sólo así podían pasar. El araucano salvó el obstáculo sin novedad, pero, cuando quiso hacerlo, el caballo de Jaramillo se deslizó en la roca. Yo estaba como paralizado de susto, pues ya lo veía destrozado y fui víctima de un espantoso vértigo en el preciso momento en que necesitaba presencia de ánimo y calma. Pero en el instante crítico, el caballo de Jaramillo realizó un salto tan formidable como si hubiera querido demostrar que estaba perfectamente al tanto de su responsabilidad por la vida de su jinete, gracias a lo cual logró salvar el obstáculo con el capitán, siempre valiente, pero ahora más que asustado.

En seguida se acercó mi caballo al boquete, pero me hallaba de tal manera intimidado por el incidente, que no me atreví a colocar la pierna derecha sobre el caballo, como lo hacían los indios, para pasar, casi suspendidos sobre el pre-

cipicio, sino que preferí lastimarme la rodilla o la pierna en el barranco. Solté las riendas sobre el cuello del caballo y me agarré de la montura; inclinando en lo posible el cuerpo hacia el barranco, logré pasar lastimándome sólo un poco la rodilla. Ese paso comprobaba claramente la indolencia de los araucanos, pues con el trabajo de un solo día habría sido posible rebajar la roca de tal manera que se pudiera transitar sin ningún peligro.

Avanzamos otras dos horas por el miserable sendero de la selva, hasta que llegamos a un promontorio rocoso, desde donde disfrutamos de una preciosa vista. Hacia el Poniente se extendía el océano; hacia el Norte, la costa, que se podía reconocer a simple vista hasta el río Toltén, mientras que hacia el Oriente la elevada serranía en que nos encontrábamos describía una media luna, para volver a salir al mar más al Norte, en un promontorio formado por el cerro de Nihue. Se podía reconocer claramente que antes había existido aquí una bahía, que ahora ocupaban magníficos campos de cultivos y praderas, gracias a un sollevamiento de la costa chilena, que se puede comprobar históricamente. En medio de esta bellísima ensenada se encontraba la población de Queule, rodeada por potreros y huertos, y a nuestros pies, tras una abrupta bajada, se veía la Misión. Esta serranía se encontraba interrumpida por el río Queule, que, corriendo desde el Norte, separaba la ensenada en dos partes y desembocaba en el mar cerca de la Misión, a 39° 40' de Lat. S. A lo largo de la playa había dunas, en las que se encontraban algunas rucas y el cementerio de los indios.

Después de breve descanso, bajamos al valle por un sendero tan parado, malo y angosto como aquél por el cual habíamos subido a esta serranía desde Mehuín, y nos dirigimos a la ruca del cacique Voiquepán, a quien debía recomendarme el hijo de Martín. Nos recibió el hijo con la noticia de que el padre había fallecido y nos invitó a entrar. Varios indios, muchachas y niños estaban sentados alrededor de la fogata, situada, como de costumbre, al centro del recinto, y todos nosotros también descansamos, sentados en torno, sobre cueros, después de lo cual se verificó la salutación ceremonial

del hijo de Martín, a la que siguió la del capitán Jaramillo, y contestó a los saludos el hijo de Voiquepán.

Ya a la entrada, mi olfato había sido afectado en forma muy sensible por un olor muy característico y penetrante, y cuando observé la ruca durante la prolongada ceremonia de la salutación, pude comprobar con no pequeña admiración y repugnancia que el cadáver del cacique Voiquepán estaba colgado a unos diez pies sobre la fogata, y se encontraba parcialmente en descomposición y, en parte, desecado por el calor. Supe después que existía la costumbre de guardar el cadáver durante algún tiempo en esa forma, tanto para mostrar lo que costaba a los deudos tener que separarse de él, como, sobre todo, para ganar tiempo a fin de preparar pomposas ceremonias funerarias. A ellas eran invitados los caciques con sus séquitos y había que reunir vacunos, caballares y ovejunos para matarlos y conseguir chicha y aguardiente en grandes cantidades.

Terminada la salutación, trajeron el inevitable carnero, cuya sangre caliente nos ofrecieron, como en Mehuín y cuya carne asada fue servida luego con maíz. Nos apresuramos a consumirlo todo a la brevedad posible, a fin de poder salir de esa terrible atmósfera cadavérica al aire fresco.

Después de haber entregado diversos pequeños obsequios al joven Voiquepán, como también a las mujeres y niños, obteniendo del heredero la promesa de no participar con su reducción en un levantamiento, me dirigí con mi gente a la Misión. Allí me recibieron con la mayor amabilidad los misioneros capuchinos italianos Pedro de Reggio y Agustín de Boloña, para quienes traía cartas de la Misión de San José. A igual que la de San José, la Misión estaba adaptada sólo a las necesidades más simples. Sus construcciones eran de madera y consistían en una capilla, una casa de cinco piezas para los misioneros, una escuela y un galpón, con pesebreras y bodegas. Como los padres estaban muy interesados en tener noticias de afuera y en informarse sobre la región y sus pobladores, permanecimos conversando hasta avanzadas horas de la noche.

La vida de aquellos misioneros era mucho más triste que

la de los de San José. Estos vivían en territorio cristiano, rodeados por vecinos cristianos y podían llegar en pocas horas a Valdivia, donde podían abastecerse de cuanto necesitaran; disponían, además, de un maestro de escuela y del trato del capitán Moreno, recibían siempre noticias desde afuera, poseían fértiles potreros, huertos de mazanos, ganado y buenos caballos y no se encontraban expuestos a peligros. En cambio, la situación de los misioneros de Queule era muy precaria, debido a que la Misión se encontraba en territorio indígena independiente y sólo estaba rodeada por unos pocos indígenas bautizados.

El único sendero de comunicación con cristianos, pasaba por la serranía que se acaba de describir, y era San José la población más cercana. Durante el invierno dicho sendero era a menudo intransitable, de modo que los misioneros permanecían durante meses sin noticias, y carecían frecuentemente de lo más indispensable. Agréguese que los indígenas abusaban a menudo de su bondad, exigiéndoles tabaco, añil y otros productos, que se veían obligados a entregarles, por temor de que incendiaran la Misión y ellos mismos fueran expulsados o asesinados. El padre Pedro era el hijo mayor de un conde italiano, de estirpe muy antigua, y había renunciado a todo en beneficio de su hermano menor, inducido por la fe y el celo misionero, y ahora tenía que vivir en Queule. Era un personaje extraordinariamente ilustrado y de fino trato y, al igual que el padre Agustín, un verdadero modelo de bondad y amor cristianos.

En la madrugada me despertaron las campanas que llamaban a misa, me levanté rápidamente y fui a la iglesia. Después del desayuno visité la escuela, y quedé admirado de los progresos que habían hecho los quince indiecitos que se encontraban allí; casi todos hablaban castellano, varios tenían una excelente caligrafía, y un pequeño examen que hizo el padre Pedro, me comprobó que habían recibido buena instrucción también en otros ramos. Todos estaban muy bien vestidos, y no se habría creído que poco tiempo antes eran todavía hijos no bautizados de indios salvajes.

Para no provocar sospechas, tuve que iniciar aquí mi pa-

pel de comerciante dedicado al cambalache, por lo cual mandé desempaquetar mis mercaderías, y pronto apareció el hijo de Voiquepán, al que siguieron varios otros indios, con caballos y vacunos, para hacer negocios. Había comprado en Valdivia tres barrilitos de aguardiente, a doce pesos cada uno, pero como los indígenas no beben jamás un aguardiente muy fuerte, los mercaderes tenían la costumbre de agregarle agua, de modo que de un barril resultaran dos, y así disponía de seis. El hijo de Voiquepán adquirió tres de ellos, que me habían costado dieciocho pesos, pagándolos con cuatro bueyes gordos, por los que obtuve en Valdivia, de regreso, cincuenta pesos. También cambié añil, sables, cuchillos, etc., y obtuve, en total, seis bueyes y cuatro caballos.

En la tarde, junto con los misioneros, hice secretamente un paseo al bosque, donde los españoles habían lavado oro en un pequeño arroyo. El metal todavía existía, pues los padres encontraban a menudo granos de oro en el buche de las aves de corral que consumían. Para no ocasionarles dificultades, tuve que proceder, sin embargo, con mucha prudencia, por lo cual sólo pude reconocer superficialmente el arroyo, donde encontré algo de oro fino.

Al otro lado del río Queule, frente a la Misión, se encontraban, como ya lo dije, algunas rucas en las dunas, donde vivía también un cacique, llamado Eumin, a quien visité y entregué algunos obsequios. No lejos de su ruca se encontraba el cementerio, pero los muertos no eran sepultados en la tierra, sino sólo colocados en el suelo y tapados con piedras. Curiosamente, casi todos los montículos estaban adornados con cruces, una costumbre que advertí más tarde en el interior, entre tribus completamente salvajes.

Los fuertes aguaceros me obligaron a permanecer varios días en la Misión, y así tuve oportunidad para recoger de los Padres informaciones acerca de las costumbres de los indígenas y sobre los progresos en la propagación de la fe.

En forma general, los araucanos creían que el hombre sólo podía morir por consunción en la ancianidad y que toda muerte prematura era ocasionada por una causa violenta, de modo que les enfermedades eran miradas como envenena-

mientos intencionales. Para averiguar quién los había producido, se dirigían a un adivino que vivía en Boroa, un poco al Norte del río Toltén, llevándole obsequios. El adivino se informaba primero de las condiciones en que vivía el fallecido y las de su familia y realizaba en seguida sus actos mágicos. Bailaba primero como loco, describiendo círculos, caía en seguida, agotado, al suelo y se hacía el muerto; despertaba luego, entraba en éxtasis y, con el rostro horrorosamente desfigurado, pronunciaba el nombre de una persona que vivía en los alrededores del difunto; ella era considerada la causante de la muerte. Los deudos se dirigían en seguida al cacique del lugar y exigían su castigo.

El cacique convocaba entonces a todos los que vivían en el lugar, invitaba también a los caciques más cercanos con sus mocetones, a fin de presenciar tan importante acto. Se reunían entonces centenares o millares de indígenas, formando un círculo alrededor del cacique, en su calidad de jefe de la reunión. Después que los deudos habían inculcado a la persona indicada por el oráculo, se detenía a esta víctima inocente, se la desvestía y se la amarraba con lazos a un palo, que se colocaba horizontalmente entre dos árboles. Allí se procedía luego a quemar viva a la víctima, con acompañamiento de música y terrible chivateo. A fin de prolongar sus padecimientos y la fiesta organizada para ese efecto, se retiraba el fuego cuando un costado de la víctima estaba ya medio tostado, y luego lo avivaban de nuevo, mientras se bebía mucha chicha y aguardiente, dando vuelta el palo, a fin de tostar también el otro costado. Se consideraba como un arte especial hacer de manera que la víctima quedara con vida el mayor tiempo posible, lo que a menudo se conseguía por una hora.

Los misioneros ya habían hecho todo lo posible para inducir a los caciques a suprimir esa costumbre bárbara y supersticiosa, pero sus intentos no habían tenido éxito debido a un incidente que relataré aquí y que contribuyó a confirmar su superstición.

Las exhortaciones de un misionero habían logrado antaño inducir al cacique de La Imperial a prometer que no permitiría más esas ejecuciones, y cuando se quiso realizar una de

una joven de dieciséis años, intentó aprovechar esa oportunidad para prohibir ese abuso.

El pueblo estaba reunido, formando como de costumbre un círculo, en el que se encontraban el cacique, acompañado por varios otros, el misionero, la acusadora y la víctima. Se hizo la acusación de que la muchacha había envenenado a un joven y se pidió la ejecución. En el supuesto de que la muchacha juraría desesperadamente entre lágrimas y llantos su inocencia, el cacique la invitó a defenderse, pero su sorpresa fue grande cuando la acusada declaró con voz resuelta que el oráculo había establecido la verdad y que ella había cometido el hecho en venganza por haber sido desdeñado su amor. El cacique se dirigió entonces con severidad al misionero, preguntándole si continuaba insistiendo en que las declaraciones del oráculo eran falsas y que él y sus hermanos sacrificaban a inocentes, a lo que el misionero no pudo replicar nada. La muchacha fue quemada, y desde entonces se ha robustecido la confianza en la veracidad del oráculo.

Había también varios ejemplos del engaño de que eran víctimas los misioneros cuando, con grandes esfuerzos y sacrificios de tiempo y dinero, lograban bautizar a adultos. Así, el misionero Palavicino, establecido en el límite septentrional del territorio araucano, tras muchos empeños, llegó a bautizar al cacique Pichunmanqui, quien poco después contrajo matrimonio con dos mujeres, y cuando más tarde se enfermó gravemente, no permitió que el misionero lo preparara para la muerte. En cambio, envió recortes de sus uñas y cabellos y una muestra de su saliva, al oráculo de Boroa, quien declaró que el cacique había sido envenenado por su hermana, el hijo de catorce años y las dos hijas de ésta, por lo cual dichas cuatro personas inocentes fueron ejecutadas; pocos días después, cuando había enviado ricos obsequios al oráculo, falleció el mismo cacique. Cuando al acaudalado cacique Colipí, que había prometido a los misioneros que se haría cristiano, enfermó gravemente, se negó a cumplir su promesa porque supo que tendría que despedir a veintitrés de sus veinticuatro mujeres. Murió sólo después de haber mandado quemar a cinco personas que, según el oráculo, le habían su-

ministrado veneno. Más tarde, el hijo del mismo Colipí enfermó, a su vez, gravemente y prometió dejarse bautizar si recuperaba la salud. Sanó por completo, pero en vez de hacerse bautizar agregó tres mujeres a otras tantas que ya tenía.

* * *

Las nubes estaban disipadas y la lluvia había terminado, de modo que resolví seguir hasta la meta final de mi expedición: a Toltén. Mandé ensillar los caballos y cargar las mulas y abandoné la Misión, acompañado por el capitán Jaramillo y mi gente.

Nos dejamos balsear, en primer lugar, sobre el río Queule, y, cabalgando a través de las profundas arenas de las dunas, a lo largo de la playa, hacia el Norte, alcanzamos el cerro Nihue, el cual debimos escalar y no rodear, pues avanza mucho hacia el océano. Estaba tan poblado de bosques como el resto de la Cordillera de la Costa, y el camino, aunque no tan peligroso como el de Mehuín, era muy pantanoso, de modo que los caballos y mulas quedaban a veces detenidos. Sufrimos tanto como en los otros senderos de las serranías y estábamos contentos de poder descender por la empinada falda del Norte, para alcanzar de nuevo una playa plana. Llegados a ella, nos apeamos de las bestias para descansar, y como había oído que en este cerro los españoles habían explotado antiguamente una mina de oro, reconocí la falda con los mineros. Allí encontré una veta de cobre, potente y de buena ley, que se extendía desde la cima del cerro hacia el mar. Observamos, sin embargo, que unos indígenas se dirigían hacia nosotros a toda carrera desde lejos, armados de lanzas y con el cabello al aire, de modo que cabalgando por la playa nos alejamos rápidamente de la mina para no infundirles sospechas. Pronto nos encontramos con los indígenas, cuya aguda mirada les había permitido descubrirnos en la falda, y fuimos sometidos a un severo interrogatorio, teniendo que indicar quiénes éramos, qué queríamos y adónde nos dirigíamos.

El capitán los informó, y después que les obsequié algunos cigarrillos, se mostraron más amables y se alejaron a toda carrera, para anunciar nuestra visita al cacique Huilcafiel en Toltén, adonde llegamos media hora más tarde.

Aunque el cacique principal de este lugar era Millapí, me dirigí al segundo, Huilcafiel, que, tiempo atrás, había estado en Santiago, como delegado de los indígenas. Hablaba castellano y a él me habían recomendado los Padres de Queule. Era un hombre de cuarenta años, con dos mujeres y varios niños. Una vez cumplida la molesta ceremonia de la salutación, y luego de haber sacrificado el inefable carnero y consumido su sangre cruda, hice diversos regalos a mi anfitrión y a sus mujeres, y les comuniqué que había traído mercaderías para cambiarlas por caballos y vacunos, rogándoles que dieran a conocer eso en el lugar.

Para formarme una idea de éste y de sus alrededores, hice al día siguiente un paseo con Huilcafiel. Toltén era uno de los centros más importantes de los araucanos, pues se extendía casi media legua a lo largo del río homónimo y lo habitaban más de 200 familias. El terreno era plano y extraordinariamente fértil. Crecían muy bien el trigo, las habas y el maíz, y llamaba sobre todo la atención una papa alargada, conocida en todo Chile como la mejor bajo el nombre de papa tolteña. Magníficas praderas, pobladas por grandes rebaños de caballos, vacunos y ovejunos, se extendían hasta el pie de la cordillera andina. Pero la mayor parte de los campos se encontraban desiertos y abandonados, pues los indígenas sólo cultivan las superficies indispensables a su propio sustento, o mejor dicho, las hacen cultivar por sus mujeres.

El río Toltén proviene del lago Villarrica, que está situado al pie del volcán de ese nombre y tiene algunas leguas cuadradas de superficie. Después de correr dieciséis leguas en curso bastante recto de Este a Oeste, entrega su caudal al Océano Pacífico, por un cauce de 3.000 pies de ancho. Desgraciadamente, encontré también aquí, como en la desembocadura de casi todos los ríos chilenos, una barra de arena, de modo que los buques grandes no pueden entrar, a pesar de ser el río muy hondo y ancho. En el invierno era muy correntoso y di-

ficil de cruzar. Cerca de la orilla se encontraba la ruca de un indio que pasaba las personas, el ganado y las mercaderías en una balsa al otro lado y cobraba un derecho.

Tuve aquí oportunidad de hacer algunos estudios sobre las costumbres de los indígenas. Ya muy de madrugada encontré a muchos de ellos acostados sobre cueros extendidos frente a sus rucas y dejándose calentar por el agradable sol de la mañana, mientras que todas las mujeres y muchachas estaban en sus quehaceres. Algunas limpiaban los potreros, otras cosechaban maíz, tejían ponchos, cocinaban, limpiaban los caballos y las monturas o fabricaban chicha. Pero lo que más me admiró fue que las mujeres que tenían que cuidar niños chicos, los amarraban sobre una tabla, así les daban de mamar, y los transportaban de una parte a otra, fuese a pie o a caballo, los que montaban las mujeres de la misma manera que los hombres.

El vestuario de todas las indias consistía en dos paños cuadrados de lana: el *chamal* y la *iculla*. Con el chamal se envolvían todo el cuerpo hasta los pies. Se lo sujetaban encima de las caderas con una faja y el borde superior lo hacían pasar por debajo del brazo izquierdo; a la espalda se lo prendían con una gran aguja, de modo que el brazo y el pecho izquierdos quedaban libres. Como a ese lado el chamal no alcanzaba a cruzar, las mujeres, al andar, mostraban la pierna desde la cadera hasta el pie, lo que permitía hacer variados estudios del natural. La *iculla* la llevaban las mujeres a la espalda, cerrada bajo el cuello.

Las indígenas resistían excelentemente a las inclemencias del tiempo, y así, cuando nacía un niño, se dirigían de inmediato al río con la criatura, para lavarla y bañarse con ella. Si el parto ocurría mientras trabajaban en el campo, se bañaban con la criatura, se lo amarraban en seguida al pecho y continuaban su trabajo.

Como ya se explicó, los araucanos practicaban la poligamia, de modo que cada cual tomaba cuantas mujeres quería y le permitían sus recursos. Pero se llevaba los honores la mujer con la cual se habían desposado primero. Había a menudo caciques con veinte mujeres, mientras los indios pobres no tenían

más de dos. Como era grande su afición por las mujeres, sobre todo por las muchachas bellas y blancas, realizaban frecuentes malocas a territorio chileno o argentino, para robar jóvenes cristianas e incorporarlas a sus harenes. Las mujeres de los caciques vivían, por lo general, en pequeñas rucas, levantadas en semicírculo alrededor del edificio principal.

Se ha observado siempre que los pueblos que practican la poligamia tienen un crecimiento vegetativo pequeño, y así ocurría también con los araucanos. Caciques con diez y hasta veinte mujeres, tenían sólo cinco o seis hijos, y a veces ninguno. Tan pronto una muchacha llegaba a la edad púber, la familia daba una fiesta, y, por lo general, la joven contraía matrimonio poco después. Pero, desgraciadamente, esas pobres criaturas no tenían voluntad propia, ni les estaba permitido el amor. Si alguien pretendía a una muchacha, ésta no era informada de ello; el futuro esposo la adquiría de sus padres pagando cierto número de caballos, vacunos, porcinos, etc., según fuese la calidad que se atribuía a la desposada y a su familia. El novio la sustraía en seguida por fuerza, de la casa paterna, y, en realidad la hacía, más que su esposa, su esclava. Mas de una vez, una muchacha joven y hermosa, comprada y raptada por un hombre de edad, envilecido por los vicios y la bebida, ponía término a su triste vida ahorcándose en un sitio escondido de la selva. La mujer era una obediente esclava, que todo lo tenía que soportar, y por grande que fuera el número de mujeres de un hombre, siempre se comportaban ellas pacíficamente, desconociéndose del todo los celos y peleas.

A pesar de que la mujer se adquiría como una mercadería o un animal, su moral era muy firme. El adulterio o la seducción de una muchacha se castigaban de inmediato con la muerte de ambos culpables; y los hombres eran tan celosos, que había que solicitar primero el permiso del marido para hablar con una mujer o darle la mano. Aún cuando ví a menudo bellísimas muchachas en mis viajes, tuve que manifestar siempre el mayor recato en el trato con ellas y, a ese respecto, había impartido instrucciones estrictas a mis acompañantes. Era, en todo caso, curioso que entre esos indios, tan salvajes y

cruels en otros sentidos, reinara una virtud y moralidad, que no se encontraban de ninguna manera en tan alto grado entre sus vecinos chilenos. De la misma manera, los hombres y las mujeres araucanos eran mucho más aseados que los chilenos, pues se bañaban todos los días en la madrugada y, cuando hacía calor, lo hacían varias veces al día. Cambiaban a menudo sus ponchos, chamales e icullas, que siempre se encontraban limpios.

En lugar de jabón usaban la corteza del quillay, que produce jabón cuando se la mezcla con agua y que empleaban tanto para el aseo del cuerpo como para lavar la ropa. Para conservar el cabello lo lavaban una vez a la semana con orina, y en seguida se bañan en el río y se lavaban de nuevo la cabeza; afirmaban que así evitaban totalmente la caspa y la caída del pelo. También a mí me pareció muy eficiente el remedio, pues no vi jamás a un indio que no tuviera la cabellera bien desarrollada, ni mucho menos a uno que fuera calvo.

Las indígenas eran también mucho más pudorosas que las cristianas chilenas y se bañaban sólo en lugares ocultos. ¡Cuántas veces, en cambio, vi bañarse en Valparaíso a mujeres y muchachas, aun de las clases superiores, en presencia de los hombres y sólo con un pañuelo alrededor de las caderas! De la misma manera, los araucanos jamás se sacaban el chamal, por pesado que fuera el trabajo que hacían, mientras que los fleteros de Valparaíso y sobre todo, los negros, que eran todos cristianos, cubrían su vergüenza sólo con un trapito.

Los indígenas no usaban otro adorno que las grandes espuelas macizas de plata, pero de acuerdo con su fortuna empleaban mucha plata en los frenos, monturas y estribos de sus caballos. Las mujeres, en cambio, como las de todo el mundo, tenían gran afición a las nuevas modas y a las alhajas de nuevo diseño. Había plateros chilenos que vivían a veces durante meses entre los indígenas, pues todos los caciques ricos mandaban fundir anualmente todas esas alhajas de plata, para cambiar sus diseños. El adorno principal de las mujeres consistía, generalmente, en una aguja de un pie de largo y del espesor de un lápiz, rematada en un botón del mismo metal, del tamaño de una manzana, con la cual sujetaban la túnica;

además, llevaban anchos brazaletes en los brazos y los tobillos, y un gran número de objetos pequeños, como anillos, cruces, campanitas en las orejas o entretnejidos en el cabello. Todos estos adornos eran de plata maciza; jamás usaban alhajas falsas o de oro.

Nos acercamos a un grupo de indias ocupadas en preparar chicha, en forma primitiva. Las manzanas maduras eran exprimidas por medio de dos troncos pesados y gruesos, superpuestos y accionados por medio de una palanca. El jugo, espeso como una papilla, amarillo obscuro y muy dulce, era recogido en un recipiente hecho de un tronco ahuecado, desde el cual se lo repartía en pequeñas fuentes de madera, a fin de que fermentara, y así se conservaba muchos meses. El cacique Millapí había contratado incluso los servicios de un tonelero cristiano, que le fabricaba pipas: después de unos meses de trabajo entre los indígenas, el tonelero volvió a Valdivia con un rebaño de unos veinte vacunos y caballares, que había recibido por su trabajo.

Cuando regresamos de nuestro paseo, se habían reunido frente a la casa de Huilcafiel numerosos indios con sus mujeres para hacer el trueque de mercaderías conmigo, para lo cual traían caballos, vacunos, ovejunos y productos. Mandé desempaquetar de inmediato mis mercaderías e inicié el cambalache. Al cabo de una hora había colocado casi todos mis artículos, recibiendo en pago, caballos, vacunos, cubiertas de cueros de guanacos, lazos, cueros de lobos marinos, cueros de vacunos, ponchos, etc. En realidad, al hacer este negocio, me preocupaba más dejar contenta a la gente y hacerme amigo de ella, que obtener una utilidad, considerando, además, que los malos caminos hacían muy incómodo y lento el arreo de mucho ganado. Lo único que podía considerar como dinero o producto a precio fijo era el añil, con que los indios teñían todos sus géneros. La libra me costaba en Valdivia dos y medio pesos, y obtenía por dos libras un buen caballo o un buey gordo. Me entregaban también un caballo por un sable; y por cada chaqueta galoneada colorada, que me costaba 10 pesos, obtenía dos bueyes gordos.

Mientras realizaba mis negocios de cambalache, las mujeres

de Huilcafiel habían aplicado todas sus dotes culinarias, a la preparación de un buen almuerzo. Me ofrecieron pescado con papas y pollo con habas, pero mezclados, desgraciadamente, con cochayuyo y luche. Después de la comida, Huilcafiel me llevó aparte para comunicarme que me quería ofrecer una prueba de su gran amistad, permitiéndome que bautizara a sus tres hijos. Como soy protestante, tal petición me dejó un tanto confundido, y traté de excusarme, explicándole que correspondía hacer eso al misionero católico, por lo que le prometí informar a los Padres de Queule de su decisión. Pero Huilcafiel, que pretendía demostrarme su sincera amistad, tomó muy a mal mi negativa y expresó con bastante ira que no dejaría bautizar sus niños si no lo hacía yo.

Como estaba muy interesado en la amistad del cacique, tuve que cumplir su deseo, a fin de reconciliarlo. En seguida trajeron a los niños; invitamos al capitán, a mi lenguaraz y a mi mozo como testigos; y realicé el sacramento de acuerdo con el rito católico, después de lo cual el cacique me abrazó, me besó y me llamó su compadre, que es el grado supremo de confianza, y permitió que abrazara también a sus mujeres.

En mi calidad de compadre del cacique, pude hablarle también sinceramente acerca de los propósitos de mi viaje, y así le participé que lo había emprendido sólo para cerciorarme de la gran riqueza de oro, plata y cobre que había en su territorio, pero agregué para su tranquilidad que no era español ni chileno, sino alemán, totalmente ajeno al Gobierno. Le advertí que si hacía un buen descubrimiento, lo compartiría con él, o que arrendaría el lugar a la tribu, pagando las correspondientes regalías, y le rogué que me consiguiera permiso del cacique principal, Millapí, y de los habitantes de Toltén. Como esa misma tarde se iba a realizar una gran reunión de índole judicial, Huilcafiel me prometió comunicar mi petición a la asamblea, y apoyarla en lo que dependiera de él.

A las tres de la tarde se habían reunido en una pradera todos los pobladores de Toltén, y algunos caciques de la vecindad.

Anunciado por una señal de trompeta, llegó el primer cacique, Millapí, a quien Huilcafiel me presentó de inmediato. Pero Millapí se mostró muy sentido conmigo porque no le había hecho una visita, y se manifestó más amable sólo cuando le dije que me había propuesto hacerlo esa tarde, y no había podido hacerlo antes, porque el regalo que le tenía destinado llegaría solamente ese día. Estaban reunidos más de quinientos indios, hombres y mujeres. A una señal de Millapí, formaron un gran círculo, sentándose con las piernas cruzadas. Para Millapí y Huilcafiel, como también para mí, el capitán Jaramillo y los más ancianos de la tribu extendieron unos cueros de guanacos, para que nos sentáramos.

El primer caso y el más importante de los que debía resolver la asamblea judicial, era uno de envenenamiento. Una india anciana acusaba a una muchacha joven de haber envenenado a su marido, y Millapí invitó a la inculpada a comparecer, pero en vez de ella se presentó su padre, manifestando que su hija había desaparecido el día anterior y, seguramente, había huído a territorio cristiano. En tales circunstancias, la acusación carecía de objeto, pues parecía difícil que la muchacha abandonara su refugio.

El segundo caso era el hurto de una vaca. Estaban presentes el acusador y el inculpada, y después de haber presentado el primero su acusación, haberse defendido el segundo, comprobándose el hurto, el ladrón fue condenado a entregar al acusador, de inmediato, veinte vacunos.

Admirado de tal veredicto, se me informó lo siguiente acerca de la legislación que aplicaban los araucanos en casos de hurtos:

Si un araucano roba una vaca y se comprueba el delito, debe restituir dos; si no lo hace, el cacique le envía un emisario, quien le recuerda la sentencia y al que se debe pagar también una vaca por su diligencia, más las dos que corresponden al acusador. Si todavía no obedece, el cacique se dirige él mismo a casa del ladrón, acompañado por cinco indígenas, y aquél tiene la obligación de entregar entonces dos vacas al acusador, una al emisario, dos al cacique, y una a cada uno de sus acompañantes, lo que hace diez en total. Si

el ladrón todavía no cumple, el caso es presentado a la asamblea judicial, donde se le condena a entregar veinte o más animales, pues se envían diez indígenas para apoderarse de las diez vacas debidas, y los enviados reciben sendas vacas por la diligencia. Si el ladrón no dispone de suficientes animales para hacer el pago, el perjudicado se mantiene callado hasta que el ladrón mejore de situación, aunque pasen años. Entonces el ladrón no sólo deberá entregarle un número de animales igual al doble de lo robado, sino también las crías que, entre tanto, hubieran podido nacer.

En seguida, algunas mujeres acusaron a sus maridos de haberlas golpeado, y fueron condenados éstos a entregar algunos animales a los padres de sus mujeres.

Después de haberse pronunciado éstos y otros veredictos, Millapí presentó a la asamblea seis indígenas de siniestro aspecto, que venían del Norte, como emisarios de sus caciques, a fin de invitar a los araucanos que vivían al Sur del Toltén a participar en un levantamiento. Uno de ellos, procedente de Boroa, pronunció un largo discurso, muy apasionado y habilidoso, describiendo con vivos colores el peligro que amenazaba por haber regalado el Gobierno el territorio indígena hasta el Toltén a los alemanes de Valdivia, quienes se estaban aprestando para apoderarse de él por la fuerza, de modo que sólo se podían salvar adhiriendo al levantamiento.

A continuación hizo uso de la palabra el capitán de amigos, Jaramillo, que dominaba muy bien el araucano, y desvirtuó con argumentos claros y convincentes las inculpaciones que se habían formulado al Gobierno y a los alemanes, exhortando a los indios a conservar la paz.

Siguió una viva discusión, se gritó y hubo peleas entre la concurrencia, pero cuando Millapí ordenó guardar silencio y proceder a la votación, la mayor parte acordó no participar en el levantamiento.

En seguida pidió Huilcafiel la palabra y comunicó, en medio del más absoluto silencio, que me había hecho su compadre, por lo que pedía que se me distinguiera con la misma confianza que le tenían a él y que no se me considerase como extranjero y enemigo, sino como amigo y consejero. Este mi

compadre —así continuó— es un hombre muy viajado y muy sabio, que ha visto todo el mundo, y así me ha participado en toda confianza que existen grandes riquezas en el suelo de nuestro territorio. Sabe perfectamente que nuestros antepasados cayeron en la esclavitud por el oro y que los españoles los trataron cruelmente, por lo cual aterraron las minas después de la expulsión de los españoles. Sin embargo, han pasado siglos desde aquel tiempo; los españoles ya no dominan en América, y en Chile gobiernan los descendientes de la raza araucana, quienes no tenían el propósito de quitarles sus tierras a los indios, ni de esclavizarlos, sino que eran buenos vecinos, a igual que los alemanes, y querían comprarles las tierras a quienes estuviesen dispuestos a venderlas. Aún cuando mi compadre no tiene conocimiento del sitio en que se encuentran esas riquezas, no desea buscarlas de noche como un ladrón, sino que solicita a la parcialidad de Toltén que le conceda el permiso para buscarlas. Cuanto encuentre lo compartirá con nosotros, o arrendará o comprará los terrenos necesarios. Agregó que no se trataba de oro, sino, sobre todo, de plata y cobre, y seguramente la reducción estaría muy contenta si encontrara plata, pues podrían entonces adornar sus caballos con más plata, entregar más alhajas de plata a sus mujeres, comprar las muchachas más bonitas contra pago en monedas de plata y llegar a ser así la parcialidad más rica y poderosa del territorio araucano.

Al discurso siguió un enorme bullicio; la mayoría de los concurrentes ya se encontraban deslumbrados por el brillo de la plata, y en su fuero interno estaban felices de poder adornar a gusto a sus mujeres y caballos. Sin duda, fue por esta circunstancia que se me autorizó para la búsqueda de minas en el territorio de la parcialidad.

Para demostrar mis agradecimientos, repartí de inmediato las mercaderías que me quedaban, entre ellas cien pañuelos rojos, que se colocaron de inmediato en la cabeza; entregué a Millapí un barrilito de aguardiente, algo de tabaco y un bonito sable y a los demás caciques, tabaco, cuchillos, etc.

Estaba logrado lo más difícil, y había conseguido lo que me había propuesto, es decir, en primer lugar, que la tribu no

participara en el levantamiento; y luego, el permiso para dedicarme a la búsqueda de minas. Aprovechando el buen ánimo, hice también la proposición de que se permitiera fundar de nuevo una Misión en el lugar. Había muchos adversarios de tal idea, sobre todo entre los que habían incendiado la Misión que existiera antiguamente y expulsado a los misioneros. Pero el lenguaraz les explicó muy bien las ventajas de la medida, refiriéndose a los misioneros de Queule y al padre Constancio Trisobio, que vivía algunas leguas más al Norte, en la desembocadura del río de La Imperial, a 38°34' de Lat. S., y destacando los beneficios de su actuación y sus buenas relaciones con los indígenas. Después de un animado debate, se aprobó también esa proposición.

Me excusé de la borrachera que siguió y habría de durar hasta el completo agotamiento de la chicha y el aguardiente, y me recogí en seguida a mi campamento, muy satisfecho de los éxitos que había tenido en el día.

Mandé ensillar muy de madrugada, y después de haberme despedido de la familia de Huilcafiel y del cacique Millapí, me dirigí a reconocer el cerro Nihue, donde había descubierto una veta de cobre.

Llegado allá, acampé con mi gente en una gran cueva, excavada por el mar, que ya no era alcanzada por las olas, gracias al solevantamiento de la costa. Había creído no encontrar a nadie allí, pero una caverna vecina estaba ocupada desde hacía una semana por varios chilenos que cazaban lobos marinos, y había también unas treinta mujeres y muchachas de Toltén, dedicadas a recolectar ostras, conchas, cochayuyo, luche y otros productos del mar.

Era entretenido observar cómo los extraían. Vestidas sólo con el chamal, las mujeres y muchachas formaban una fila en el agua, y cuando se retiraba la ola, la seguían hasta el punto en que volvía a avanzar. Corrían entonces hacia la playa lo más ligero que podían y lanzando estridentes gritos, pero ocurría casi siempre que algunas quedaban rezagadas y eran alcanzadas y arrolladas por la ola, lo que no las ponía, sin embargo, en peligro, pues eran excelentes nadadoras.

Después de haber observado la escena durante algún tiem-

po y de haber canjeado mariscos para nuestro almuerzo, por algunas bagatelas, como dedales, agujas y chaquiras, me dirigí con los mineros al cerro, pero estaba cubierto en tal forma con selva virgen impenetrable, que era imposible pasar, y me fue imprescindible prenderle fuego. Pero el fuerte viento lo avivó de tal manera, que en corto tiempo se incendió toda la parte septentrional del cerro, y había tanto calor y humo que nos fue necesario refugiarnos profundamente en las cuevas, en las que se guarecieron también las mujeres y muchachas.

Yo no había querido provocar un incendio de tales proporciones, que tenía que llamar la atención en todos los alrededores. El fuego habría aumentado si no hubiera caído, afortunadamente, una fuerte lluvia, que lo hizo extinguirse poco a poco. Sólo en la tarde fue posible acercarse al lugar rozado, y aun entonces sólo con mucha precaución, pues las rocas estaban todavía muy calientes, lo que nos indujo a regresar de nuevo a la cueva. Durante la noche dormí poco, pues debido a la marea de sicigias, las olas golpeaban con tal furor contra las rocas que el cerro temblaba a veces.

Cuando salí de la cueva en el alba, descubrí que las olas habían subido tanto en la noche, que faltaba sólo un pie para que nos alcanzaran.

Durante la madrugada hice un reconocimiento más detallado del cerro, y encontré buen oro en el arroyo que baja de él, lo que me determinó a trabajar allí más tarde.

Al mediodía abandonamos el lugar y alcanzamos en algunas horas la ruca del pequeño cacique Eumin en Queule, quien nos hizo llevar al otro lado del río mediante algunos obsequios.

Llegado a la Misión, comuniqué a los padres los buenos resultados de mi visita a Toltén, y estuvieron muy satisfechos cuando supieron que había logrado el consentimiento para restablecer allá la Misión, como también de que hubiese ganado para la religión cristiana a los hijos de Huilcafiel. Estos fueron llevados más tarde a la Misión, donde se les educó hasta la edad de 14 años.

Había llegado al tiempo justo para poder participar en los funerales del cacique Voiquepán. Era el 13 de junio, y desde

muy temprano comenzaron a llegar al valle, desde todas partes, grupos de indios. Se reunían en una pradera situada frente a la casa del cacique, cuya familia se había preocupado generosamente por reunir comidas y bebidas, matando muchos bueyes y ovejas y acopiando barriles y botijas de chicha y aguardiente.

Poco después se exhibió el cadáver medio descompuesto y medio desecado del cacique sobre una especie de catafalco, alrededor del cual lloraban y se lamentaban numerosas mujeres, alabando las buenas cualidades y actos heroicos del difunto. En seguida, los indios montaron a caballo, y mientras los deudos más cercanos transportaban al cementerio el catafalco, rodeado por las mujeres, los jinetes se adelantaban a toda carrera y con terrible gritería, blandiendo sus sables y apuntando sus lanzas, a fin de espantar a los malos espíritus. Ayudé con mi gente en esa tarea, pero en vez de agitar sables y lanzas, disparamos incesantemente nuestros revólveres, carabinas y pistolas. Una anciana desparramaba ceniza detrás del cadáver, a fin de que el alma del difunto no regresara.

Como el cementerio estaba situado cerca del mar, al otro lado del río Queule, se nos pasó primero a nosotros al otro lado en canoas. Los caballos atravesaron nadando a remolque, lo que exigió mucho tiempo en algunos casos. En seguida se pasó el cadáver con las mujeres, y en seguida comenzó de nuevo la loca cabalgata hasta el cementerio, con chivateo, juegos de sables y espadas y disparos. En el cementerio, el cadáver fue depositado sobre el suelo, se le colocaron al lado sus armas, algunos choclos y varios cántaros de chicha y aguardiente. Luego, cada uno de los presentes le hizo un saludo de despedida, deseándole buen viaje, y se cubrió el cuerpo con piedras, hasta formar una pirámide, sobre la cual se puso una sencilla cruz de madera. Después de haber regado el montículo con chicha, todos regresamos a casa del difunto, donde comenzó una solemne borrachera. En agradecimiento por haber disparado tanto, lo que había impresionado a todos, se brindó tan abundantemente por mí, que tuve que recogerme pronto, a fin de no quedar tendido completamente ebrio, co-

mo ocurrió con gran parte de la concurrencia, y sólo así pude volver sin tropiezos a la Misión.

A las 10 de la mañana siguiente me despedí de los Padres, tan hospitalarios y respetables, pero les tuve que prometer que volvería en la primavera.

Con temporal y lluvia subimos primero a la elevada Cordillera de la Costa que se extiende entre ese lugar y Mehuín, y cabalgamos durante algunas horas a lo largo de su cresta. Debido a la fuerte lluvia, al regreso encontramos el sendero en mucho peor estado que cuando nos dirigimos a Queule; nuestros caballos se empantanaron repetidas veces en el suelo arcilloso, y nos costó trabajo zafarlos. Después de algunas horas, alcanzamos el boquete peligroso a que me he referido ya, y lo salvamos felizmente. También bajamos en buenas condiciones por la estrecha grieta al otro lado de la serranía; los caballos casi se sentaron y se dejaron deslizar a gran velocidad. Mojados totalmente y cubiertos de lodo, alcanzamos, en la tarde la casa del indio Martín en Mehuín, donde, ante todo, nos sacamos toda la ropa para secarla y, cubriendo nuestras vergüenzas sólo con pañuelos, nos agrupamos alrededor de la benéfica fogata. Nos confortamos luego con una taza de café cargado y una copita de buen ron, y en seguida nos acostamos.

Como los persistentes aguaceros amenazaban inundar y cortar el camino a Valdivia, mandé transportar temprano nuestras cosas a la canoa. Me puse de acuerdo con Martín sobre lo que le debía por el arriendo de los caballos, obtuve que me facilitara a sus hijos como bogadores, y luego nos despedimos. Había calculado que navegando río arriba necesitaríamos sólo de seis a ocho horas para llegar a La Centinela, por lo cual no había llevado víveres, pero tuve que lamentar amargamente mi error.

El río estaba más crecido y correntoso que a la ida y, además, llovía con tanta fuerza, que había dos de nosotros constantemente ocupados en achicar la canoa. Así, después de haber remado todo el día contra la fuerte corriente, al caer la noche estábamos agotados y ni a mitad del camino a La Centinela. Como no estaba acostumbrado a bogar, mis manos

se habían cubierto de tal manera con ampollas que ya no podía más que ayudar a achicar la embarcación. Aunque mis hombres fuesen remeros experimentados, pronto estuvieron en estado de resistir sólo un poco más.

En situación tan sumamente difícil y peligrosa, nos consultamos para tomar un acuerdo. Era imposible llegar a La Centinela en menos de ocho horas; era también imposible desembarcar, pues lo impedían los impenetrables colihuales y quilantos de las orillas, y era peligroso regresar a Mehuín, pues la canoa se volcaría, con seguridad en la primera vuelta del río, aguas abajo. Finalmente, acordamos acercarnos a una orilla, amarrar la canoa con lazos a los colihues y pasar así la noche. En el preciso momento en que íbamos a realizar ese propósito, llegamos a un lugar en que el río describe una curva en ángulo recto; allí la corriente, se apoderó de la canoa con tal furia que, aun cuando pudimos mantenernos con el esfuerzo de todos, se quebraron luego los remos de mi mozo y del lenguaraz, y el primero cayó de cabeza al río, mientras que la embarcación era arrastrada río abajo, velozmente. Todos lanzamos un grito, pero nos fue imposible prestar la menor ayuda al desgraciado, pues, de un instante a otro el bote iba a volcarse o ser lanzado contra la orilla. Salimos disparados, sin saber qué sucedería, cuando, de repente, cayó del cielo un rayo, seguido de un espantoso trueno. Quedamos cegados y completamente aturridos, pero pudimos ver cómo ante nosotros se precipitaba al río, con gran estruendo un gigantesco árbol herido por el rayo. El árbol cayó transversalmente en el cauce del río y chocamos contra él con tal violencia, que el lenguaraz y yo fuimos arrojados al río. En mis mortales angustias, agarré de inmediato las ramas y, sujetándome de ellas y con la ayuda de los indígenas, logré volver a la canoa. Pasado el susto, pude comprobar con gran satisfacción que, gracias al árbol, no sólo se había salvado el lenguaraz, sino también el mozo, a quien considerábamos perdido. Amarramos de inmediato la canoa con lazos a las ramas, mientras los rayos, que caían incesantemente, iluminaban los objetos a nuestros alrededor, y cuando di-

mos fin a ese trabajo, nos turnamos en el de achicar el agua, a fin de no hundirnos.

Durante ocho horas, hasta que amaneció, tuvimos que aguantarnos bajo el aguacero ininterrumpido, agotados hasta la extenuación y entumecidos de frío. Sólo al rayar el día, pudimos llegar a la orilla arrastrándonos por el tronco, con muchas dificultades. En seguida, proseguimos camino hacia La Centinela, abriéndonos paso por la orilla con el machete y remolcando la canoa con un lazo.

Trabajamos así durante todo el día, con grandes padecimientos, y ya cerraba la noche por segunda vez y temíamos tener que pasarla de la misma manera que la anterior cuando, al doblar un promontorio, vimos, con gran alegría, una luz. Empleando nuestras últimas fuerzas, llegamos, por fin, a La Centinela, en un estado por demás miserable, con las manos hinchadas, los pies lastimados, destrozada la ropa y sin haber comido bocado durante dos días y una noche. Nos desvestimos inmediatamente y, en traje de Adán, hicimos corro en torno a la fogata para calentar nuestros cuerpos ateridos, comer algo y tomar aguardiente. Se encontraban en la choza algunas mujeres y muchachas que tuvieron la caridad de quitarse sus icullas para que cubriéramos nuestras vergüenzas, quedando ellas con el busto medio descubierto mientras nos preparaban rápidamente un guiso de maíz cocido.

Al día siguiente, 17 de junio, en la mañana, con las fuerzas reparadas ya por el sueño, mandé buscar al potrero los caballos y mulas que había dejado allí en el viaje de ida. Hice varios regalos a mi anfitrión para agradecerle su hospitalidad y abandonamos La Centinela.

Esa misma tarde, después de ocho horas de esforzada cabalgata a través de la montaña, por el mismo sendero que ya habíamos recorrido, llegamos felizmente a la Misión de San José. Los venerables Padres, muy preocupados ya por la suerte que pudiéramos haber corrido, nos recibieron con la mayor amabilidad y escucharon con gran interés el relato de nuestra expedición. A la mañana siguiente, despaché por tie-

rra a Valdivia, con los arrieros, los caballos y vacunos que había obtenido en trueque de los indios *. Me despedí de los Padres, le recompensé sus servicios al capitán Jaramillo y partí con mi gente por la orilla occidental del río Cruces hacia la población homónima, que es la mayor de las que existen a lo largo del río, cuya orilla se encuentra poblada en el trayecto. Ese lugar queda a cinco leguas de Valdivia y tenía entonces una diez casas. En su vecindad existen las ruinas de un antiguo fuerte español, con restos de trincheras, puentes levadizos y algunos viejos cañones enmohecidos, sobre cureñas quebradas.

Solicité la hospitalidad de una familia chilena, donde fui recibido y atendido muy amablemente, y como la hija de los dueños, Claudina García, era bellísima y en extremo atenta, pasé allí algunas horas muy agradables.

Cuando bajó la marea, me tuve que despedir, y después de haber arrendado un bote al padre de la bella chilena, me embarqué con mi gente en el amplio río Cruces, que he descrito ya en el viaje de ida, para llegar en la tarde a Valdivia. Mi llegada causó mucha admiración a los vecinos y gran alegría a mis conocidos, quienes me consideraban asesinado, de acuerdo con las noticias que tenían. Una vez en el hotel Saelzer, me visitó de inmediato el Intendente, Ruperto Solar, y fui virtualmente sitiado por los alemanes, que deseaban conocer mis experiencias.

A pesar de lo desfavorable de la estación, que hacía peores los espantosos senderos y tenía a los indios excitados, pues era la del mayor consumo de la chicha de manzanas, había logrado realizar mi viaje, recogiendo informaciones exactas de los indígenas y del país. Además, había obtenido resultados de la mayor importancia para los planes que pretendía realizar más adelante: tenía ganada la amistad de los caciques Carriman, Martín, Voiquepán, Huilcafiel y Millapi, a quienes ha-

* No menciona el autor cómo llegó a Cruc's ese ganado. El arreo se hacía por un sendero que seguía la orilla septentrional del río Lingue y que comunicaba la región de Toltén con la de San José de la Mariquina, sin necesidad de usar el río (N. del T.).

bía podido inducir a no participar en el levantamiento que se temía, a concederme permiso para buscar minas y a permitir el establecimiento de una Misión en Toltén. Todo ello constituía, sin lugar a dudas, un excelente resultado.

Capítulo VII

SEGUNDA EXPEDICIÓN A LA ARAUCANÍA, POR SAN JOSÉ Y TRILAFQUÉN HASTA LAS RUINAS DE VILLARRICA

Después de mi regreso a Valdivia empleé los meses de octubre y noviembre en realizar excursiones a los alrededores. Como había comenzado el verano y había caminos practicable hasta las ruinas de la antigua ciudad de Villarrica, destruida por los indios, tenía una gran impaciencia por hacer el viaje. Pero el objeto principal de la expedición que proyectaba no consistía en examinar las ruinas, donde, según fuentes que merecen absoluta fe, los españoles habrían enterrado millones en oro cuando la ciudad fue sitiada por los indígenas, sino en reconocer las ricas minas auríferas de los alrededores, que habían quedado enterradas desde entonces. Además, quería explorar el paso andino principal que se dirige desde allí a la República Argentina, para ver si se prestaba a la comunicación por Ferrocarril entre los océanos Pacífico y Atlántico.

Emprendí el viaje el 4 de diciembre. El sol brillaba en toda su hermosura y amabilidad desde el cielo azul, reflejándose en el bellísimo y amplio río Valdivia, que corría majestuosamente al pie de las antiguas fortificaciones de la ciudad y se retorció como serpiente de plata entre el oscuro verdor de la selva virgen. Una inmensa cantidad de botes y canoas subían y bajaban por el río, tripuladas por los pobladores de las cercanías, que llevaban sus productos a la ciudad o transportaban mercaderías al puerto de Corral. Aprovechando la temporada favorable, grupos de indígenas, llegaban al embar-

cadero con vacunos y caballos, para ofrecerlos en trueque por las mercaderías que necesitaban.

A las primeras horas de la madrugada ya se encontraba mi bote en el puerto, cargado con los artículos, instrumentos y herramientas mineras y los viveres necesarios para la expedición. Cuando subió la marea, me despedí de los numerosos amigos que me habían acompañado, me embarqué con mi mozo Antonio y dos mineros que tenía contratados. Pronto la embarcación avanzó velozmente por el transparente espejo del agua, hacia el Norte, impulsada por las paladas regulares de cuatro vigorosos bogadores.

Si las inmensas y silenciosas selvas vírgenes por las que corre el río Cruces, me habían parecido impresionantes en mi primer viaje, ahora, en el verano, presentaban un aspecto magnífico y realmente encantador. Los antiquísimos árboles, de troncos enormemente gruesos y altos, se veían festoneados de variadas enredaderas con flores de hermosísimo color y que formaban guirnaldas de un árbol a otro.

Después de un viaje de seis horas por el río, desembarqué en el caserío de Cruces, donde quería arrendar a mi conocido, José García, los caballos y mulas necesarias para continuar el viaje a San José. Pero como no fue posible conseguir las bestias el mismo día, me vi obligado a aceptar la hospitalidad de García hasta el día siguiente, y pude pasar una velada muy agradable con su bellísima hija Claudina.

Al rayar el día, trajeron los caballos y animales de carga, y una vez que me hube despedido de la amable familia, cabalgamos siguiendo la orilla occidental del río Cruces, a través de bosques y campos de cultivo. Así, al cabo de cinco horas llegamos a la Misión de San José, donde volví a disfrutar de la amable hospitalidad de los Padres.

En el curso de la mañana del 6 de diciembre terminamos los preparativos de la expedición. Por última vez almorzamos con los Padres y los capitanes Moreno y Mera —este último me acompañó con sus dos hijos—; ordené montar a caballo y, a la cabeza de mi pequeño y valeroso grupo partí hacia la frontera indígena. Me acompañaban once hombres, todos en buenas cabalgaduras y armados de sables y revólveres. Los

once eran don Adriano Mera y sus dos hijos, el lenguaraz Soto, los dos mineros, mi mozo Antonio y cuatro arrieros, que estaban a cargo de los caballos y cinco mulas.

En mi primera expedición a la Araucanía me había dirigido desde Cruces hacia el Occidente, en dirección al mar, pero ahora avancé hacia el Noreste, hacia la cordillera andina. El camino seguía primero por la orilla occidental del río Cruces, en terreno plano, parte por bosques, parte por pastizales, y después de una hora de avance al paso, a fin de que pudieran seguir las bestias de carga, pasamos por los caseríos indígenas de Chonqui y Quechupulli, para llegar luego al de Marilef. Esta parcialidad, que contaba con unas 300 almas, estaba al mando del cacique Carriman, a quien ya había conocido en San José y cuya personalidad describí en su oportunidad. Había unas treinta viviendas dispersas a lo largo del río, algunas de madera, al estilo corriente en el Sur; otras, simples rucas indígenas, todas con sendos campos cultivados y bosquecillos de manzanos.

De acuerdo con la costumbre nacional, nos dirigimos a la vivienda del cacique Carriman, quien vivía en medio de la reducción, y, frente a ella, gritamos ¡Mari-mari!, a lo cual el cacique apareció y nos invitó a entrar a su casa. Los caballos y mulas fueron desensillados y llevados al potrero y dejé mis mercaderías encomendadas a los arrieros. Entre tanto, algunas muchachas cubrían el suelo frente a la casa con pellejos de pumas, guanacos y avestruces, y —para mi gente— de ovejas y vacunos, en los que luego todos tomamos asiento con las piernas cruzadas, a la manera turca, rodeando al cacique. Durante el molesto y fastidioso discurso de salutación, se había traído también el desgraciado e inevitable carnero, y tuve que beber de nuevo su sangre caliente con el cacique, como homenaje de llegada, después de lo cual se nos ofreció la carne, asada al palo.

Después de la comida entregué a Carriman algunos regalos, consistentes en un barrilito de ron, algunas libras de tabaco y un hermoso sable. En seguida, como el cacique, que contaba unos sesenta años, me presentara a sus ocho esposas, la más joven de las cuales tenía sólo diecisiete abriles, tuve

que regalarles también algunas chaquiras, dedales, tijeras, espejos y algo de ají, que disfrutaba de gran popularidad. Encantado por tan pródigas dádivas, el cacique me cambió de inmediato algunos caballos y vacunos por dos barriles de aguardiente, y despachó emisarios con invitaciones a los miembros de su parcialidad a una borrachera que quería realizar en mi honor. Acudieron luego, desde todas partes, y pronto había unos cincuenta sentados en los pellejos alrededor de nosotros, después de haber saludado con el ritual *mari-mari*.

A pesar de que estos indígenas fronterizos habían adoptado muchas cosas de los extranjeros y de que varios de ellos hablaban castellano, había algunos de figura francamente salvaje, que no lograban ocultar su odio innato a los forasteros. Una vez reunidos todos los invitados, Carrimán, con su sable a la cintura, tomó asiento entre el capitán Mera y yo. Hizo colocar un barril de aguardiente al centro y escanció un cuerno de vaca, lleno, al cacique. Este mojó sus dedos en el aguardiente, asperjó algunas gotas en dirección al volcán Villarrica y se bebió el cuerno de un solo sorbo, a mi salud. Me ofrecieron a mí el segundo cuerno y, desgraciadamente, tuve que bebérmelo a la salud del cacique hasta el fondo. Si para mi estómago no era fácil cumplir tal obligación, el de Mera la enfrentó con mucho gusto. En seguida comenzaron a brindarse mutuamente los indios, y como luego los más nobles de la tribu comenzaron a trincar con el cacique, con Mera y conmigo, no me cupo la menor duda de que si continuaba bebiendo, pronto me encontraría ebrio en el suelo.

A fin de eludir ese destino, pretextando que tenía que ocuparme de mi equipaje, salí de la ruca, y me siguió un indio de aspecto sospechoso y salvaje. Me pidió diversos objetos y, como se los negara, me hizo terribles amenazas, y quizás me habría agredido con su largo cuchillo si la más joven de las mujeres del cacique no hubiera comunicado a éste lo que ocurría. Carriman se precipitó sobre el indio con la furia de un tigre y lo arrastró de su larga cabellera hasta el centro de la concurrencia. Luego, desenvainando su sable nuevo, declaró que no podía tolerar que un forastero acogido a su hospitalidad, fuera insultado y amenazado en su propia casa y mucho

menos por uno de sus súbditos, por lo cual castigaria de inmediato al agresor con la pena de muerte. Pero, en el preciso momento en que se aprestaba a ejecutar la sentencia, el capitán lo tomó del brazo, y yo también le rogué que empleara su sable sólo contra sus enemigos, pero que no lo tiñera con la sangre de un súbdito. Logramos apaciguar su enojo solamente después de gran esfuerzo y lo persuadimos de que pusiera en libertad al indígena, una vez que éste me pidió perdón. Después de tal escena, que fácilmente pudo haberle costado la vida a mi agresor, se reinició la borrachera con mayor entusiasmo, pero como comenzara a sentir los efectos del alcohol, me fui a la cama que me había preparado mi mozo debajo de un manzano.

El anciano cacique ya estaba en pie al rayar el día, y se dirigió con sus mujeres predilectas al río, para bañarse. De regreso, empleó toda su oratoria en inducirme a permanecer algunos días en su casa y me prometió que, en tal caso, me compraría otros dos barriles de aguardiente, para seguir celebrando la fiesta. Esto me determinó, por el contrario, a proseguir mi viaje a la brevedad posible, pues necesitaba el aguardiente también para los caciques que vivían más al interior, y me convenía evitar, en lo posible, toda borrachera. Le prometí que pronto volvería a visitarlo y, junto con darme permiso para partir, ordenó a uno de sus hijos que me acompañara con un mocetón hasta el caserío de Pelehue, donde me recomendarían al cacique Naipán.

La próxima meta de mi viaje eran las antiguas minas auríferas de Pumillahue, conocidas antes como muy ricas y situadas no muy lejos al otro lado del río Cruces. Vadeamos primero el río, cabalgamos una hora entre cerros cubiertos de espeso bosque virgen, y llegamos a un altiplano donde se encontraba una choza a la sombra de grandes manzanos, en medio de campos cultivados. Al llegar, gritamos nuestro "mari-mari" como saludo y nos contestó el ladrido de los perros, a lo que salieron dos bellas muchachas de dieciséis y diecisiete años de edad. Estaban desnudas de cintura arriba, vestidas sólo con el chamal alrededor de las caderas, y huyeron espantadas al

interior de la casa, al ver que tantos "huincas" invadían su soledad.

De acuerdo con la costumbre araucana, no se debe entrar a una vivienda sin ser recibido por los pobladores masculinos, de modo que acampamos a la sombra del manzano hasta que regresara el dueño de casa. Cuando éste llegó, el hijo de Carriman le comunicó el encargo de su padre, de alojarme en su casa y mostrarme las antiguas minas auríferas sin llamar la atención. Yo le hice algunos regalos y el cacique ordenó que condujeran mis animales al potrero, me obsequió una oveja para la comida e instruyó a su hijo para que me acompañara al cerro Pumillahue. Como si fuéramos de caza, a pie, con la escopeta al hombro, junto con mi mozo y el indio nos internamos en el bosque. Después de una hora de camino por un sendero muy angosto, abriéndonos a menudo paso con el machete, llegamos, por fin, al lugar que buscábamos en la ladera del cerro. Pero me conformé con sólo una impresión superficial, a cuyo fin lavé y examiné las arenas de un pequeño arroyo vecino y algunas tierras de las orillas, encontrando pronto que ambas contenían oro.

Cuando estábamos comiendo en la choza del cacique, escuchamos repentinamente un gran bullicio en el patio. Tomé de inmediato mi carabina y corrí a la entrada, desde donde pude contemplar un curioso espectáculo. Un puma de gran tamaño había robado un cerdo y huído a la selva con su presa. Las dos muchachas, para poder correr mejor se habían desprendido del largo chamal que llevaban alrededor de las caderas y lo perseguían completamente desnudas. Yo también me uní a la cacería. Espantado por sus perseguidores y los perros, el león dejó caer pronto su pesada presa y trepó a uno de los árboles más altos. Las muchachas se hicieron cargo de su chanchito, aunque muerto, y regresaron llenas de vergüenza cuando me vieron a mí y a mi gente, pues no nos habían advertido durante la agitada persecución. Despaché una bala al puma, que cayó con un fuerte golpe a nuestros pies. Se le despojó de su piel y con ese trofeo regresamos jubilosamente a la choza.

En la madrugada del 8 de diciembre abandoné Pumillahue

con mi caravana, y después de breve cabalgata vadeamos de nuevo el río Cruces. Si los antiguos caminos de los españoles hubieran sido transitables, habría tenido que cruzar ese río una sola vez, para llegar directamente a las ruinas de Villarrica en pocas horas por un camino ancho y plano. Tuvimos que dirigirnos hacia el Noreste, avanzando algunas horas por la orilla occidental del río, hasta pasar por el caserío de Ciriuelos y cruzar de nuevo el río. Pronto llegamos a la confluencia del Cruces con el Leufucahue y luego al caserío de Imulfudi, situado más al Sur. Lo formaban algunas chozas, sombreadas por enormes manzanos; debido al gran calor, hicimos allí un descanso, a la sombra de los árboles. Aproveché la oportunidad para cazar choroyes y torcazas, de las que había miles en los manzanares; éstas nos proporcionaron provisiones para el viaje. Los choroyes eran de color verde, tanto los grandes como los chicos; las torcazas tenía color gris-azul, como las europeas, pero eran más grandes y tenían una carne muy sabrosa.

Proseguimos el viaje en la tarde. Primero atravesamos a nado el río Leufucahue, para continuar por su orilla septentrional hacia el Este. Pasamos por el villorrio de Puleufu y, después de algunas horas, volvimos a cruzar el río, por cuya orilla austral llegamos, media legua más allá, al caserío de La Rosa, que constaba de sólo dos chozas abandonadas, donde alojamos esa noche.

A la primera hora de la madrugada estábamos de nuevo en marcha. Cruzamos el río Leufucahue por tercera vez; pasamos, en la orilla norte, después de algunas horas de camino muy accidentado y boscoso por el caserío de Quilche, donde tuvimos que cruzar otra vez a la orilla austral, para subir en seguida a una serranía bastante elevada. En la cima existían antiguas fortificaciones de los españoles, que las habían construido para protegerse de los indígenas. Se habían explotado allí dos ricas minas auríferas, pero se podía ver poco de ellas, pues los antiguos laboreos estaban cubiertos por selva impenetrable. Bajando desde ahí por la abrupta falda septentrional, llegamos al caserío de Malalhue, donde descansamos una hora, deleitándonos con exquisitas frutillas, para cruzar en

seguida, por cuarta vez, el Leufucahue, pasar por Chaingal y llegar, finalmente, a Pelehue. Allí mi acompañante Mera poseía un predio, administrado por su hijo mayor, donde alojamos.

En un caserío como Pelehue, mi llegada con tanta gente y tantas mercaderías era un acontecimiento, y la noticia se propagó con gran rapidez de choza en choza, y luego por los alrededores. No era, por consiguiente, de extrañar que los indios se presentaran al día siguiente en tropillas, trayendo caballos y vacunos, a fin de ofrecerlos en trueque por lo que necesitaban. Cerca del mediodía apareció también el cacique del lugar, Naipán, acompañado de unos treinta mocetones de su reducción, como también por sus propias mujeres y las de otros. Terminada la ceremonia usual de la salutación, beneficiado el carnero y consumida su sangre, y después de haberle hecho yo varios regalos, a él y a sus mujeres, adquirió dos barriles de aguardiente en trueque por caballos y vacunos. Se hizo también de una chaqueta colorada con galones de oro, de un gorro y un sable, y luego me invitó, junto con mi gente, a las bodas de un indio joven que me presentó y que se casaría ese mismo día.

Nos reunimos en la casa del cacique, quien, cuando cerró la noche, ordenó que montáramos a caballo. Nos dirigimos a todo galope a una choza solitaria, la rodeamos y, con un terrible chivateo, el novio penetró violentamente en la vivienda, a fin de raptar a su pretendida. Pronto se escucharon grandes gritos de auxilio de voces femeninas, y después de luchar largo rato con su novia, que se defendía valientemente, logró el novio sacarla de la casa y montó a caballo, llevándola en sus brazos. Seguido de todos nosotros, partió de carrera, siempre gritando ferozmente, hacia su vivienda, adonde llegamos para comenzar la borrachera, mientras el novio se retiraba con su presa detrás del tabique divisorio.

Cuando el pretendiente es de edad, la muchacha se defiende, por supuesto, con todas sus fuerzas, pero también se resiste cuando se trata de un joven de su agrado. La costumbre exige que le pegue, lo pellizque, rasguñe y muerda, pues mientras más señales de lucha ostente el novio, tanto más

honrada será la pareja. En la mañana siguiente, el joven desposado tenía que entregar al suegro el valor asignado a su mujer y, para que demostrara su humildad se le obligaba a esperar algunas horas frente a la choza, aunque lloviera fuertemente. Además, era costumbre que pagara de nuevo el precio de su mujer si ésta fallecía, en caso que sus padres todavía se encontraran vivos. Los varones y mujeres que no se casaban eran objeto de menosprecio. Las mujeres y muchachas capturadas en un asalto, eran consideradas como esclavas; si agradaban a su dueño, éste las hacía sus mujeres, pero a menudo eran vendidas o canjeadas por otras esclavas.

* * *

Para la jornada del día siguiente cambié de acompañantes, pues los emisarios de Carriman regresaron a Marilef, y el cacique Naipán ordenó que me acompañaran su hijo y varios indios, que debían encomendarme al cacique Curiñanco, de Trailafquén. Cruzamos por quinta vez el Leufucahue, y, cabalgando por su orilla austral entre praderas y manzanares, llegamos al caserío de Chinguil, situado al pie del cerro homónimo. Tras breve descanso, continuamos nuestro viaje por una selva virgen muy espesa. Después de una hora, el bosque se despejó y frente a nosotros vimos una pradera de más de una legua cuadrada, rodeada por el bosque y tras la cual se elevaba la pintoresca cordillera andina, con el majestuoso volcán Villarrica, que tiene más de 16.000 pies de altitud *. Con un terrible calor, cruzamos la pampa, que carecía de árboles o arbustos, hasta el otro borde de la selva, donde había una pequeña choza, ocupada por una india anciana, su hija, su yerno y muchos niños, que nos recibieron amablemente.

Ese lugar había sido, hace mucho tiempo, el escenario de un sangriento drama, presenciado por el padre Adeodato, de San José, y que relataré aquí brevemente.

En tiempos antiguos vivían allí el cacique Marinao y su

* Sólo 2.840 metros (N. del T.).

numerosa familia. El cacique poseía grandes rebaños de caballos, vacunos y ovejunos y cultivaba una parte importante de la fértil llanura —ahora yerma— que acabábamos de cruzar. Era un araucano inclinado a la civilización, y como había visitado frecuentemente a los misioneros en San José y Valdivia, éstos lograron bautizarlo, junto con su familia. Había obsequiado también un terreno a los Padres, a fin de que construyeran una Misión, y pronto llegó el padre Adeodato, a dirigir personalmente a los carpinteros chilenos que levantaban el edificio. En corto tiempo se estableció una modesta Misión, que se iba a inaugurar en presencia de varios sacerdotes, de Marinao y de indios amigos.

En la noche antes de la inauguración, los perros de la Misión comenzaron a ladrar repentinamente y los caballos se intranquilizaron. El padre Adeodato y los demás sacerdotes salieron de inmediato, creyendo que podía haber un puma en el patio o que el volcán Villarrica había entrado en erupción.

Desde afuera oyeron un ruido como el de un trueno que se acercaba y crecía; sintieron retumbar la tierra y vieron que centenares de indios brotaban al galope de la selva y se dirigían a la casa de Marinao gritando ¡Malón, malón! Los padres y los carpinteros chilenos huyeron de inmediato, pero Marinao y sus dos hijos hicieron frente a la horda, cuyo cabecilla los asesinó. Los asaltantes se dirigieron luego a la Misión, cuyos habitantes se salvaron por haberse escondido a tiempo en el bosque, pero el edificio fue incendiado y robados el aguardiente, la chicha y la carne destinados a la celebración del día siguiente. La borrachera se realizó al lado mismo de los cadáveres de Marinao y sus hijos.

El jefe de esa horda era un cacique pehuenche, y el caso permitió conocer claramente el odio que tenía a los extranjeros y al cristianismo, pues había venido con su tribu desde las pampas argentinas a través de los Andes, con el único propósito de incendiar la Misión y de asesinar al cacique Marinao y a sus dos hijos —aquél era su hermano mayor y éstos sus sobrinos—, por haberse hecho cristianos.

El Padre Adeodato, sus hermanos de la misma orden y los

carpinteros chilenos habían tenido que huir a pie a través de la densa selva hasta San José, usando rodeos, y llegaron en estado lamentable, después de haber pasado varios días sin alimentarse. También la mujer y la hija de Marinao habían huído, esa terrible noche, a San José. Más tarde, la hija contrajo matrimonio con un herrero chileno, y regresó con éste y su madre a las tierras de su propiedad en Manguisehue, donde construyeron la pequeña choza en que acampamos. El gran edificio cercano, donde fueran asesinados Marinao y sus dos hijos, no lo ocupaban por superstición. El herrero tenía un pequeño taller y se ocupaba en fabricar espuelas y adornos para las riendas, como también alhajas para las mujeres, para lo cual empleaba pesos fuertes que los indios conseguían en territorio cristiano por la venta de sus caballos. Al herrero le pagaban en vacunos, y cuando reunía un pequeño rebaño, lo arreaba a Valdivia, para venderlo allá.

* * *

En la tarde seguimos nuestro viaje por terreno plano y despejado, y, al cabo de unas horas llegamos al caserío de Trailafquén, donde el cacique Curiñanco nos recibió con las formalidades ya conocidas.

Al alba, ya reinaba mucho movimiento en la choza del cacique. En su dormitorio habíamos pasado la noche, el cacique, sus ocho mujeres, un número indeterminado de sus hijos, de ambos sexos y edades varias, yo y mis acompañantes, y, además, cerca de una docena de perros, varios gatos y una gran cantidad de aves. Cuando me levanté, me apresuré a llegar al cercano lago Trailafquén *, con el lenguaraz Soto y el mozo, para darme un baño. Pero cuando lo iba a tomar, me asustaron unos sonidos muy agudos, que, seguramente, podían llegar hasta grandes distancias; mirando hacia arriba, descubrí sobre uno de los árboles más altos a un indígena que estaba dedicado a convocar a reunión a todos los miembros de la parcialidad de Curiñanco por medio de una pifülca, que

* Llamado ahora Calafquén (N. del T.).

es un pito de madera, de doce pulgadas de largo y dos de ancho.

Después del baño, que me ofreció la oportunidad de observar que las mujeres y muchachas del lugar eran más blancas y de mejor constitución física que las conocidas hasta entonces, teníamos la intención de regresar a la choza. Pero entonces resonó en el bosque un espantoso chivateo y un instante más tarde se dirigió hacia nosotros a toda carrera un grupo de unos treinta indios semidesnudos, montados en pelo, con las caras horrorosamente pintadas de azul, rojo y negro y los cabellos al viento. Apuntaban hacia nosotros sus lanzas gigantes, de unos quince pies de largo, de modo que, creyéndolos de una tribu enemiga, estimamos que había sonado nuestra hora postrera. Se nos acercaron tanto, que sus lanzas casi nos tocaron, pero sofrenaron sus caballos con tal destreza, que se detuvieron cual una muralla frente a nosotros. Nos preguntaron con brusquedad quiénes éramos, y cuando mi lenguaraz les contestó que comerciantes alojados en casa de Curiñanco, la banda se alejó en dirección a la choza del cacique con igual rapidez y lanzando el mismo chivateo que al acercarse. Mi lenguaraz, que tiritaba entero, me comunicó que la tribu a que pertenecían esos indios vivía en Pangui-pulli y era muy salvaje y malvada, por lo cual había temido realmente que tuvieran la intención de atravesarnos con sus lanzas.

Nos apresuramos a regresar a la choza de Curiñanco, donde la banda ya estaba sentada formando un círculo, y se realizaban las ceremonias de salutación. Apenas terminaron, se acercó otro grupo semejante, y luego, muchos otros indígenas en pequeñas secciones, todos armados con lanzas, y cada vez que entre ellos había un cacique, se iniciaban de nuevo las ceremonias de salutación. La primera banda había llegado por casualidad, pero las demás habían concurrido obedeciendo al llamado con la pifülca, no para participar en una guerra desencadenada por Curiñanco, sino para la borrachera que se realizaría en mi honor.

Terminadas las saluciones, mi acompañante, el capitán Mera, se presentó a la concurrencia y, alegando que había

pactado gran amistad con todos los caciques por cuyo territorio había pasado, les rogó que se hicieran también mis amigos y realizaran negocios conmigo.

Tuve entonces oportunidad de contemplar desde cerca a estos salvajes. Tenían, efectivamente, un aspecto infernal, pues la mayoría se habían teñido las narices con azul y las mejillas de color rojo ladrillo; otros, las narices con rojo y las mejillas con azul, y todos tenían una faja negra del ancho de un dedo alrededor de los ojos.

Pronto se inició la borrachera, a cuyo efecto se colocaron al centro barriles de chicha y aguardiente, alrededor de los cuales se agrupó un triple círculo de indígenas, todos con las piernas cruzadas. Apenas se habían sentado, cuando volvió a resonar en el bosque un espantoso chivateo, y se hicieron oír los estridentes sonidos de unas veinte pifulcas; se escuchaban churumbelas, algunas trompetas retumbaban, y pronto llegaron desde el bosque, a caballo, a toda carrera, numerosas mujeres y muchachas indígenas. Eran las esposas e hijas de los indígenas que Curiñanco había invitado a la fiesta y que debían encargarse de la parte musical de los bailes y cantos. Desmontaron, se sentaron como nosotros, formando una cuarta fila detrás de los varones.

Había mujeres y muchachas muy hermosas entre ellas, pero también se habían pintado. Si los hombres llevaban colores vivos en las narices y mejillas, el sexo femenino sólo usaba rayos azul-negrucos alrededor de los ojos, pintados finamente, con gran habilidad, de modo que cada ojo parecía un sol, lo que sentaba muy bien a muchas de ellas, pues hacía más expresiva la mirada.

Curiñanco me había rogado que dispara mis revólveres tan pronto él iniciara el reparto del aguardiente, a fin de espantar al diablo y para que éste no se introdujera en nuestro grupo como murciélago o en otra forma. Para satisfacer esa petición, repartí sigilosamente a mi gente, en los alrededores inmediatos, algunos premunidos de revólveres y otros de acordeones, y cuando Curiñanco sacó el tapón del barril y llenó el primer cuerno, para vaciarlo en dirección al volcán Villarrica, di la orden de disparar. Hubo una fuerte detonación,

directamente sobre las cabezas de los indios, seguida por un terrible chivateo y gritería, y cuando se disipó el humo de la pólvora, hombres y mujeres se encontraban tendidos en el suelo. Sólo cuando escucharon la música de los acordeones y el canto, se reanimaron y palparon para verificar si no estaban heridos, y al ver que se encontraban sanos, estallaron en formidables carcajadas. Como los revólveres no les habían ocasionado ningún daño y, en cambio, según creían, habían espantado terriblemente al diablo, me rogaron con insistencia que continuara disparando, a fin de ahuyentar más lejos aún al demonio. Entonces hice disparar cuatro armas simultáneamente, lo que me agradeció Curiñanco con un abrazo. Se inició luego la borrachera, en el curso de la cual tuve que hacer otra vez el sacrificio de consumir varios cuernos de aguardiente.

Mientras bebíamos amistosamente con los salvajes, un cacique me tocó de improviso la espalda y pronunciando la palabra *trafquín*, tomó mi sombrero, se lo puso y regresó a su lugar. Me era, por cierto, muy desagradable perder mi sombrero, ¿pero qué podía hacer? Nada, sino poner buena cara. Después de un rato, se me acercó otro cacique, contempló largamente y con mucha atención mis botas, y pensé con espanto que iba a tener la ocurrencia de pedírmelas también. Por desgracia, no me había equivocado, pues luego me tocó también el hombro, dijo *trafquín*, y se sentó frente a mí, pidiendo que me las sacara. Esto ya no lo podía dejar pasar como simple broma, pues en un viaje tan importante y quizás todavía muy largo, las botas me eran indispensables. Me levanté y acudí con rapidez al capitán Mera, a fin de que me protegiera contra semejante exigencia, pues así como a uno le había gustado mi sombrero y a otro mis botas, los demás podían solicitar mi chaqueta, mi chaleco, mi pantalón y mi camisa, de modo que al final podía quedar en estado natural. Mera me conjuró a que entregara de inmediato mis botas al cacique, pues negárselas sería una gravísima ofensa y debería temer por mi vida en ese caso.

De muy malas ganas procedí a sacarme las botas y el cacique se las puso en seguida. Pero, como era muy pequeño y las

botas le quedaban, por consiguiente, demasiado grandes, ofrecía un aspecto tan ridículo que todos estallaron en carcajadas. Yo no figuraba entre los que se reían y preferí abandonar la casa, a fin de que no continuaran desvestiéndome. Mera me siguió pronto y me informó que la palabra *trafquin* era una demostración de gran amistad, y que después que los caciques habían elegido cosas mías como recuerdo, yo también tenía el derecho de elegir algo para mí. En tales circunstancias, no me era difícil escoger. El dueño de mi sombrero había llegado en un hermoso caballo negro: le grité *trafquin*, monté el caballo y se lo entregué a mi gente para que me lo guardaran. El dueño de mis botas, sin embargo, que tenía un hermoso caballo atabanado, con ricos adornos de plata, había observado mi proceder y, cuando contemplaba su corcel, se mostró tan intranquilo como yo cuando él examinaba bía llegado en un hermoso caballo negro: le grité *trafquin*, y apoderarme de su caballo, con montura y riendas, y como mis botas le quedaban, además, demasiado grandes, a pesar de lo cual le apretaban mucho los pies, se dirigió repentinamente a mí para rogarme que le cambiara las botas por un sable. En retribución me entregó un hermoso caballo blanco, salvando de esa manera su caballo predilecto; yo, por mi parte, estaba feliz de recuperar mis botas.

Poco a poco, el aguardiente hizo sentir sus efectos. Todos se pusieron alegres, y aquellos hijos de una raza primitiva, que normalmente eran tan mal intencionados, se volvieron afables y accesibles. Muchos indígenas, sobre todo las mujeres y muchachas, me rodeaban y hacían miles de preguntas, que mi lenguaraz tenía que traducir. Lo que les llamaba sobre todo la atención era mi cabellera larga y rubia y mi gran barba cerrada, y me rogaron que me desvistiera, para ver si todo mi cuerpo estaba cubierto de pelos. A fin de acceder en algo, me desnudé el pecho, el que admiraron y palparon; me tomaron también la barba, y tocaron cada una de mis prendas de vestir, hasta el último botón. En verdad, me sentí har-to ridículo en semejante situación.

Como los araucanos y los indios pampas son conocidos como los mejores jinetes, les rogué que me mostraran su arte,

reflejándose en las olas del lago; el volcán Villarrica, frente a nosotros, lanzaba enormes masas ígneas al cielo, que caían como una lluvia de fuego, iluminando los alrededores. En torno a la gran fogata estaban sentadas o reposaban pintorescamente las diabólicas figuras de los salvajes pintados de colores chillones, con las bellísimas mujeres y muchachas entre ellos, mientras mis hombres y yo tocábamos acordeones y cantábamos canciones populares. La fiesta se prolongó hasta la alta noche, hora en que los huéspedes se quedaron dormidos, uno tras otro, y yo me retiré con la cabeza bastante pesada. Debo, sin embargo, extender a los indios el certificado honroso y, al mismo tiempo muy revelador, de que, a pesar de encontrarse todos más o menos ebrios, no hubo entre ellos la menor pelea o desavenencia, ni cometieron el menor acto inmoral o chocante.

Si el escenario de la noche había sido interesante, no fue menos pintoresco el cuadro que vi al día siguiente. Gran parte de la concurrencia, varones, mujeres y muchachas, se encontraban tendidos sobre el pasto alrededor de la fogata apagada y durmiendo profundamente, mientras otros se refrescaban en las olas del lago, o laceaban sus caballos para regresar a sus viviendas. Muchos, sobre todo mujeres y muchachas, a quienes había caído mal el aguardiente, cuyo consumo no les era familiar, me imploraron con los gestos más lamentosos, cuando me presenté en el campamento, que les diera un remedio contra los dolores de cabeza y estómago. Tuve que desempaquetar mi botiquín de viaje para curarlos, y como mis remedios, aunque muy sencillos, resultaron eficaces, los enfermos me aplaudieron y agradecieron calurosamente, y me consideraron un gran médico.

Aun cuando Curiñanco, sus esposas y todos los asistentes, hicieron lo posible para inducirme a quedarme más tiempo, ordené hacer los preparativos para continuar el viaje. Como el camino desde allí a Villarrica, bordeando el lago, era muy angosto y estaba invadido por la vegetación, las mulas cargadas con los baúles y barriles podían pasar sólo con muchas dificultades. Por eso acordé transportar las mercaderías al

otro lado del lago en una canoa que me ofreció Curiñanco e hice arrear las bestias descargadas por el camino de tierra.

Los emisarios de Naipán regresaron a Pelehue, y Curiñanco me dio dos nuevos acompañantes, que debían encomendarme al próximo cacique, a Vointén, de Licán. El lago se presentaba liso como un espejo y yo tenía interés en visitar la isla mayor que hay en él, de modo que resolví usar la canoa, en la que me acompañarían Mera, mi mozo y los dos indios.

Mi esperanza de encontrar una canoa digna de tan rico cacique se vio pronto desvanecida, pues la que se había echado al agua era una medio podrida, que se empleaba para recoger el jugo de las manzanas al preparar la chicha. No había ninguna otra, ni en ese lugar, ni en el vecino de Calafquén. Si el lector tiene en cuenta que esa embarcación había sido amarrada con los tallos de una enredadera (voqui) a fin de que no se deshiciera, que una infinidad de perforaciones sólo estaban obstruidas con estopa y que los remos consistían en palos que llevaban amarrado un trozo cuadrado de fuerte corteza, tendrá que reconocer que era poco grata la perspectiva de un viaje de ocho horas por el lago. Pero como éste se hallaba muy tranquilo y uno de los indios me había comunicado que me mostraría en secreto algo muy interesante durante el viaje, me aventuré a hacerlo, y me embarqué en la frágil embarcación. El capitán Mera no pudo ser inducido por ningún precio a acompañarme, y se dirigió con la demás gente por tierra a Licán, de modo que sólo me acompañaron mi mozo y los dos indios. Después que los indios nos despidieron con un fuerte chivateo, la canoa avanzó, primero lentamente, cerca de la orilla, hacia el norte. Hicimos escala en una pequeña isla, donde mis acompañantes reunieron en breve tiempo numerosos huevos, y llegamos, finalmente, después de unas cuatro horas de navegación, a una roca saliente cerca del caserío de Futronhue.

De acuerdo con la tradición de los antepasados de los indios que me acompañaban, era ése el lugar donde los españoles huídos de Villarrica habían escondido antiguamente una gran cantidad de oro en el lago, con la esperanza de recuperarlo más tarde. Pero los españoles fueron asaltados por los

indígenas cuando trataron de rescatarlo, y todos murieron asesinados. Esta información era bastante verosímil, pues estaba históricamente comprobado que algunos españoles habían escapado en dirección a Valdivia poco antes del sitio, con una numerosa tropa de mulas cargadas de oro. En el viaje, los indios les cortaron el camino; los españoles alcanzaron a esconder el oro, y luego fueron todos asesinados, sin que nadie pudiera indicar el lugar donde habían sumergido el oro en el lago. Confirmaba la información el hecho de que los indios consideraban como deshonorado a quien mintiera, de modo que no podían tener interés en proporcionar una noticia falsa. Por el contrario, la comunicación del secreto hacía peligrar la vida del infidente. Hasta qué grado ellos mismos estaban convencidos de la existencia del tesoro, quedó demostrado por el hecho de que por más de media hora navegamos sobre un determinado lugar, procurando descubrir el oro en el fondo del lago. Me aseguraron que los tesoros eran visibles hasta una profundidad de quince pies. Desgraciadamente, se levantó un poco de viento, cuya intensidad aumentó de minuto en minuto, y como ya se formaban olas, nos vimos obligados a renunciar por el momento a la búsqueda, pero los indígenas me prometieron mostrarme el lugar preciso a mi regreso de Villarrica.

Las olas comenzaron a aumentar en altura, y el viento sopló con mayor intensidad, de modo que tratamos de llegar a la mayor de las islas. Pero teníamos el viento y las olas en contra, por lo cual entraba tanta agua en nuestra canoa, que mi mozo y yo nos ocupábamos incesantemente en achicarla, para no hundirnos. Habíamos luchado ya más de una hora con las olas, cuando —para aumentar la desgracia— se quebraron los dos remos. Nos vimos llevados de un lado a otro, sin poder evitarlo, y ya estábamos seguros de nuestra perdición, cuando, por suerte, cambió el viento; levantóse uno del Este, y así, nuestra embarcación, que bailaba en el agua agitada, fue vigorosamente impulsada hacia la isla grande. Poco después, una gran ola nos echó con tal fuerza sobre la orilla, que sólo la presteza de los indios hizo que se salvaran la canoa y las mercaderías dispersas. Totalmente mojados; bus-

qué un refugio y descubrí una cueva, adonde mandé transportar todas las mercaderías y encender de inmediato una fogata, a fin de secarnos nosotros mismos y el equipaje.

Reconfortados con alguna comida y bebidas, recorrimos la isla, que tenía una superficie aproximada de cuatro *morgen* (una hectárea) * y estaba cubierta de apretado bosque. El viento, que soplaba con violencia desde los Andes, cubiertos de nieve, era frío, y pronto se transformó en temporal; las olas crecían cada vez más, se quebraban formando crestas de espuma, bramaban y se rompían a nuestros pies, mojando hasta gran altura una enorme roca que se alzaba en la isla. Sin duda todos habríamos perdido la vida si nuestra frágil embarcación no hubiera naufragado en ese lugar. Agradecemos todos a Dios por nuestra salvación del gran peligro, y los indígenas hicieron el sacrificio de algunos víveres.

Desde esta roca se disfrutaba de un magnífico panorama, pues, hacia el Sur, se veían en la orilla las chozas que formaban las parcialidades de Calafquén y Trailafquén, diseminadas en medio de manzanares; hacia el Norte, aparecían en el borde obscuro de la selva algunas chozas de la de Licán; al Este, se elevaba la Cordillera de los Andes, con el volcán Villarrica, que brillaba iluminado por el sol de la tarde; y, a mis pies, se quebraban contra la roca las enormes olas del lago. Admiramos hasta que cayó la noche esa magnífica naturaleza y regresamos a nuestra cueva, donde nos quedamos dormidos, después de habernos preparado un lecho tan cómodo como lo permitían las circunstancias.

A la salida del sol se apaciguó la tormenta e íbamos a echar de nuevo al agua la canoa, debidamente reparada, cuando el capitán Mera, con algunos indios, llegó a buscarnos en una buena canoa que había conseguido en Licán. No fueron pequeñas su sorpresa y alegría cuando nos encontró a todos con vida. Transportamos rápidamente las mercaderías a la canoa y, con la vieja embarcación a remolque, llegamos, después de una hora de navegación, a Licán, sobre la orilla nor-

* Cuatro *morgen* equivalen a una hectárea, pero la superficie verdadera de la isla donde desembarcó Trutler es de unas quince hectáreas. (N. del T.).

te del lago. Allí, el cacique Vointén y sus mujeres nos recibieron cariñosamente.

Toda la zona que hasta entonces visitara había estado poblada antiguamente por numerosas reducciones indígenas, de las que sólo se conservaban algunos restos. También en Licán encontré nada más que ruinas de viviendas, indicios de antiguos cultivos, especialmente grandes manzanares, y sólo dos chozas habitadas por Vointén, el dueño de todos los terrenos vecinos. En otras partes la desolación había sido producida por los españoles y la viruela; aquí, el vecino peligroso era el volcán, que había cubierto todo el terreno entre las chozas y la orilla del lago con escorias, piedras calcinadas de todos tamaños, piedra pómez y cenizas volcánicas. Esa situación me pareció peligrosa, sobre todo al observar que el cráter había arrojado piedras de un pie cúbico de grueso, pero Vointén me explicó que desde hacía años ninguna había alcanzado hasta allí, gracias a que el cráter en actividad estaba situado en la falda sureste del cerro.

Vointén era un individuo muy alegre, amable, de buen ánimo, pequeño y obeso, de unos sesenta años de edad; tenía sólo dos mujeres y, además, grandes rebaños de caballos y vacunos especialmente hermosos. En la tarde apareció también su yerno, que vivía en Challupén, lugar situado en la falda del volcán. Como en Licán me había presentado también como mercader, me aconsejó Vointén que permaneciera algunos días en su choza, pues llegaría luego de allende la Cordillera un cacique muy rico de las pampas, quien sin duda, me cambiaría de inmediato todas las mercaderías por excelentes caballos. Pero el consejo me indujo a apresurar mi partida, por cuanto ese cacique era el ya nombrado, salvaje y sanguinario, que había asesinado a su hermano Marinao y sus hijos en Manguisehue, robándoles todo e incendiando la Misión.

Pronto tuvimos suficiente confianza con nuestro anfitrión, y una vez que el capitán Mera le hubo escanciado bastante aguardiente para ponerlo comunicativo, le dio a conocer el mismo Mera el verdadero motivo de mi viaje, y le solicitó ayuda. En un comienzo, y a pesar de su estado, Vointén se mani-

festó sorprendido por esos planes. Pero le hice saber por intermedio de Mera que todos los caciques que había visitado estaban secretamente de acuerdo conmigo y que tenía el propósito de compartir honradamente con él los tesoros que encontrara. Como sabía que él no podía aceptar oro, le prometí enviarle desde Valdivia mercaderías por el valor correspondiente y le aseguré que guardaría el más absoluto secreto acerca de cuanto me participara. Entonces acordó darme diversas informaciones y me prometió que, a la mañana siguiente me conduciría con todo sigilo al lugar donde se encontraba un gran tesoro y me acompañaría luego a Voipire, donde vivía el cacique más vecino a las ruinas de Villarrica, Antülef, a fin de recomendarme a él. Acerca de los boquetes que conducen desde aquí a Argentina, supe por su yerno que el más cercano pasaba directamente desde allí, por sus terrenos en Challupén. Pero ocurría que el más corto era muy empinado y difícil y sólo transitable en verano, mientras que otro, que se dirige de las ruinas de Villarrica por Pucón y Pailín al pie del volcán Quetru *, es totalmente plano, cómodo y transitable en todo tiempo. Hay un tercer paso, al norte de Villarrica, que pasa al pie del volcán Llama.

Al alba del día siguiente, me dirigí al lago, acompañado por Vointén y mi mozo. Cabalgamos cerca de una hora bordeando la orilla oriental, al pie del volcán, por un camino cubierto de lava, escoria, piedra pómez y ceniza. Cruzamos varios torrentes que alimentan al lago y llegamos al lugar en que nace un ancho canal que constituye el desagüe del lago Villarrica en el de Panguipulli, situado algunas leguas más al Sur. Desde allí nos dirigimos a la izquierda, hacia la falda del volcán, y después de haber recorrido un trecho en la selva, Vointén me señaló que me adelantara con mi mozo, debido a que el terreno donde estaba sepultado el tesoro se encontraba en un lugar adonde él no podía llegar sin provocar el enojo de los dioses, pero esperaría allí mismo para que nadie nos sorprendiera. Avancé un corto trecho aún, entre los arbustos, y aparecieron ante mi vista las antiguas fortificaciones

* Llamado ahora Quetrupillán (N. del T.).

con fosos dobles, todavía profundos después de siglos y que debieron de ser aún más hondos. Estaban ahora totalmente cubiertos por las quilas, y árboles seculares crecían dentro de las fortificaciones y sobre los fosos. Ya no existían murallas, en cuanto pude observar, pero descubrí los cimientos de una fila de casas, que deben de haber formado antiguamente una calle, que se prolongaba hacia arriba por la falda del cerro. Vointén me había indicado como lugar del tesoro, un gran montón de piedras, reunido por la mano del hombre. Busqué durante largo tiempo entre los numerosos escombros y las grandes piedras arrojadas por el volcán, hasta encontrar un montículo que correspondía a la descripción. Pero se hallaba tan cubierto de vegetación que las piedras estaban unidas al suelo, de modo que se necesitaba un chuzo para separarlas, por lo cual acordé volver luego con mis mineros y sus herramientas.

Me hice bajar al primer foso y, abriéndome paso con el machete a través de los densos arbustos, subí por el otro lado. Iba, precisamente, a descender al foso interior cuando Vointén dio la alarma, indicándome que regresara rápidamente. Como estaba deseoso de alcanzar la parte interior de la fortificación, me fue muy molesto volver, pero no había más remedio.

Encontré a Vointén tiritando de pies a cabeza y, sin decir palabra, nos internamos por lo más denso de la selva, para regresar a casa haciendo rodeos. Cuando llegamos, me comunicó Mera que varios indios pehuenches, que acababan de llegar a través de la cordillera, habían acampado cerca de nosotros y, si nos hubieran descubierto, la vida de todos habría corrido peligro, pues pertenecían, al parecer, al séquito del cacique que había asesinado a Marinao.

En tales circunstancias era imposible continuar el reconocimiento del lugar, y para no encontrarnos con aquellos salvajes, mandé preparar de inmediato la continuación del viaje. Así, poco después, me encontré, acompañado por Vointén, con mi gente y las mercaderías en el camino a Voipire. Aún cuando este lugar quedaba hacia el norte, tuvimos que dirigirnos al Oeste, pues en ese rumbo se extendía, directamente

desde el volcán, un barranco de media legua de largo, muy profundo y de paredes verticales, que debíamos orillar. Después de recorrer durante algunas horas un camino muy angosto e invadido por la vegetación, que pasaba frente a las ruinas de antiguas fortificaciones, como en Malalhue, llegamos, por fin, al término del barranco. Allí se extendía un gran llano despejado, donde bajo un manzanar, se levantaban las chozas del caserío de Chesque Alto. El cacique del lugar había fallecido poco antes, de modo que, afortunadamente pudimos eludir las formalidades de la salutación y de una estada innecesaria. Acampamos un momento a la sombra y trocamos con los indios algunas mercaderías por caballos. Luego proseguimos viaje y caminando ahora por el lado Norte del barranco hacia el Este, llegamos poco después al caserío de Voipire. Sus chozas estaban diseminadas entre manzanos en una pradera de más o menos una legua cuadrada que se extendía al pie Noroeste del colcán y, a través de la cual, corría el riacho de Voipire, que tiene su origen en el volcán. Era el lugar descrito por el padre Imons, cuyo informe he dado a conocer en el capítulo II, es decir, se trataba del sitio en cuya vecindad inmediata debían encontrarse las ricas vetas de oro, plata y cobre y en el que el padre sospechó que podía haber diamantes.

Nos alojamos allí en la ruca del cacique Antülef, donde, una vez cumplidas las conocidas ceremonias de salutación, beneficiado el inevitable carnero y bebida su sangre, entregué obsequios al cacique y a sus mujeres. Les había reservado los regalos más importantes y valiosos, en atención a que este cacique era el más cercano a las ruinas de Villarrica. Como le obsequié también un barrilito de ron, Mera y Vointén le brindaron con insistencia, y cuando su ánimo estaba debidamente preparado, le participaron el verdadero objetivo de mi viaje con la promesa de una participación en las utilidades, y lograron también obtener la promesa de su cooperación.

Pretextando que iba de caza, me eché la escopeta al hombro y, acompañado de mi mozo, comencé a escalar las faldas del volcán. Pero en cuanto salí, me siguieron varios indios que observaban todos mis movimientos. Cuando recogí una

piedra, me exigieron de inmediato que la botara; cuando quise dibujar el volcán, tampoco lo permitieron, y, finalmente me obligaron a regresar a la casa del cacique Antülef. En ella me encontré con dos hermanos del cacique, que ya estaban en el secreto y a quienes también tuve que entregar valiosos regalos. Antes del mediodía llegaron otros cincuenta indios, invitados por mi anfitrión.

Con varios de ellos realicé diversas operaciones de trueque, les hice regalos y, en seguida, se inició la borrachera. Cuando la concurrencia estaba ya de buen ánimo, el capitán Mera les dirigió una arenga. Les comunicó que, si bien había venido para hacer negocios de cambalache con ellos, tenía conocimiento de la existencia de grandes tesoros en la zona y poseía los conocimientos necesarios para desenterrarlos, por lo cual solicitaba permiso para reconocer y explorar los alrededores. Agregó que yo era su amigo, que había trabado amistad con todos los caciques visitados, que me habían recomendado muy bien, por lo cual esperaba y solicitaba que se accediera a mi petición.

En seguida pronunciaron discursos a mi favor los caciques Vointén y Antülef y, finalmente, me dirigí yo mismo a la asamblea, traduciendo Mera mis palabras. Declaré que sabía perfectamente que existían ricas minas auríferas en la región, las cuales habían sido aterradas por sus antepasados cuando expulsaron a sus opresores, los españoles. Agregué que no ignoraba que había grandes cantidades de oro enterradas en Villarrica, durante el sitio, y que aún cuando me habría sido fácil desenterrarlos, no había querido, pues me proponía no hacer nada sin su consentimiento y deseaba compartir honradamente con ellos los tesoros que desenterraría una vez que me concedieran el permiso solicitado. Como sabía también que les estaba vedado aceptar oro en pago, les proponía pagarles su participación en forma de pesos fuertes nuevos o en mercaderías. De ese modo, la tribu de Voipire llegaría a ser la más rica y poderosa de toda la Araucanía y podría adquirir las más hermosas mujeres y muchachas y adornarlas con las alhajas más valiosas; llegarían además, a ser dueños de los mejores caballos, enjaezados con los más ricos adornos de pla-

ta, y les enviaría grandes barriles de aguardiente para que pudieran celebrar las más magníficas fiestas durante todo el año.

A mi discurso siguió un formidable chivateo y, a fin de lograr que todos me fueran benevolentes, mandé repartir cigarrillos y obsequié a cada cual un pañuelo rojo de algodón como faja para la cabellera.

Después de una discusión de cerca de media hora, se levantó un indio bastante anciano y declaró que si me mostraban aquellos tesoros, tan inteligentemente ocultos por los antepasados, que establecieron la pena capital por su descubrimiento e, incluso, por el solo hecho de pisar el sitio donde se encontraban, pronto el gobierno chileno enviaría soldados, les arrebataría todas sus tierras y mandaría redescubrir las minas, obligándolos a trabajar, de nuevo, en calidad de esclavos.

Contesté a ese discurso que yo era alemán, que nada tenía que ver con el gobierno chileno y que, al encontrar tesoros, sólo los compartiría con ellos. Después de otra gran gritería, volvió a levantarse el anciano y declaró que si era capaz de cazar el gran cóndor que volaba sobre ellos, creería en mi amistad y aceptaría mis proposiciones.

El cumplimiento de la ordalía que me fijaba no era fácil, pero tomé mi carabina, apunté con cuidado, disparé, y la enorme ave se precipitó con estruendo desde la altura. Curiosamente, pero tal como lo había calculado, cayó justo a los pies del anciano. La concurrencia quedó atónita y el orador se me acercó y me besó, después de lo cual se levantó un espantoso chivateo y yo obtuve, con asentimiento unánime, permiso para buscar tesoros y descubrir minas. En seguida, volvió a hablar el anciano para declarar que si bien todos estaban conformes con que yo me dirigiera a las ruinas de Villarrica, era imprescindible conseguir también el permiso de los caciques del otro lado del lago y del río Toltén, en Putuhué y Allipén, lo que fue aprobado en forma general. Pero, como estos caciques habían viajado a la República Argentina, se acordó que regresara dentro de algunos meses y que, entre tanto ellos me conseguirían el permiso correspondiente.

No pude sino aprobar esta medida de precaución, pero el

lector podrá imaginar lo desagradable que me resultó tener que regresar a Valdivia cuando estaba a una hora de la meta tan anhelada y después de tantos sacrificios en dinero y tiempo.

Desesperado ante el fracaso de mi expedición, me despedí de la concurrencia, prometiendo regresar dentro de algunos meses, y me retiré a mi campamento, que mi gente había levantado bajo los manzanos, al aire libre, ya que había una hermosa noche de verano. Cuando yacía con el peor humor imaginable, observando el cráter que se encontraba frente a mí, del cual salían alternativamente masas de humo negro y fuego, se me acercó Mera con un indio de unos veinticinco años de edad que me había agradado ya por su apariencia. Tenía el cutis muy blanco, una cara simpática, de nariz aguileña, auténticamente española, y montaba un hermoso caballo con adornos de plata por valor de varios centenares de pesos. Me admiré aún más cuando el indio me habló en castellano.

Se llamaba Quiltrulef, era hijo de un cacique y de una cristiana raptada, había hecho la guerra con su padre en las pampas argentinas y, en varias ocasiones había viajado a través de los Andes desde el Océano Pacífico hasta Buenos Aires y el Océano Atlántico. En esos viajes había aprendido algo de español y, ya que no era tan supersticioso como para creer que no debía pisar el terreno donde se encontraban los españoles caídos en la guerra, había construido su choza cerca de las ruinas de Villarrica, donde vivía con sus mujeres. Poseía los campos más fértiles, y las mejores praderas y grandes rebaños de caballos y vacunos.

Como yo no podía dirigirme públicamente a las ruinas de Villarrica, venía a invitarme para que lo acompañara esa misma noche a caballo a su ruca. Desde allí me acompañaría, el día siguiente, a las ruinas, al lago y, más tarde, también al paso que conduce a Argentina; pero —agregó— para eso, era necesario que me vistiera como un indio y me cortara la barba.

Muy agradecido por ese ofrecimiento, entregué ricos obsequios al joven y le rogué que me proporcionara algunas informaciones sobre aquella zona, lo que hizo gustosamente.

Me dijo que las ruinas de Villarrica se encontraban a sólo una hora de camino y que estaban situadas inmediatamente a orillas del lago de su nombre hacia el extremo suroccidental, donde tiene su origen el río Toltén. A pesar que todo un denso bosque cubría el lugar de la antigua ciudad y sus fortificaciones, restos de construcciones en pie permitían reconocer claramente las calles y plazas y a los grandes edificios, como iglesias, monasterios y fortificaciones. Había muchos tesoros enterrados, y se conocían algunos de los lugares donde se hallaban, pero ningún indígena podía pisarlos para no enojar a los dioses. Uno de los tesoros yacía debajo de una gran piedra plana, cubierta de inscripciones, que él conocía. En el lago, cerca del nacimiento del río Toltén, existía, además, una isla donde los españoles habían enterrado igualmente grandes sumas, pero también les estaba vedado a los indios visitarla, sin exponerse a la ira de los dioses. Cada vez que alguien se acercaba, se desencadenaba un temporal y se ahogaba el temerario. Agregó que la causa por la cual nadie desenterraba estos tesoros no era sólo el deseo de no atraer la atención de los chilenos, o el de no enemistarse con los dioses, sino también un sentimiento de rectitud que les inducía a reconocer que el oro no les pertenecía a ellos, sino a los españoles, de modo que si se apoderaban de él, serían castigados con el regreso de sus enemigos, quienes los esclavizarían. En la cercanía, sobre todo en Pucón y Pailín (Palguín), se encontraban ricas vetas de oro, de plata y cobre, y si bien las minas fueron tapadas y aterradas antiguamente, era posible reconocer los piques y las ricas vetas en los lugares en que el agua había llevado consigo la tierra. En cuanto al camino a la Argentina, era, sobre todo, recomendable el paso de Villarrica, pues era plano, con la única excepción de una pequeña colina, y transitable durante todo el año.

Entusiasmado en grado sumo por estas informaciones, que confirmaban todas las reunidas anteriormente, acordé de inmediato colocarme el traje indígena, cortarme la barba y dirigirme en la noche siguiente con todo sigilo, a la ruca de Quilrulf. Rogué a Mera que me acompañara como intérprete,

pues Quiltrulef entendía muy poco el español y lo hablaba aún menos. Pero éste me contestó que no se atrevería a hacerlo a ningún precio, pues era seguro que ambos perderíamos la vida en esta aventura, y empleó toda su elocuencia en inducirme a emprender el viaje de regreso, para volver más tarde. Pedí solamente que me acompañara mi lenguaraz Soto, pero también éste tenía tanto miedo, que no era posible inducirlo a acompañarme, por mucho dinero que le ofreciera. Esto me desesperó, y resolví finalmente viajar solo con el indio, en la esperanza que mis compañeros no partirían durante mi ausencia. Desgraciadamente, tampoco me resultó ese arbitrio, pues todos me hablaron seriamente de la crueldad de los indios, rogándome insistentemente que no aventurara mi vida en esa forma, por lo cual tuve que acceder al fin y someterme a mi suerte. Por tal motivo, mandé preparar de inmediato el regreso, y después de prometer a Quiltrulef que lo visitaría pronto, abandonamos Voipire y llegamos luego a Chesque Alto, donde pasamos la noche bajo los manzanos.

Apenas nos habíamos recogido, cuando nos alcanzó un indígena, hermano del cacique Antülef, con quien había trocado un hermoso trabuco por un caballo. El indio había cargado el arma con doble cantidad de pólvora y había recibido un golpe tan fuerte en la mejilla al disparar, que no se atrevió a volver a cargarla. Con la cara hinchada llegó a buscarme para que aceptara la devolución del trabuco y se lo cambiara por una camisa. Yo estaba muy de acuerdo, pues el trabuco me había costado diez pesos, de modo que le regalé, además, cuchillos, tabaco y diversos otros objetos. Por mucho que los indígenas se interesaran siempre por mis carabinas, revólveres, pistolas y sus aplicaciones, no era posible inducirlos a usar armas de fuego, al extremo de que no las aceptaban jamás como obsequios y, en cambio, un buen sable disfrutaba de aprecio general.

Dejamos Chesque Alto de madrugada y llegamos pronto a Licán. Desde allí quería dirigirme al día siguiente, con mis mineros, a las antiguas fortificaciones que me había mostrado Vointén, a fin de desenterrar el tesoro, y visitar en segui-

da, con los indios de Trailafquén, el lugar donde pretendían haber visto tesoros. Desgraciadamente, no pude realizar ninguno de estos dos proyectos, pues un gran número de indios de Panguipulli estaban apacentando su ganado en la cercanía de las ruinas, y tenían el propósito de permanecer allí algunas semanas.

En la tarde, Vointén realizó un rodeo de su ganado, que era tan numeroso y de tan buena calidad, como no había visto otro. Elegí algunos hermosos bueyes por las mercaderías entregadas en trueque y mandé juntarlos en yuntas.

Era sumamente curioso que los indios, que poseían tan magníficos rebaños de vacunos, no bebieran jamás leche, ni produjeran queso o mantequilla; tampoco los consumían, debido a que consideraban esa costumbre cristiana como algo impuro, sucio. Siempre se admiraban extraordinariamente cuando yo bebía leche en mis viajes, y era fácil advertir por la expresión de sus caras la repugnancia que sentían.

Como en las condiciones reinantes no me era posible realizar ninguno de mis planes y el cielo anunciaba vientos y aguaceros, acordé acelerar en todo lo posible el regreso a Valdivia.

Despaché, pues, a dos de los arrieros a Trailafquén, para que recogieran los caballos y vacunos que había adquirido allí por medio del cambalache, y me dirigí con Mera y los demás por la orilla occidental del lago hasta Manguishue. Ahí descansamos en casa del ya mencionado herrero chileno, yerno del viejo Marinao y, proseguimos el viaje por Chinguil para llegar en la tarde a Pelehue, donde pernoctamos.

Yo partí al rayar el día, pero Mera se quedó para ocuparse de su explotación agrícola. Si ya estaba de mal humor por haber fracasado mis proyectos, en el camino llegué a un estado de verdadera desesperación. Mi caravana, que a la ida era de once personas a caballo y seis bestias de carga, había aumentado ahora en catorce caballos semicimarrones y doce bueyes, todos los cuales había obtenido en trueque. Los bueyes, a pesar de ir en yuntas, apenas avanzaban cien pasos sin escaparse al espeso bosque virgen que bordeaba la huella. Así, no sólo tenía que seguir paso a paso al rebaño sino que de-

bía detenerme, a menudo por media hora o más, mientras desenredaban de los quilantos y coliguales a los bueyes que se habían escapado. Era preciso sacarlos con la ayuda del machete e, incluso, hubo necesidad de derribar árboles para librarlos. Entre tanto, llovía a cántaros y el camino estaba tan pantanoso y trillado que nuestros caballos se caían o quedaban detenidos, todo lo cual podrá explicar mi estado de ánimo. En tales circunstancias llegamos a Chaingal, cruzamos por primera vez el Leufucahue, que ya había crecido mucho, subimos con muchas dificultades al cordón de Malalhue, pasamos por segunda vez el río, llegamos a Quilche, cambiamos por tercera vez de orilla y alcanzamos a La Rosa, donde descansamos una hora. Continuando desde allá nuestro pesado viaje, llegamos en la tarde a Pucalón, donde hubo muchas dificultades para que los bueyes pasaran al otro lado del río, y arribamos finalmente a Puleufu, donde pasamos la noche en la ruca de un indio.

En las primeras horas de la madrugada del 23 de diciembre salimos de nuevo. Cuando cruzamos por quinta vez el Leufucahue en Imulfudi, su caudal había aumentado tanto durante la noche, que nos fue necesario pasar a nado, ayudándonos los indios a arrear los bueyes a través del río. Después de breve descanso, continuamos el viaje que, si hasta entonces había sido muy pesado, se tornó difícil y hasta peligroso cuando tuvimos que cruzar el Cruces. Este río, ya unido con el Leufucahue, era mucho más profundo, ancho y correntoso, y sólo se podía pasar a nadar, y, además, había que hacerlo por un lugar en medio de la selva virgen, donde no había vivienda alguna, ni canoa ni ayuda de ninguna especie.

Tratamos de pasar a la brevedad posible, a cuyo fin amarramos un lazo en los cuernos de una yunta de bueyes, y, amarrado a la otra punta, uno de mis arrieros y los mineros se arrojaron a la corriente y con mucho esfuerzo lograron llegar a la otra orilla. Mientras desde nuestra orilla incitábamos a la primera yunta a cruzar el río, mis hombres la tiraban desde el otro lado, hasta que la hicieron pasar. El arriero nadó de nuevo hacia nosotros trayendo el lazo y así, poco a poco, hicimos cruzar el río a todos los bueyes y caballos que llevá-

bamos, tras los cuales pasamos yo y mi gente. Esa operación nos tomó seis horas y luego continuamos viaje hasta Marilef, donde comimos algo en casa del cacique Carriman, para seguir rápidamente a San José, a cuya Misión llegamos esa misma tarde, sin nuevos contratiempos.

Llegaba triste, cansado y maltrecho y, para colmo de males, supe que el 17 de diciembre había estallado en Valdivia un gran incendio. Avivado por el viento, el fuego había reducido a cenizas la parte más hermosa de la ciudad, la construída y poblada por los alemanes. El hotel donde dejara todas mis pertenencias y colecciones había quedado totalmente destruído y muchos de mis amigos habían perdido cuanto poseían. Esa noticia me indujo a partir en cuanto aclaró el día siguiente. Dejé encargado a mi gente que arrearan a Valdivia los caballos y bueyes que había adquirido y, en compañía de mi mozo, me dirigí a Cruces. Allí, mi amigo García me facilitó un bote y en su compañía y la de la bella Claudina bajamos rápidamente por el correntoso Cruces para llegar esa misma tarde a Valdivia.

* * *

¡Qué triste golpe de vista se me ofreció al llegar! Las tres calles más hermosas habían quedado totalmente destruídas por el incendio y sólo encontré una extensión negra, cubierta de vigas carbonizadas. De mis cosas no se había salvado una. Como se habían quemado todos los hoteles, los particulares habían dado acogida en sus casas a los damnificados y me fue difícil encontrar hospedaje pero, al menos, pude pasar la noche a cubierto, envuelto en mis ponchos. A la mañana siguiente vendí de inmediato mis bueyes, que habían llegado entre tanto y, llevando los dieciséis caballos que había adquirido de los indios, continué viaje a la zona que los alemanes habían colonizado en La Unión y Osorno. Así pude pasar entre compatriotas la Navidad de ese año, según contaré más adelante.

Capítulo VIII

1860. TERCERA EXPEDICIÓN A LA ARAUCANÍA, POR SAN JOSÉ Y NIGUEN HASTA PITRUFQUÉN

Habían transcurrido tres meses desde mi expedición a la Araucanía, plazo dentro del cual el cacique Quilrulf me había prometido conseguir el permiso de los caciques de Putuhue y Allipén para visitar las ruinas y las antiguas minas auríferas y para reconocer el paso de Villarrica. Así, apenas podía dominar mi deseo de partir, a pesar de lo avanzado de la temporada y de las dificultades previsibles, y mis preparativos para la expedición quedaron muy pronto terminados. Despaché mis caballos por tierra a Cruces y me embarqué en Valdivia el 14 de marzo, acompañado por mi mozo y los mineros. Después de cinco horas de viaje por el río Cruces, desembarqué en el lugar homónimo, donde encontré mis caballos y desde el cual continué mi viaje, después de haber descansado una hora en casa de la bella rosa de la selva, de Claudina, y de haber arrendado a su padre las mulas que necesitaba. Esa misma tarde llegamos a la Misión de San José.

Estaba absolutamente convencido de que, según lo convenido, el capitán Mora me esperaba y tenía contratados al lenguaraz y a los arrieros, en forma de que pudiéramos partir sin demora. Pero no fue poca mi sorpresa cuando los misioneros me comunicaron que ni Mera, ni el lenguaraz, ni los arrieros me querían acompañar y que nadie deseaba arrendarme mulas. Ese extraño comportamiento se debía al rumor generalizado de que el cacique Allapán, de Panguipulli, se había aliado con varios otros para asaltarme y asesinar a todos los miembros de mi expedición.

Para no perder tiempo, a la mañana siguiente, les ofrecí doble paga a todos mis antiguos acompañantes, pero ninguno quiso partir conmigo a ningún precio, pues estaban seguros de que perderían la vida.

* * *

Llevaba ya diez días en la Misión y no había podido inducir a nadie a que me acompañara. Todo ese tiempo había llovido fuertemente y los ríos estaban invadeables. Así, antes de regresar derrotado a Valdivia, resolví hacer una pequeña excursión al caserío de Pidei, situado a pocas leguas de distancia, dentro de territorio cristiano. Un chileno que vivía allí había comunicado a los misioneros, bajo promesa de guardar el secreto, que en un terreno vecino, perteneciente a un indio llamado Chepu, había encontrado la mina que le produjera enormes cantidades de oro al conquistador don Pedro de Valdivia.

Cuando terminaron, por fin, los aguaceros y el sol comenzó a brillar de nuevo con su acostumbrada amabilidad, me alejé de la Misión, acompañado solamente por mi mozo. Pasamos el río Cruces, que iba bastante lleno, y al cabo de unas horas de camino por senderos harto pantanosos llegamos al caserío de Pidei, que constaba sólo de pocas viviendas.

Gracias a las excelentes recomendaciones de los misioneros de San José, el chileno de marras me acogió con la mayor gentileza y me comunicó en confianza que no sólo creía haber descubierto la mina aurífera más rica de Valdivia, sino también diamantes.

Salimos muy de madrugada al día siguiente, y tuve ocasión de reconocer un gran yacimiento de fierro oxidado arcilífero, que poco antes habían descubierto cerca del lugar. Cabalgamos luego por la selva virgen y llegamos a un extenso claro sembrado de incontables agujeros de unos dos pies de profundidad. Antiguamente debieron de haber sido mucho más hondos y testimoniaban claramente que allí se había extraído oro. Una prueba de que el lugar tiene que haber sido muy rico, eran los grandes cántaros de greña, que estaban diseminados en el bosque, en los cuales los españoles transportaban el mercurio, que empleaban para el beneficio de la tierra aurífera. Desde allí nos dirigimos al terreno de Huichaco, perteneciente al indio Chepu.

Si el camino hasta entonces había sido tan malo que sólo podíamos avanzar con mucha lentitud y penuria, se transformó de allí para adelante en un peligro mortal. Durante

una hora no avanzamos más de un cuarto de legua por un trecho en que el agua de los ríos desbordados nos alcanzaba a menudo hasta la montura. Los caballos se quedaban pegados a cada rato en el suelo arcilloso o tropezaban en obstáculos ocultos bajo el agua. Así tuve la desgracia de caer con mi valeroso caballo, que me aplastó, de modo que si mi acompañante no me hubiera librado de inmediato, me habría ahogado. En tales condiciones, totalmente mojado y cubierto de fango, no me quedó más que dejar para la temporada más seca el reconocimiento de la región y las minas auríferas, y volvimos a Pidei, desde donde me apresuré a regresar a San José con mi mozo.

Ya que no tenía expectativas de viajar al territorio indígena, me había propuesto regresar al día siguiente a Valdivia, pero cambié repentinamente de resolución. A mi regreso me encontré en la Misión con un indio llamado Railef, hermano del poderoso cacique Paillalef, de Pitrufquén, que regresaba a su casa desde Valdivia, donde había realizado algunas operaciones de trueque. Era un hombre alto, vigoroso y bello, vestido de militar, con gorro galoneado y pesadas espuelas de plata. Había realizado frecuentes viajes a través de la cordillera andina hasta el Atlántico; había estado también en Santiago como emisario de su tribu, hablaba un poco el español y tenía simpatías por la civilización y el cristianismo. Mediante algunos valiosos regalos obtuve pronto su amistad y luego le comuniqué mis planes respecto de Villarrica, como también las causas del atraso de mi expedición. En una prolongada entrevista que tuve con él, me confirmó que cerca de Villarrica había vetas muy ricas de oro, plata y cobre, como también grandes cantidades de oro enterradas, en sitios que los indios no podían pisar sin que se enojaran sus dioses, los cuales, mucho menos, les permitían apoderarse del oro.

Me aconsejó en forma terminante que, por ahora al menos, no viajara directamente a Voipire y Villarrica, debido a que los indios estaban entregados a incesantes borracheras, los ríos eran difíciles de vadear y el cacique Allapán era enemigo tan declarado de los extranjeros que por una causa u otra podría morir con toda mi gente en una expedi-

ción. En cambio, me invitó a que lo visitara en Pitrufquén tan pronto los ríos y senderos permitieran el paso de mi pequeña caravana, prometiéndome que me apoyaría en la medida de sus fuerzas si le concedía una participación en las utilidades de mi empresa. Su plan consistía en conducirme desde Pitrufquén, cabalgando hacia arriba por las orillas del río Toltén, hasta Villarrica, donde vivían sus parientes de la familia Quiltrulef.

Por supuesto que acepté muy agradecido y complacido la invitación de Railef, a quien los misioneros hicieron también las mayores atenciones antes de que regresara a Pitrufquén.

* * *

Hacia algunos días que ya no llovía, el cielo estaba otra vez despejado, los ríos habían vuelto a bajar y los senderos se habían secado. Con la oferta de elevados salarios pude conseguir que me acompañaran, al menos hasta Pitrufquén, el lenguaraz Soto y algunos arrieros, de modo que, finalmente, me despedí de los buenos misioneros e inicié mi nuevo viaje.

Avanzamos primero por el mismo camino que habíamos seguido en la expedición a Villarrica, y así pasamos a hacer una breve visita al cacique Carriman, de Marilef. Luego, cerca del caserío de Ciruelos, atravesamos, con bastante dificultad, el río Cruces, que estaba muy crecido, y llegamos por fin a Imulfudi. Allí vadeamos el Leufucahue, también difícil de pasar, y en vez de dirigirnos al Este, como lo habíamos hecho antes, tomamos rumbo al Norte y llegamos al caserío de Cudico, consistente en unas pocas rucas. Allí descansamos sólo una hora y, prosiguiendo el viaje, llegamos primero a Mucún y luego a Vaicalaf, ambos villorrios de algunas miserables rucas. Pasamos la noche en ese mismo lugar.

Continuamos el viaje al rayar el día, atravesamos luego el río Cruces, para llegar primero a Rancahue, donde también había sólo unas pocas rucas, situadas en medio de hermosas plantaciones de manzanos, y luego a Coihue. Allí tuvimos que descansar una hora, pues el cacique Cheuquepán nos in-

vitó a probar su chicha nueva, la que, por supuesto, tuve que retribuir con algunos pequeños regalos.

Atravesamos por tercera vez el río Cruces, y después de haber pasado en su orilla oriental por los caseríos de Sapaco y Chesque Bajo, tuvimos que cambiar por cuarta vez de orilla y llegamos a Loncoche.

Hasta entonces habíamos avanzado por la ribera del Cruces en terreno completamente plano, pero ahora tuvimos que dirigirnos hacia el Norte, pasando por una región accidentada cuyas depresiones eran tan pantanosas que las bestias de carga se quedaban a menudo detenidas, y sólo después de tres horas de esfuerzos llegamos al lugar de Niguén. Se encontraba éste pintorescamente situado sobre varias colinas desprovistas de árboles y rodeado de campos cultivados y de manzanas. Como el cacique del lugar, Aburto, estaba ausente, acampamos al aire libre para descansar un poco.

Pronto la tribu entera se reunió, llena de curiosidad, alrededor de nosotros, y aproveché para preguntar por el camino a Pitrufluén. Me dijeron que tendríamos que caminar dos días por el bosque sin encontrar abastecimiento de ninguna especie, de modo que adquirí en trueque dos corderos que mandé matar de inmediato y cargar en mis mulas.

El camino, que era malo hasta Niguén, se convertía en intransitable más allá. Las mulas se empantanaban casi a cada paso y, con el barro a la rodilla, los arrieros tenían que descargarlas para que pudieran subir las pendientes. Mi mozo y yo también tuvimos que desmontar repetidas veces y caminar algunos trechos por el lodo.

Cuando cerró la noche, nos detuvimos en medio de la obscura selva, a fin de preparar un campamento y, precisamente, cuando queríamos encender una fogata para hacer la comida, comenzó a llover con tanta fuerza que era totalmente imposible encender nada. Así tras un día lleno de trabajos, tuvimos que pasar la noche sin poder dormir, sentados sobre un tronco y mojándonos hasta los huesos.

Apenas aclaró el día, reemprendimos la marcha y durante seis horas avanzamos en medio del denso bosque, por pésimos senderos, para llegar, por fin, al lugar de Pichi Maquehua y

luego, al de Quesquechán. Ambos eran sólo agrupaciones miserables de rucas semiderruidas, rodeadas de manzanos.

Para preparar nuestro almuerzo, estuvimos una hora en una de las rucas abandonadas. Proseguimos nuestro viaje por el bosque, cruzamos el río Dónquil, que era, por cierto, bastante ancho pero no profundo, de modo que se le podía vadear y, llegamos en la tarde a una ruca solitaria en medio del gran bosque. Ese lugar se llamaba Nimpúe, y fuimos acogidos muy amablemente por la única familia indígena que allí vivía. Como estábamos todos enteramente mojados, primero nos quitamos la ropa para secarla, y nos tendimos casi desnudos en torno de la fogata, donde asamos los restos de uno de los carneros.

Cuando encendí un cigarro con un fósforo, mi huésped quedó sorprendido en grado sumo y me rogó insistentemente que le obsequiara un instrumento de esa índole. Me contó que estaba obligado a mantener el fuego en su casa día y noche, durante todo el año, pues si se apagaba, como le había ocurrido la semana anterior, se veía obligado a cabalgar ocho horas hasta el lugar más cercano para conseguir algunas brasas. La última vez incluso, lo había sorprendido en el camino un aguacero tan fuerte que le había apagado el fuego que llevaba, de modo que tuvo que hacer el viaje dos veces. No sabía producir fuego frotando dos maderos duros el uno contra el otro, como los indígenas norteamericanos. Estuvo muy contento cuando le obsequié una cajetilla de fósforos.

A pesar de la lluvia torrencial, salimos a la madrugada siguiente y llegamos, después de una hora, a Celenal, donde había sólo algunas rucas abandonadas y semidestruidas. Allí comenzaba el camino más malo que jamás haya andado en toda mi vida. Pasaba por una selva espesísima y se encontraba trillado, como el de nuestra expedición por la Cordillera de la Costa; tenía sólo el ancho necesario para que pasara apenas un caballo y a los dos lados los quilantos y colihuales formaban una muralla elevada e impenetrable, de la que apuntaban los tallos cortados como puntas de lanzas, sin contar las infinitas enredaderas que, si formaban pintorescas guirnaldas, también constituían peligrosos lazos. Pero el ma-

yor obstáculo eran innumerables y gigantescos árboles, cuyos troncos, de cinco a seis pies de diámetro, estaban atravesados sobre el camino:

A un buen jinete con un caballo conocedor del camino le hubiera sido difícil saltar sobre esos troncos, y mucho más lo era para nosotros, que no teníamos caballos apropiados. Sólo a veces era posible tomar un poco de distancia para saltar y a menudo había dos, tres y hasta cuatro troncos seguidos. Así, después de saltar el primero, uno se encontraba inmediatamente ante el segundo. Otros árboles estaban derribados sólo a medias y no se podía saltar sobre ellos, sino que había que pasar por debajo, para lo cual teníamos que extendernos sobre el caballo o desmontar. Ante cada uno de estos troncos, los arrieros tenían que descargar las mulas y transportar las mercaderías al otro lado, para que las bestias pudiesen saltar o pasar por debajo. Al otro lado había que cargarlas de nuevo, para descargarlas otra vez, cinco minutos más tarde...

El lector podrá comprender fácilmente cuán desagradable y peligrosa era nuestra situación, montados, como íbamos, en caballos que nunca habían pasado por ese sendero. Se caían a cada rato o daban saltos verticales, de modo que estábamos siempre expuestos a quebrarnos el cuello, o a que la punta de una quila nos reventara un ojo o nos hiriera el rostro. Agréguese que llovía sin parar y, para colmo, nos cruzamos con varios indígenas, de modo que tuvimos que trabajar más de media hora con el hacha y el machete para despejar las quilas a fin de que pudieran pasar. Luego, una de las mulas se estrelló con tanta violencia contra un árbol, que uno de mis baúles se quebró, y su contenido se desparramó en el barro. Por fin, para llevarnos a la desesperación, otra mula se lastimó en tal forma al saltar por encima de un árbol, que fue necesario matarla y repartir la carga entre las restantes.

Fuera de leones, no encontramos otros seres vivientes en el sendero. Ya no teníamos víveres, estábamos todos agotados en grado sumo y caía la noche, por lo que hicimos todo lo posible para salir pronto del bosque.

Empleamos diez horas en salvar esas tres leguas, a lo largo

de las cuales saltamos más de cien troncos de todos tamaños. Por fin, pudimos salir del bosque y llegar a Quitratúe, donde solicitamos hospedaje al cacique Lemunao, que nos acogió amablemente.

Nos encontrábamos todos en un estado por demás lamentable, entumecidos y mojados, heridos en el cuerpo y la cara, sangrantes, con el vestuario roto y enlodado y con las cabalgaduras lastimadas. Nos sacamos de inmediato nuestras prendas, las colgamos para que se secaran, nos agrupamos en torno a la fogata y luego comimos algo y tomamos un buen café.

Había en la ruca mucha animación, pues el hijo mayor de Lemunao se estaba preparando para participar en una expedición guerrera a la Argentina, destinada a hacer botín. Se estaban confeccionando lanzas, torciendo lazos y triturando trigo entre dos piedras, para obtener harina, el alimento principal de los guerreros. Más tarde llegaron muchos otros indios, que deseaban acompañar al joven cacique, y se bebió hasta muy entrada la noche en una fiesta de despedida, pero mi gente y yo nos retiramos muy temprano a nuestros lechos.

Cuando nos levantamos a primera hora, para partir con el hijo de Lemunao a Pitrufrquén, llovía más fuerte aún que el día anterior; además, varios de mis caballos y mulas estaban mancos debido a las penurias pasadas, y así me ví obligado a quedarme un día más en el lugar. Supe —con bastante sorpresa— que el joven cacique había renunciado totalmente a su viaje, debido a que su corcel había amanecido manco, lo que los indios consideran siempre como una señal de que caerán en la guerra, por lo cual se abstienen de salir a campaña bajo semejante auspicio.

Tuve la satisfacción de que al día subsiguiente cuando desperté, el sol brillara con esplendor, por lo cual nos preparamos rápidamente y abandonamos Quitratúe. Después de una hora de viaje por buen camino, llegamos al caserío de Cupe, donde existía un hermoso manzano. Pero, como allí no vivía ningún cacique, proseguimos el viaje. Cabalgamos durante una hora por terreno plano y buen camino y nos encontramos con un indio viejo, que nos preguntó si habíamos visto

a una muchacha. Cuando le dijimos que no, estalló en lágrimas y nos contó lo siguiente:

El anciano cacique Paillalef, de Pitrufquén, quería que le diera su bella hija de sólo dieciséis años, y él, a cambio de regalos muy valiosos convino en dársela como esposa. El cacique tenía la intención de raptarla al día siguiente, según la costumbre india, pero ella amaba entrañablemente a un joven mapuche, con quien quería casarse, y se había fugado al bosque para ahorcarse colgándose de un árbol, como era costumbre en tales casos. El viejo llevaba unas horas buscándola, y la había llamado por todas partes en la selva, diciéndole que anularía el matrimonio con el cacique, pero no había recibido respuesta.

Durante cinco horas cabalgamos con el desgraciado padre por el bosque, siempre por caminos planos y buenos, y comimos la fresca y aromática murta, que se daba en grandes cantidades. Cuando se despejó el bosque, vimos ante nosotros una gran planicie, al fondo de la cual se levantaba el caserío de Pitrufquén. Pero antes que abandonáramos el bosque, el indio desapareció repentinamente hacia la izquierda en el matorral, donde su aguda mirada había descubierto una huella, en forma de algunos tallos doblados y de rastros en el suelo. Se internó un trecho en la selva y oímos un grito estridente, por el cual supusimos que había encontrado lo que buscaba. Seguimos al viejo y lo encontramos de rodillas al lado de su hija, a la que recién había librado de la soga y estaba tratando de volver a la vida. Saqué de mi baúl algunos remedios vivificantes y se los apliqué de inmediato, sin ningún efecto. Pero, cuando el anciano, desesperado, se precipitó sobre su hija y la besó, la vida comenzó a volver, poco a poco, al cuerpo de la joven. Al cabo de un rato, su padre, feliz, pudo hacerla montar a caballo y llevarla con nosotros a Pitrufquén.

Llegados allá, me dirigí de inmediato con mi gente a la ruca de Railef, que nos acogió con mucha amabilidad. Pronto estuvimos sentados en torno a la fogata, comiendo y bebiendo. Railef tenía una sola mujer, pero dos hijas muy hermosas, de quince y dieciséis años. Le obsequié, entre otras cosas, un barrilito de ron y a su mujer e hijas, una gran canti-

lo que hicieron con gran placer. Unos veinte indios se alejaron del círculo, y poco después se presentó a orillas del bosque una tropilla de caballos, que se dirigió hacia nosotros al galope. Yo presumí, por supuesto, que se trataba de los caballos de los indios, que los arreaban, para apoderarse de ellos y montarlos, pero me admiré mucho cuando la tropilla se detuvo ante nosotros y pude ver que en cada caballo ya se encontraba un jinete. De esa manera asaltaban a las caravanas en la pampa, cuyos conductores también tomaban a tales tropillas por rebaños de caballos cimarrones, y eran asesinados o capturados antes de que advirtieran su error y pudiesen recurrir a sus armas. Amarraban a los caballos una correa muy delgada por la parte trasera del cuerpo, y aquellos excelentes jinetes afirmaban en esa correa el dedo gordo del pie y se sujetaban con las manos en las crines, de modo que pendían libremente al lado del caballo y se hacían totalmente invisibles. A continuación, los indios hicieron bailar cuatro caballos durante algún tiempo, al compás de la música, sobre las patas traseras. Uno de ellos, un hermoso caballo blanco, lo adquirí más tarde en trueque por mercaderías y lo hice bailar frecuentemente en Valdivia, para deleite de la población. Agasajé en seguida a los intrépidos jinetes con cigarrillos y otras fruslerías, y como Curiñanco me solicitó un puro habano, se lo entregué. Después de haber chupado algunas bocanadas de humo, se lo pasó a su vecino, y éste al siguiente, de modo que el puro hizo la ronda entre más de treinta indios, cada uno de los cuales lo chupó, sin embargo, una sola vez. Finalmente, volvió donde Curiñanco, quien fumó el resto.

Quando usé fósforos para encender un cigarrillo, se me acercaron muchos indios para admirarme. Se entretuvieron sobre manera, haciéndome encender palitos, después de lo cual regalé la cajetilla a Curiñanco. Encendieron entonces una gran fogata, en la que asaron al palo pequeños cerdos, mitades de cordero, cuartos de bueyes y caballos, y no me cansaría de describir el interesante golpe de vista que se ofrecía, apropiado para un pintor. Acababa de salir la luna detrás de los Andes e iluminaba con luz mágica las oscuras selvas vírgenes,

dad de pequeños regalos, como chaquiras, agujas, tijeras, dedales, espejos y ají, lo que dejó a todos muy contentos, y Railef probó el ron hasta que se cayó de borracho y hubo que llevarlo a la cama, tras lo cual nos recogimos también nosotros. Como la casa no era grande, mi anfitrión había mandado preparar mi lecho —como demostración de especial confianza— en el mismo apartamiento en que dormía con su mujer y sus hijas, y como ese recinto era muy estrecho, tuve que acostarme inmediatamente al lado de las hermosas muchachas. Pero ruego al lector que no vea algo inmoral en ello, pues es conocida la absoluta inocencia de esta raza, que castiga con la pena capital el adulterio y la seducción. En el recinto principal de la ruca se habían agrupado mis acompañantes alrededor de la fogata, junto con unos seis perros, algunos gatos y muchas aves de corral.

Desperté muy temprano debido al canto incesante y fuerte de un gran gallo que había pasado la noche cerca de mi lecho, y cuando se levantaron mis hermosas vecinas, para tomar —como de costumbre— su baño matinal en el río, salí también al aire libre. Era una hermosa mañana de otoño, límpida, pero algo fría, y en todo el lugar reinaba ya mucha animación.

Pitrufluén era una de las aldeas más importantes de la Araucanía, y contaba unas cuatrocientas almas. Se extendía por casi una legua española a lo largo de la orilla austral del río Toltén, en una llanura muy fértil, de varias cuadras de ancho, que había sido antiguamente el lecho del Toltén, como lo demostraba un barranco paralelo al río, de sesenta pies de alto, que antes había constituido la orilla.

El río Toltén, cuya desembocadura en el mar había conocido en mi primera expedición, tenía aquí una anchura de unos quinientos pies y estaba separado en dos correntosos brazos por una isla. Tenía su origen, como ya informé anteriormente, en el lago Villarrica, a once leguas de distancia, y desde Pitrufluén hasta la desembocadura había catorce leguas españolas. Desgraciadamente, este hermoso y ancho río, cuya longitud total es de veinticinco leguas, se puede navegar sólo

a lo largo de cuatro leguas *. Desde el mar hasta los Andes atraviesa terrenos agrícolas de los más fértiles, donde crecen muy bien el maíz, el trigo, las habas y, sobre todo, las papas, y en los cuales hay hermosísimos manzanares. Pero, por fecunda que fuera la comarca, se podía advertir muy bien cómo la población había disminuído, pues grandes trechos, antaño cultivados, se encontraban ahora yermos o estaban cubiertos en gran parte por arbustos, y hasta por árboles en los lugares abandonados más tiempo. Había también praderas extensas y hermosísimas y, por consiguiente, grandes rebaños de caballos, vacunos y ovejunos, y se cosechaban anualmente tales cantidades de manzanas, que los indios disponían de chicha durante todo el año.

La noticia de mi llegada con muchas mercaderías se había propagado de ruca en ruca con la rapidez del rayo, y pronto aparecieron indios con animales y otros objetos de trueque frente a mi vivienda, proponiéndome negocios. Yo mandé abrir mis baúles y me dediqué a ese molesto trabajo.

Sin duda, el lugar era muy ventajoso para el mercader, pues vivían allí muchos indios ricos, dueños de grandes rebaños, y, además, porque en Boroa, a sólo ocho leguas de distancia, había doscientos pobladores, que también tenían numerosos rebaños, y podían llegar fácilmente a Pitrufluén. Por otra parte, los indios de esas tribus pagaban precios mucho mejores que los demás, pues realizaban un activo comercio con los indios pampas a través del paso de Villarrica y hacían brillantes negocios con las mercaderías que adquirían a este lado. Finalmente, el cacique Paillalef velaba severamente por que todas las mercaderías compradas a los cristianos fueran pagadas puntualmente, de modo que se podía vender todo a crédito y a plazo, en la seguridad de recibir oportunamente el pago. Los plazos se fijaban en plenilunios, y en el día establecido se entregaban puntualmente los caballos y vacunos.

Algunos datos permitían apreciar los excelentes negocios

* Treutler calculó exactamente el largo del Toltén, que recorre 110 kilómetros. (N. del T.).

que podía hacer un mercader. Adquiría, por ejemplo, una vaca de dos años por 5 onzas de añil, y una de cuatro o cinco años por 10 onzas del mismo producto, cuyo precio era de 0,75 y 1,50 pesos, respectivamente. Esas vacas se vendían en Valdivia al precio de 3,75 y 7,50 pesos, respectivamente. El precio de un buen caballo, que podía revender a 22,50 pesos, era de dos libras de añil (que valían 5 pesos). Por cueros de vacunos pagaba media libra de chaquiras (precio: 37 centavos), y los revendía en 2,25 a 3 pesos. Por un cuero de guanaco o de avestruz pagaba dos libras de chaquiras, que me costaban 1,50 pesos y obtenía en la venta diez veces más.

La mayor utilidad se podía hacer, sin embargo, con el aguardiente, pues los demás productos representaban ventas secundarias. En Valdivia compraba la carga de una mula, que consistía en dos barriles, cada uno equivalente a cuarenta botellas, en 22,50 a 30 pesos. Debido a que los indios, como ya informé, no beben jamás aguardiente muy fuerte, tenía que agregarle agua y transformar las ochenta botellas en 160, pues sólo así no me enemistaba con otros comerciantes y no echaba a perder los precios. La carga de una mula me costaba 37,50 pesos, incluyendo el salario del arriero, y contenía 160 botellas, y como cada una la vendía en 0,75 pesos, ganaba más de 75 pesos en cada carga.

Reinaba en Pitrufulquén una gran ignorancia acerca del valor del dinero. Así, un indio me ofreció una vaca en treinta pesos, tres veces más de lo que podía cobrar por ella en Valdivia. Pero como un indio es demasiado orgulloso para el regateo, le acepté el precio exigido y le entregué mercaderías por valor de sólo cuatro pesos, con lo que se quedó conforme.

Mientras estaba ocupado en tales negocios, se escucharon repentinamente señales de trompeta, y me informaron que el cacique principal de Pitrufulquén, Paillalef, venía con su séquito a hacerme una visita y a negociar también algunas mercaderías, por lo cual ordené a mi gente que dispararan todas las carabinas y revólveres en su honor.

Pocos minutos después apareció frente a mi habitación la comitiva del cacique con una trompeta a la cabeza, tocando una marcha; venían también sus mujeres, su hijo y muchos

indios de prestigio. Paillalef era pequeño, muy obeso y de unos sesenta años de edad, vestía un uniforme militar conseguido en alguna incursión de saqueo, junto con el gorro engalonado, el sable con vaina de plata maciza, las botas altas y las pesadas espuelas también de plata maciza que completaban su atuendo; estaba montado en un hermoso potro negro, cubierto casi totalmente con adornos de plata. Cuando desmontó, me abrazó y besó tres veces, como saludo, ceremonia que yo debí repetir, mientras se disparaban todas las armas de fuego y el trompeta hacía sonar su instrumento. En seguida nos sentamos bajo los grandes manzanos sobre pieles de guanacos y pumas, y entregué al cacique y a sus mujeres algunos regalos. El viejo se entusiasmó con el ron, de modo que pronto se le hizo pesada la lengua y aún más la cabeza, y fue necesario que se le ayudara a subir al caballo, en el cual se dirigió —a pesar de su edad— a toda carrera a su ruca, acompañado por sus mujeres y el resto del séquito, con gran gritería y toques de trompeta.

* * *

Me había propuesto devolver su visita a Paillalef, pero tuve que aplazar el cumplimiento de mi propósito, pues el cacique había sido invitado, junto con los más considerados de su tribu, a una borrachera en Boroa, al otro lado del río Toltén. Presencié el interesante espectáculo del paso del río por el grupo de más de cincuenta indios pintados que hicieron entrar sus caballos a la corriente, y luego se lanzaron tras ellos con gran gritería, para sujetarse de sus colas y nadar hasta la isla situada en medio del cauce. Después de haber descansado un poco, cruzaron el otro brazo de la misma manera y en la otra orilla volvieron a subir a sus caballos, para galopar por las praderas hacia Boroa.

Para distraerme, hice con el lenguaraz Soto un paseo a caballo por Pitrufquén y adquirí varios hermosos cueros de guanacos y pumas, como también una gran avestruz domesticada, bajo la condición de que me fuera entregada en Valdivia. Como era el tiempo de la cosecha del maíz, grano que se

sembraba mucho allí y prosperaba muy bien, las mujeres y muchachas estaban en los campos ocupadas en su recolección.

Ya estaba familiarizado con las costumbres indígenas y sabía que el araucano es demasiado orgulloso para trabajar, por lo cual las mujeres tenían que realizar todas las faenas, sin excepción; pero fue con verdadera indignación que vi a muchachos grandes y vigorosos pasar todo el día jugando, mientras sus madres y hermanas apenas eran capaces de llevar las cargas que traían del campo. Esas mujeres después de haber trabajado pesadamente todo el día y encontrarse cansadas en la noche, tenían que tolerar los caprichos de sus maridos o padres que llegaban ebrios a casa. A pesar de todo, no se les oía jamás la menor queja, mucho menos reproches, ni se conocían peleas; la mujer era una verdadera imagen de la sumisión, de la esclavitud.

* * *

En la tarde se reunieron en casa del cacique numerosas mujeres y muchachas, viejas y jóvenes, bonitas y feas, y, una vez que se hubieron sentado sobre pieles de animales, con las piernas cruzadas, alrededor de una gran fuente de madera, la mujer de Railef les distribuyó mazorcaz. Desgranaban el maíz, masticaban los granos revolviéndolos con saliva y en seguida los escupían en el recipiente que tenían ante sí. Así se formaba una sopa amarillenta, que, fermentada y decantada, era la bebida predilecta de los indios y no faltaba jamás en sus festividades. Como sabía que pronto tendría que beber esa chicha, como también la sangre de las saluciones, lamenté solamente haber sido testigo de su preparación. Railef apareció tarde en la noche, pero se encontraba tan ebrio que hubo necesidad de transportarlo de inmediato a su lecho.

Pasé la mañana siguiente cazando con mi mozo a orillas del río, donde había muchos patos, cisnes, garzas y flamencos de bello plumaje. Cerca del mediodía mandé ensillar los caballos y junto con mi gente me dirigí a una colina situada en la parte occidental de la aldea, para retribuirle su visita al cacique Paillalef. Pero éste no estaba y como regresaría pron-

to, desmonté y me quedé esperándolo, sentado en un cuero de guanaco que se había extendido frente a la casa. El golpe de vista de que se disfrutaba desde la altura era encantador. En el primer plano se extendía la aldea de Pitrufrquén, cuyas rucas se encontraban diseminadas pintorescamente entre campos cultivados y potreros, a la sombra de grandes manzanos. Pasaba junto a la población el ancho y caudaloso río Toltén, formando numerosas islas, y era posible seguir su curso a lo largo de muchas leguas. Al fondo se elevaba la Cordillera de los Andes, con los volcanes activos de Villarrica y Llama. Hacia el Norte, al otro lado del Toltén, se veían praderas completamente llanas y fértiles, que llegaban hasta el río de La Imperial, con las poblaciones de Boroa y Allipén. Hacia el Sur se extendía la inmensa selva virgen, a través de la cual había llegado, y hacia el Oeste, siguiendo el curso del Toltén, se veían las montañas de Donguil.

Mientras contemplaba el paisaje, salió repentinamente una mujer joven y bella de una de las chozas vecinas. Miró cuidadosamente hacia todos lados y, al ver que nadie estaba cerca, se precipitó a mis pies, dirigiéndome las siguientes palabras en castellano: "¡Si eres cristiano, te conjuro a que me salves!" La conduje de inmediato a una esquina de la casa, donde me relató brevemente la historia de su desgracia.

Era una mujer de excelente figura, de diecinueve años de edad, llamada Natalia Mora, hija de un coronel portugués que vivía en Buenos Aires y casada con un joven comerciante argentino, de quien tenía un hijo. Cuando viajaba con su marido y su hijito por las pampas a Mendoza, el correo había sido asaltado por los indios; su marido e hijo habían sido asesinados ante sus ojos, y ella fue capturada por el jefe de la banda. Durante un mes fue esclava y esposa de ese cruel indígena, asesino de su esposo e hijo, que luego la vendió a otro cacique, el cual, algunos meses más tarde, la vendió, a su vez, a Paillalef en doscientos pesos.

Llevaba ya algunos meses en Pitrufrquén como esclava, y tenía que atender a las mujeres indias del cacique. Pero como éste la prefería a sus demás mujeres e iba a tener un hijo de él, aquéllas pretendían asesinarla por celos.

Me habría interesado recibir una información más prolija de la infeliz mujer y haberme consultado con ella acerca de la mejor manera de lograr su rescate o de ayudarla a huir, pero se escuchó a lo lejos el toque de la trompeta. Era el anuncio de la llegada de Paillalef, y fue muy oportuno, pues, de otro modo hubiéramos sido sorprendidos, lo que le habría costado la vida a la desgraciada y puesto en peligro mi propia situación. Así, después de conjurarme de nuevo, invocando a todos los Santos, a que la salvara, se volvió rápidamente a su chöza.

Pronto apareció Paillalef, acompañado por sus mujeres, sus mocetones y varios parientes y caciques extraños, bajó del caballo, me besó la mano y abrazó tres veces, ceremonia que tuve que repetir a mi vez, y luego, me abrazaron también los demás caciques. Cuando toda la concurrencia tomó asiento sobre los cueros extendidos, Paillalef me presentó sus parientes.

Al igual que entre los indígenas norteamericanos, los nombres tienen también entre los araucanos un significado. Así, Paillalef pertenecía a la familia Lef, lo que significa *corrida*. Sus hermanos se llamaban Railef (*Corrida del Ciervo*), Pangüilef (*Corrida del Puma*), Antülef (*Corrida del Sol*), Epulef (*Corrida Doble*); y sus primos, Catrilef (*Corrida Detenida*), Quetrulef (*Corrida del Pato*) y Quiltrulef (*Corrida del Perro*). Lamentó mucho no poder presentarme a sus demás hijos y parientes, que se encontraban en la República Argentina.

Mientras se preparaba la comida de honor, Paillalef (*Corrida Tranquila*) me condujo a su gran ruca, construída a la manera indígena. Me mostró también algunas chozas más pequeñas que se encontraban al lado, donde vivían sus mujeres, a quienes entregué algunos regalos; pero Paillalef se cuidó mucho de mostrarme la esclava blanca.

Para rendirme una prueba de su interés por el progreso, me mostró una pequeña casa, que había construído poco antes, enteramente a la manera europea, con puertas y ventanas. La habían hecho dos carpinteros y un herrero chilenos, que todavía se encontraban a su servicio, al igual que el trompeta y un vaquero. Estos cinco chilenos eran criminales

perseguidos por el gobierno chileno, que habían encontrado refugio y trabajo entre los indios. El trompeta era un desertor del regimiento de artillería de Valdivia.

Paillalef vivía en su antigua casa y empleaba la nueva solamente como bodega, para guardar en ella sus tesoros. Abrió, lleno de orgullo, una de las piezas y me mostró un gran número de uniformes chilenos y argentinos, que había adquirido de los desertores, o saqueado en sus correrías. Poseía, además, seis pares de espuelas pesadas, de plata maciza, algunas fuentes de este metal, monturas, estribos y riendas adornadas con plata, varios sables, carabinas y pistolas, como, igualmente, un saco lleno de algunas centenas de pesos fuertes brillantes, que había conseguido sólo poco tiempo antes por un rebaño de vacunos. Por supuesto que también tenía muchas hermosas pieles de guanacos, pumas y lobos marinos, y ponchos y chamales artísticamente tejidos por las indias.

A lo que hubimos examinado y admirado todos esos tesoros, se inició la comida, debidamente regada. Estábamos en lo mejor, cuando se escuchó una señal de trompeta, y comunicaron a Paillalef que una tropa de indígenas acababa de cruzar el río a nado y subía la colina a toda carrera. Pocos minutos más tarde aparecieron frente a nosotros, se les invitó a apearse, y se iniciaron las ceremonias de mutua salutación. Tratabase de seis indios pintados, de aspecto muy salvaje, emisarios de un cacique de la parte septentrional de la Araucanía, que se encontraba en guerra con el gobierno chileno y había realizado poco antes una entrada a territorio cristiano, asesinando a los hombres y capturando a las mujeres y muchachas. Los emisarios venían para invitar a la tribu a participar en la guerra contra los chilenos.

Como esos indios tenían que visitar en la misma tarde a otras tribus más, Paillalef ordenó dar de inmediato la señal de alarma, de acuerdo con la cual todo varón de la tribu capaz de conducir armas tenía la obligación de presentarse de inmediato en casa del cacique. En efecto, al cabo de una hora estaban todos reunidos y se inició la asamblea. Después de unas dos horas de discusión, Paillalef, que había escuchado secretamente el consejo de los varones más destacados de su

parcialidad y pidiéndome también a mí mi parecer, declaró que su reducción mantenía relaciones amistosas con el gobierno chileno y no deseaba declarar la guerra. Indignados por ese resultado, los emisarios nos abandonaron de inmediato, profiriendo amenazas y volvieron a cruzar el río a nado.

La borrachera duró hasta avanzadas horas de la noche; Paillef fue transportado a su lecho y yo regresé con Railef y mi gente a la vivienda que nos habían dado, sin que hubiéramos visto siquiera un instante a la pobre prisionera.

El herrero chileno me fue a buscar temprano al día siguiente, a fin de mostrarme en secreto una veta que había descubierto. Cabalgamos un buen trecho aguas arriba, a lo largo del río, y de improviso vi muy cerca de nosotros un caballo relleno con paja, que se balanceaba en el aire. Era el corcel de un poderoso cacique fallecido y, de acuerdo con la costumbre, habían muerto al caballo para el entierro de su dueño. Habían puesto la carne en la tumba y el cuero sobre el túmulo erigido encima del cadáver del cacique. En cuadro, alrededor del túmulo, clavados en tierra, había cuatro postes tallados burdamente, que representaban guerreros que montaban guardia. Más allá encontré varios caballos más rellenos también con paja que pendían sobre otros túmulos y parecían galopar en el aire, cuando el viento los movía, en la penumbra.

Luego llegamos a un lugar donde la montaña, describiendo un semicírculo, avanza hasta la orilla del río. Allí nos internamos en el bosque, y encontramos el sitio que buscábamos. Tratábase de una veta real, que contenía varias substancias metálicas. Yo tomé algunas muestras, y un examen superficial dio algo de plata.

En la noche, Railef regresó otra vez bastante ebrio. Vio a mi mozo, que era un joven de buen aspecto, sentado al lado de su hija en la fogata y creyó que se habían besado. Tuvo un acceso de furia tan terrible, que sacó su largo cuchillo y se precipitó sobre el muchacho, que habría muerto asesinado si no hubiera huído rápidamente de la casa. Después de muchos empeños, logré tranquilizar al furioso indígena, a quien tuve que prometer que mi mozo no volvería a pisar su ruca,

por lo que el pobre muchacho tuvo que pasar la noche a la intemperie.

Railef despertó temprano y me comunicó que habían tenido una reunión el día anterior y acordado que él se dirigiría ese mismo día a la República Argentina; por tal razón me pedía que me trasladara con toda mi gente a su casa, para alojarme en la nueva construcción.

Entonces le recordé a Railef su promesa y le pedí que me dejara acompañarlo hasta Villarrica, donde podía permanecer algún tiempo en casa de su pariente Quiltrulef. Pero tampoco podría acercarme a mi meta por este lado, pues Railef me dijo que Quiltrulef lo acompañaría en el viaje y, antes de llevarme a Villarrica, era imprescindible informarse acerca de la opinión de las parcialidades de Putuhue y Allipén, pues podíamos exponer nuestras vidas si tratábamos de llegar allá sin el permiso correspondiente.

En la tarde me trasladé con mi gente donde Paillalef, lo que me era muy grato, pues así tenía una expectativa segura de encontrar a la prisionera y de ponerme al habla con ella.

Como me interesaba explorar la veta descubierta, mostré a Paillalef mis muestras, y le prometí una participación en las utilidades. Entonces, él hizo invitar a los más caracterizados miembros de su reducción a una borrachera, a fin de conseguirme el permiso necesario para trabajar la mina. Primeramente, Paillalef habló a mi favor y luego yo les expliqué a los asistentes por intermedio de mi lenguaraz, las ventajas que resultarían para ellos. Al mismo tiempo les regalé cigarrillos y pañuelos de colores para la cabeza, con todo lo cual y tras larga discusión, se declararon conformes. Excitados por mi promesa, exigieron, sin embargo, que iniciara los trabajos al día siguiente y les suministrara plata, y me costó trabajo hacerles comprender que, primero, tenía que viajar a Valdivia para conseguirme las herramientas necesarias. Se siguió bebiendo hasta tarde en la noche y, a pesar de los esfuerzos que hice para descubrir a la prisionera, tampoco me fue posible lograrlo ese día.

* * *

El día siguiente ostentó toda la belleza del otoño, y cuando había vuelto con mi mozo de un paseo matinal y estaba des- pellejando un flamenco que había cazado, escuché de nuevo la conocida señal de la trompeta, anunciando una visita. Luego llegó un cacique con algunos mocetones y se sentó a nuestro lado después del inevitable ceremonial de salutación.

En mis viajes por la Araucanía ya había visto, por cierto, fisonomías muy salvajes y desfiguradas por pinturas, pero nunca había conocido a un indio de aspecto tan desagradable como éste. Supe pronto que era un cacique poderoso y cruel de Allipén, cuyo hermano había fallecido poco antes. Entre estos primitivos reina —como ya he informado— la superstición de que un hombre sólo puede morir debido a la edad avanzada o por violencia y que una persona fallecida por causa de enfermedad tiene que haber sido envenenada. Así, aquel cacique había consultado al oráculo de Boroa, y éste había señalado a dos muchachas jóvenes de su reducción como causantes de la muerte del hermano. Como consecuencia de ese incontrovertible veredicto, el cacique había mandado quemar viva, pocos días antes, a una de las jóvenes, y venía para que se le entregara la otra, que había huído a Pitrufquén, a fin de darle también muerte en las llamas.

Paillalef, demasiado ilustrado para creer en el oráculo, pero temeroso al mismo tiempo de la enemistad y venganza de este cacique, despachó de inmediato a algunos de sus hombres, para que buscaran a la fugitiva, a fin de satisfacer a su huésped. Pero les dio secretamente el encargo de que dijeran a la muchacha que huyese inmediatamente, para señalar luego al cacique un rumbo contrario al que tomara la acusada. Así era posible que ésta se salvase y yo tuve la gran satisfacción de comprobar el espíritu humanitario de Paillalef. Pero, desgraciadamente, el salvaje cacique sospechó algo y ordenó a uno de sus hombres, que conocía bien a la fugitiva, que acompañara a los emisarios de Paillalef. De tal manera se disipó mi esperanza y aguardé, temeroso e intranquilo, el momento en que habrían de traer a la desgraciada muchacha, cuya cruel ejecución tendría que presenciar sin poder prestarle ayuda.

Mientras esperábamos, Paillalef brindaba con gran frecuencia a su huésped, quien no me había saludado amablemente como los demás caciques, sino que me observaba todo el tiempo con una mirada penetrante y siniestra. Era de Allipén, y los indios de Voipire y Quiltrulef me habían prometido conseguir el permiso para reconocer las ruinas y el paso de Villarrica y trabajar las minas auríferas de esa temida tribu. Así, yo estaba, muy interesado en lograr su amistad, pues sólo bajo su protección podría llegar a ese territorio. Le hice algunos regalos valiosos y, acostumbrado a que siempre me los aceptaran con muchas demostraciones de agradecimiento, no quedé poco sorprendido cuando este salvaje los rechazó con gran desprecio. Me gritó ásperamente que era bastante poderoso y rico como para tomar por la fuerza lo que le agradaba, o para comprármelo. Después de esta escena, Paillalef quedó temeroso de que si el cacique seguía bebiendo aguardiente y no capturaba a la fugitiva, habría de volverse contra mí. Por eso me dijo que sería mejor que me retirara con mi gente a mi vivienda, lo que hice, por supuesto, de inmediato.

Ya había caído la noche y estaba acostado, cuando regresaron los indios despachados a buscar a la muchacha. Estaba muy agitado y temeroso por la suerte de la pobre criatura, pero me tranquilicé cuando supe que la infeliz ya había huído, en la madrugada, a territorio cristiano.

El cacique no se puso furioso, sino que recibió la noticia con tranquilidad y se quedó un largo rato junto a Paillalef, sin pronunciar palabra y con la mirada clavada en el suelo. Pero repentinamente, le pidió que me llamara, pues deseaba beber conmigo. Seriamente preocupado por mí, Paillalef hizo todo lo posible para disuadirlo de ese propósito, pero el otro insistió en que se me llamara.

En tales circunstancias, una invitación a beber no era como para inspirar confianza, pero me dirigí a casa de Paillalef sin más compañía que mi lenguaraz. El cacique de Allipén me recibió en forma aún más intranquilizadora, pues apenas me acerqué a él, saltó de su asiento como un gato rabioso, sacó su largo cuchillo de la faja, y se precipitó sobre mí. Luego me

óbservó un momento con mirada penetrante, para comprobar mi valor, y como le impresionó mi sangre fría, que los indios aprecian por sobre todo, volvió a guardar su cuchillo, me abrazó y besó como saludo de bienvenida, lo que yo hice con él, a mi vez, y luego me brindó un cuerno lleno de aguardiente. ¡Por cierto que era un hombre curioso! Me rogó entonces que le cediera un puro habano que estaba fumando, que mi mozo tocara el acordeón y los mineros cantaran con su acompañamiento, peticiones a que accedí gustosamente.

La música produjo, como en los animales, una gran impresión en ese salvaje hijo de la tierra. La escuchó con mucha atención y luego se levantó de un salto, sacó su largo cuchillo y pidió a Paillalef que se lo guardara hasta el día siguiente, pues había derramado tanta sangre con él que ya no lo quería ver. Al término de cada canción pedía otra; había desaparecido la expresión salvaje de su rostro, y nos dijo que la costumbre del país y su deber lo habían obligado a vengar la muerte de su hermano, y como el oráculo le había señalado a las culpables, tuvo que perseguirlas para quemarlas. Una de ellas había sido ajusticiada, y la otra se encontraba ya fuera de su alcance; al perseguirla hasta este lugar, había cumplido con su obligación. Nos explicó que no lo había irritado la noticia de la fuga de la muchacha sino, por el contrario, la había recibido con alegría, pues la quería mucho y hasta tenía el propósito de solicitarla como mujer. Pero la obligación de vengar la muerte de su hermano había podido más que todos los sentimientos del amor.

Aprovechando el buen ánimo y amabilidad de ese hombre, le comuniqué mis planes respecto de Villarrica, haciéndole grandes promesas y pidiéndole su ayuda para llegar hasta allí. Me contó que había tenido noticias mías cuando yo había querido partir secretamente desde Voipire con Quiltrulef. Si hubiéramos puesto en ejecución ese proyecto, los dos habríamos sido, seguramente, asesinados, pues nuestro plan ya era conocido de los demás, y nos estaban esperando. Pero como ahora me conocía personalmente y era mi amigo y aceptaba mis ofrecimientos, podría alcanzar hasta Allipén bajo su protección, y allí trataríamos el asunto con su tribu y la de Putu-

hué. Muy satisfecho por esta respuesta, le pedí a mi lenguaraz que me acompañara y lo tenté con grandes sumas de dinero, pero éste declaró decididamente que no lo haría por ningún precio, pues estaba absolutamente seguro de que los dos seríamos asesinados. Como era totalmente imposible que hiciera el viaje sin su compañía, tuve que dejar pasar también esta oportunidad de llegar a Villarrica, lo que sentí mucho. Pero el cacique me prometió comunicarme a Valdivia si las tribus de Allipén y Putuhué me concederían el permiso necesario para atravesar su territorio.

El cacique nos abandonó temprano, en la madrugada del 16 de abril, y como habían fracasado todos mis planes para llegar a Villarrica, troqué por caballos casi todas mis mercaderías y conservé sólo algunas pocas para hacer obsequios en el viaje de regreso. Despaché a los arrieros y mineros con los vacunos y caballos a Valdivia, y me quedé sólo con mi mozo y el lenguaraz, para participar en una gran fiesta.

El motivo para ésta era la enfermedad de la mujer de Epulef, cuñada de Paillalef, pues existía la costumbre de invitar siempre a toda la tribu, y a algunos caciques vecinos con su gente, cuando se enfermaba una persona de importancia. Así todos podían reunirse a una hora determinada en casa del enfermo, para expulsar al diablo que se había introducido en él. Las invitaciones a una fiesta de esta naturaleza se hacían siempre con algunos días de anticipación, a fin de que todos pudieran prepararse para ella. Era costumbre que cada familia contribuyera con algo a la comida, como bueyes, caballos, ovejas, harina, trigo, pollos, aguardiente, chicha de manzanas o de maíz, etc.

Se dio la señal a las diez de la mañana, y el cortejo se puso en marcha. Precedía el trompeta, tocando una marcha; le seguía Paillalef, ricamente ataviado, jinete en su flamante caballo negro, que brillaba con sus adornos de plata; llevaba a la grupa, a una de sus mujeres, que, por supuesto, iba también sobrecargada de adornos de plata, de modo que cada uno de sus movimientos provocaba un gran cascabeleo. Seguían el hijo del cacique y su madre, sobre un bellissimo caballo blanco; luego yo, llevando a la grupa a la sobrina de

Paillalef, una muchacha muy hermosa de dieciséis años, que me quería dar como mujer si me quedaba en Pitrufquén a trabajar la mina; seguían mi lenguaraz, mi mozo, los chilenos al servicio del cacique y muchos indios. No sólo Paillalef, sus mujeres y su sobrina, sino también yo y todos los demás estábamos pintados. Cuando nos acercamos a la casa de la mujer de Epulef, se tocaron cuernos y batieron tambores para saludarnos. Nos apeamos y las mujeres se dirigieron a la casa de la enferma, mientras Paillalef, su hijo y yo entramos en un círculo formado por más de quinientos indios, donde Epulef nos señaló una especie de tarima en forma de trono, cubierta con hermosos choapinos, donde nos sentamos.

Apenas lo habíamos hecho, se acercaron los caciques presentes, a fin de saludarnos y tomar colocación a nuestro lado, y luego se aproximaron todos los indios, pero cada uno separadamente, para gritarnos su mari-mari.

Todos los hombres estaban pintados, pero, fuera de las espuelas de plata colocadas en los pies descalzos, no llevaban adorno alguno, mientras que sus caballos estaban cubiertos con mucha plata. Las mujeres y muchachas, que no tenían más pinturas que rayos muy finos y cuidadosamente dibujados alrededor de los ojos, estaban ricamente provistas de adornos de plata, que algunas llevaran en forma muy recargada. Casi todas llevaban una gran aguja de plata, del largo de un pie y rematada en un gran botón, una serie de sartas de perlas, cruces y campanillas de plata en el cabello y grandes planchas de plata y anillos en las orejas.

A menudo, en las reuniones de los indígenas había visto a mujeres y muchachas de gran belleza, pero en esta asamblea ellas predominaban. La causa era que la tribu había participado especialmente en las guerras y asaltos en la República Argentina y raptado a muchas mujeres y muchachas de origen español, cuya descendencia era la que yo veía. Había también varias chilenas entre ellas, capturadas o compradas poco antes, pero a las cuales les estaba prohibido dar a conocer su origen. Sólo una, como ya relaté, había tenido oportunidad de hablar conmigo para pedirme que la libertara. Muchas de ellas, que ya tenían hijos de su dueño, se habían resignado

definitivamente a su triste suerte, pero la mayoría esperaban, por supuesto, recuperar la libertad y regresar a su patria y sus familias. Pero no podían exteriorizar ese anhelo, pues ante la mera sospecha de una fuga, sus dueños cometían la crueldad de cortarles un tendón en el pie para impedirles andar con rapidez.

* * *

Repentinamente, oímos de nuevo el sonido de los cuernos, batir de tambores y señales con la trompeta, y un numeroso grupo de indios pintados llegó a toda carrera de sus caballos, ricamente adornados con mucha plata, casi todos con una mujer a la grupa. Hicieron parar magistralmente sus caballos ante los que habíamos llegado primero y se apearon para saludar con su mari-mari a Paillalef y a su séquito, del cual formaba parte mi persona.

A pesar de que todos estaban horrorosamente pintados de rojo y azul, los reconocí por su cutis blanco y fino, su talle delgado y cabello rubio: eran boroanos, o sea, —como ya informé— indígenas de los más salvajes y menos inclinados al cristianismo, en cuyo distrito se encontraba también aquel oráculo de triste fama.

Las numerosas bellas mujeres me interesaban no sólo por su semejanza con las alemanas, de quienes se dice que provienen, sino por otra razón más, por la cual apenas podía reprimir la risa. Poco antes se había varado en la costa araucana un buque francés, que transportaba muchos artículos de moda de París destinados a Valparaíso, y los boroanos habían salvado muchos cajones, de cuyo contenido se habían apoderado. Es difícil concebir de qué manera esos seres primitivos empleaban tales objetos para destacarse en la fiesta, presentándose con un aspecto impresionante y hermoso.

No sólo las mujeres, sino también los hombres se habían colocado crinolinas, y unos y otros llevaban sombreros de mujeres y birretes, y algunos indios andaban, incluso, con corsés que, posiblemente, tomaban por corazas.

Pero el aspecto más cómico lo presentaban los que habían

tenido la suerte de apoderarse de algunos fracs negros, que se habían colocado al revés, en la creencia de que los faldones estaban destinados a cubrir las vergüenzas.

Ese grupo fue saludado con el mayor júbilo y gran gritería, y mientras la asamblea los admiraba y contemplaba atónita y envidiosa, yo no pude dejar de pensar en una banda de monos que hubiera saqueado una tienda de artículos de moda.

Poco después del naufragio del barco francés se habían dirigido a Boroa varios mercaderes de Valdivia y sus alrededores quienes adquirieron de los indios, a precios irrisorios, muchos cajones de esas mercaderías, entregando a cambio de algunos que valían miles de pesos, aguardiente y añil por valor de veinticinco pesos.

Alrededor de nosotros había más de veinte fogatas en que las mujeres y muchachas cocían o tostaban algo. Muchas de estas mujeres habían traído también sus criaturas, y quedé admirado de la forma práctica como las trataban. Cada uno de esos seres diminutos estaba envuelto en pieles y amarrado con correas a una tabla liviana, de su propio tamaño. Si la madre quería amamantar a su hijo, se colgaba la tabla con el niño del cuello, mediante una fuerte cinta; si el niño debía dormir, ponía la tabla en el suelo o la colgaba con un lazo de un árbol, haciéndola mecerse. Cuando la criatura estaba despierta, la colocaba verticalmente, apoyada en un árbol o una piedra. Finalmente, cuando andaba o cabalgaba, llevaba la tabla con el niño a la espalda. Así llegó, por ejemplo, una mujer de sólo dieciséis años de edad, madre de dos mellizos, a todo galope, con una de esas tablas sobre la espalda y la otra en el pecho. Después del violento galope, las pequeñas criaturas nos miraban muy contentas, en tanto su joven madre, que, como todas las indias, montaba a la jineta, saltó del caballo desembarazadamente.

Una vez terminadas las ceremonias de salutación, las mujeres y muchachas comenzaron a agasajarnos con lo que habían preparado. Algunas nos ofrecían carne de buey, de caballo o de carnero, cocida o asada; otras, papas, maíz (preparado de múltiples maneras), pollos asados, chicha de manzana y también la bebida predilecta, de maíz, cuya preparación ha-

bía, desgraciadamente, yo presenciado y no podía beber sin profunda repugnancia. De todo lo ofrecido había que consumir algo, si no se quería insultar gravemente a la obsequiante, y aunque probé sólo un pequeño bocado de cada fuente que se me pasó, para entregársela en seguida a mi lenguarazo o a mi mozo, me encontré pronto tan atiborrado, que no podía comer absolutamente nada más. Fue, por cierto, una prueba muy difícil para mi estómago y, además, tuve que beber con cada cacique y muchos otros indios de importancia gran cantidad de aguardiente y chicha de maíz.

Por suerte, de pronto se escucharon los cuernos, largos de 15 pies, cuyo sonido es parecido al del caramillo, y redoblaron los tambores. Luego, más de cien indios, cada cual provisto de un pito llamado pifulca, comenzaron a bailar, dando grandes saltos, al son estridente de sus instrumentos, alrededor de cuatro canelos que habían sido plantados en cuadro frente a nosotros. Los árboles habían sido unidos por medio de guirnaldas de hojas, y en el centro se hallaba la "meica" o machi, en un traje abigarrado, recargada de chaquiras y adornos de plata. Cuando ese loco baile ya había durado algún tiempo, se levantó también ella, y se puso a saltar como fuera de sí alrededor de los árboles y de ahí pasó a la pieza donde se encontraba la enferma, bailando, cantando, gritando y estallando en risa alrededor de ella, después de lo cual volvió otra vez a su asiento bajo los árboles. Seguida por todos los indios que tocaban la pifulca y con sonoro acompañamiento de cuernos y tambores y de la gritería de los presentes, bailó tres vueltas en torno a la casa y regresó a su lugar bajo los canelos. Se hizo entonces un silencio absoluto, y se le acercó un grupo de muchachas, cantando al son de un tambor muy atenuado una canción triste. Luego, la machi sopló humo de tabaco a los árboles, y a algunos carneros que pusieron a su lado y a los cuales mató en seguida con un cuchillo, para sacarles el corazón y derramar la sangre, la cual bebió o asperjó hacia el volcán Villarrica. A continuación, acompañada de las muchachas y al son del tambor atenuado, se acercó de nuevo a la enferma e hizo como que le abría el vientre, mientras se escuchaba la canción triste, acompañada por el tambor en

sordina. En seguida, debajo de los canelos, cayó al suelo presa de convulsiones. Todos regresaron entonces a sus lugares y se comenzó de nuevo a comer y, sobre todo, a beber.

A intervalos de media hora, más o menos, se repitieron las mismas ceremonias, siempre con acompañamiento de música, baile, gritería y sacrificio de nuevos carneros, pero cada vez con alguna alteración. Así, en una oportunidad, cada varón tuvo que invitar a dos muchachas, lo que me correspondió hacer también a mi y mi gente, para saltar a compás alrededor de la machi, tomados de la mano y cantando al son de la música. Inconscientemente, pensé en lo que diría mi familia en Europa al verme así, pintado abigarradamente y en traje indio, saltando como loco tomado de la mano de dos indias en una ronda, y tuve que reirme. La reunión duró hasta la noche, y si bien se bebió mucho, no hubo ninguna clase de disgustos; tampoco ocurrieron actos inmorales o groseros, a pesar de que participaban tantas mujeres y muchachas, que se encontraban un poco mareadas con la chicha de manzanas *.

Cerca de las 11 de la noche, Paillalef dio orden de partir. Pero antes de emprender el camino de regreso, me rogó que hiciera disparar los revólveres, a fin de ahuyentar al diablo. Me fue grato acceder y tuve que ordenar la repetición de la salva, a insistente pedido de todos.

A Paillalef hubo que ayudarle a subir a su caballo, y su mujer, que iba sentada a la grupa, debió luego sujetarlo. Yo monté en el mío, llevando a la bella sobrina del cacique, y al son de la trompeta galopamos de regreso a nuestras casas, tal como habíamos venido.

Apenas me había acostado, se escuchó un terrible bullicio frente a nuestra casa. En la creencia de que se trataba de un asalto, tomé rápidamente mi revólver y salí corriendo, junto con mi gente, que también estaba armada. Pero en vez de indios enemigos, nos encontramos con Paillalef, semidesnudo

* Aún cuando no lo deja expresamente establecido el autor, la intervención de la machi en el machitún se realizó después de la puesta del sol, pues según la creencia araucana, los actos mágicos ocurren bajo el patrocinio de la luna (N. del T.).

y armado de un gran cuchillo, que corría furioso de un lado para otro, gritando en busca de su pobre prisionera, para matarla. Sus mujeres, celosas en grado sumo de la hermosa cautiva, le habían contado que ésta había pasado el tiempo de su ausencia con un chileno, de quien esperaba familia.

Pusimos gran empeño en tranquilizarlo y hacerlo volver a su lecho, lo que sólo logramos después que inspeccionó todo, sin encontrar ni a la prisionera ni al chileno. Pero como el adulterio es considerado por los araucanos un gran crimen, juró por su Dios que les mandaría quemar vivos, a los dos, al día siguiente.

A pesar de que tenía la cabeza bastante pesada con la chicha de manzana y el aguardiente que había debido beber en la fiesta, el incidente me despejó por completo. Todos quedamos convencidos de que Paillalef realizaría su cruel propósito y de que era necesario actuar para salvar a la desgraciada.

¡Medita el lector en lo que esta infeliz mujer ya había sufrido y en la triste suerte que la esperaba! ¿Quién no hubiera hecho lo humanamente posible, aún exponiendo su propia vida, para salvar a esa pobre criatura, que, desesperada y temerosa, se había ocultado en el bosque en la fría noche de invierno? Discutí largamente con mi lenguaraz sobre la mejor manera de salvarla, pero todo lo que discurremos me pareció extraordinariamente difícil y peligroso.

Como Paillalef estaba tan furioso con ella por su presunta infidelidad, daba yo por sentado que no me la vendería, ni siquiera a un precio muy elevado, sino que preferiría perder el dinero, a fin de poder ejecutar su venganza. Por consiguiente, sólo me quedaba el camino de ayudarla a huir, o hacerlo yo mismo con ella. Ambas cosas eran muy difíciles y peligrosas, y si no tenía éxito, el cacique iba a suponer probablemente, que entre nosotros existía alguna relación amorosa y a ordenar que se me quemara también a mí, y mis acompañantes se encontrarían finalmente en gran peligro. Si huía, sola o conmigo, por el mismo camino por el cual había venido yo, los indios nos alcanzarían inmediatamente, debido a las grandes dificultades y obstáculos que ese trayecto presentaba. Si huíamos a la densa selva, o moriríamos de hambre

sin poder salir, o la aguda mirada de un indio reconocería en una planta doblada o en cualquier detalle la pista para perseguirnos. De todo esto se desprendía que el único camino para huir y salvar a la cautiva era el río Toltén, que corría frente a la colina hacia el mar.

Como lo más importante era encontrar a la infeliz, despaché a mi lenguaraz, a observar si Paillalef y sus mujeres se habían quedado dormidos. Me aseguró que sí y los dejé a él y a mi mozo como vigías, para que me transmitieran cualquiera novedad, y bajé rápidamente hacia el río, en la esperanza de encontrarla en los alrededores, pero temiendo que, desesperada, se hubiera ahogado o huido en una canoa.

Era una noche de otoño, fría y desagradable; negras masas de nubes corrían con vertiginosa velocidad, impulsadas por el temporal. Con su luz pálida, la luna iluminaba sólo durante segundos el río, y desaparecía detrás de las nubes. El viento aullaba a través de la selva, derribando a los gigantes seculares que aplastaban a todos los árboles menores que quedaban a su alcance. El rugido y llorar del puma resonaban siniestramente, y desde el río venía el grito característico de las aves acuáticas. En el lejano horizonte se elevaban las columnas de humo y fuego de los volcanes Villarrica y Llaima.

Por la orilla del Toltén, me dirigí al desembarcadero, que ya conocía, donde se encontraban generalmente las Canoas. Como no encontrara ninguna, ni recibiera contestación a mis llamados en castellano, supuse que la infeliz cautiva se había embarcado en una de las Canoas, para dejarse llevar hasta el mar, en la esperanza de salvarse o de encontrar en las olas una muerte más rápida y piadosa que la que le esperaba entre los indios.

Tenía ya la intención de regresar sigilosamente a mi vivienda cuando la pobre mujer surgió de la espesura y se dejó caer a mis pies, casi extenuada, conjurándome con desesperación, por todos los santos del cielo, a que la salvara.

La tranquilicé y le dije que la única posibilidad era que, con víveres para varios días, que yo podía conseguirle, se escondiera en lo más profundo del bosque hasta obtener que Paillalef me la vendiera. Si el cacique no aceptaba, ella po-

dría bajar por el Toltén, navegando sólo de noche y ocultándose durante el día en el bosque, hasta llegar a la Misión de Queule. Con el pretexto de que el otro camino era demasiado malo, yo bajaría igualmente por el Toltén hacia Queule. También este proyecto era de difícil realización, pues no había duda de que Paillalef mandaría vigilar especialmente ese camino.

Entre tanto, pues, conduje a la mujer a un sitio en medio del bosque, donde podría encontrarla de nuevo fácilmente, le dejé mi poncho para que se abrigara y volví a mi vivienda para conseguirle alimentos, los cuales le llevé luego. Alenté como pude a la infeliz y finalmente pude acostarme tranquilo.

Cuando despertó Paillalef, me hice anunciar de inmediato, a fin de despedirme, pues deseaba regresar a Valdivia. El cacique vino a verme de inmediato e hice salir al mozo, para estar solo con él y el lenguaraz. Paillalef parecía muy conturbado, pero no dio a conocer si estaba o no dispuesto a realizar su determinación. A fin de conocer sus propósitos, le pregunté si quería venderme su esclava, por la que estaría dispuesto a pagar el doble de lo que le había costado, es decir, cuatrocientos pesos. A esta proposición, clavó largo rato la mirada en el suelo, sin contestar, y parecía que luchaba consigo mismo. Le aconsejé entonces, como amigo, que lo mejor que podía hacer era venderme la mujer, pues si la ejecutaba, perdería el dinero que había pagado por ella y el gobierno chileno no permitiría que se matara a una cristiana sin castigar este hecho. Permaneció sentado, en lúgubre meditación, sin contestarme. Pero, cuando le pedí que fuese indulgente con la pobre prisionera, y reflexionara si tenía realmente pruebas de su infidelidad, pues sus demás mujeres quizás sólo la habían calumniado para alejarla, por celos, saltó de su asiento sin contestarme, y cuando le ofrecí quinientos pesos, declaró que no la vendía ni por mil.

Iba a hacerle nuevas proposiciones, pero me pidió que si quería seguir siendo su amigo, no mencionara más a la prisionera. Me callé, y pensaba dar a la infeliz el aviso convenido, es decir, dos disparos seguidos, como señal de que no

había logrado nada y ella debía huir en la forma convenida, cuando Paillalef me tomó del brazo y me dio la más solemne promesa de que si la fugitiva regresaba, no le haría absolutamente nada, pues estaba convencido de su inocencia y de que sus mujeres la habían calumniado por celos. Agregó que la quería mucho, muchísimo más que a todas las demás, y que no se quería separar de ella.

Como un indio cumple siempre su promesa, despaché secretamente el lenguaraz adonde la prisionera, para que le comunicara la noticia y la hiciera regresar tranquila; yo me preocuparía en Valdivia de que el gobierno exigiera su devolución.

Almorcé con Paillalef y le prometí que regresaría tan pronto como pudiera, a fin de iniciar la explotación de la veta. Luego abandoné Pitrufoquén con mi mozo y el lenguaraz y nunca volví a ver a la prisionera. Más tarde, el gobierno la rescató, de acuerdo con lo que yo le había prometido, y fue devuelta a su familia.

En la tarde llegamos a Quitratúe, donde pernoctamos en casa del cacique Lemunao. Al día siguiente cruzamos el río Dónquil y alojamos en nuestro antiguo campamento de Nimpúe, y al día siguiente pasamos por Quesquechán, Pichi Maquehua y Niguén, para llegar al fin del día a Loncoche, donde pernoctamos en casa de un indígena.

Como había sabido en Pitrufoquén que el cacique Aburto, de Niguén, que se encontraba allí con motivo de la cosecha de manzanas, se había aliado con el cacique Nequelveque, de Muquén, a fin de asaltarme en su territorio en mi viaje de regreso, traté, naturalmente, de evitarme ese contratiempo. Me levanté, por tanto, en cuanto rayó el día y cabalgué con mi lenguaraz y mi mozo hasta la ruca de Aburto, frente a la cual grité el consabido *mari-mari* como saludo. Luego salió el cacique Aburto, y le dije por intermedio de mi lenguaraz que había sabido de sus intenciones inamistosas en mi contra, pero que como no le había hecho ningún mal, ni a él ni a nadie en toda la Araucanía y había sido recibido amistosamente por todos los caciques, deseaba saber qué cargos tenía contra mí.

Los indios reconocen el valor personal como la mayor de

todas las virtudes. Aunque tenía noticias de que me quería asaltar, no procuraba yo pasar furtivamente por su territorio, ni me acercaba a él para implorar su benevolencia, sino que le exigía una explicación de su comportamiento. Mi repentina aparición y presencia de ánimo lo impresionaron de tal manera que, en vez de atacarme, teniéndome en su poder, o de ordenar que se me expulsara violentamente de su territorio, me rogó que desmontara y me abrazó y besó tres veces. Nos sentamos en seguida frente a su casa, y reconoció que no me habían informado mal, pues él y el cacique Nequelveque tenían realmente el propósito de asaltarme, en virtud de que varios chilenos le habían informado que yo era un espía del gobierno. Mi misión era —según esos informes— reconocer el territorio, regresar a Santiago, y volver con tropas a la Araucanía para quitarles sus tierras. Pero, si había tenido la valentía de visitarlo, a pesar de ser mi enemigo, debía ser porque tenía la conciencia tranquila; y él no me podía considerar tan malvado como para retribuir villanamente la hospitalidad de que había disfrutado en la Araucanía.

Pronto supe que eran mercaderes chilenos los que, interesados en quitarme de en medio por la competencia que les hacía, habían incitado a los caciques por medio de calumnias y mentiras a que me eliminaran.

Le hice a Aburto algunos regalos y él me entregó dos lechones y un barril de chicha de manzanas, rogándome que me quedara ese día con él. Acepté la invitación y, entonces, hizo convocar de inmediato a su gente y a la del cacique Nequelveque y su reducción de Muquén, a una borrachera.

Pronto aparecieron los invitados, y el cacique Nequelveque quedó no poco admirado de encontrarme tan amigo de Aburto, pero después que conversaron un rato, se acercó también Nequelveque a abrazarme y besarme. A los lechones los mataron de una manera que nunca había visto, lanceándolos por el hocico, de modo que el palo salía por el trasero. La misma lanza se empleaba para asarlos. Aburto contribuyó con algunos barriles de chicha de manzanas y la fiesta se prolongó hasta la noche.

El 21 de abril era un hermoso día de otoño y partimos

muy de madrugada. Después de pasar como en el viaje de ida, por Coihue, Rancahue, Sapaco, Mucún, Voicalaf, Cudico, Imulfudi, Ciruelos y Marilef, y atravesar cuatro veces el Cruces y una vez el Leufucahue, llegamos en la tarde a la Misión de San José, donde pernoctamos.

Aún cuando me hubiera gustado quedarme un día más con los misioneros, me despedí de ellos al día siguiente, pues el viento anunciaba lluvia. Llegué con mi mozo a Cruces, donde almorcé con la bella Claudina, y ahí me embarqué en una canoa para arribar en la tarde a Valdivia. Al día siguiente llegaron los arrieros, con los caballos y vacunos obtenidos en trueque, y también los indígenas con el avestruz vivo, que había adquirido en Pitrufluén.

Este avestruz eran tan manso que entraba a menudo a mi pieza, para sacar su alimento de mis bolsillos, pero tenía que tomar algunas precauciones, pues tenía una preferencia especial por los pequeños objetos brillantes y a menudo se tragaba botones, dinero, etc. Me acompañaba frecuentemente por las calles de Valdivia y recordaba muy bien los negocios donde le habían dado algo; cuando pasaba frente a ellos, entraba de inmediato. Tenía una altura de casi cinco pies y su color era gris oscuro.

Estas aves, llamadas *cheuque* en la lengua indígena, son raras ahora en la República de Chile, pero se las halla frecuentemente formando manadas, tan pronto se cruza la cordillera andina, sobre todo en las cercanías del lago de Nahuelhuapi, en las pampas de la Argentina.

Por lo general, el macho anda acompañado por cinco o seis hembras. Curiosamente, es el macho el que incuba los huevos y sale a pasear con las crías. A menudo se encuentran cuarenta a sesenta huevos en un montón, cubiertos en lo posible con un poco de arena, y el sol facilita la incubación. Se dice que los avestruces separan y abren algunos de ellos, de modo que cuando salen las crías, éstas se alimentan de los gusanos que han nacido en esos huevos pútridos. La carne y los huevos de los avestruces son muy sabrosos y constituyen un alimento principal de los indios pampas. Sus plumas representan el principal objeto del comercio en esas regiones.

Como he informado algo sobre el avestruz, quisiera agregar algunas palabras sobre los pollos y perros de los araucanos. Los primeros son siempre de color gris, y muchos tienen las plumas erizadas. Los gallos no cantan, cuando raya el día, como en Europa, sino a media noche.

Encontré siempre varios perros en cada ruca, por lo general tantos cuantas personas vivían en ella. Entre todos los que ví, no observé jamás uno de buen aspecto, pues todos eran de patas muy largas, de color gris sucio, tímidos y esqueléticos. Como los perros no pueden vivir de los huesos que les entregan los indios, sin carne y despojados de la médula, su existencia es muy precaria y se alimentan de excrementos humanos.

Cada indio tiene su perro predilecto, y existe tal espíritu de cuerpo entre éstos, que ninguno osa apoderarse de la propiedad de su compañero en el infortunio. El hecho de encontrarse a menudo perros mancos y con cicatrices de quemaduras, provenía de que en los numerosos días de lluvia se acostaban en las cenizas de la fogata, encendida siempre en medio de la ruca, y por lo general, las dueñas de casa, los expulsaban tizón en mano.

Capítulo IX

CUARTA EXPEDICIÓN A LA ARAUCANÍA, POR PELEHUE HASTA VOIPIRE

En los años 1859 y 1860 había realizado tres expediciones al territorio araucano y regresé en agosto de 1860 a Santiago, para dar al Presidente de la República, don Manuel Montt, algunas informaciones sobre la Araucanía. Al mismo tiempo, le solicité que me concediera una subvención para poder continuar mis exploraciones, pues había invertido en ellos todos los fondos de que disponía por entonces.

Como el Presidente me había prometido su ayuda, esperaba poder regresar en septiembre a Valdivia.

Sin embargo, fui "tramitado", con promesas, de una semana a otra, de un mes al siguiente, hasta que en septiembre de 1861 el Presidente José Joaquín Pérez asumió el mando.

Como estaba recomendado por su antecesor, también este Presidente me prometió su ayuda, pero nuevamente fui "tramitado" de un mes a otro, y volví a perder un año.

Durante ese tiempo había obtenido, sin embargo, una pequeña utilidad con mis minas de oro. Luego, Enrique Meiggs me entregó algunos fondos para que reconociera si el paso de Villarrica se prestaba para construir un ferrocarril entre los océanos Pacífico y Atlántico, y eso me indujo a regresar de inmediato a Valdivia.

Me dirigí para este fin a Valparaíso, contraté allá a un fotógrafo para que me acompañara, a fin de tomar algunas vistas panorámicas y de grupos indígenas, y el 15 de marzo nos embarcamos los dos en el vapor *Cloda*.

Después de un viaje de cinco días, en que tocamos, como en el anterior, los puertos de Constitución, Tomé, Talcahuano, Lota y Coronel, llegamos al puerto de Corral, y nos dirigimos el mismo día en bote a Valdivia. Permanecemos allá sólo algunos días, a fin de adquirir las mercaderías necesarias para el trueque, hacer confeccionar una carpa y contratar de nuevo al mozo y a los mineros que me habían acompañado en mis expediciones anteriores. A todos ellos se agregó un alemán apellidado Heufemann.

* * *

Abandonamos Valdivia el 26 de marzo. Después de una navegación de seis horas por el río Cruces llegamos a casa del padre de la bella Claudina, donde descansamos un poco y arrendamos caballos y mulas. Prosiguiendo luego nuestro viaje, llegamos en la tarde a San José, donde fuimos acogidos nuevamente en la forma más hospitalaria por los misioneros.

Allí me estaban esperando el capitán de amigos Mera y el lenguaraz Soto, con caballos y mulas comprados o arrendados

por mi cuenta, pero no pudimos continuar el viaje al día siguiente, pues en la noche comenzó una fuerte lluvia, que se prolongó durante varios días; crecieron todos los ríos y tuve que permanecer otra vez diez días en la misión, bastante desesperado por el atraso.

Por fin cesó la lluvia y aclaró el cielo, y pude abandonar la misión de San José en la madrugada del 6 de abril, a la cabeza de mi pequeña caravana. Mi acompañamiento era esta vez de once personas; el capitán Mera, el lenguaraz Soto, el fotógrafo, el alemán Heufemann, mi mozo, los dos mineros y cuatro arrieros, todos con buenos caballos y armados con revólveres y sables. Nos seguían cuatro mulas, cargadas con las mercaderías de trueque, herramientas mineras, la carpa y la máquina fotográfica.

Después de una cabalgata de dos horas, llegamos a Marilef, y aunque me habría agradado aprovechar el buen tiempo para seguir adelante, primero tuve que pedirle permiso al cacique Carriman para continuar el viaje. Como lo había previsto, el cacique estuvo tan contento con nuestra visita, que invitó de inmediato a toda la parcialidad a una borrachera, lo que nos obligó a permanecer ese día con él.

Cuando casi toda la reducción —hombres y mujeres, viejos y jóvenes— estuvo reunida donde Carriman, y todos alrededor de los barriles en una pradera, bajo los manzanos, tuve que hacer los consabidos obsequios al cacique y a sus mujeres y ofrecer cigarrillos a la concurrencia. Para no perder del todo el tiempo, mandé colocar la máquina, a fin de tomar fotografías de algunos grupos interesantes. Esta máquina era del todo desconocida a los indígenas, y cuando estuvo enfocada hacia ellos, se asustaron y dispersaron, pues la tomaron por un cañón. Los tranquilicé, juntándome con ellos y colocándome en el grupo. Cuando mostré las fotografías a los indios y cada cual se reconoció, se mostraron primero muy sorprendidos, pero luego se apoderó de ellos una gran agitación y exigieron con amenazas que les entregara las fotografías, que yo quería guardar.

Sabía perfectamente que es siempre peligroso mostrar a los indios, que son tan supersticiosos, cosas que no pueden com-

prender y consideran como brujería u obra del diablo, pero había creído que esa tribu, gracias a su contacto con los cristianos, era un poco más ilustrada. La catisa de la agitación general consistía en la curiosa superstición de que si me llevaba las fotografías, que representaban a sus cuerpos, sólo quedarían en el lugar sus almas, de modo que tendrían que morirse de inmediato. Así, por más que tratáramos de persuadirlos de su error Mera y yo, no fue posible quitarles esa creencia *.

Por suerte ya había tomado cierto número de placas, lo que me permitió ocultar varias; aunque muy deficientes **.

Como de costumbre, se bebió a continuación hasta la noche.

Con el tiempo más esplendoroso continuamos, a la madrugada siguiente, nuestro viaje, y después de haber pasado, como en la segunda expedición, por Ciruelos, Imulfudi, Puleufu, Pucalón, La Rosa, Quilche, Malalhue y Chaingal, y de haber atravesado otras seis veces los ríos Cruces y Leufucahue, llegamos en la tarde al lugar de Pelehue, donde pernoctamos en casa del hijo de Mera.

Al rayar el día salimos de Pelehue y pasamos, como en el viaje anterior, por Chinguil y Manguisehue, pero en vez de dirigirnos desde allí a la reducción del cacique Curiñanco, avanzamos directamente hacia la orilla occidental del gran lago de Trailafquén *** y acampamos allí, bajo los árboles de la selva.

Primero me ocupé con el fotógrafo en tomar algunas vistas de ese lago tan pintoresco y de la cordillera con el volcán Villarrica, que se erguía ante nosotros, y luego me dediqué con Heufemann a cazar patos silvestres, de los que había mu-

* Siempre los primitivos creen que por medio de un dibujo o fotografía una persona extraña se apodera de su persona. Los actos mágicos se realizan con un cabello, un pedazo de uña, etc., de la persona a quien se quiere hacer un mal, cuya voluntad se trata de captar, etc., suponiendo que lo que se hace con esas partes de su cuerpo, ocurrirá también con el afectado en persona. De ahí que quien posea una imagen de otro, tiene dominio sobre su persona (N. del T.).

** De estas fotografías sólo hemos podido reproducir algunas en la presente edición (N. del E.).

*** El actualmente llamado Calafquén (N. del T.).

chos en el lugar. Como no se les molestaba jamás, era tan fácil cazarlos que apenas pudimos transportar nuestro botín, el cual nos suministró varias sabrosas comidas.

Como el sendero desde allí a Licán estaba muy obstruido por la vegetación, era angosto y malo, y, además, ya era tarde, pasamos la noche en el bosque. Partimos temprano a Licán, adonde llegamos después de dos horas de viaje muy pesado a través de la selva.

Para anunciar mi llegada, mandé disparar los revólveres frente a la casa del cacique Vointén, y mi gente gritó *mari-mari*. Pero, con gran admiración nuestra, no contestó ni apareció nadie, y una inspección nos hizo ver que la ruca se encontraba totalmente abandonada; varias cruces colocadas en el interior, señalaban que el lugar había sido assolado por las viruelas. En tales circunstancias, preferimos acampar de nuevo en el bosque, pero apenas habíamos enviado los caballos y mulas al potrero, cuando comenzó a llover con tal fuerza que debimos refugiarnos en la casa apestada, en la que encendí un gran fogata y cuyo interior mandé asear cuidadosamente.

Al día siguiente siguió el aguacero y estuve obligado a esperar en esa ruca tan poco hospitalaria que se presentara un tiempo más favorable para mis exploraciones y vistas fotográficas.

Cuando estábamos preparando nuestro almuerzo, se escuchó repentinamente un grito en la puerta y tuve el agrado de saludar al cacique Vointén; pero, ni mis ruegos ni la fuerte lluvia pudieron inducir a Vointén a entrar a la casa. Me comunicó que sus mujeres habían muerto de las viruelas y que había construido una ruca nueva, cerca de los mejores potreros, donde estaban sus grandes rebaños de caballos y vacunos. Como no teníamos alimentos, se dirigió luego a su casa, a fin de conseguirnos lo más indispensable y regresó en la tarde, acompañado por sus nuevas mujeres, sus hijas, yernos y varios otros indios con sus mujeres, quienes nos obsequiaron ovejas, pollos, huevos, harina y chicha de manzana. El tiempo había mejorado, lo que nos permitió acampar al aire

libre y luego encendimos varias fogatas, para que las indias nos prepararan una comida.

Por supuesto, retribuí debidamente los regalos de Vointén y de su familia, entregándole, entre otras cosas, un barrilito de ron. Apenas lo habíamos probado, llegó a todo galope un grupo de unos doce pehuenches y seis indios de Panguipulli, para visitar a Vointén, todos los cuales se sentaron con nosotros y a quienes, por supuesto, también tuve que hacer regalos y suministrar aguardiente.

La llegada de los indios, que querían permanecer varios días en el lugar, me resultó extraordinariamente desagradable, pues tuve que renunciar por el momento a mi proyecto de desenterrar los tesoros de las ruinas situadas en el lago; además, Vointén no pudo, en tales condiciones, acompañarme a las ruinas de Villarrica, como lo habíamos convenido.

Para resarcirme, mandé colocar la máquina fotográfica, a fin de retratar algunos grupos de esos hijos salvajes de las pampas, lo que era bastante difícil y peligroso. Tuve que usar, pues, una estratagema, y fue que cuando la concurrencia se encontraba de buen ánimo, gracias al aguardiente, Mera les explicó que yo era un gran médico y había traído una máquina que me permitía reconocer de inmediato cualquiera enfermedad y sanarla con mis remedios.

Los indios insistieron en que los examinara cuanto antes, y aunque también se asustaron con la máquina, cuyo objetivo creyeron un cañón, logré formar con ellos un grupo y tomar varias fotografías muy buenas. Tuve, sin embargo, especial cuidado de no mostrarlas esta vez, sino que dí a cada cual algún consejo y les obsequié también algunos medicamentos. Los indios de Panguipulli se dirigieron en la tarde a Voipire, mientras que los pehuenches salvajes continuaron bebiendo hasta la noche.

Vointén ya había empleado, la noche anterior, todas sus dotes oratorias, para inducirme a desistir de mi viaje, pues aseguró que en Voipire, Villarrica y Allipén los ánimos estaban muy excitados en contra mía. Pero, como yo me había negado a venderle dos barriles de aguardiente, que necesitaba para la segunda etapa de mi viaje, supuse que su actitud

se basaba únicamente en el interés que tenía por esos barriles, de modo que, a la mañana siguiente, ordené ensillar y cargar las mulas, y partimos de Licán.

Habíamos cabalgado cerca de una hora a través de la obscura selva, por pésimos senderos, cuando pasamos frente a una ruca solitaria, donde vimos a una hermosa muchacha, a la que había hecho valiosos regalos en una expedición anterior. Nos aconsejó que regresáramos de inmediato y con la mayor rapidez, pues los indios al otro lado del Toltén habían tenido noticias de nuestra llegada y estaban dispuestos a asaltarnos y asesinarlos.

Mis acompañantes ya se encontraban algo intimidados por las noticias de Vointén y tenían pocas ganas de seguir, y se asustaron visiblemente con esta nueva advertencia, pero pude inducirlos a que me acompañaran hasta Voipire, ofreciéndoles una mejor retribución. Así, en la tarde, muy cansados por los malos caminos, después de pasar por Chesque, llegamos a Voipire.

Nos dirigimos de inmediato a casa del cacique Antülef, que nos había acogido tan bien en el viaje anterior y solicitamos su hospitalidad. ¡Pero qué inmensa fue mi preocupación y el susto de mis acompañantes, cuando el cacique ni siquiera apareció para saludarnos y se negó a acogernos!

En esas circunstancias, deliberamos sobre lo que más convenía hacer. Algunos querían regresar de inmediato, a pesar de la noche cerrada, los malos senderos y los animales cansados, pero la mayoría se pronunció por acampar en la gran pradera que se extiende hasta el pie del volcán, para pasar ahí la noche y emprender el regreso al día siguiente.

Apenas habíamos colocado la carpa, desensillado los caballos y mulas y encendido una fogata para preparar la comida, cuando surgió de la selva que rodeaba a la pradera, un terrible chivateo. En el mismo instante siguiente se precipitaron hacia nosotros, desde todos lados, numerosos indios pintados y armados de lanzas, del más salvaje aspecto. Formaron un estrecho y compacto círculo alrededor de nosotros y uno de los jefes de la horda nos declaró sus prisioneros y

ordenó a su gente que nos atravesaran de inmediato con sus lanzas si hacíamos la menor tentativa de resistir o de huir.

Teníamos que habérnoslas con más de trescientos indios bien armados, jinetes en excelentes caballos y conocedores de todos los senderos y quebradas, y nos encontrábamos sin ninguna defensa en medio de una amplia pradera, desprovista de árboles. En semejantes condiciones no podíamos luchar, ni era posible emprender la fuga, y tuvimos que someternos a nuestra situación.

El capitán Mera, que era un hombre hercúleo y conocido como intrépido y valiente, estaba consternado en grado sumo por el repentino asalto. Esos indios de allende el Toltén eran conocidos como los más salvajes, y nos conjuró a no recurrir a las armas de fuego. La lucha sería demasiado desigual, pues si bien podíamos matar o herir a algunos de los indios, en un instante sucumbiríamos a la superioridad numérica, para sufrir en seguida, con toda seguridad, una muerte dolorosa.

Después de hacernos prisioneros, los caciques se dirigieron en corporación a la ruca del cacique Antülef, situada no lejos de nuestra carpa, para decidir de nuestra suerte, y poco después el capitán Mera y yo fuimos conducidos ante la asamblea. Estaba constituida ella por unos diez caciques sentados en círculo con las piernas cruzadas y unos cien indios se hallaban alrededor de ellos.

Nos encontrábamos tranquilos y serenos, aunque sabíamos perfectamente el gran peligro en que estábamos. En el círculo se alzó un cacique anciano de cabellera gris y me preguntó con brusquedad qué fin me había guiado a ese territorio, a lo que contesté que era comerciante en ganado y que Mera me acompañaba en calidad de intérprete.

A mi declaración siguió un espantoso chivateo, y el orador tuvo mucha dificultad para restablecer la calma. Cuando lo logró, me dijo el anciano cacique que se me acusaba de los siguientes crímenes:

1º De no ser mercader, sino espía del gobierno chileno, enviado con el fin de reconocer el territorio y los caminos;

2º De tratar de despojar de sus tesoros a las tumbas de sus antepasados;

3º De querer reiniciar la explotación de las antiguas minas auríferas; y

4º De querer ocupar el país con las tropas chilenas, a fin de volver a someterlos a trabajos de esclavos.

La prueba de que realmente yo había cometido esos crímenes era un libro sobre los araucanos que había publicado en Santiago en lengua española, al cual dio lectura el hijo del cacique Aburto de Niguén, quien había aprendido el castellano en la misión de San José. En ese libro yo mismo había declarado que empleaba el disfraz de mercader para poder llegar a conocer el territorio, desenterrar sus tesoros y explotar las minas auríferas, y decía también que el gobierno chileno me había prometido recursos y tropas para ocupar el país.

Nuevamente, la asamblea estalló en un furioso chivateo, y cuando el cacique volvió a ordenar silencio, declaró que cada uno de los crímenes que se me habían comprobado merecía la pena de muerte y que la misma sanción debía ser aplicada a mis acompañantes. Un nuevo chivateo demostró que la asamblea aprobaba esa sentencia.

En seguida se me invitó a que me defendiera de la acusación, y me costó mucho inducir al capitán Mera, que se encontraba sencillamente abrumado, a que tradujera mi defensa ante la asamblea. Si bien no tenía esperanza alguna de salvar mi vida, esperaba lograr, al menos, la absolución de mis compañeros y una muerte más piadosa para mí, pues la gravedad de los cargos era como para que me quemaran vivo.

Explicué con toda franqueza que era absolutamente efectivo que había entrado a territorio araucano bajo el disfraz de mercader con el objeto de explorar sus tesoros y minas auríferas. Pero nunca había sido espía del gobierno chileno, sino que deseaba trabajar yo mismo las minas y desenterrar para mí los tesoros de los españoles. Lo hice saber así a todos los caciques que visitara, a quienes prometí una participación en las utilidades y de quienes obtuve permiso para realizar las exploraciones. El cacique Quilrulf y uno de los caciques principales de Allipén me habían prometido conse-

guir un acuerdo semejante con sus parcialidades. Me había dirigido, pues, a dicha región para saber la resolución que habían tomado para iniciar mis trabajos en caso de que me hubieran otorgado el permiso que pedía o regresar a Valdivia en caso contrario. Si eso constituía un delito, podían condenarme, pero, en todo caso, solicitaba la libertad de mis compañeros, que eran totalmente inocentes.

Ese discurso produjo, sin duda, una buena impresión en mis jueces, pero de nada sirvió porque era efectivo que había solicitado tropas al gobierno chileno. Esas estaban, precisamente, destinadas a defender a los caciques amigos míos y a mí mismo contra las incursiones de las parcialidades del otro lado del Toltén, que ahora eran mis jueces, y no me fue posible defenderme contra esa acusación. Con un espantoso chivateo me condujeron fuertemente escoltado, a mi carpa, y en ausencia nuestra, se inició la votación que decidiría de la suerte de todos nosotros.

Poco después cayó la noche, una de las más espantosas que haya conocido, en la que pienso con verdadero pavor aún en el momento en que escribo estas líneas.

El cielo se había cubierto de nubes negras y pesadas, el temporal bramaba terriblemente en la selva que nos rodeaba, y arrancaba de raíz, con espantoso estrépito, a los árboles gigantes. Se escuchaba, lúgubre, el rugido de los pumas, que pasaron repetidas veces cerca de nosotros, mientras el cercano volcán de Villarrica, lanzaba sus columnas de humo y fuego al cielo, con truenos y bramidos y arrojando piedras candentes. No lejos, se encontraban agrupados los bárbaros caciques alrededor de una gran fogata, a cuya viva luz veíamos sus rostros espantosamente pintados y excitados por el aguardiente y las pasiones; discutían a gritos sobre nuestra suerte.

En la carpa reinaban la angustia, el miedo y la desesperación. Mis compañeros chilenos en el infortunio se habían arrojado, pálidos como la muerte y, esperando a cada momento un terrible fin, rezaban sin cesar el Ave María y se golpeaban el pecho implorando a Dios que les perdonara sus pecados.

Sólo uno de mis acompañantes, el alemán Heufemann,

acostumbrado a los peligros como yo, y que también se había encontrado ya muchas veces frente a frente con la muerte, pudo mantener su presencia de ánimo. Ambos esperábamos tranquilamente el desenlace y, escondido el revólver en el pecho, habíamos acordado suicidarnos si no teníamos otra posibilidad de evitar el cruel sacrificio a que se nos destinaba.

Mientras mis acompañantes rezaban, yo pensaba en los seres queridos que había dejado en la lejana patria. Los indígenas que nos vigilaban nos espantaban de vez en cuando, abriendo repentinamente la carpa y asomando sus horribles rostros; algunos nos daban pinchazos con sus lanzas o nos arrojaban piedras.

Para empeorar nuestra situación, se presentó un grupo de indios que se llevaron, a más de mis barriles de aguardiente, al capitán Mera y el lenguaraz Soto, de modo que no quedó nadie entre nosotros que hablara el mapuche. Supimos, al mismo tiempo, que a ambos les habían perdonado la vida, como resultado de la votación, mientras que nosotros teníamos que esperar una muerte segura.

La oscura noche rodeaba nuestra carpa, donde manteníamos una pequeña fogata, a fin de calentarnos un poco y poder orientarnos en caso de peligro, pero, desgraciadamente, así también ofrecíamos un blanco seguro a nuestros vigilantes. Una vez que quise salirme de la carpa, me hirieron de inmediato en la pierna con una lanza, de modo que me precipité de nuevo al interior.

Como sabía que estos indios untan a menudo sus lanzas con un veneno muy violento, que ocasiona una muerte rápida, consideré que mi única salvación consistía en calentar el atacador de fierro de la escopeta en la fogata y cauterizar la herida con ese instrumento. Normalmente, ese remedio me habría ocasionado las mayores dolores, pero, en la espantosa tensión en que nos encontrábamos, apenas lo sentí. Heufemann había amartillado ya su revólver para matar al indio que me había herido, el cual entró luego con un largo cuchillo y se dirigió contra el fotógrafo. Nos costó evitar que le disparara, lo que habría significado la muerte para todos nosotros.

Estaba ocupado en vendar mi herida, cuando se escuchó repentinamente una terrible gritería de los indios en la ruca de Antülef. Los gritos se acercaban cada vez más, y observamos con verdadero espanto que los caciques, rodeados por muchos indios que iluminaban el camino con antorchas, se aproximaban a nuestra tienda.

La horda, excitada por el aguardiente y las pasiones, se detuvo frente a nuestra carpa y el que hacía de cabecilla nos ordenó que saliéramos. Heufemann y yo obedecimos llevando los revólveres escondidos bajo el poncho, pero mi gente, que rezaba arrodillada, salió sólo cuando los indios los amenazaron con sus lanzas y cuchillos.

Después de haber ordenado silencio, el jefe nos inspeccionó, conversó luego con los demás caciques y nos hizo varias preguntas, las que no pudimos contestar, pues no las entendíamos. En seguida, hubo un horrendo chivateo, y algunos indios ebrios se precipitaron con cuchillos sobre nosotros, pero nos salvó Antülef, deteniendo a los atacantes con la promesa de un nuevo barril de aguardiente, el cual fueron los indios a buscar a su ruca. Gracias a él, nuestra vida estaba salvada por el momento, y pudimos entrar de nuevo a la carpa. El temporal bramaba afuera con mayor violencia, el volcán tronaba más fuerte y se descargó un copiosísimo aguacero.

Apenas nos habíamos agrupado alrededor de la pequeña fogata para calentar un poco nuestros cuerpos entumecidos por el frío y el susto, volvimos a estremecernos. Se abrió repentinamente la entrada de la tienda y, con grata sorpresa, vimos frente a nosotros, no a nuestros verdugos de espantosa apariencia, sino a la bella hija de Antülef.

Tenía por ella el mayor afecto desde mi primer viaje a esa región y le había hecho algunos valiosos regalos. Agradecida, se había deslizado furtivamente hasta nosotros, para traerme una fuente de frejoles y un papel de Mera que me entregó antes de desaparecer con la misma rapidez con que había llegado.

El papel contenía las siguientes palabras:

“Condena sólo mañana, pues esperan al cacique de Boroa. Estén tranquilos. Paciencia y esperanza de ser salvados”.

Esta noticia consoló un poco a mis compañeros en el infortunio, y pasamos dos horas intranquilos en espera de los acontecimientos, escuchando los truenos del volcán, el bramido del temporal, el rugido de los pumas y el chivateo de los indios que bebían y las señales de los numerosos vigilantes colocados alrededor de nosotros en el borde de la selva.

Ya había pasado la media noche, cuando escuchamos otras señales, éstas de pifulca, y luego muchos indígenas corrieron desde todas partes hacia la ruca de Antülef, pasando frente a nosotros. Nos asustamos, sin embargo, cuando un grupo se detuvo repentinamente ante nuestra carpa, pero nuestra alegría y felicidad fueron inmensas cuando se acercaron el cacique Antülef y mi amigo Vointén y nos hicieron señas de que huyéramos con la mayor rapidez posible en los caballos que habían traído.

No entendí todo lo que dijeron, pero comprendimos perfectamente que deseaban salvarnos, y con una presteza realmente febril, fustigados por el miedo, montamos a caballo y partimos a toda carrera detrás de Vointén hacia la selva.

Bajo los árboles reinaba una obscuridad completa, de modo que pudimos seguir a nuestro salvador solo por el ruido de su caballo, chocando a menudo con los troncos y lastimándonos con las cañas de colihue. Llovía a cántaros, el temporal bramaba espantosamente y en torno nuestro se precipitaban al suelo los gigantes de la selva, arrancados de raíz, amenazando aplastarnos en cualquier momento; rugían de modo siniestro los pumas espantados y me dolía bastante la herida cauterizada. Pero todas estas incomodidades y penurias no guardaban relación con la situación terrible y desesperada a que acabábamos de escapar. Clavando profundamente las espuelas a los caballos, procuramos cabalgar en la noche aunque reventaran los caballos.

Cuando habíamos avanzado cerca de media hora, encontramos a Mera y al leguaraz Soto, que también huían, y por ellos me enteré de quiénes eran nuestros salvadores. Mi amigo Vointén había oído de mi desgracia y se había dirigido de inmediato a Voipire, a fin de salvarnos, si ello todavía era posible. El y Antülef brindaron tales cantidades de mi aguar-

diente a los caciques forasteros, que éstos cayeron al suelo, borrachos perdidos. Entonces, nuestros amigos hicieron abandonar sus puestos a los centinelas y los llevaron a la ruca de Antülef, quien les entregó otro barril de aguardiente, cuyo contenido se pusieron a beber con gran avidez.

Al llegar a Chesque nos separamos. Vointén, a quien le agradecí cordialmente su ayuda, partió a todo galope con el capitán Mera hacia Licán, y los demás tomamos el camino más corto a Valdivia, que pasaba por Muquén.

Cerca de la madrugada pasamos frente a algunas rucas aisladas en el bosque, y como mi herida me dolía mucho, quise detenerme un momento, a fin de vendarla de nuevo. No fue pequeña nuestra sorpresa, al advertir que los indios ya tenían conocimiento de lo que había ocurrido, pues nos recibieron a pedradas y trataron de lacerarnos, de modo que sólo pudimos salvarnos disparando nuestros revólveres y huyendo rápidamente.

Como esos indios podían revelar la dirección en que huíamos, nos vimos obligados a fustigar a los caballos cansados, para ir más rápido, sin hacer caso de la fuerte lluvia ni de mis dolores, pues sólo así podíamos escapar. Después de dos horas de marcha, el bosque se abrió y llegamos a un alegre valle ocupado por praderas, donde había algunas rucas. Como mis dolores habían aumentado mucho, debido a que la pierna se estaba hinchando rápidamente, solicitamos hospedaje para descansar un poco y un indio anciano nos recibió muy amablemente.

Cuando estaba todavía ocupado con el vendaje de mi herida, vimos con verdadero espanto que se acercaban a toda carrera tres indios, a los que tomamos por nuestros perseguidores. Como no podíamos pensar en huir, recurrimos a nuestras armas para defendernos.

Pero, afortunadamente, se trataba del hijo y de dos nietos del anciano que nos había concedido hospitalidad, quienes venían para ayudarnos, pues habían oído de nuestra fuga y de la mala recepción que nos habían hecho sus vecinos.

Su llegada y la ayuda que ofrecían nos tranquilizaron y, además, nos dieron la buena noticia que no se nos persegui-

ría. Antülef había entregado a los dos caciques enemigos todas mis mercaderías y, sobre todo, mi aguardiente, que los había inducido a quedarse bebiendo hasta darle fin. También les advirtió que no debían perseguirnos a través del territorio de caciques que eran amigos míos. En tales circunstancias resolví, en parte por mi herida, en parte para tener tiempo de secar mis ropas y comer algo, descansar algunas horas en donde estábamos.

Mis acompañantes se hallaban todavía tan afectados por el miedo y el espanto de la noche anterior, que no hubiera podido inducirlos a permanecer siquiera una hora en ese lugar. Pero el anciano indio nos dio la seguridad de que tenía tanta influencia sobre sus conciudadanos, que nadie osaría entrar en su ruca sin su permiso, ni mucho menos atacar a sus huéspedes. La razón por la cual nuestro anciano anfitrión procedía tan amistosamente con nosotros, era que en sus diversos viajes a Valdivia, los misioneros siempre lo habían recibido y obsequiado en la forma más amable y ellos mismos habían bautizado y educado a sus nietos, que acababan de llegar con su hijo. Desgraciadamente, no recuerdo el nombre del anciano, ni del lugar en que vive, pues me encontraba entonces demasiado agitado y cansado y padecía mucho por mi herida.

Quando le conté al anciano que había tenido la intención de descubrir y trabajar las minas auríferas de Villarrica, me comunicó que, de acuerdo con noticias auténticas, ellas no se encontraban en las vecindades inmediatas de la ciudad, destruída, sino cerca de su ruca, en terrenos de su reducción. Desde allí el oro habría sido llevado a la fundición de Villarrica por un corto camino perfectamente recto que ya no era transitable, por encontrarse cubierto por la vegetación. Como me interesaba vivamente conocer esa antigua mina aurífera, encomendó a su hijo que me la mostrara, invitación que acepté muy agradecido, de modo que mandé ensillar de inmediato el caballo, a pesar de mis dolores.

Avanzamos sólo un corto trecho con mi acompañante por el vallecito y llegamos a la meta. Con sorpresa, encontré en la falda de la montaña varios túneles todavía accesibles, y

también un gran número de piques, algunos intactos aún; otros, aterrados o semiaterrados, y muchos antiguos desmontes que, aunque cubiertos ya por la vegetación, podían ser fácilmente despejados por un práctico en minas. Todo revelaba claramente que esa falda debió haber sido muy rica y que aún lo era, pues los españoles habían sido expulsados cuando sus minas auríferas se encontraban en el apogeo.

Lavé sólo algunas fuentes de arena de muestra y encontré un buen contenido de oro, por lo que creo que ese valle debe de ser uno de los más ricos de la Araucanía y la provincia de Valdivia.

Desgraciadamente, mis dolores no me permitían efectuar reconocimientos muy exactos, y mis acompañantes, temerosos de que pudiéramos caer de nuevo en manos de nuestros enemigos, me mandaron decir que se pondrían solos en marcha si no los acompañaba inmediatamente, y así me vi obligado a regresar cuanto antes a la ruca.

El indio anciano me proporcionó otras informaciones acerca de la antigua riqueza aurífera, sobre las ruinas de Villarrica y sobre antiguas minas. Pero me declaró, al mismo tiempo, que me expondría al mayor peligro si procuraba reconocer y trabajar esas minas, y que él mismo no estaría en situación de protegerme en tal caso.

Mientras conversábamos, se acercaron de nuevo a toda carrera desde la selva varios indios que se detuvieron frente a nuestra ruca. Mis acompañantes volvieron a atemorizarse, pero afortunadamente tampoco eran perseguidores, sino amigos: el yerno de Vointén con su gente, que traían las mulas, cargadas con la carpa, la máquina fotográfica, y uno de los baúles, el que contenía las fotografías. Desgraciadamente, la mayor parte de las placas estaban rotas, y sólo de fragmentos logré reconstruir algunas fotografías.

Mi herida requería un pronto tratamiento médico, por lo cual ordené ensillar, a fin de llegar en el mismo día a territorio cristiano, pero, antes de abandonar la ruca e iniciar el viaje, tuvimos que experimentar un nuevo retardo.

En efecto, el anciano me declaró que enviaría a todos sus nietos a la Misión de San José, para que se les bautizara y edu-

cara allá, pero que, como no admitían muchachas, quería que bautizara rápidamente a sus tres nietas antes de partir. No aceptó ninguna clase de excusas, y para satisfacer al buen viejo, celebré el sacramento según el rito católico, que conocía muy bien el hermano de las jóvenes, quien había sido educado en la Misión, como ya dije. Resultó bastante cómico el espectáculo de las tres muchachas, de once, doce y catorce años, en brazos de mis hombres, que actuaban de padrinos y las tenían como a criaturas recién nacidas.

Terminado el bautizo, montamos por fin nuestros caballos, y seguimos viaje en compañía del hijo y de uno de los nietos del anciano. Llegamos a la ruca abandonada de La Rosa cuando cerraba la noche y acampamos allí, como en la expedición anterior. Después de las terribles excitaciones de la noche anterior y de la fuga, quedamos luego profundamente dormidos.

Continuamos viaje muy temprano al día siguiente, pasamos por Pucalón, Puleufu, Imulfudi y Ciruelos, llegamos a Marilef, donde descansamos algo en casa del cacique Carriman, y, en la tarde, alcanzamos sin novedad la misión de San José.

Los padres ya habían recibido noticias de nuestra desgracia y nos creían muertos, por lo cual habían despachado de inmediato un propio al intendente de la provincia, a fin de que nos enviara alguna ayuda, si todavía era posible. Quedaron, pues, muy sorprendidos cuando nos vieron llegar sanos y salvos y demostraron gran alegría.

Después de haberles pagado sus servicios al lenguaraz Soto y a los arrieros y de hacer algunos obsequios a mis acompañantes indígenas, me despedí de los misioneros, esta vez, seguramente, para siempre. Acompañado por el fotógrafo, por Heufemann, los mineros y mi mozo, me dirigí a Cruces, donde Claudina me vendó la herida; en seguida me embarqué en un bote y en la tarde llegué a Valdivia.

La noticia de mi arribo se propagó en la ciudad con la rapidez del rayo y la población concurrió en gran número a mi hotel, para felicitarme. Entre las visitas se encontraba también el Intendente, que ya había tomado diversas providen-

cias e impartido órdenes para que se nos salvara, si era posible.

Teníamos, por cierto, más que suficiente motivo para agradecer a Dios, pero ya no podía volver a territorio araucano sin acompañamiento de fuerza armada. A pesar de mis sacrificios de tiempo, dinero y salud, la meta anhelada se había alejado quizás para siempre y tenía que conformarme con haber salvado mi vida y la de mis compañeros de un fin terrible y doloroso.

Capítulo X

VIAJE A LAS ZONAS DE COLONIZACIÓN ALEMANA EN LAS PROVINCIAS DE VALDIVIA Y LLANQUIHUE, PASANDO POR ARIQUE, QUINCHILCA, CORRAL, FUTA, LA UNIÓN, RÍO BUENO, TRUMAO Y OSORNO, Y ALGUNAS NOTICIAS SOBRE PUERTO MONTI.

A principios de este Libro Segundo tuve oportunidad de decir algo sobre los alemanes de Valdivia, y después de haber descrito a los araucanos, su territorio y sus costumbres, me parece de utilidad dar a conocer también algunos detalles de otras zonas donde viven alemanes en las provincias de Valdivia y Llanquihue. El lector alemán lo agradecerá especialmente, por cuanto se trata de compatriotas que viven en el lejano Occidente, al otro lado del mar.

* * *

Después de haber permanecido en Valdivia durante una quincena, al regreso de mi primera expedición a la Araucanía, acordé, un buen día, visitar el lago Ranco, que está situado al pie de los Andes. Arrendé un caballo y abandoné Valdivia en la sola compañía de mi mozo.

Primero, pasamos frente a las poblaciones alemanas, situadas directamente a lo largo del hermoso río Valdivia, en me-

dio de románticos jardines y manzanares, de praderas y campos de cultivos; después de media hora de viaje, llegamos a una serranía que el río cortaba en dos. Llevaba el nombre poco poético de Quitacalzón y se elevaba tan abruptamente hasta unos quinientos pies de altura que sólo dejaba un angosto sendero para el paso.

Esa serranía estaba cubierta hasta la cima por un bosque realmente impenetrable. Los bosques de Chile se distinguen de los europeos por las dimensiones colosales de sus árboles y porque se componen, no de una o pocas especies, sino de muchas variedades. Las ramas de todos esos árboles se entrelazaban y los troncos se veían cubiertos de espesas enredaderas. Apenas la octava parte de tales gigantes vegetales pierden su follaje en el otoño y los demás son de un verdor perenne.

Los enormes troncos difícilmente permiten el paso, pero éste se hace imposible por la vegetación subarbórea, sobre todo por la exuberancia de las bambúceas: quila y colihue. Las cañas de esta especie alcanzan a menudo cuarenta pies de altura y se elevan rectas, sin ramas, formando a veces, tan tupidas crecen, verdaderas murallas. La quila, en cambio, es una planta más bien arbustiva y de una sola raíz; suelen crecer centenares de vástagos hasta una altura de diez a quince pies, formando espesuras imposibles de penetrar sin machete y hacha. Ambas especies de cañas son muy difíciles de quebrar o cortar, y sólo arden cuando están muy secas, afirmándose que ello ocurre cada siete años *. De esto ya se desprende lo difícil que es transformar estas selvas en campos de cultivo.

Ambas bambúceas son también muy útiles, pues los largos tallos del colihue son empleados por los indígenas en la construcción de sus rucas y para confeccionar su arma principal, la lanza. La quila, por su parte, es de la mayor importancia, pues sus hojas, siempre verdes, suministran un buen talaje al ganado en el invierno.

El bosque de Quitacalzón, estaba constituido principalmente de ulmos, maitenes, guayacanes, litres, lingues, peumos,

* Después de la florescencia (N. del T.).

avellanos, laureles, robles, coihues y cipreses, casi todos ellos árboles que suministran valiosas maderas.

Las serranías que acompañan al río están formadas de micacitas, las que, cruzadas por muchas vetas de cuarzo, se hallan cubiertas por una tierra roja arcillosa, y varios de los grandiosos excavamientos de tierra hechos por los españoles revelan que debe haberse encontrado oro allí.

Las serranías encajonan el río por largo trecho y, al apartarse, por ambas riberas dan lugar a llanuras que se veían bien cultivadas, a praderas y grandes plantaciones de manzanos. Entre ellos había casas de madera de buen aspecto y rodeadas de jardines, que revelaban de inmediato pertenecer a alemanes. Tratábase de la colonia de Arique, situada a cinco leguas de Valdivia. Esta población contaba algunos centenares de habitantes, tanto chilenos como alemanes, cuyas viviendas se encontraban a ambos lados del río; contrastaba la construcción primitiva de las casas de los primeros con el agradable aspecto de las moradas de los alemanes.

Cuando me detuve frente a una de las mayores de las casas alemanas, apareció una mujer joven y hermosa, que me invitó a apearme y a entrar con las acogedoras palabras *Na, grüss di Gott* (Bien, Dios te salve).

Como los cultivos no dejaban cuenta, mi anfitrión se dedicaba más bien a la crianza, pero producía sobre todo chicha de manzanas, a cuyo efecto había adquirido o arrendado una gran parte de los manzanares del valle e instalado una gran prensa.

Alrededor de los manzanos volaban grandes bandadas de choroyes, gritando ensordecedoramente, y donde se posaban, las manzanas se veían muy pronto partidas en el suelo, pues estos pájaros sólo se comían las pepas. Les disparé, y como se encontraban apretujados uno al lado del otro, partiendo manzanas, cayeron cuatro. Cuando la bandada se elevó con gran gritería, observé que había también muchas torcazas y cacé varias. Rogué a mi amable anfitriona que me las asara, lo que comenzó a hacer de inmediato, pero me admiré de que desplumara también a los choroyes. Me declaró, sin embargo,

que esta ave suministraba una excelente cazuela, aún cuando su carne fuera muy dura y desabrida, y pronto tuve oportunidad de cerciorarme de ambas cosas.

Después del almuerzo proseguí el viaje, avanzando siempre a lo largo del río. La serranía se allanaba poco a poco, y al cabo de unas horas de camino vi que desaparecía. Aunque mucho más angosto y menos profundo, el río corría en medio del llano con apreciable pendiente y sonando con bastante fuerza.

Al atardecer alcancé la meta de mi jornada; el caserío de Quinchilca, consistente en sólo unas pocas chozas, en cuyo centro se elevaba un gran edificio de madera. Pertenecía éste a un alemán apellidado Káiser, y era una destilería. Me habían dado en Valdivia una recomendación para este compatriota, que me concedió gustosamente alojamiento para la noche.

Si el compatriota suabo de Arique preparaba chicha de manzanas, herr Káiser la destilaba y producía aguardiente, que empleaba para hacer buenos negocios con los indios de Panguipulli, que no vivían lejos y le entregaban en trueque, vacunos, caballares y cueros. El caserío de Panguipulli deriva su nombre de los numerosos pumas que existen en los alrededores, pues *pangue* es, en mapuche, puma, y *pulli*, región*. El puma sudamericano es más pequeño que el león africano y no posee melena.

Panguipulli se encuentra próximo a la cordillera, a orillas del gran lago homónimo, que recibe su tributario principal del lago Trailafquén (Calafquén), que queda al norte, y desagua en el lago Reñihue, en el cual tiene su origen el río Valdivia (Calle-Calle).

A pesar de vivir la tribu de Panguipulli, cuyo cacique era Allapán, tan cerca de los cristianos, y de viajar sus miembros frecuentemente a Valdivia, para hacer sus compras, era de las más salvajes y temidas. Por ello se aventuraban raras veces

* En realidad, *pulli* significa cerro (N. del T.).

los chilenos y alemanes hasta esa región y, a pesar de que había misiones mucho más al interior del territorio indígena, esa tribu no había permitido que se fundaran en el suyo.

* * *

En la madrugada siguiente abandoné temprano Quinchilca, y dejé la orilla del río para dirigirme hacia el sur. Durante varias horas avancé por un sendero estrecho a través de la selva oscura y solitaria, cuyo silencio sólo era roto, a veces, por el rugido de un puma, el grito de un ave de rapiña o el golpeteo de un pájaro carpintero. Cerca del mediodía llegué a unas pobres chozas, habitadas por pastores, que se levantaban en medio de grandes praderas, donde pastaban caballos, vacunos y ovejunos.

Volviendo a cabalgar a través de bosques y praderas, llegué al atardecer a la orilla occidental del lago Ranco.

El panorama era magnífico. Este bellísimo lago se extiende diez leguas españolas de norte a sur y cinco de oeste a este * y está rodeado en su mayor parte por selva virgen. En su parte oriental los Andes se elevan directamente desde la orilla y sus pintorescas cúpulas roqueñas y sus cumbres parcialmente nevadas, brillaban con los bellísimos colores del sol Poniente. Diversas islas mayores o menores, cubiertas de bosques, se encontraban diseminadas en el lago y contribuían a la belleza del paisaje.

En el bosque reinaban la tristeza y el silencio; aquí en cambio, había mucha más vida. Un grupo de cisnes de cuello negro se mecía en las aguas suavemente agitadas; nadaban o se elevaban del espejo del lago grandes bandadas de patos silvestres; los choroyes gritaban en los manzanares; hermosos flamencos y garzas blancas se paseaban orgullosamente a lo largo de la orilla; los "frailes" lanzaban estridentes gritos, volando recelosamente en torno a mi persona, intruso en su reino; las torcazas se alineaban en las ramas de un hermoso

* Estos datos no corresponden a la realidad: son 20 kms. de N. a S. y 25 de W a E. (N. del T.).

y gigantesco árbol, y se acercó un pequeño rebaño de ciervos (pudús), para beber por última vez antes de la noche.

Tras breve descanso comencé a cabalgar primero hacia el Sur, en seguida hacia el Este y, finalmente, con rumbo al Norte. La meta de mi jornada era la pequeña reducción indígena de Maihue, en la orilla oriental, y tuve que vadear el Río Bueno, que nace en el lago.

Después de haber cruzado al pie de los Andes el Pillanleufu (Río del Diablo) *, que no es muy profundo, pero muy ancho y sembrado de muchas piedras y rocas destrozadas, y atravesar luego el Pichileufu, llegué al anochecer al caserío de Maihué, donde el indio Cajuante nos acogió amablemente a mí y a mi mozo.

El que hice es el mismo viaje y el cacique de Maihue el mismo que Gerstäcker ** describe en su libro "Dieciocho Meses en la América del Sur". En casa de Cajuante pernoctó también Gerstäcker cuando tuvo el propósito de viajar desde Maihue a las pampas argentinas, a través de los Andes, a lo que se opusieron los indígenas, por lo cual tuvo que renunciar a su plan y regresar a Valdivia. Así me informó uno de los caciques que visité, y el cual, si hubiera tenido conocimiento del propósito de Gerstäcker, le habría conseguido permiso para cruzar la cordillera con la ayuda de un cacique amigo.

Desde allí se puede llegar, en la temporada favorable, por el boquete de Llifén a las pampas de la República Argentina. El paso queda sólo a 594 pies de altitud, y los hermanos Muhm, comerciantes alemanes de Valdivia, atravesaron por él la cordillera.

Yo había recibido informaciones de que en una quebrada secundaria de los Andes existían ricas vetas de cobre y oro, por lo cual me dirigí muy de madrugada, al otro día, hacia allá, pero, desgraciadamente, sólo encontré piritas, que habían sido tomadas por oro. Como el cielo se estaba cubriendo

* La traducción exacta es Río de Dios (N. del T.).

** Célebre escritor alemán de cuentos y relatos novelescos sobre los indios (N. del T.).

y el fuerte viento del Norte anunciaba lluvia, regresé pronto a Maihue; pues si llovía fuerte, podía quedar aislado y obligado a permanecer una semana y quizás un mes en el lugar. Desde Maihue, inicié de inmediato el regreso.

No me había equivocado. Apenas llevaba dos horas de viaje, comenzó una lluvia muy fuerte, que duró todo el día, y llegué en la tarde a casa de herr Kaiser, en Quinchilca, completamente mojado y muy fatigado por los malos caminos.

Temprano al día siguiente, continué el viaje a Valdivia, adonde llegué en la tarde, completamente mojado otra vez, después de haber cruzado con grandes dificultades el río crecido y diversos riachuelos.

* * *

Algunos días después de mi regreso del lago Ranco, mejoró el tiempo, lo que me permitió dedicarme a reconocer las serranías que rodean la bahía de Corral y las antiguas minas auríferas de los españoles que hay en ellas.

Arrendé para ese fin un buen bote velero, y pronto nos deslizamos como una flecha, aguas abajo por el hermoso y ancho río Valdivia, a impulsos de cuatro vigorosos bogadores, del viento y la vaciante. En hora y media llegamos al hermoso puerto de Corral y me dirigí al hotel alemán. Visité al botánico, herr Krause, para invitarlo a un viaje por la bahía, lo que aceptó gustosamente.

Cruzamos transversalmente la bahía en el bote, desembarcamos en la parte septentrional de la Cordillera de la Costa y ascendimos por su falda hasta las ruinas del antiguo fuerte de Niebla, que queda a unos ochenta pies de altura.

Una parte del fuerte estaba todavía bien conservado, y había allí un puesto militar, ocupado por algunos artilleros, cuyo trabajo consistía, sobre todo, en vigilar los antiguos cañones y en avisar por señales al capitán del puerto en Corral la entrada de los buques a la bahía.

El paisaje era desde allí realmente encantador. Hacia el Occidente se extendía el inmenso Océano Pacífico, cruzado por buques que navegaban hacia el Norte o el Sur a mayor

o menor distancia de la costa. Hacia el Norte se extendía la abrupta Cordillera de la Costa, cubierta desde la base hasta la cima por una densa selva virgen y cuyo desarrollo era visible a lo largo de muchas leguas, con sus bahías y promontorios. Hacia el Sur, abruptamente debajo de mi mirador, las olas golpeaban contra las rocas de la pintoresca entrada del puerto. Al frente, se elevaban las ruinas del fuerte de San Carlos, y más allá quedaba Corral, con sus antiguas fortificaciones en ruinas, cuyos alrededores habían colonizado los alemanes. Si se miraba hacia el Oriente, se veía el magnífico puerto, rodeado por serranías de mil pies de altitud, también cubiertas de bosque virgen desde la cima hasta el espejo del agua, en cuyo centro se elevaba la pequeña y romántica isla Mancera, con su antiguo castillo; y, en dirección al Norte, desembocaba en el puerto mismo el ancho y hermoso río Valdivia.

Después de haber permanecido una hora en las vetustas murallas, deleitando nuestros ojos con el precioso panorama, volvimos a la playa, nos embarcamos en el bote y remamos a la mencionada isla de Mancera, en medio de la bahía. Su superficie es de unos cinco *morgen* *; las orillas son bajas, pero al centro, en una colina, se elevan las ruinas muy bien conservadas de un antiguo palacio. Este fue edificado, como se dijo al principio de este Segundo Libro, en 1645 por el hijo del marqués de Mancera.

Desde el desembarcadero nos dirigimos por un sendero algo empinado al palacio, y en el trayecto encontramos casas de chilenos y alemanes. Las elevadas murallas y los arcos de las ventanas del palacio se veían cubiertos de hiedra y diversas enredaderas. En las antiguas habitaciones y en el gran patio florecían matas de magníficas chilcas, entre las cuales se elevaban cipreses y mirtáceas, y en el antiguo jardín del palacio, que bajaba en terrazas hasta la orilla, había las más diversas especies de árboles frutales y flores de Europa, pero ya en estado silvestre.

* El *morgen* es una medida alemana que equivale a un cuarto de hectárea, pero la isla Mancera tiene una superficie de cerca de 125 hás. (N. del T.).

Descansamos un rato y herr Krause, me condujo a la parte oriental de la isla, donde encontré un túnel construido por los españoles, que cruzaba toda la isla, y reconocí pronto que se había explotado allí una veta de cuarzo aurífero.

Nos dirigimos luego a la orilla austral del puerto y remontamos algunos centenares de metros un riacho que desemboca en la bahía, y desembarcamos en su ribera.

En ese lugar habían obtenido los españoles, sin duda, la mayor producción de oro de la Cordillera de la Costa, pues a lo largo de un buen trécho el terreno estaba surcado por zanjas profundas y prolongadas y sembrado de infinitos hoyos, que debieron de ser mucho más profundos. Reconocí el terreno y advertí que en ese lugar no se habían trabajado las vetas de cuarzo, sino las capas de tierra, que fueron lavadas en el riacho. Varios ensayos que realicé, demostraron un contenido de oro, pero no en cantidad suficiente para inducirme a iniciar una explotación.

Los reconocimientos que hice me tomaron unas dos horas, y luego regresé a Corral con herr Krause. Allí visitamos las fortificaciones, que estaban bien conservadas, pero en estado de abandono. Había un gran número de cañones, enmohecidos y con las cureñas podridas o quebradas. Los antiguos cuarteles eran empleados como bodegas y depósitos de mercaderías.

Desde Corral trepamos de nuevo a los cerros, en cuyas faldas volví a encontrar antiguas labores de los españoles, de las que habían obtenido oro, pero eran mucho menos importantes que las mencionadas anteriormente.

Al regresar, encontré entre las casas de Corral, cerca del camino, un manto de carbón bastante potente, pero que no era explotado, a pesar de su situación tan favorable.

En la tarde examiné diversas colecciones de herr Krause, consistentes en flores secas, musgos, mariposas, coleópteros, minerales, etc., y pasé la noche en compañía del capitán del puerto y de varios colonos alemanes.

* * *

A la mañana siguiente, muy temprano, abandoné Corral, favorecido por el viento y la corriente, crucé la bahía hacia la desembocadura del río Valdivia. Después de breve trecho, me dirigí, sin embargo, hacia el Oeste y penetré en el riacho de Cutipay, por el cual llegué hasta el fundo del mismo nombre perteneciente a mi amigo Schülke.

Desde allí ascendí la empinada Cordillera de la Costa y bajé al otro lado, que daba al mar, donde se extendían angostos trechos de tierras planas, emergidas por el solevantamiento de la costa, según ya lo mencioné. Estos terrenos habían sido descampados y se les cultivaba, encontrándose en ellos las aldeas de Curiñanco y Niebla, pobladas, sobre todo, por indios bautizados. En Niebla había antiguamente una Misión a orillas del mar, pero ya sólo se veían sus ruinas.

Herr Schülke había adquirido terrenos de apreciable extensión a lo largo de la playa, y un día el mar en su propiedad arrojó una enorme ballena muerta a consecuencia de las heridas que le habían inferido unos cazadores. Como, de acuerdo con la ley, era el dueño legítimo, la vendió y recibió cerca de 1.250 pesos como precio.

Desde la playa del Océano Pacífico regresé por el mismo camino a Cutipay, me embarqué en mi bote, remonté el río Valdivia, y casi a la mitad del trayecto a la ciudad de Valdivia, me dirigí hacia el Oriente, por el río Guacamayo hasta Las Casitas. Este caserío estaba constituido únicamente por unas pocas chozas miserables, donde vivían algunos madereros.

Allí desembarqué para ascender un cerro muy parado, por cuyo lado contrario descendí para llegar a un valle roqueño y angosto. Allí había una veta cuprífera cerca de una pequeña caída de agua pintorescamente situada y que habían comenzado a trabajar algunos alemanes. Pero como en esa quebrada había también oro, en trozos mayores, con valor de cuatro, ocho o más pesos, realicé también los reconocimientos del caso, pero sin resultado favorable.

Desde allí regresé de nuevo a mi bote y en éste a Valdivia, adonde llegué tarde en la noche.

En la obscuridad, mientras navegaba, podía ver un imponente incendio en la Cordillera de la Costa, que iluminaba el valle hasta muy lejos tiñendo el cielo de rojo sangre.

* * *

Mi próxima meta eran algunas colonias agrícolas fundadas por los alemanes en el interior, al sur del río Valdivia. Hacia allá me dirigí el 23 de agosto, cuando el viento del Sur anunciaba tiempo despejado.

Para llegar a Futa, tenía dos caminos: en primer lugar, uno bastante bueno, construido por los ingenieros alemanes Frick, Lagrèze y Harnecker, y luego, la vía fluvial. Preferí esta última y, despachados mis caballos por tierra, me embarqué en compañía de mi mozo en un bote tripulado por cuatro vigorosos bogadores.

Navegando río abajo, nos dirigimos hacia el Sur y torcimos por el río Guacamayo, pasando frente a la isla del mismo nombre, que se encuentra bien cultivada y cubierta de manzanas, hasta llegar a Tres Bocas. El caserío constaba de pocas chozas, donde vivían unos leñadores, y debe su nombre a la confluencia de los ríos Futa, Pococomer y Angachilla. Desde allí remontamos el correntoso río Futa, entre altas y abruptas serranías cubiertas de bosque virgen, que contrastaban con las riberas bajas y pantanosas entre las cuales habíamos navegado hasta entonces.

Después de una hora de viaje, llegamos otra vez al caserío de Las Casitas, ya nombrado. Desde allí el lecho del río se estrechaba de tal manera que las ramas de los grandes árboles se entrecruzaban de una orilla a otra, formando una ramada. Debido a la estrechez del lecho, la corriente aumentaba mucho, y nuestro viaje se hizo más lento, sobre todo por la circunstancia de que había árboles viejos, derribados por los temporales, atravesados en el agua. Nuestros machetes no siempre eran suficientes para abrirnos paso y tuvimos que recurrir una vez a las hachas para cortar los troncos en dos partes. Además, muchos de éstos, semipodridos, estaban bajo

el nivel del agua, y constituían un peligro para el bote, que podía zozobrar.

Después de ocho horas de navegación desde Valdivia, el valle se amplió y llegamos a Futa, un villorrio de una docena de casas, situado en una llanura descampada, de unos diez *morgen* de extensión, y rodeada de altos cerros cubiertos de bosque virgen. Antes que pudiéramos desembarcar, tuvimos que cruzar todavía dos peligrosos rápidos, donde la corriente era tan grande que los bogadores tuvieron que hacer pasar el bote a la sirga, tirándolo con lazos desde la orilla.

Cabe mencionar a este caserío únicamente porque el río es navegable sólo hasta allí. Todas las mercaderías llegadas desde Valdivia o Corral para ser llevadas al interior del país, tienen que ser desembarcadas en Futa y seguir el viaje en mulas; en cambio, los productos del país que provienen del interior, son embarcados aquí en los botes.

Pasé la primera noche de mi viaje en un hotel, donde encontré las cabalgaduras que había despachado por tierra.

Mandé ensillar los caballos al rayar el día, abandoné Futa y junto con mi mozo me interné en la selva por un pésimo camino, muy lavado por la lluvia, para llegar una hora más tarde a un hotel alemán, pequeño y acogedor, en el caserío de Los Ulmos.

Desde allí, el camino subía y bajaba entre la selva, y encontramos a menudo en las quebradas de las montañas enormes rocas del más puro cuarzo blanco, que se destacaban nitidamente en el obscuro verdor del bosque. El camino está cubierto de fragmentos agudos de ese cuarzo y los caballos sin herraduras se lastiman frecuentemente y quedan mancos.

En las cumbres, la selva se abría siempre un poco, y en la primera llegué a la pequeña colonia chilena de Tregua; en la segunda estaba la de Huequecura; y en la tercera, la de Catamutún. Cerca de esta última había potentes capas carboníferas de muy buena calidad, pero que no eran explotadas, por encontrarse demasiado alejadas de la costa.

Cabalgamos siete horas por el obscuro bosque, descampado solamente en la vecindad de los caseríos ya mencionados. Los gigantescos árboles abrazados por miles de en-

redaderas y plantas parasitarias de las formas más bizarras, ofrecían un aspecto impresionante, y era realmente encantador el golpe de vista de los magníficos arbustos de mirtáceas y chilcas y de las fantásticas guirnaldas de flores que atravesaban el camino; pero, al cabo de meses y meses de viajes por esos bosques me había hecho insensible a esas bellezas.

A mi llegada a Valdivia, después de ocho años en los desiertos de arena, había saludado extasiado los magníficos bosques y la exuberante vegetación del Sur, pero ahora tenía nostalgia del cielo siempre azul de la región septentrional, donde el sol lucía con invariable amabilidad. Los persistentes aguaceros y el cielo casi siempre turbio habían aumentado mi nostalgia, y mientras caminaba por el bosque ni siquiera escuchaba el canto de algún pájaro, salvo, a ratos, el acompañado golpeteo de un pájaro carpintero o el melancólico arrullo de las torcazas.

Por fin comenzó a despejarse el bosque, a ambos lados del camino aparecieron campos cultivados, viviendas dispersas, praderas donde pastaban rebaños de ganado, y llegamos a La Centinela, que, en tiempos de los españoles, era un puesto militar, lo que le valió su nombre. Este caserío está en la cima de un cordón que se extiende desde el mar casi hasta la cordillera andina, y como desde allí se veía un magnífico panorama, me detuve un poco, con lo que, además, pude conceder a los fatigados caballos un momento de descanso.

Ante mi mirada se extendía hacia el Sur la inmensa planicie que alcanza desde el pie de la serranía hasta el golfo de Reloncaví.

En primer plano había un gran número de chozas a la sombra de grandes manzanos y en medio de campos cultivados y praderas, donde pastaban numerosos rebaños. Una legua más allá se encontraban las casas dispersas del pequeño pueblo de La Unión y más allá, en el borde de la selva, se elevaban las torres de la antigua ciudad de Osorno *. Hacia el Oeste, la planicie estaba limitada por la Cordillera de la Costa, que tenía una altitud de más de 1.000 pies, y al Este por el molo

* Esta no podía verla Treutler desde La Centinela (N. del T.).

gigantesco de la Cordillera de los Andes. Esta última podía abarcar la vista a lo largo de 30 leguas, de Norte a Sur, y, en ese momento, cubierta de nieve hasta muy abajo e iluminada por el sol poniente, ofrecía un aspecto realmente impresionante y magnífico.

La cordillera se elevaba en enormes cúpulas roqueñas, infinitos picos y torreones de forma pintoresca, y se destacaban los conos blancos de los volcanes Llaima, Villarrica, Descabezado, Osorno y Calbuco, que emitían columnas de fuego y humo. Sus moles surgían vistosamente del oscuro verdor del bosque, de sus laderas y del verde claro de la llanura.

Cuando los caballos habían descansado algo, bajamos lentamente a la llanura y llegamos en una hora al pueblo de La Unión, donde había colonos alemanes, y me alojé en un hotel alemán situado frente a la plaza.

Queda este pueblo a unas doce leguas de Valdivia y estaba construido a la manera española, es decir, tenía una plaza principal de quinientos pies por lado, desde la cual salían calles rectilíneas a los cuatro puntos cardinales. Pero aún había poca edificación. Las casas eran de madera y tenían un solo piso. Contaba entonces unos 400 habitantes, cincuenta de ellos alemanes.

En la plaza, frente al hotel, se encontraban la gobernación, el cuartel, la cárcel, la iglesia y la escuela.

Poco después de mi llegada, hice una visita al gobernador, para quien tenía recomendaciones del intendente de Valdivia, don Ruperto Solar. Al regresar a mi hotel, me saludaron de la manera más cordial casi todos los compatriotas que vivían en La Unión, pues la noticia de la llegada de un alemán forastero se había propagado rápidamente por el pueblo. Entre ellos se hicieron presente mi anfitrión Erdmann Schmitt, el boticario Lewy y el profesor Carl Schmitt, todos oriundos de Breslau. Quedamos conversando hasta avanzadas horas de la noche, y tuve que contar mucho de mis viajes y de las últimas noticias de la madre patria.

* * *

El día siguiente era domingo, y todos concurren a la iglesia, donde fue muy interesante para mí conocer a los pobladores del lugar, que eran en su mayoría de origen indígena.

Como ya lo expresé, este territorio también pertenecía antiguamente a la Araucanía, pero mientras al Norte del río Valdivia vivían los picunches, los indígenas al sur de ese río pertenecían a la tribu de los cuncos o huilliches. Eran diferentes, en carácter y traje, de los primeros, y con muy pocas excepciones, habían sido todos bautizados y educados en la religión cristiana. Todos estos indios se denominaban a sí mismos *mapuches*, lo que significa autóctonos, pues *mapu* es la tierra y *che* la gente, en la lengua araucana.

Físicamente, eran más pequeños que los picunches, su frente era más baja, y muchos de ellos la tenían apenas de un dedo de alto.

Si los picunches eran excelentes jinetes, los huilliches eran grandes caminantes, capaces de recorrer en un día la misma distancia que un jinete, por los peores senderos de la selva, atravesando ríos y serranías,

Al revés de los picunches, que se caracterizaban por su carácter orgulloso, dominante y cruel y por su aversión a la civilización y al cristianismo, los huilliches eran, en grado eminente, de buen genio, sumisos y pacíficos. A esta circunstancia se debía el que antiguamente hubiesen permitido la reconstrucción de las ciudades de Valdivia y Osorno, que el gobierno chileno hubiera ocupado su territorio y ellos mismos se hubieran hecho cristianos.

Me dejaron la impresión de ser los últimos representantes de un pueblo en decadencia, y de las conversaciones que tuve con ellos se desprendía claramente su tristeza por la desintegración de su tribu.

Antiguamente vivían en este territorio centenares de miles de pobladores, pero lo habían desolado las crueldades de los españoles y, sobre todo, las viruelas, de modo que ahora se podía caminar muchas leguas sin encontrar una ruca o un indio, donde antes vivían millares.

Estos indios, que eran llamados mansos, para distinguirlos de los otros, los bravos, habían aceptado la religión cristiana,

pero tenían una gran preferencia por sus antiguas costumbres.

En materia de vestuario, no usaban el chamal y el trarilonco, como los picunches, sino pantalones y sombrero. Los primeros los confeccionaban de un género grueso de lana, que tejían sus mujeres, y les alcanzaban hasta los tobillos. En lugar del trarilonco llevaban, por lo general, un sombrero de fieltro, puntiagudo y sin alas, y en vez de un poncho teñido de azul con añil, uno negro. El traje de las mujeres consistía, como entre los picunches, sólo de dos paños: el chamal y la iculla, que los picunches confeccionaban del tan estimado género azul-de lana, pero estas indias lo hacían, por lo general, de frazadas de frisa, rojas o azules, de fabricación europea.

La lengua de los huilliches es un dialecto de la araucana, con algunas diferencias; así, la *v* de los picunches la pronuncian los huilliches como una *f*.

* * *

Después de misa llegaron algunos caciques de estos indios mansos con su gente a la casa del gobernador, llevando —como el lector podrá ver en la fotografía que se publica en esta obra—, algunos distintivos de su calidad: un sombrero de copa alta con una cinta, o un bastón con botón de plata. Los caciques deben preocuparse, sobre todo, del cumplimiento de las leyes, de actuar como árbitros en los litigios, etc., por lo cual el gobierno los remunera anualmente con obsequios.

Después de haberme retribuido el gobernador mi visita, me dirigí a caballo con algunos compatriotas a Daglipulli, distante una hora de La Unión, donde los hermanos Fehrenberg, oriundos de Cassel, habían construido un gran molino americano. Estuvimos un rato allí y visitamos en seguida la misión del lugar, donde nos recibió cordialísimamente el padre Rumaldo de Civitavechia, a quien transmití los saludos de sus hermanos en religión de Valdivia, San José y Queule.

Había, además de las tres misiones indicadas, una en Quinchilca, otra más al Norte, sobre el río Imperial, a 38° de Lat. S., y otras seis más en territorio cristiano, que eran las de Da-

glipulli, Trumao, Río Bueno, Cudico, Quilacahuín y Pilmaiquén.

Todas estaban construidas en la misma forma, de madera, y consistían en una capilla, una casa habitación, una bodega y una escuela. Así era también la de Daglipulli, románticamente situada entre grandes manzanos y rodeada de hermosos jardines, campos de cultivo y praderas, sobre una colina desde la cual se podía contemplar la llanura hasta la lejanía.

En la escuela, los niños recibían instrucción religiosa y aprendían a leer, a escribir y la lengua castellana. Pero muchos olvidaban pronto los mandamientos y oraciones y sus conocimientos de lectura y escritura. Cuando una pareja quería contraer matrimonio se les exigía, sin embargo, que conocieran con precisión las enseñanzas de la Iglesia, y tenían que quedarse en la misión aprendiendo hasta cumplir con esa exigencia. Durante ese tiempo el misionero los ocupaba en los trabajos del campo, etc. A pesar de esa enseñanza, se mantenían tan apegados a sus antiguas costumbres, que no se les hubiera creído cristianos; eran también extraordinariamente supersticiosos.

Esa misma tarde abandoné la Misión con mis compatriotas y regresamos a caballo a La Unión, donde nos quedamos hasta avanzadas horas de la noche en el hotel, bebiendo chicha de manzana.

* * *

Acompañado por varios compatriotas, partí del pueblo de La Unión en la mañana del 26 de agosto, y después de una hora de viaje entre campos cultivados y praderas llegamos a la Misión de Trumao, muy románticamente situada en la cima de un elevado barranco, junto al Río Bueno, que tiene allí unos quinientos pies de ancho.

Le transmití los saludos de sus hermanos en religión al padre Constantio de Ponzzone, que atendía la Misión y nos invitó a descansar un poco y a refrescarnos con una buena chicha, mientras disfrutábamos del magnífico golpe de vista sobre el río. Luego bajamos la ladera, cruzamos el río en una

balsa, para llegar, en la otra orilla, al caserío de Trumao, donde nos dirigimos a un pequeño hotel que arrendaba herr Mangold, oriundo de Cassel.

Al lado del hotel y a orillas del río se elevaba un edificio sólido de tres pisos, que era la bodega para las mercaderías que traía el vapor *Fósforo* desde Valparaíso por el río, como también los productos del país que el mismo buque llevaba como carga de retorno. Perteneecía a la casa comercial Larraín y Errázuriz, de Valparaíso, cuyo jefe en Trumao era herr Carl Seidler, nacido en Cassel. Además de estos edificios, había en el lugar sólo seis pequeñas chozas de chilenos.

Muy de madrugada me visitó herr Seidler para invitarme a alojar en su casa, lo que acepté muy agradecido, y como había comenzado a llover fuerte, lo que duró varios días, permanecí durante ese tiempo con mis amables anfitriones. Varias veces fui a caballo, en compañía de herr Seidler, al fundo "Roble", a sólo una hora de viaje y perteneciente al barón von Bischoffshausen. Este había abandonado Hessen-Cassel con una familia muy numerosa para radicarse aquí. También en su casa fui acogido muy cariñosamente.

Continué mi viaje rumbo al Sur el 1º de septiembre, avanzando por un camino pantanoso, muy ablandado por las lluvias, que pasa entre campos cultivados, praderas y bosques, con varias pequeñas aldeas de chilenos en su trayecto, para llegar tras una cabalgata de ocho horas a Osorno, donde me alojé en un hotel alemán.

Como ya informé a principios de este Libro Segundo, Osorno fue fundado en 1558 por el general español García (Hurtado) de Mendoza en el mismo lugar en que se encuentra. La ciudad está bien situada desde el punto de vista estratégico, pues queda en una planicie roqueña de unos doscientos pies de altura que se yergue abruptamente en la confluencia de los ríos Rahue y Damas. Debido al mucho oro producido en tiempos antiguos por los españoles en los alrededores de la ciudad, ésta llegó a ser pronto una de las más pobladas y ricas, se construyeron en ella varios conventos, y la minería, el comercio y las industrias —sobre todo, grandes tejedurías— comenzaron a florecer.

Destruídas Villarrica, Valdivia, La Imperial y las demás ciudades españolas al Sur del Bío-Bío a raíz del alzamiento general de los araucanos, Osorno no pudo escapar a esa triste suerte. En 1602 la incendió el toqui general Paillamachü, el mismo que había destruido Valdivia.

Sólo en 1792, don Ambrosia O'Higgins reconstruyó el pueblo, pero tuvo escasa importancia hasta 1850, cuando comenzaron a establecerse en él los inmigrantes alemanes.

Al día siguiente a mi llegada me visitó temprano el antiguo librero August Schulz, de Breslau, que llevaba ya diez años establecido en Osorno con su familia. Aprovechando el espléndido tiempo, emprendimos un paseo por la ciudad. Como todas las de origen español, estaba construída regularmente, hasta donde lo permitían las condiciones topográficas, con calles que se cruzan en ángulo recto y varias grandes plazas.

Las largas calles pavimentadas, a cuyos costados se levantaban, a unos pies del suelo, restos y bases de murallas, y los grandes espacios cubiertos de escombros, permitían reconocer claramente la importancia que tenía antaño la ciudad, que había ocupado toda la planicie situada entre los dos ríos.

Al centro de la actual se encontraba la Plaza de Armas, con la iglesia, la casa de gobierno y la cárcel, construídas con material sólido, mientras los demás edificios, que pertenecían a indígenas, eran de madera y de un solo piso. A un costado de una plaza situada más al Sur, se encontraba un gran monasterio franciscano, con varios patios y rodeado de hermosos jardines, donde vivían unos treinta frailes. Los otros costados de la plaza estaban todavía sin edificar, y sólo se veían en ellos los cimientos de las antiguas construcciones.

En la parte septentrional de la ciudad existía una tercera plaza, que se extendía hasta una punta saliente, desde donde, mirando por encima de las murallas de la antigua fortificación, se disfrutaba de un magnífico panorama. Casi doscientos pies más abajo de las murallas se juntaban los ríos Rahue y Damas, cuyas aguas corrían con gran velocidad y mucho ruido sobre los numerosos trozos de los antiguos muros demolidos al ser destruída la ciudad. Hacia el Norte, por unas

diez leguas, se extendía, hasta La Centinela, la llanura que yo había cruzado a mi venida. En ella se encontraba el pueblo de La Unión y, más acá, los barrancos del río Bueno, que corría en línea casi recta de Este a Oeste y en el cual, después de muchas vueltas, desembocaba el río formado por los dos que se unían donde yo me encontraba. Hacia el Poniente, otra llanura de muchas leguas de extensión llegaba hasta la Cordillera de la Costa, que tiene en esa parte unos mil pies de altura *. En esa llanura los españoles habían explotado antiguamente ricos yacimientos de oro, lo que se reconocía por los centenares de miles de pequeños hoyos y desmontes que aún eran visibles. Hacia el Sur y hasta el Golfo de Reloncaví, se extendía una selva lúgubre casi impenetrable que comenzaba en las mismas goteras de Osorno. La Cordillera de los Andes con sus volcanes cerraba el horizonte por el Oriente.

La población de origen español había construido sus viviendas principalmente alrededor de las tres plazas de Osorno, y el aspecto de la ciudad cambió después de 1850, cuando llegaron los alemanes. Primero los colonos elevaron sobre las ruinas, a lo largo de las calles, casas aisladas, amables y limpias, las cuales pronto aumentaron de tal manera que varias calles, sobre todo una muy larga, por la que entré al venir de Trumao, estaban pobladas casi únicamente por alemanes. Frente a estas vistosas viviendas, construidas sólo de madera, no faltaba jamás un jardincito, con flores y árboles frutales, y estas habitaciones contrastaban ventajosamente con las rucas desordenadas de los indígenas.

Osorno contaba en este tiempo más de dos mil habitantes, entre ellos más de seiscientos alemanes. El comercio se encontraba totalmente en manos de estos últimos, y la firma más importante era la de Schwarzenberg y Geisse, cuyos socios eran oriundos de Cassel. Había en la ciudad, curtiembres, destilerías, una cervecería, un molino de aceite y otro de trigo, una botica y varios hoteles fundados por alemanes, médicos de la misma nacionalidad y, por supuesto, también un club alemán.

* En realidad son mil metros (N. del T.).

La policía estaba muy mal organizada, de lo que me pude convencer ya en la primera noche, pues se robaron mis dos caballos de la pesebrera del hotel. Si la policía procediera en Osorno con más energía y castigara a los ladrones con azotes, como se hace en la parte septentrional del país, estos inconvenientes desaparecerían, seguramente, muy pronto.

Los productos alimenticios, como todo lo necesario para la subsistencia, eran muy baratos en Osorno.

Permanecí allí diez días, y pasaba muchas horas con el gobernador, a quien había sido recomendado por el intendente de Valdivia, o en el claustro de los frailes franciscanos, y las tardes en el Club Alemán o con el librero Schulz, ya mencionado.

También en esta ciudad, los alemanes se distinguían por la gran unidad y concordia reinante entre ellos, aunque procedían de distintos países de Alemania.

Para mí eran de especial interés las informaciones que me proporcionaron los frailes en su convento sobre los tesoros enterrados en la ciudad. De acuerdo con todas las noticias, no puede dudarse que se encontraban en ella grandes riquezas cuando fue asediada y conquistada por los araucanos. Había sobre todo, mucho oro en la fundición de ese metal, parte en forma de polvo, pajas o granos auríferos, es decir, tal como se encuentra en la naturaleza; parte ya fundido en forma de barras y sellado. Como los españoles fueron encerrados sorpresivamente en la ciudad y, sólo unos pocos lograron huir, enterraron en las murallas o en el suelo los tesoros, o bien los arrojaron a los pozos, varios de los cuales habían sido excavados en la roca hasta el nivel de los ríos. Una gran parte de esos tesoros se encuentran seguramente perdidos para siempre, pues en los puntos donde se podían esperar los mejores resultados, se habían edificado, precisamente, las viviendas de los alemanes.

Por desgracia, no pude visitar y reconocer las ricas minas auríferas de los alrededores de Osorno, donde los españoles habían obtenido tan grandes cantidades de este noble metal: era imposible por el estado de los caminos, que se encontraban anegados e intransitables. Todo lo que pude averiguar al

respecto, coincidía con mi propia opinión de que había ricas vetas de cuarzo aurífero en la falda oriental de la Cordillera de la Costa, trabajadas antiguamente, y que, sobre todo, estaba cubierta con una capa aurífera la llanura completa cerca de Osorno, donde el oro aparecía en forma de polvo, paja y granos, a veces en trozos mayores. Millares de hoyos revelan que la tierra ha sido excavada, para ser en seguida lavada.

De acuerdo con esto, podría pensarse que los alemanes se dedicaran muy especialmente a las minas y lavaderos de oro, pero no es así, y esto se explica si se considera que el oro aparece tan finamente diseminado en la arena o la tierra, que su lavado no compensa los gastos. Agréguese que no hay quien sepa elegir los mejores yacimientos y explotarlos convenientemente, pues para ello no bastan los conocimientos teóricos de minería. Quien desee hacer fortuna en esos yacimientos, debe haber trabajado personalmente durante un tiempo prolongado en los *diggings* de California, Australia o Nueva Zelandia, estudiando los afloramientos y explotándolos prácticamente. Que los españoles hayan ganado sumas tan enormes, se debe a que en aquel tiempo la zona se encontraba extraordinariamente poblada y a que los indios fueron obligados a trabajar sin remuneración en los lavaderos.

En cuanto a mí, había llegado a Chile en 1852 como minero teórica y prácticamente idóneo y, durante siete años en la provincia de Atacama, había trabajado no sólo minas de plata y cobre, sino también de oro, y en 1859 llegué a Valdivia.

Más tarde, el año de 1864 estuve en la República de Nueva Granada, donde trabajé en las ricas minas auríferas de Barbacoa con compañías de California, y, sobre todo en los lavaderos. Primero laboré personalmente y luego pasé a dirigir trabajos de importancia, en los que ocupaba a cerca de cincuenta negres y chinos. Así debo reconocer con franqueza que poseía conocimientos insuficientes en esa clase de labores cuando llegué a Valdivia, pero aun ahora tengo la convicción que también en esa provincia es posible explotar el oro en grande escala, explotación que se vería favorecida allí

por la abundancia de agua, elemento indispensable en los lavaderos.

La República de Chile ha sido con razón comparada por un historiador con una larga vara de oro, pues encontramos en la provincia más septentrional, de Atacama, las ricas minas de Copiapó; en la que sigue, de Coquimbo, una antigua mina cerca de La Serena; en la tercera provincia, de Santiago, la fabulosamente rica y antigua mina de Peldehue, cerca de Colina, donde se obtenía oro durante algún tiempo a razón de un quintal por día; en la cuarta provincia, de Talca, la mina de alta ley del Chivato, sobre el río Maule; en la quinta provincia, de Maule, las ricas minas de Palhuén; en la sexta provincia, de Concepción, las de Rere; en la séptima provincia de Arauco, las de Villarrica; en la octava provincia de Valdivia, las de Pumillahue y otras; y, finalmente, en la novena provincia de Llanquihue, las minas de Osorno.

Así como corren en Alemania infinitas leyendas referentes a riquezas enterradas, las hay también acá, y quizás con más razón. Estaba muy difundida la creencia de que desde el tiempo de los españoles, es decir, desde hace siglos existe en medio de la selva casi impenetrable que se extiende hacia el Sureste de Osorno, un lugar poblado por gente de origen español. Sus habitantes poseerían grandes tesoros en oro y plata, enermes rebaños y todo lo necesario para la vida, pero nadie llegaba jamás hasta allá, por falta de un camino.

Se habían realizado ya varias expediciones para descubrir este Eldorado, pero ninguna tentativa había tenido éxito, por lo cual los vecinos, que son muy supersticiosos, estimaban que esta ciudad había sido hechizada y la llamaban La Ciudad Encantada. También los frailes de Osorno me hablaron de ella, y opinaban, que tal vez, habría existido por ahí una antigua ciudad española, de la que sólo se conservaban las ruinas en medio de la selva virgen y en cuyos contornos se habría producido oro; estimaban también que podía haber todavía rebaños de caballares y vacunos cimarrones, pero no pobladores.

Esta opinión se encuentra abonada, en primer lugar, por el hecho de que antiguas fuentes mencionan una población

española que todavía no ha sido encontrada y donde existían minas auríferas muy ricas; y luego por el hecho de que unos madereros que buscaban alerces, descubrieron, en medio de la selva, los restos de un camino bien construido, al parecer por españoles, en una comarca donde no había rastros de viviendas, ni mucho menos de una población. Como ese camino llevaba siglos sin uso, lo que se podía calcular por los árboles gigantes que crecían en él, sólo habría sido posible seguirlo si se hubiera quemado la selva a lo largo de su curso.

De Osorno al Sur había un camino abierto en la selva que, en diez horas de viaje, llevaba a la orilla septentrional del lago Llanquihue, donde existía también una importante colonia de alemanes. Este camino era, sin embargo, tan pantanoso —excepto un trecho de unas tres leguas donde un incendio gigantesco había destruido la selva—, que había sido necesario colocar planchadas a lo largo de muchas leguas, a fin de que no se hundieran los jinetes con sus bestias. Se había iniciado la construcción de un caminocarril hasta allá.

Los frailes de Osorno me habían dicho, igualmente, que existía una gran caverna en la misión de Pilmaiquén, a dos leguas de distancia, que los indios creían firmemente morada del diablo (Huecubú). Un buen día decidí visitarla, a pesar de que el tiempo estaba un tanto lluvioso. Me interesaba mucho por cuanto creía que podía ser el túnel de una mina aurífera, construido por los españoles, o bien una cueva natural en la que podría haber tesoros escondidos. Me indujo a esta suposición la circunstancia de que los indios, muy astutamente, habían prohibido también a los suyos que visitaran las ruinas de Villarrica, contándoles que el diablo las vigilaba. Además, había cerca de esa misión un bellissimo salto del río Pilmaiquén, que también deseaba conocer.

Salí temprano de Osorno, en compañía de mi mozo, y en ocho horas a caballo llegué a la misión de Pilmaiquén, donde me recibió y hospedó en la forma más amable el padre Pablo de Royo. El camino por donde había llegado era casi intransitable y atravesaba una selva obscurísima.

En la mañana siguiente me dirigí junto con mi mozo y algunos indios cristianos a la Cueva del Diablo, que quedaba cer-

ca, en medio del bosque y a orillas de un furioso torrente de la montaña. Los indios me siguieron temblorosos y con alguna resistencia, y no osaron acercarse a la entrada, pues temían que pudiera salir Huecubú.

La superstición y el temor al espíritu del mal estaban tan arraigados en ellos, que el misionero no había logrado disiparlos y, a pesar de su fe cristiana, estaban tan convencidos los indios de la presencia del diablo en la cueva, que siempre le hacían sacrificios de huevos, maíz, chicha de manzanas, etc. en ocasión del plenilunio. Colocaban estas dádivas en la entrada a la caverna, y quedaban satisfechos cuando desaparecían, pues creían que el diablo las había tomado. Pero esta desaparición ocurría de una manera natural, pues los niños de la Misión robaban regularmente las ofrendas y se las comían con el mejor apetito.

A la sola vista de la caverna, reconocí de inmediato que no se trataba de un túnel construido por los antiguos españoles. Así, ya no podía seguir abrigando la esperanza de descubrir allí una rica veta aurífera, y sólo me quedaba averiguar si en la cueva había tesoros de los antiguos indígenas, o siquiera observar algo interesante desde el punto de vista geológico.

Dejé a mi mozo a la entrada, a fin de poder darle aviso en caso de alguna desgracia, y penetré en la cueva, que tenía diez pies de ancho y sólo tres y medio de altura. Con una vela en una mano y el revólver preparado en la otra, avancé lentamente y con todo cuidado, examinando bien el suelo, las paredes y el techo.

Cuando apenas había avanzado diez pasos, ví que la cueva se ampliaba hasta unos quince pies de ancho y otros tantos de altura. El suelo estaba seco, pero sembrado de muchos trozos de roca caídos del techo, lo que me indujo a mayor precaución.

Al cabo de un trecho, la caverna doblaba hacia la derecha, de modo que ya no pude ver la luz del día. Me senté en una gran piedra y oí, a escasa distancia sobre mi cabeza, un ruido característico. Una fuerte corriente de aire apagó mi vela y quedé en completa obscuridad. Rápidamente volví a encen-

der la vela y reconocí que había espantado a un buho, que voló tímida y recelosamente hacia la salida.

Avanzando siempre con cuidado, advertí que la caverna se ampliaba y estrechaba alternativamente, pero su disposición general no variaba. De súbito, creí escuchar un ruido muy cerca, a mis espaldas y, al darme vuelta rápidamente, tropecé con algo y mi vela volvió a apagarse.

Busqué mis fósforos, pero no los pude encontrar y, suponiendo que la cajetilla se me habría caído en este lugar, la busqué en el suelo durante algún tiempo. Cuando llevaba algunos instantes palpando en vano el suelo, en la más completa oscuridad, sentí claramente que algo se movía cerca de mí. Escuché, asustado, y no se trataba de una alucinación. Sentí incluso un leve respirar y comprendí que algún ser se me acercaba. Sabía que se trataba de algo vivo, pero ignoraba su índole; no sabía, si se trataba de un hombre o de una bestia. No contestó a mi voz, y se me acercaba cada vez más.

Sin duda, es una de las sensaciones más desagradables que se puede tener es la de que un ser desconocido y mudo se acerca a uno lentamente en un lugar peligroso y en medio de una absoluta oscuridad. Debo reconocer con toda franqueza que transpiré y un frío sudor corrió sobre mi frente, a pesar de que no soy de naturaleza miedosa.

A mi nueva llamada no recibí tampoco respuesta, por lo cual disparé mi revólver hacia donde se oía el ruido. Sonó el gatillo, pero no salió el disparo, y cuando sentí ese ser tan cerca de mí que lo podía tocar, pude haber creído, como los indios, que tenía que vérmelas realmente con el diablo. A gatas y a ciegas, traté de alcanzar la salida, pero lancé un grito involuntario al tropezar con algo vivo. En la mayor confusión, busqué otra bala para volver a cargar el revólver, lo que desgraciadamente, había olvidado hacer en casa, pero, en vez de bala, encontré por fortuna la cajetilla de fósforos. Encender uno, mirar despavorido alrededor y... reirme a carcajadas, todo fue obra de un solo instante. El gran perro de la Misión, al que diera de comer en la mañana, me había seguido

sigilosamente y estaba frente a mí mirándome y moviendo alegremente el rabo.

A pesar de que este curioso *intermezzo* me había asustado realmente, no quise desistir de mi plan de reconocer la caverna hasta donde pudiera, por lo cual seguí avanzando en compañía del perro. Pero, repentinamente, éste se detuvo, husmeó con la nariz levantada y comenzó a gruñir. Entonces oí a alguna distancia el inconfundible roncar del león, por lo que renuncié de inmediato a más exploraciones y procuré salir a la brevedad posible de la cueva. La contienda habría resultado desigual, pues podía suponer, además, que el puma no tenía sólo su lecho en ese lugar, sino también a su hembra y sus cachorros.

Si las dos bestias me hubieran atacado con la furia consiguiente a la defensa de sus crías, es seguro que hubiera caído pronto en la obscuridad entre las rocas que cubrían el suelo, para ser despedazado y devorado; el perro no me habría servido de gran cosa, pues habría sufrido la misma suerte. Esto parecía presentirlo instintivamente el can, que al aire libre hubiera emprendido de inmediato la persecución del puma hasta obligarlo a refugiarse en un árbol, y que, en la caverna, me siguió de inmediato, con el rabo entre las piernas y sin ganas de atacar.

Si los pobladores de la caverna me obligaron a una acelerada fuga, otra circunstancia me hizo apurarme aún más: repentinamente se desprendió del techo un trozo de roca y cayó al suelo con gran estrépito, sólo pocos pasos detrás de mí, desde unos veinte pies de altura y debido al remezón cayeron también rocas en varias otras partes.

Por fin salí felizmente al aire libre, donde los chilenos y el misionero me recibieron con gran júbilo, pues habían escuchado el ruido de la caída de las rocas y me creían perdido. Por su lado, los indios me contemplaban con temor y recelo.

Supe entonces que éstos, cuando yo había penetrado en la caverna, se habían aventurado, a instancias de los chilenos, hasta la entrada y mirado al interior en el preciso momento en que el gran buho salía volando entre sus cabezas, lo que les había producido un gran espanto. Suponían, con seguridad,

que se trataba del diablo, que había tomado esa forma, y temían ahora que éste vengaría en ellos mi penetración insólita.

En mi opinión, la caverna es un antiguo lecho de río, que ahora se encuentra seco.

Luego visité el grandioso salto formado por el río Pilmaiquén, y después de haber permanecido algunas horas allá, regresé a la Misión.

* * *

Me apresuré a dirigirme a Trumao en la mañana siguiente, pues había comenzado a llover fuertemente y existía el peligro de inundaciones que podrían obligarme a permanecer algunos días en Pilmaiquén. El padre Pablo me acompañó hasta Trumao, adonde llegamos en la tarde, totalmente mojados. Me había resfriado de tal manera en el viaje, que tuve que guardar cama, con fuertes dolores reumáticos, hasta el 18 de septiembre en casa de herr Seidler. El 18 de septiembre se celebra con toda solemnidad la fiesta de la Independencia de Chile. Hasta entonces yo había tenido ocasión de participar en esa celebración en Copiapó, en Valparaíso y en Santiago y ahora podía conocer cómo se hacía en el Sur.

Era un hermoso día de primavera y en la mañana fueron llegando a casa de herr Seidler la familia del barón Bischoffshausen, los hermanos Fehrenberg y varias otras familias alemanas en sus cabalgaduras, y nos dirigimos todos, en total, quince personas, caballeros y señoras, al fundo del profesor don Rodolfo Amando Philippi, donde fuimos recibidos muy amablemente por su esposa y familia.

Herr Philippi era profesor en la Universidad de Santiago y pasaba aquí solamente sus vacaciones, pero, desgraciadamente, no estaba en casa.

Era hermano del mayor Bernardo Eunom Philippi, asesinado en la Patagonia, y el fundador de la colonización alemana en Chile. Se caracterizaba tanto por su inteligencia como por sus sólidos conocimientos, sobre todo en el campo de las ciencias naturales, y la República de Chile debe a sus infatigables viajes de exploración y estudios un gran número de

descubrimientos y experiencias, por supuesto, que favorecen también a las ciencias en general. Por todo ello ha logrado la mayor estimación, no sólo en su nueva patria, sino también en la antigua.

Como herr Philippi no vivía aquí, el fundo era administrado por herr von Stillfried, oriundo de Reichenbach, en Silesia.

Después de un día muy alegre, en el que bailamos hasta avanzadas horas de la noche, volvimos a Trumao a la luz de la luna, que iluminaba magníficamente el camino.

Trumao no estaba lejos de la zona de colonización alemana de Río Bueno, que resolví visitar al día siguiente.

Cerca del mediodía me despedí de mi hospitalario huésped de Trumao y me dirigí, en compañía de mi mozo, por la orilla austral del Río Bueno hacia el Este. Por varias horas cabalgamos entre campos cultivados, praderas y matorrales, cruzamos el Pilmaiquén en una canoa y, al atardecer, llegamos a Río Bueno. El pueblo, situado en la margen sur del río homónimo, contaba entonces unos 600 habitantes, y me alojé en casa del Padre de la Misión.

Me visitó temprano un comerciante alemán, herr Machmar, dueño del negocio principal del pueblo, que trocaba toda clase de mercaderías por queso. Con este caballero hice un paseo, para conocer el lugar.

Este era pobre, pero muy agradable, situado sobre un barranco de unos 200 pies de altura sobre el río. Estaba defendido en tiempos de los españoles por un fortín, que se había conservado muy bien y desde el cual se tenía un magnífico golpe de vista sobre el río. Al otro lado de éste se extiende una llanura, "la pampa de Negrón", donde las primeras familias alemanas que se radicaron en el departamento obtuvieron del gobierno 443 cuadras de terrenos. Se las dividió en forma de que cada varón recibió diez, cada mujer cinco y cada niño de más de diez años de edad, otras cinco cuadras de tierra. Por cada cuadra, los colonos tuvieron que pagar cinco pesos, después de dos años. Las 443 cuadras fueron repartidas entre cincuenta alemanes, y otros doce recibieron otras seten-

ta cuerdas de terrenos en la Misión de Cudico, a dos leguas al Occidente de La Unión.

Como volvió a llover muy fuertemente el 21 de septiembre, estuve obligado a permanecer ese día en Río Bueno, en la compañía del misionero y de herr Machmar. En la tarde aclaró el cielo, lo que nos permitió hacer un paseo al antiguo fuerte.

En la madrugada del 22 de septiembre regresé a Trumao, adonde llegué, sin embargo, sólo en la tarde, pues el río Pilmaiquén había crecido de tal manera con la fuerte lluvia del día anterior, que sólo pude cruzarlo a nado, con mucha pérdida de tiempo y hasta peligro de la vida.

El día siguiente amaneció con buen tiempo, y como convenía aprovecharlo, arrendé temprano un bote con buenos bogadores y salí de Trumao río abajo. Me acompañaba un indio bautizado que me quería mostrar unas vetas mineralizadas, y yo deseaba conocer el Río Bueno y sus orillas hasta su desembocadura en el mar.

El río, que lleva también el nombre de Trumao, es el desagüe del lago Ranco, de cuyo extremo suroccidental sale con un ancho de más de 120 pies. Después de correr más de diez leguas al Oeste, por una llanura en la que ha excavado su lecho a una profundidad de más de cien pies, recibe desde el Sur las aguas del río Pilmaiquén, que es el desagüe del lago Puyehue, situado al pie de la cordillera andina. Desde ese punto, hasta el cual se hacen sentir las mareas, tiene un ancho de más de trescientos pies y más al Oeste, en Trumao, ésta ya es de quinientos pies. A lo largo de las primeras aguas, hasta la desembocadura del río Rahue, que tiene su origen en el lago Llanquihue *, situado al Sur de Puyehue, a 40°50' de Lat. S., el río corre entre colinas, en gran parte descampadas y, parcialmente, cultivadas. Pero más abajo el río se estrecha, para cortar la Cordillera de la Costa, que tiene allí más de mil pies de altura ** y está cubierta de tupido bosque.

Navegamos durante varias horas por ese hermoso, ancho y

* En realidad, nace del lago Rupanco. El Llanquihue desagua por el río Maullín directamente al mar (N. del T.).

** Exactamente, son más de mil metros (N. del T.).

caudaloso río, entre altas quebradas, y llegamos al mediodía a un rápido, donde los bogadores tuvieron que emplear muchas precauciones, pues allí habían naufragado ya muchas canoas, por lo cual el paraje era conocido con el nombre de "El Peligro".

Dejamos atrás ese rápido y desembocamos frente a la choza de un maderero, y como quería reconocer en ese lugar algunas antiguas minas auríferas, le solicité hospedaje.

Examiné las orillas y encontré que, efectivamente, había oro en diversas capas de tierra, pero la ley no era mayor que la que había establecido ya en infinitas otras partes de la República. Para la comida compré a mi anfitrión algunos pescados, que se encuentran allí en gran abundancia y que tenían, asados, un excelente sabor.

Proseguimos el viaje fluvial muy de madrugada y, en la tarde, llegamos a la desembocadura del río en el mar, a $40^{\circ}11'$ de Lat. S. y $73^{\circ}44'$ de Long. W. En todo el trayecto, las orillas eran altas y abruptas y se veían cubiertas de bosque espeso. La anchura del río era allí de dos mil pies, pero una isla lo dividía en dos brazos.

Este hermoso río tiene desde su desembocadura hasta la confluencia del Pilmaiquén, un curso de ocho leguas *, y una profundidad de 18 a 45 pies, de modo que es navegable por embarcaciones mayores. Pero, desgraciadamente, al igual que el Maule y el Toltén, tenía un gran banco de arena en la boca, sólo franqueable con la ayuda de un piloto muy conocedor, pues el paso es un canal de no más de quince pies de hondura. Tanto el pequeño vapor *Fósforo*, como muchos veleros, habían quedado varados en ese lugar, y varios de éstos habían naufragado.

Desembarcamos en la orilla septentrional de la desembocadura del río, donde —se dice— existe mucho oro, y no quedé poco desengañado cuando el indio bautizado que me acompañaba me mostró rocas graníticas, de las que está compuesta en esa parte la Cordillera de la Costa y que aparecían cruzadas por vetas de pirita y un poco de cobre sulfuroso. Examiné los faldeos hasta la tarde, pero, desafortunadamente, no

* En realidad, 55 kms. (N. del T.).

encontré nada, y cuando habíamos encendido una fogata para preparar nuestra comida, apareció repentinamente un alemán, apellidado Kiesling, que explotaba maderas en las vecinas caletas de Lamehuapi y Milagro.

Estuvimos juntos hasta avanzadas horas de la noche, después de lo cual se dirigió en bote a su casa y nosotros preparamos nuestro campamento en una amplia cueva que había entre las rocas.

Al rayar el día, iniciamos el regreso con la esperanza de llegar a nuestro campamento de la noche anterior, pero el río resultó tan correntoso que nos vimos obligados a desembarcar cuando cayó la noche, y pasarla en la selva, a la intemperie.

Apenas nos habíamos dormido, nos despertó de la manera más desagradable una repentina y violentísima lluvia que duró toda la noche y a la que no pudimos escapar.

Totalmente mojados y ateridos, nos apresuramos a embarcarnos en cuanto aclaró y, después de luchar de nuevo todo el día contra la corriente, bajo la lluvia, llegamos felizmente a Trumao.

Pasé el día siguiente en la Misión de Quilacahuín, cerca de Trumao, donde visité al padre Feliciano de Strevari, y abandoné el 28 de septiembre la hospitalaria casa de Trumao para regresar a Valdivia. Herr Seidler me acompañó hasta el pueblo de La Unión, desde donde regresó en la tarde, y donde yo me quedé hasta la noche con mis nuevos conocidos.

Acompañado por algunos compatriotas, proseguí el viaje al rayar el día, pasando por los lugares de La Centinela, Catamutún, Huequecura, Tregua, Los Ulmos y Futa, y, bajando por el río de este nombre, llegué en la tarde, sin novedad, a Valdivia.

* * *

Desgraciadamente, no me fue posible visitar las colonias alemanas de Llanquihue y Puerto Montt, pero me parece útil agregar algunas noticias sobre ellas que logré reunir.

Cuando los emigrantes alemanes desembarcaron en los años 1850-52 en el puerto de Valdivia, algunos campesinos y agricultores de los que venían no encontraron terrenos apropiados para la agricultura. Entonces muchos, se dirigieron hacia el interior, para radicarse en La Unión y Osorno. Otros viajaron durante diez horas a través de la selva virgen que se extiende desde allí hacia el Sur. Así llegaron a la orilla septentrional del lago Llanquihue y encontraron ahí grandes extensiones de terrenos que antiguamente se encontraban también cubiertos de bosque, pero que habían sido rozados y se prestaban para el cultivo. Se establecieron; pues, en ellos e indujeron a muchos otros alemanes a hacer lo mismo.

Como el gobierno chileno favorecía la colonización con alemanes, el Presidente Montt fundó en 1853 una población en el pequeño desembarcadero de Melipulli, sobre el golfo de Reloncaví, que fue bautizado con su propio apellido y se llamó Puerto Montt. La nueva ciudad quedó situada a 41°30' de Lat. S. y 72°55' de Long. W. Todos los buques con inmigrantes que llegaron en seguida fueron enviados hacia allá, desde donde sus pasajeros tenían que recorrer un trayecto de sólo cuatro o cinco horas para llegar al lado Llanquihue, mientras que desde Valdivia tenían que realizar antes un viaje de tres días para alcanzarlo.

Los campesinos se dirigieron al interior y los profesionales e industriales se establecieron en el puerto, y así comenzó a florecer el pueblo de Puerto Montt, que disponía de una excelente rada, muy segura, y llegó a contar en breve tiempo unos 3.000 habitantes, la mitad de los cuales eran alemanes. Como aumentara también la población alrededor del lago Llanquihue, se instituyó en 1861 la provincia de Llanquihue, cuya capital llegó a ser Puerto Montt.

Esta nueva provincia fue formada uniendo el departamento de Osorno, que antes pertenecía a Valdivia, con el de Carelmapu, que se halla en el continente, más al Sur del golfo de Reloncaví, y pertenecía a la provincia de Chiloé. La provincia

tenía unos 30.000 habitantes, entre los que se contaban algunos millares de colonos alemanes *.

Una parte de los colonos agrícolas alemanes llegaron al país a expensas del gobierno chileno. Cuando desembarcaban en Puerto Montt, se les concedía hospedaje por cuenta del Fisco durante algunas semanas y a veces por un lapso mayor, hasta que hubieran elegido los terrenos y se dirigieran a ocuparlos. Se repartieron 4.000 cuadras, entre noventa familias. Sólo gente casada y de honradez reconocida recibía tierras del Estado. El precio de éstas se fijó en un peso la cuadra, y se entregaron a cada padre de familia 24 cuadras y 12 más por cada hijo mayor de diez años.

Al establecerse, los colonos recibieron víveres para un año, una yunta de bueyes, una vaca parida, un quintal de cereales y un quintal de papas para la siembra. Todos estos anticipos, como también los gastos de viaje, debían pagarse en cinco cuotas anuales, a contar del quinto año de estada en la hijuela, de modo que una familia que debía, por ejemplo, quinientos dólares, pagaba después de cinco años, cien dólares anuales, sin intereses por el tiempo transcurrido. Si el colono no estaba en situación de amortizar su deuda, por justa

* Del texto de Treutler se podría deducir que gran parte de la población de las actuales provincias de Valdivia, Osorno y Llanquihue es de origen alemán. Existen al respecto, sin embargo, informaciones fidedignas que establecen las verdaderas proporciones. Antes de la llegada de los alemanes, el censo de 1843 arrojó para las tres provincias, que constituyen la región de los Lagos, una población de 32.557 habitantes. Esta aumentó en el censo de 1854 a 44.320 y en el de 1865 a 61.030 habitantes. Rodulfo Amando Philippi, por su parte, realizó en 1858 un censo completo de todos los alemanes que vivían en ellas, resultando que su número era de 2.754. Con posterioridad a ese año llegaron muy pocos inmigrantes alemanes a ellas, pudiendo estimarse que su total no excedió de 3.000. Como se ve, esta cifra no alcanza al 5% de la población de la región en 1865. Por otra parte, es indudable que ésta recibió un aspecto exterior que es, en gran parte, inconfundiblemente germánico. Se debe ello a que los alemanes llegados eran en su gran mayoría personas de fortuna, pertenecientes a las clases medias elevadas, que organizaron toda clase de empresas, tanto agrícolas, como industriales y comerciales. Son esas empresas las que produjeron la fachada germana de la región, pero no debe olvidarse que en un fundo perteneciente a un descendiente de alemanes todo el personal es de origen no-germano y que lo mismo ocurre con las industrias y los negocios urbanos. (N. del T.).

causa, se le concedía una prórroga. De la misma manera, los colonos estaban liberados durante quince años, a contar de la fundación de la colonia, del pago de contribuciones; disfrutaban de hospital, servicio médico y medicamentos libres, de escuela gratuita, y no estaban sujetos a servicio militar.

Los terrenos que se les concedieron son planos y aptos para los cultivos, y donde el roce había limpiado la selva virgen, abundaba la papa silvestre, cuyo país de origen es especialmente esta provincia, y crecía también la quila nueva, que suministraba el forraje para el ganado en el invierno. Al mismo tiempo, la región tiene panoramas muy románticos. El lago Llanquihue, situado al pie de los Andes, se extiende seis leguas de Oeste a Este y media de Norte a Sur *; queda a 175 pies sobre el nivel del mar y, en varias partes, su profundidad es de 60 brazas. Su desagüe es el río Maullín, que desemboca al mar a 41°30' de Lat. S. y 72°55' de Long. W. Sobre la orilla oriental se eleva el volcán Osorno a 7.500 pies, casi siempre cubierto de nieve hasta la mitad; en la parte austral del lago queda el volcán Calbuco, cuya altura es de 6.490 pies **.

Todavía el lago está rodeado, en parte, de selva virgen, pero la orilla septentrional ya ha sido despejada y allí existen varias zonas colonizadas por los alemanes. En algunos sectores, las orillas son muy abruptas, pero en otros son planas. Surcan el lago numerosas pequeñas embarcaciones y canoas, como también un vaporcito, que establecen las comunicaciones entre las colonias.

* Treutler confunde nuevamente el lago Llanquihue con el Rupanco, cuyas dimensiones son las que atribuye a aquél. El Llanquihue tiene, en realidad, 41 Kms. de Este a Oeste y 40 de Norte a Sur (N. del T.).

** Las alturas respectivas de los volcanes Osorno y Calbuco son 2.660 y 2.015 metros (N. del T.).